

Francisco Pérez de Antón

La corrupción de un presidente sin tacha



ALFAGUARA

Francisco
Pérez de Antón
La corrupción de un
presidente sin tacha

Narrativa Hispánica



Francisco
Pérez de Antón
La corrupción de un
presidente sin tacha

SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Hay tanta diferencia entre cómo se vive y cómo se debería vivir que aquel que deja lo que hace por lo que debería hacer marcha hacia su ruina. Pues un hombre que en todas partes quiera hacer profesión de bueno es inevitable que se pierda entre tantos que no lo son. Por lo cual es necesario que todo príncipe que quiera mantenerse aprenda a no ser bueno y a practicarlo o no según la necesidad.

NICOLÁS MAQUIAVELO,
El Príncipe, cap. xv

Primera parte

El dinero todo lo arregla.
Eclesiastés, 10:19

Escena primera

*Ciudad de Guatemala, Hotel Intercontinental
Sábado 25 de noviembre, 7:05 a.m.*

El agua caracolea en ruidosos remolinos sobre la superficie del lavabo al tiempo que José María Rabassa, inversor apátrida, informático granuja y hampón de guante blanco, se la arroja una y otra vez a la cara con efusivo alborozo. Rabassa carraspea, bufa, resopla. No hay placer que se compare al encuentro matutino con ese frescor que despabila el cerebro y alivia la piel recalentada por las idas y venidas de la *gillette*. El gozo no se detiene, los lavoteos no parecen tener fin.

De improviso, sin embargo, Rabassa se queda inmóvil como si hubiese escuchado una voz a sus espaldas o sentido un temblor bajo los pies. Con deliberada lentitud, endereza el torso, se mira sorprendido en el espejo y sin prestar atención a los veloces arroyos de agua que corren por su nariz y sus mejillas, murmura:

—¿Dijo un trillón de dólares? ¿Eso dijo? ¿De veras? Ave María Purísima, ¿y eso qué es? ¿La orgía perpetua? ¿El sueño de una noche de verano? ¿La distancia de aquí a la eternidad?

Rabassa sabe de dinero tanto como el mejor financista de Londres o Nueva York. Y también que la memoria no lo engaña. Así que sí, no hay duda. El dato que dio el presentador de Fox News anoche fue ese. Qué barbaridad, ¿no? ¿En qué cabeza cabe un número así? ¿Cuánto pesa, cuánto mide, cuánto ocupa un trillón de dólares?

Eso depende, medita Rabassa, volviendo a sus abluciones. Un profesor de matemáticas diría, por ejemplo, que un trillón es en realidad un número imaginario o, en todo caso, irracional. ¿Está claro? No, no está claro. Por favor, ¿qué les pasa a los matemáticos? Entre su jerga y su álgebra no hay cristiano que les entienda.

¿Y qué decir de los astrónomos? Si esa misma pregunta se la hicieran a uno de ellos, respondería que un trillón viene a ser algo así como el número de estrellas que tiene la Vía Láctea. Y a qué extrañarse. No se puede esperar otra cosa de unos tipos que se pasan las horas mirando a las nubes.

En cambio un cajero de banco, uno de esos hombres consistentes y cabales a quien su diaria relación con el dinero aúpa e inspira el magín, respondería que si un trillón de dólares pudiera apilarse en billetes de a uno alcanzaría una altura de cien kilómetros y que si esa no es la distancia de aquí a la eternidad que venga san Pedro y lo diga.

Rabassa cierra el chorro de agua y, a tientas, extiende el brazo a una toalla de color durazno, mientras que con la mirada en el vacío comienza a secarse el rostro, las sienes y el cogote. Y cuando concluye la operación no puede ocultar en sus ojos un brillo de complacencia.

Y es que José María Rabassa, una multinacional en sí mismo, como en otro orden lo son Subway, Hertz o Dunkin' Donuts, nunca hubiese podido imaginar que el dinero que se blanquea cada año en el mundo alcanzara la cifra de un trillón de dólares.

Su deleite no obstante se debe más a que el lavado, una industria pujante y poderosa, la primera del mundo después del petróleo, es el quehacer que ocupa sus trabajos y sus días. Una extensa red de lavanderías proporciona servicios de blanqueo a cientos de clientes en 19 países. Pero los equipos que Rabassa utiliza para tal fin no son blancos ni llevan adheridas etiquetas de Whirlpool o Westinghouse. Son unos armarios de color grafito, repletos de cables y luces, en cuyo frontis campea el sello de IBM.

Un negocio limpio, como su nombre indica. Una actividad honorable, practicada por el Vaticano, el emir de Abu Dabi, la FIFA, Cristina Fernández de

Kirchner, el Banco Espírito Santo, Jackie Chan, el presidente Lula da Silva, el estado de Delaware y otras instituciones y personas de acrisolada integridad.

Rabassa mete el estómago, hincha el pecho y se observa en el espejo del baño. Primero de perfil, luego de frente. Tiene aspecto saludable, pese a ser ya cincuentón, y sus cabellos no han perdido densidad, por más que sus sienas parezcan implantes de un gato de Angora. Su cuello luce esbelto y desgrasado, y cuando tensa los labios, su boca exhibe dos filas de encías rosadas y de blanquísimos dientes.

Como quiera que se mire, Rabassa es un tipo bien hecho y a estas alturas de su vida se siente como en la copa de un pino. Cada día al despertar se admira y se felicita por sus logros, que son para quitarse el sombrero. El suyo, naturalmente. Y en homenaje a todo lo que ha conseguido en la vida, se gratifica de vez en cuando con alguna extravagancia, como un Patek Phillippe de oro rosa, un GranCabrio de lujo, una pintura de Warhol o una casa en las Seychelles.

Más allá de tales antojos, que justo es decir merece, Rabassa es persona sensible a la desigualdad y la injusticia que asedian a la humanidad. De ahí que, con una parte de ese trillón de dólares que se blanquea cada año en el mundo, y que circula después fragante y centrifugado, y como lavado con Ariel, se haya impuesto realizar su propia versión de la justicia social en un país pequeño y pobre.

Uno de esos que salen rara vez en las noticias y que, cuando sale, su nombre es olvidado al día siguiente.

Uno donde el tiempo transcurre muy despacio y, si transcurre, no se nota que ha transcurrido.

Uno parecido a Brigadoon, aquella aldea escocesa que se hacía visible un día cada cien años y volvía a desaparecer otros cien.

Rabassa desliza la yema de los dedos bajo el mentón y, sin venir a cuento, le da por canturrear:

— *Cómo han pasado los años... qué mundo tan diferente...*

Y la verdad es que sí. Hay que ver cómo ha cambiado el mundo de un tiempo a esta parte. Sobre todo en los negocios. Hace apenas un siglo, quienes

diseñaban proyectos como el que Rabassa se propone realizar este día eran truhanes ilustres que sobornaban a los políticos de los países pobres para explotar algún monopolio. Samuel Zemurray, por ejemplo, gran chambelán de la United Fruit. O Minor Cooper Keith, zar de los ferrocarriles de América Central.

¡Ah!, pero qué diferencia entre aquellos bribones y él. Sí, bribones, no hay por qué ocultarlo. ¿Acaso no les decían “robber barons”, aun en su propio patio? Cuando se compara con ellos, Rabassa no puede por menos de verse como el santo Hermano Pedro de Betancur.

Admirado de sí mismo, con todo derecho, sobra decir, Rabassa se palmea el rostro con una loción que evoca fragancias a naranja y a sandía. Aspira hondo, alza las cejas y deja escapar un suspiro. Nunca antes se había sentido mejor con lo que hace, aunque sea un trabajo incómodo. Hay que llevar vida de agente secreto, cambiar de identidad cada dos por tres y no dejar que el trasero eche telarañas en el lugar donde posa. Tan afanoso quehacer, sin embargo, le trae tantas compensaciones que aun el mayor sacrificio permite que merezca el esfuerzo.

Rabassa se enrolla una toalla a la cintura y se asoma a la suite sumida en las sombras. Las cortinas están corridas y solo brillan en la oscuridad los dígitos de un reloj que le hace guiños desde la mesita de noche.

Se acerca al ventanal, abre las cortinas de un tirón y una cegadora luz invade la suite. Desde el piso más alto del hotel, la Zona Viva de la ciudad de Guatemala luce como inserta en una frondosa arboleda. Y a lo lejos, perfilando los volcanes, el trópico de montaña exhibe el hechizo de su azul en un día esplendoroso.

Rabassa abre el armario y elige una indumentaria informal, nada llamativa, para el negocio que se propone cerrar este día: jeans Armani del color del océano, camisa blanca, *blazer* de botones dorados y unos mocasines negros de cordoncillo. Se vuelve hacia un espejo vertical adosado a la pared, se observa de arriba abajo y se estira los puños de la camisa.

No se ve a sí mismo como un dandy ni como un señorón perfumado. Pero tampoco como un inversor apátrida, un granuja o un criminal. ¿Qué culpa tiene

él de que los seres humanos exijan satisfacer necesidades que la hipocresía al uso prohíbe? ¿No es eso ir contra los derechos humanos más elementales? ¿Por qué quien ofrece un servicio, como el que él ofrece, ha de ser siempre un malvado? ¿Y por qué no quien lo demanda? O como diría aquella monja cuyo nombre no se le viene a las mientes: ¿a quién se debe culpar, al que yerba por la paga o al que paga por la yerba?

De modo que ni dandy ni canalla, aunque sí hombre atractivo. Tanto que en algún momento de su vida soñó con ser galán de cine. Una estrella del tamaño de George Clooney. Pero se le daban mejor los números y siempre le quedó la nostalgia de ese sueño sin realizar.

Rabassa se dirige al secreter de la suite donde yacen unas gafas de sol con cristales irisados y una gorra de visera que, bajo un escudo bordado, lleva inscritas las palabras *Iustitia et Honor*. Se coloca las gafas y se cala la gorra. Abre un maletín de piel color ciruela, escarba en su interior y extrae una cápsula de vidrio con un líquido incoloro. La observa unos momentos al trasluz y verifica que está llena. Se la guarda en un bolsillo del *blazer* y se dirige a paso tranquilo a la puerta de la suite.

Al empuñar el pomo para abrirla, descubre en el suelo un ejemplar de *el Periódico*, con las fotos de cinco hombres y dos mujeres, cuyo titular reza así: “Salen a luz algunos nombres del gabinete de Sanabria”. Y por un momento parece dudar. Ha creado un imperio imponente y tiene todo lo que un hombre puede desear en la vida. ¿Para qué más? El negocio que se propone realizar tiene riesgos. Tal vez demasiado altos. Y si bien es verdad que la fortuna premia a los audaces, la mayoría de las veces esa zorra maldecida deja a la gente bien trabada. ¿Y si el tipo se resiste? ¿Y si dice que no? Todo es posible, por más que le cueste aceptar que una persona inteligente, como parece ser el presidente Sanabria, rechace una proposición tan apetecible. Pero, si así fuese, ya es tarde para arrepentirse y no puede, ni quiere, dar marcha atrás.

Rabassa toma el diario en las manos, sale al pasillo y se encamina al elevador. Pulsa el botón de llamada y cuando las puertas se abren escucha las notas del vals de *La viuda alegre*. Rabassa desciende escuchándolo con las cejas alzadas, los párpados cerrados y un movimiento de cabeza ensoñador. Y

cuando las puertas del elevador se vuelven a abrir, encuentra frente a él a dos hombres esperando en el pasillo que conduce al lobby del hotel.

Uno de ellos tiene aspecto de ejecutivo sénior y va vestido con ropa de sábado: camisa de finas rayas, pantalón caqui y cinturón de trenza beis. No es persona que llame la atención, salvo por el lujoso maletín de cuero que lleva en la mano. Pero en el fondo de su mirada hay un brillo implacable y resolutivo que llama a la cautela.

El otro es un hombre más joven que, por contraste, va vestido como si fuera a una boda: traje negro, camisa de cuello apretado y corbata azul nocturno. Algunos detalles de su aspecto revelan, no obstante, que no se trata de una persona distinguida. De cejas espesas, ojos muy juntos, mirada montaraz, mentón opulento y cabello rapado hasta las sienes, sus hombros tienen el ancho de una butaca y sus manos parecen guantes de béisbol.

—Buenos días, Emilio —saluda Rabassa—. ¿Todo listo?

—Todo listo y todo en orden —responde el del maletín—. Tulio Expósito me acaba de llamar. El presidente Sanabria y él están ya en La Rosaleda.

—Pues vamos para allá, querido socio. No hagamos esperar al poder. Tentémosle con el dinero y la gloria. Que aunque hoy no se conceda crédito a nuestros afanes, en verdad te digo que, un día, el dinero y el poder serán nuestros. Y puede que también la gloria —declama Rabassa con histriónico ademán de profeta.

El tipo del corpachón y las manazas endereza el torso e hincha el pecho. Se ajusta con disimulo el revólver que lleva en la sobaquera y, muy serio y puesto en punto, echa a andar tras los dos hombres.

Uno

Club La Rosaleda, Casa número 4, Hoyo 17, 7:45 a.m.

—Yo lo que le digo es que la imagen del general Orellana no significa nada hoy día —masculla Tulio Expósito con el gesto de quien acaba de tomarse un trago de leche de magnesia—. Muy pocos saben quién es. El dinero es un recurso importante para transmitir mensajes políticos, pero Orellana ya no transmite ni en morse. Así que lo justo es poner en su lugar a Rafael Carrera. Porque, vamos a ver, señor presidente, ¿quién tiene más méritos para estar en el billete de un quetzal, el creador de la moneda o el fundador de la República?

Daniel Sanabria, presidente electo de Guatemala, escucha la perorata de Expósito como quien oye llover. No está de ánimo para hablar de billetes. Su talante el día de hoy es más bien contemplativo. E inmóvil bajo el marco de la doble puerta acristalada que se abre al campo de golf, contempla abstraído el espectáculo que la naturaleza exhibe esta deslumbrante mañana de noviembre. El sol ha encendido el rojo de los flamboyanes y la brisa trae fragancias a resinas. Tartamudea su canto el zanate, declama el barranquero sus rezos y una paloma de plumaje gris picotea briznas y vainas junto a una pequeña laguna.

La sola contemplación de la belleza, sin embargo, no inspira reflexiones profundas, sino más bien divagaciones insípidas como estas. O como, por ejemplo, que la vida y el golf se parecen en que sus partícipes tratan de recorrer sus respectivos trayectos con el menor número de golpes y en que, al cabo de la andadura, todos concluyen la partida en un hoyo. Es una ocurrencia

pueril, de acuerdo, pero bastante más sustanciosa que el rollo que Tulio Expósito se trae desde hace rato.

—El dinero impreso sirve también para fortalecer la identidad y la cultura —continúa—. Así que mi otra disposición será quitar a Zachrisson del billete de cincuenta y poner en su lugar a Miguel Ángel Asturias y a Rigoberta Menchú. Uno junto al otro. Y de perfil. Lo mismo que los músicos del billete de doscientos. ¿Cómo es posible que los dos personajes contemporáneos más célebres de nuestro país no reciban en nuestra billetería un honor tan bien ganado? ¿Qué dice usted, presidente?

Expósito tiene la virtud de convertir lo trivial en importante cuando lo importante es algo de lo que no quiere hablar. Y Sanabria decide dejar la respuesta en el aire, como se deja en el teléfono una llamada perdida.

Su cerebro, además, sus sentidos, sus glándulas salivales, se han concentrado en la mezcla de aromas a huevos revueltos, frijoles, beicon y frutas que le llegan desde el bufé situado a un lado de la doble puerta del salón. Y por un momento está tentado a alargar la mano a un plato vacío y adornarlo con tales preseas. Pero la dieta que sigue desde hace una semana lo contiene y, antes de que la tentación lo derrote, gira sobre sí mismo y se dirige rápidamente al centro del salón donde se encuentra Expósito, sentado con aires de juez, en uno de los diez sillones color azul pavo que confinan una mesa adornada de azaleas. Frente a cada sillón hay una tarjeta con un nombre, entre ellas los de dos mujeres, una botella de agua Salvavidas, un bloc, un bolígrafo y un cuenco de cristal con dulces de cardamomo.

El entorno del salón está sumido en una bucólica atmósfera que solo alteran los borbotos de la percoladora de café, el golpe lejano y seco de algún jugador de golf, el piar de lasavecillas y la cháchara de Expósito. Su puerta principal está cerrada y salvo unas delicadas pinturas de Elmar René Rojas y Rodolfo Abularach que cuelgan de las paredes, no hay indicios de oropel ni fasto decorativos.

Sanabria se sienta frente a su vice y le dice en tono amistoso:

—Para su información, Tulio, el billete de un quetzal fue suprimido hace algunos años y reemplazado por la moneda de acero revestida de latón que usted conoce. Los billetes que aún ve por ahí con la efigie de Orellana,

seguirán circulando un tiempo y desaparecerán poco a poco. Así que no tiene de qué preocuparse. En cuanto al billete de cincuenta, creo que hay cosas más importantes que atender, aparte de que hacer ese cambio es privilegio del banco central, y no nuestro. Pero le prometo que transmitiré esa sugerencia una vez que tomemos posesión.

«Habló el buey y dijo mu. Y ahí lo tienen, relamiéndose tras el mugido, como el niño sabihondo y repelente que se pone de pie en el pupitre para corregir la plana al maestro y, luego de ponerlo en ridículo, se sienta como si tal cosa. Es un idiota sin remedio. Y no lo es más porque no practica.

»Pero de qué me asombro. En un país donde los espacios públicos son anchos y las mentalidades políticas estrechas, cada año electoral aparece por ahí una docena o más de personajes a quienes, en tono pomposo, amigos y familiares les han dicho: “Vos deberías ser presidente”. Y a los ecos de tan patriótico llamado, finqueros de ancho sombrero, militares retirados, empresarios en quiebra, mujeres tentadoras o tentables, algún narco camuflado, farsantes con pico de oro y, si me apuran, hasta algún chofer de camioneta, se apuntan a la carrera del poder. Una nueva hornada de aprendices de brujo ha hecho su aparición en la vida pública. Y la gente se queda boquiabierta. Porque ellos son los políticos providenciales, los enviados por los dioses para salvar a la patria, los que creen poseer el don de gobernar gracias a su cara bonita, a su verba o a su pisto.

»Cada quien tiene su lado tontaina. Pero este de querer ser presidente tal vez sea el más insigne. No hay político novicio que no se crea hombre de Estado. Muy en especial los enviados por la Providencia. La campaña electoral les costará una fortuna. La suya y la de otros. Y al término de su aventura, el desenlace será el mismo para todos: una dolorosa derrota.

»Sanabria era justamente uno de estos tontainas. La única diferencia con los demás es que él sí ganó las elecciones».

—Pero ya que estamos solos, Tulio, y en vista de que su misterioso invitado no llega...

—Vendrá, se lo aseguro —interrumpe con vigor Expósito.

—Le creo, Tulio. Solo me pregunto por qué no ha querido contarme el motivo de esta reunión. ¿Me está usted ocultando algo?

—No le oculto nada, señor presidente —se ofende Expósito—. Se trata en realidad de una sorpresa. Y muy agradable, según creo. Pero no se la puedo explicar en dos palabras.

El tono de Expósito es todo lo presuntuoso que puede ser el de una persona que se siente superior a los demás, pero no renuncia a esa inflexión de voz y sigue hablando con el mismo énfasis.

—El asunto a tratar es complejo y prefiero que sea él quien lo haga. Entretanto me pidió que le guardara la confidencialidad. Con usted y con cualquier otra persona. La presencia de este hombre en Guatemala podría desatar especulaciones sobre un negocio que quiere mantener por ahora en secreto. Lo que sí puedo asegurarle es que lo que nos va a proponer supone una gran oportunidad para el país. Me atrevería incluso a decir que, dada la coyuntura que vivimos, más que una oportunidad es un milagro.

—No creo mucho en milagros, pero, como le digo, en tanto llega el invitado, quisiera comentarle algo. Ante todo, decirle que esta aventura en común ha sido la mejor y más emocionante de mi vida.

—Gracias, señor presidente —respira hondo y ruidoso Expósito.

—Nada puede igualarse a este triunfo. Hay sin embargo un asunto que me preocupa y del que no puedo dejar de hablarle por la confianza que nos tenemos.

—Soy todo oídos.

—Me refiero al artículo que apareció el jueves en el *New York Times*.

—¿El de la McCleary, *la Medusa McCleary*?

—No le conocía el apodo.

—Parece que viene de un bicho marino australiano, el más venenoso y letal de la naturaleza. Un piquetazo mientras te bañas en la playa y ahí te vas. Calambres, taquicardias, náuseas, agonía y muerte.

—No lo sabía. Pero bueno, voy al caso. Me ofende que la McCleary haya dicho que el nuevo presidente de Guatemala será solo una marioneta en manos de usted.

—¿Y no le digo que es venenosa? Guatemala no tiene quien le escriba, presidente. Y cuando alguien lo hace, es para ponernos como un trapo.

—Como sea, el artículo se ha vuelto comidilla. Y ahora todo el mundo anda repitiendo eso de que, aun siendo usted un hombre sin ideología, le sobran astucia y maneras para manejar a un político más joven, como es mi caso.

«Lo dicho, un tontito de remate. Y no aplico el adjetivo con ligereza. Nadie en este oficio ignora que los periodistas son un jardín de carnívoras y que, no obstante vivir de nosotros, los políticos, nunca llegaremos a entendernos. Pero Sanabria tiene la piel más sensible que las nalgas de un bebé.

»Admito que el caso de la McCleary es diferente, porque la McCleary no tiene madre. Ha de ser lesbiana, de plano. Eso si no es comunista. Cree poder llevarse por delante al mundo con su mirada de imperio y su tarjetita del *New York Times*. Pero escribir que soy una mala mezcla de Talleyrand y el Gato con Botas, y que, en el nuevo gobierno, el vice podrá más que el presidente, es como para meterla en un costal, colgarla de un encino y molerla a escobazos. La muy estúpida se cree ingeniosa y divertida. Pero a este infeliz le preocupa demasiado lo que escribe y a mí me enchincha esa obsesión que se trae con los medios. ¿Ha olvidado ya lo que dijeron de él en la campaña? Lo llamaron muñecón, flor de jacaranda, invento inútil y hasta Daniel I, el Breve. ¿Por qué habría de preocuparle ahora que esa lengua de vaca de la McCleary lo tilde de monaguillo?».

—Una zorra feminazi, presidente, una alimaña. Eso es lo que es —dice en voz alta, raspando la voz—. ¿Cómo se atreve a decir sin ninguna base tales cosas de nosotros?

—Como sea, Tulio, el hecho es que han provocado un rumor incómodo: vieja política, corrupción, tráfico de influencias, todo eso. Y el rumor en Guatemala tiene siempre carácter de certeza.

—Está bien, pero ¿qué le hemos hecho usted y yo para que diga esas babosadas y nos quiera crucificar antes de llegar siquiera a la casa de Pilatos?

La rabia le sofoca la tez, las aletas de la nariz le tiemblan.

—Alguien se lo habrá sugerido, supongo —dice Sanabria. —Y alguien del país, por supuesto. A los periodistas, la mejor información política les llega de quienes quieren perjudicar a sus adversarios. Así y todo, opiniones como estas no deberían preocuparle. El poeta decía «todo pasa y todo queda». Aquí no. Aquí todo pasa y todo se olvida. Por eso hay que restar importancia al asunto. A la opinión no hay que temerla, hay que ignorarla —remata con desdén Expósito.

—La opinión fue decisiva en las caídas de Serrano y Otto Pérez Molina, Tulio. Y a Jimmy Morales lo tuvo grogui casi los cuatro años de su gobierno. Pero esto no es agosto de 2017, cuando Morales perdió la virginidad, quiero decir, la confianza política, que es lo mismo. Una vez que esta última se pierde, no hay modo de recuperarla. Pero la opinión importa, vaya si importa.

—No quisiera caer mal, pero ¿de qué nos sirvió a usted y a mí la opinión cuando nadie miraba hacia nosotros? No nos dieron crédito entonces, ¿por qué habrían de dárnoslo ahora? Usted dirá que este oficio me ha endurecido el pellejo, pero créame, presidente, la opinión es como el güisquil: 98 por ciento agua y el resto materias inútiles. Y esas babosadas que circulan ahora de nosotros, como la de llamar megapaca a la coalición, porque en ella cabe de todo, son solo ocurrencias de un momento como este, en el que el gobierno que va de salida no se ha ido y el entrante aún no ha llegado.

—Las chistes son solo chistes, Tulio. Lo otro es mucho más grave.

—¿A qué se refiere?

—A que un político como usted sea la garantía de que nada va a cambiar en el país con mi gobierno. Hay muchos que firmarían lo escrito por la McCleary.

—Serán de izquierdas.

—Y también de derechas.

—Pero menos de los que cree —Expósito parece a punto de indignarse—. Muchos menos. Son grupitos de soñadores, de esos que se empeñan en llamar a nuestro país “el bulevar de los sueños rotos”, y que entienden de política lo que Madonna de pájaras embarazadas.

—No estoy de acuerdo. Los sueños no se rompen solos; los rompemos las

personas. Y sí, es verdad, hay mucho desengañado ahí fuera. Pero también hay otros, entre los cuales me cuento, para quienes, lo mismo que con el dinosaurio de Monterroso, la esperanza aún sigue ahí.

«Y vuelta el buey al potrero. Pero, ¿qué se puede hacer con un necio que no escucha? Este tipo de gente es así. Viene de esa pequeña y estúpida burguesía, la del optimismo insensato, que aún cree en el ángel de la guarda, dice pedanterías como “solo quiero que nuestro hoy y nuestro mañana sean mejores a nuestro ayer”, hay que rescatar los principios o repite esa babosada del dinosaurio. ¡No estamos aquí para dar lecciones de moral, huevón! ¡Ni para declamar sensiblerías! Estamos aquí para gobernar y administrar el Estado. ¿Con qué vas a sustituir lo que hay? ¿Con la sabia medicina de “cambia al hombre y cambiará el país”? Pues déjame que te diga que un gobierno no es un púlpito ni el poder una farmacia. Cinco siglos llevan haciendo eso los curas y no hemos cambiado ni rosca».

—Que me quieran cargar ahora con la etiqueta de mandón y de mañoso es puro resentimiento —dice volviendo a su tono despectivo—. Nuestro éxito les molesta. No pueden soportar la idea de que una fórmula tan sencilla como la de Patria y Bienestar haya ganado las elecciones. ¿Qué era lo que teníamos cuando empezamos?

—Dinero no, desde luego.

—Teníamos cuatro partidos sin posibilidad de ganar las elecciones por sí mismos. Teníamos un mensaje de renovación y transparencia. Y teníamos un candidato con carisma, que era usted. Y la fórmula funcionó.

—Es un mérito que no le niego.

—Articulamos una mayoría contra la que no pudo hacer nada la derecha ni la izquierda. Y por eso están todos como cien mil jicaques. Nadie se esperaba esto. Y menos que la figura de usted despertara el entusiasmo que despertó. Pero aquí estamos, a mes y medio de tomar la guayaba. ¿Qué importancia pueden tener las habladurías ahora? El éxito en la vida pública trae resquemores y odios. Y eso es lo que está ocurriendo: todos quieren meter

cizaña y jodernos la milpa que tanto costó sembrar.

Expósito se pasa el pulgar por la mejilla y, tras unos momentos de aparente meditación, agrega con altiva suficiencia:

—En cuanto a que soy ideológicamente anfibio, debo decir que es cierto. Las ideologías solo son los espejitos de las que se valen los listos para utilizar a los tontos. No me llevo con ninguna. Me alejé de ellas como uno se aleja de los credos: por un desencanto progresivo. Y aún me llevo peor con los ideólogos. Se creen superiores al político, al tecnócrata, al empresario, y viven de una autoproclamada superioridad parecida a la de los obispos. Todos hablan de otros mundos, pero ninguno de este. Y nunca se equivocan, no, qué va, cómo va a ser. Y debido a que sus planteamientos no conllevan ningún costo, se atreven a proponer cualquier mulada. Pero llévelos al gobierno, pídales que resuelvan un problema concreto y ahí va a ver. Las ideologías y los ideólogos son buenos para llegar al poder, mas no para gobernar. Y anteponer la ideología a la política es el error de los errores. En política, todo lo que no es posible, es falso. Así que, si dicen de mí, que digan.

—Pues dicen bastante, no crea.

Expósito toma aire y agrega ceñudo:

—Yo no hablo de ideologías, señor presidente. Hablo de sensibilidades políticas. Porque la política es eso, emociones, sentimientos, gritos del corazón. Conozco mi país, conozco a mi pueblo, y sé que las ideologías le vienen del norte. Lo mismo que a mí —dice con desprecio—. En la vida pública lo que cuenta es hacer cosas. Y hacerlas mejor que los demás. Yo me apoyo en lo que sé y puedo hacer. Y eso es todo. Ya me voy haciendo viejo y creo haberme ganado el derecho a pensar como mejor me parece y no como le gustaría a “la opinión”, a los intelectuales, a la Unión Europea o a la embajada de Estados Unidos.

Expósito recompone el gesto y escampa la animosidad, pero no disminuye su arrogancia.

—Dicho lo cual, señor presidente, quiero ratificarle aquí y ahora el pacto que hicimos cuando le propuse la candidatura. Tengo 59 años, le dije; usted, 40. Yo apporto la experiencia del poder; usted la juventud y el carisma. Lo que a uno le falta, le sobra al otro. Somos, pues, complementarios, una especie de

bisagra entre dos generaciones.

—Y sigo estando con usted en eso.

—Me alegro.

—Pero déjeme recordarle que ni yo soy Luke Skywalker ni usted Obi-Wan Kenobi. Y que esto no es *Star Wars*, sino una coalición política. Usted fue el artífice de su creación, pero yo soy el responsable de que funcione.

«Eso es verdad. Lo del artífice, quiero decir. Fui yo quien llegó a pedirle que fuese nuestro “hombre”. Era un candidato sin tacha; no tenía picos ni colas. Poseía credibilidad, seducción, capacidad para emocionar y persuadir, y un irresistible *charm* con las mujeres. Cómo sería que, durante la campaña electoral, un grupo de ellas lanzó un *hashtag* con el lema #queremosunhijotuyo que recibió 105 mil *likes* por respuesta. Todavía no me lo explico, pues para mí es un tipo con atractivo personal limitado. Pero quién entiende a las mujeres. Lo que nunca pude imaginar es que llegaríamos a la situación en la que nos encontramos ahora. Sanabria es el presidente, pero no tiene el control político de la coalición que lo llevó al poder. Soy yo quien en realidad lo tiene, pero no soy el presidente. A ver cómo demonios se arregla esto».

—Por supuesto que no soy un Obi-Wan Kenobi, presidente, pero, ¿no cree que sería tonto echar a perder ahora la imagen que nos hemos fraguado en este tiempo? Hace un año, la gente gritaba: “En estas elecciones vote por las putas. Votar por sus hijos no dio resultado”. Y ya ve, logramos cambiarles el chip. Derrotamos al populismo y al conservadurismo cazando votos a derecha e izquierda. Y ahí está el resultado: victoria en la primera vuelta, mayoría absoluta en el Congreso, y usted, presidente de la República.

Sanabria despega una hoja en blanco del bloc que tiene ante sí y sin levantar la vista comienza a doblarla y desdoblarla con los movimientos premeditados y precisos de quien sabe de antemano lo que quiere hacer.

—No es de eso de lo que hablo —replica con calma—. Solo quería recordarle lo que le dije al aceptar la candidatura. Si ganamos, le insistí, no seré únicamente la fachada de la coalición.

—Eso está más que claro, presidente.

—No pretendo gobernar rodeado de un gabinete de genios. Me basta con que sean íntegros. No quiero un Estado güizache en el que, como ahora, todo son negocios y componendas. Quiero un Estado de Derecho en toda regla. Guatemala es una nación huérfana de justicia y es preciso cambiar eso. Necesitamos acabar con el ladronicio y con una historia de impunidad y corrupción. Eso le dije.

—¿Cuándo me he negado yo a eso? —protesta, vehemente, Expósito.

Sanabria no aparta los ojos del papel que redobla, palpa y pellizca y del que empieza a surgir una figurita alada.

—Este es el tiempo de la impostura, Tulio, el de las mentiras conmovedoras, la posverdad, las *fake news* y todo eso. Hemos visto cómo la verdad se degradaba en el poder y se vendía desde allí como algo genuino. Presidentes, ministros, diputados, funcionarios, mentían sin ningún pudor. Esta es la herencia política que hemos recibido de quienes años atrás prefirieron la corrupción a la justicia. Durante la campaña, hablé con miles de personas. De todas las regiones del país, de todas las edades, de todas las clases. Dando abrazos aquí y allá, besando a amas de casa, acariciando a niños y ancianos, estrechando la mano a obreros, pequeños comerciantes, campesinos. El pueblo, en fin, indistinto y simple. Su petición era siempre la misma: decencia, honradez, respeto por su nombre y por el de un país donde hasta el fútbol se ha corrompido. Basta de humillaciones, basta de agachar la cabeza, decían.

Expósito parece distraído, pero no deja de mirar con curiosidad a la figurita de papel.

—Recuerdo, sin embargo, un caso dramático que me trastornó por completo —prosigue Sanabria—. Ocurrió en Mazatenango, ya al final de la campaña. Habíamos estado en la tarima dos horas entre vivas, músicas, tambores y arengas. Pero aún faltaba lo peor: atravesar toda aquella multitud entre abrazos, banderitas y empujones. En medio de la algarabía y el disloque quise besar a una anciana, pero ella me evitó y, agarrándome por la pechera de la camisa, me gritó en el oído: “¡Ojalá se mueran todos ustedes!”. Aquel grito me descompuso. Aún resuena en mis oídos porque expresaba el verdadero sentir de la gente. En ese momento me percaté de que la farsa electoral no me

llevaría muy lejos si no adquiriría el compromiso de hacer lo que los votantes nos pedían para elevar la autoestima de los millones de guatemaltecos agraviados y agredidos por quienes han manejado el poder hasta la fecha.

Sanabria termina su ejercicio de papiroflexia y coloca sobre la mesa un cisne.

—Eso fue lo que me dije entonces y esto es lo que pienso hacer. Tengo una filosofía de vida: el hombre ha de ser puente, no destino. Y a ella me atengo. No busco dinero ni gloria. Solo quiero ayudar a mi generación y a las que vienen detrás de la mía a cruzar el río de la ignorancia y la pobreza. ¿Es mucho pedir, Tulio? ¿Es tan difícil tener un gobierno con políticos honrados? ¿No es justo aspirar a que quienes gobiernan el país nos hagan sentir dignos en lugar de cubrirnos de vergüenza?

«¡*Ecce* Sanabria! He ahí al hombre, al mesías, al *deus ex machina*: sensiblero como un televangelista y locuaz como un alcalde de pueblo. No es todavía presidente, ni siquiera ha probado ser un líder. Es solo el ganador de unas elecciones y ya se cree el ungido. Pues no, huevón. Guatemala no es ese pueblo “indistinto y simple” que tú dices. Guatemala es un cubo de Rubik de minorías irritables y protestonas. Y gobernar el país es algo parecido a resolverlo, cosa que, por si no lo sabías, no es fácil y debe hacerse por capas: primero la superior, luego la del centro, y por último la inferior. Y tú no tienes la más mínima idea de cómo se hace eso. No me equivoqué al elegirte como candidato. Donde cometí un error fue en creer que tu retórica electoral era solo eso, retórica, y que al final te la tomarías como nos la tomamos todos: como aire caliente y flor de un día. Pensé que recuperarías la cordura. No fue así, por desgracia. Y ahora quieres hacer lo que te salga del unicornio. Pero eso no se va a poder, huevón, eso no se va a poder, porque aquí el que manda soy yo».

—Tengo una curiosidad, presidente —dice suavizando la voz—. ¿Qué fue lo que le indujo a meterse en este juego?

—No estoy seguro.

—¿No está seguro o no me lo quiere decir? ¿Se había cansado de seguir haciendo lo que hacía?

—Puede que algo de eso haya habido. ¿No le ocurrió a usted lo mismo alguna vez cuando era joven? ¿Nunca le atrajo hacer algo diferente a la política?

—Le confieso que sí. Me gustaba el teatro.

—¿El teatro?

—Pero no le vi mucho futuro. Creo que carecía de la pasión suficiente. El poder en cambio es una adicción. Como el alcohol, el tabaco, el fútbol. Una vez que uno la adquiere, cuesta librarse de ella. Eso fue lo que me sucedió. Y usted, ¿cree o creyó alguna vez tener la pasión necesaria para dedicarse a la política?

—Todos tenemos alguna pasión secreta. Y pienso que la política era la mía.

«Lo que tuvo en realidad fue suerte. Nunca imaginé que pudiera ganar las elecciones. Ni en mis sueños más febriles. Yo solo lo quería utilizar como mula de arrastre para llevar al Congreso los 15 o 20 diputados que pretendía la coalición. No estaba ni mucho menos en mis planes llevarle al poder, sino usarle como figurón.

»En la vida, sin embargo, lo previsible es que ocurra lo imprevisto. Y lo imprevisto ocurrió. Arrasó en las urnas y se dio la gran sentada en nosotros. Nadie esperaba un resultado así. Y ahora estamos como estamos, metidos en un lío de tres pares de pantalones y atascados en plena operación “atrapa la mosca y métela en un vaso para que no se te escape”. Sanabria no es el mismo hombre al que ofrecí la candidatura. La política es un baile de máscaras y, quién sabe si la de hacerse el tonto no era la suya. Hasta el triunfo electoral se había comportado con una encantadora mezcla de ingenuidad e inteligencia. Pero su talante cambió. Y ahora muestra incluso un punto de animosidad hacia mí que me pone para los balazos.

»Debí haberlo supuesto. Un hombre fosforescente como él, un tipo a quien le ha acompañado el éxito desde muy joven, no podía ser fácil de manejar. Diseñador de espacios urbanos, edificios singulares, megatemplos y demás,

todo el mundo quería que les diera forma a sus sueños. La arquitectura no le bastó, sin embargo, y entró al negocio de bienes raíces. Y le fue bien, pero tampoco eso llenó por lo visto su vida.

»Tiene la precocidad ese defecto: las apetencias se multiplican y al ver que puedes lograr cualquier cosa, nada de lo que consigues te basta. La política le atraía desde la universidad, me contó una vez. Más como afición que como oficio. Escribía en la prensa, concedía entrevistas, le llamaban a los foros. Era simpático y la gente le seguía. Había llegado muy pronto a la cima de su vida y debió de pensar que, con la misma facilidad que había alcanzado esa cumbre, podría alcanzar otras. Y en esas estaba el “golden boy” cuando se me ocurrió acercarme a él y silbarle al oído lo de “vos deberías ser presidente”. Y él me dijo que sí. Y ganamos las elecciones.

»No diré que se haya ensoberbecido por ello, pero sí que ha llegado al extremo de creer que puede hacer lo que se proponga. Y es que, a fuer de ser sinceros, Sanabria es lo más parecido que hay a un niño de cinco años. Quiere satisfacciones y respuestas inmediatas para todo. Le falta ese sentido práctico de las cosas sin el cual es imposible gobernar. Carece de la astucia y el arte necesarios para hacerse los quites y ordenar la lidia. La política es el arte de inventar coartadas y contar mentiras verosímiles. Sanabria en cambio es un hombre que dice casi siempre lo que piensa. Y eso no funciona en este oficio.

»Pero nadie es hijo hasta que es padre. Nadie llega a la madurez política hasta que descubre, por lo general a destiempo, las claves de un juego que Sanabria cree dominar mejor que quienes llevamos en él toda la vida».

Expósito se incorpora de su sillón, coloca los antebrazos en la mesa y dice:

—Admiro su valentía y su entusiasmo, presidente. Guatemala necesita hombres como usted e ideas como las tuyas. Sin embargo, comprenderá que no podemos cambiar el país en cuatro años.

—No aspiro a tanto, por supuesto. Pero sí a dar un golpe de timón que cambie el rumbo del país. La corrupción y los malos gobiernos han hecho que ser guatemalteco se haya convertido en un acto de fe.

—Cómo así.

—Fe en que un día tendremos un gobierno honrado que nos dignifique a todos y que reforme un sistema político corrupto y criminal. Y el mayor bien que un presidente de Guatemala puede legar a su país es haberlo liberado de esa lacra.

—Eso no va a ser sencillo —rezonga Expósito—. Procesos así llevan años. Y hay que contar con apoyos.

—¿Quién dice? Tenemos mayoría absoluta en el Congreso.

—Sí, pero no será tan fácil como cree.

Sanabria hace un gesto de extrañeza.

—Acordamos que nuestro plan era hacer un gobierno reformador y digno, ¿sí o no?

—Así es, señor presidente.

—¿Entonces? Como decía Mr. Spock, una diferencia que no hace una diferencia no es una diferencia. Estamos como estamos porque lo urgente ha restado prioridad a lo importante, que es el respeto a las leyes. Guatemala no es un país de textos. De textos legales, quiero decir. Es un país de contextos donde cada quien le pone a la ley el suyo. Y esto tiene que cambiar.

«Está claro: quiere inventar la máquina de coser sin haber visto una en su vida. Parece que la historia se renueva y se reanuda. De Jimmy Morales escribió *The Economist* que, cuando se elige un clown como presidente, todo lo que cabe esperar de él es que organice un circo. Y así ocurrió. Con el agravante de que a Jimmy se le crecieron los enanos. Ahora hemos elegido un soñador, de ahí que solo quepa esperar de él una pesadilla.

»Tengo una teoría y creo que es buena. El Buen Pastor abandona el rebaño para rescatar a la oveja extraviada. Hermosa idea. Pero en la vida pública eso sería una locura. Lo justo, lo debido, si se quiere salvar el rebaño, es sacrificar a la oveja perdida. A no ser que el animalito decida volver al redil. Pero este no quiere hacerlo ni a palos y, si lo dejamos suelto, el país se va a romper de tal modo que recoger sus pedazos nos va a llevar de aquí al Día del Juicio.

»Soy un hombre generoso y quiero darle un último chance. Ahora bien, si entre todos no logramos convencerlo hoy de lo contrario, si no cambia de

actitud y se pliega, habrá que recurrir al plan B. Y el plan B no es compasivo. Es un tique en primera clase para que el elegido viaje de la utopía a la autopsia. No permitiré que un héroe de pacotilla nos amargue la fiesta. Este es un oficio desalmado donde el reemplazo sin honores es la regla de la tribu. Y la tribu solo reconoce a sus héroes cuando ya han pasado a mejor vida».

—Hacer cambios radicales en este país es peligroso, señor presidente — dice Expósito, entre paternal y pedante—. Y cuando se han hecho, no han concluido muy bien. Aquí hay gente capaz de todo. ¿Ha pensado alguna vez que si le obligaran a salir del gobierno o sufriera un atentado, Dios no lo quiera, no habría logrado nada y perderíamos todos, usted, nosotros, el país, la oportunidad que hoy se nos ofrece?

Sanabria entreabre los labios y asiente sin decir palabra con un gesto entre campechano y festivo, como si ya hubiese pensado en ello. Toma el cisne de papel en las manos, juguetea con él y dice como al descuido:

—Lo que hoy se nos ofrece, no lo sé. Usted me dirá. Lo que sí sé es que la historia de nuestra reciente democracia es la historia de un extravío. Peor aún: tenemos un sistema corrupto, pero no queremos que se haga justicia. Usted dígame, Tulio, ¿qué es lo que se necesita hacer para que este país cambie, cuando ni siquiera las Naciones Unidas pudieron?

Expósito no responde. Se sostiene la frente con una mano, en actitud de sabio tolerante, pero de lejos se ve que se le está agotando la paciencia.

—Yo se lo voy a decir, Tulio. Lo que se necesita es una reforma que altere radicalmente la forma en que se maneja la política y sancione sin excusas a quienes se aprovechen de ella para hacerse ricos.

—Me asusta usted, señor presidente.

—Yo también estoy asustado, no crea —rompe a reír Sanabria, justo cuando un estrépito disonante, como salido de un torbellino de chillidos, grillos y hojas secas, baja inopinadamente del cielo y prorrumpe de golpe en el salón.

Sanabria vuelve el rostro hacia la puerta acristalada que se abre al jardín y al Hoyo 17.

—¿Qué ruido es ese? —pregunta, inquieto—. ¿Qué sucede ahí fuera?

Dos

A las siete y veinticinco de la mañana, el lobby del Hotel Intercontinental está repleto de personas que vienen y van y dan vueltas en torno a dos figuras de bronce de unos seis metros de altura que se miran sosteniendo un plato. Un oscuro murmullo de conversaciones en voz baja, semejante al de un río encajonado, colma de resonancias un espacio habitualmente sosegado y quieto. Gente bien vestida y bienoliente, hombres, mujeres, viajeros, entran, salen o hacen cola frente al mostrador de recepción.

Cerca de la puerta principal, dos azafatas atienden en una mesa las preguntas de los partícipes en la asamblea anual de la Asociación Latinoamericana de Industrias Farmacéuticas, según reza un póster cercano, y señalan una y otra vez al entresuelo, que es donde se encuentra el salón de convenciones.

Uno de los asistentes, cosa rara, porta una cámara fotográfica con una lente de 200 mm. Y es raro porque en estos días casi todo el mundo utiliza el celular para hacer fotos. Pero este congresista en particular lleva el suyo en el bolsillo de la camisa, del cual sobresalen dos cables blancos conectados a sendos audífonos. Aparentemente está escuchando música, pero una mirada más atenta a sus gestos y a sus labios permite descubrir que está hablando con alguien y que, además, no lleva colgado del cuello el gafete de los asistentes a la convención.

—Tranquilo, Harry —susurra en el teléfono el presunto turista—. En cuanto asome por el pasillo del elevador, te aviso.

—Que no se te escape —le conmina una voz en inglés—. No más lo veas,

comienza a disparar.

—A ver si es posible. Hay mucha gente de acá para allá. El negocio de las farmacias debe de ser muy próspero en este país.

Chris Elizondo, agente de la Drug Enforcement Administration, vulgo DEA, tiene 28 años y es un recién llegado al oficio. Luego de un año en Afganistán, ha sido destinado a Guatemala y lleva siete meses aquí. Ha trabajado en varias operaciones conjuntas con la Policía Nacional Civil y le va bien, le gusta el país, incluso tiene una novia guatemalteca.

En las últimas horas, sin embargo, ha sido asignado de urgencia a una operación de la que tiene la vaga sospecha no va a conducir a ninguna parte.

—¿Nada aún? —insiste la voz en los audífonos.

—Nada todavía, Harry.

La voz pertenece a Harry Carpenter, jefe de operaciones de la DEA en Guatemala, hombre a quien el oficio ha vuelto un tipo agrio y tenso que considera que su guerra es peor que la que libró Eliot Ness, pero el mérito de quienes la libran es menos reconocido.

Carpenter pertenece a ese tipo de jefe que busca siempre resolver los problemas poniendo presión a su gente. *Move fast and brake things*, muévete con rapidez y rompe cosas, es su lema. Lo tomó de Mark Zuckerberg, el fundador de Facebook, y no hay quien se lo saque de la cabeza, pese a que Facebook llegó a perder 120 mil millones de dólares en un día por ir deprisa y rompiendo cosas.

—El tipo tiene un desayuno en La Rosaleda —recalca Harry—. Ha de estar a punto de salir.

—Tal vez quiera llegar tarde. O tal vez se fue antes de que llegáramos nosotros.

—No digas tonterías, Chris. El *motherfucker* está en el hotel, de plano. Así que estate atento.

Elizondo responde con un okey en voz baja, aunque no muy complacido. La misión que Harry le ha asignado esta mañana es la de fotografiar a un tipo que ninguno de los dos conoce, una “persona de interés”, eufemismo utilizado por la agencia para describir a sospechosos relacionados con algún delito, pero a quienes no se puede acusar ni arrestar por falta de pruebas.

La CIA tuvo noticia de una operación de dinero ilícito en Guatemala y los muchachos de la agencia habían relacionado al tipo con ese negocio. Se hospedaba en el Hotel Intercontinental, decía su informe, y traía la intención de reunirse la mañana de hoy con el nuevo presidente de la República en la casa número 4 del club de golf La Rosaleda.

La CIA pasó el “tip” a la DEA y a Carpenter le entró la paranoia.

Y todavía sigue con ella.

Hay, es verdad, un Gulfstream G650 en el Aeropuerto La Aurora, con matrícula de Aruba, y a los muchachos de la CIA se les antoja que es del tipo en cuestión, a quien se le asocia con un tal Emilio Rodas, oscuro hombre de negocios que nadie sabe a qué se dedica y que bien podría ser el operador local del sospechoso.

Pero no son más que conjeturas. Ni la DEA, ni la CIA, ni Interpol tienen nada comestible sobre el *motherfucker*. Suponen que se trata de un blanqueador de altos vuelos. Suponen, claro está, porque todo lo que tienen de él es una foto vieja de grupo que fue necesario ampliar y que, al hacerlo, se convirtió en una dispersión de puntitos que volvieron ilegible su rostro. En los días en que se la hicieron, el *motherfucker* se llamaba Sebastián F. O’Connor y trabajaba en Detroit para Digital Corp., una empresa de computadoras que fue adquirida por Compaq antes de que esta última fuese absorbida por Hewlett-Packard en 2001.

O sea que el tipo lleva delinquiendo una buena temporada. Y alguien que ha eludido la ley por tanto tiempo ha de ser un cerebro alambrado de manera peculiar, un tipo listo y ocurrente, vaya, una especie de x-men capaz de transformarse en un pispás en Roger Rabbit o la madre Teresa de Calcuta.

Solo una persona así podría haber evadido durante veinte o veinticinco años la cuadrículada lógica policial. De ahí que ir tras un gerundio como él se le antoje a Elizondo algo parecido a salir a cazar al elefante que predijo el nacimiento de Buda.

—Harry.

—Sí, Chris.

—Han salido tres tipos del pasillo de los elevadores y vienen hacia la escultura del lobby.

—Qué aspecto tienen.

—Uno podría ser Emilio Rodas. Podría. Y al otro no lo he visto en mi vida. Es un tipo canoso, bien vestido, unos seis pies de alto, gafas oscuras y ademanes de marimandón. Detrás de ellos viene otro que parece un guardaespaldas.

—¡Son ellos, seguro! Y aunque no lo sean, qué importa. Es todo lo que tenemos. Dispara, Chris, dispara. ¡Que no se te escapen!

Elizondo se lleva el visor de la cámara al ojo izquierdo, enfoca el teleobjetivo, oprime el obturador y deja ir una ráfaga de cinco fotos.

—Ya está —le susurra al bolsillo de la camisa—. Aunque no estoy seguro de que haya salido alguna buena. Hay demasiada gente aquí que se cruza y se mueve de un lado al otro.

—Un momento. Están saliendo del hotel ahora —dice Carpenter—. Van a subir a un BMW deportivo que hay en la entrada. Vente para acá, vamos a seguirlos. ¡Date prisa!

Elizondo sale del hotel, corre hacia un Toyota *Land Cruiser* negro, estacionado al otro lado de la calle y se mete apresuradamente en él por la portezuela derecha.

—¿Y si no es el tipo que buscamos? —le dice a Carpenter, un tipo flaco y desgarrado, con la cabeza afeitada, traje negro, corbata negra, gafas negras y unas manos huesudas y pálidas con las que se aferra al timón del vehículo.

Carpenter no dice palabra. Tiene la boca entreabierta y la mirada puesta en el retrovisor. Varios vehículos pasan al lado del Toyota, hasta que el BMW lo adelanta. Carpenter encaja la primera velocidad, pisa el acelerador y el vehículo sale tras los sospechosos.

Solo entonces, le responde a Elizondo.

— Tiene que ser él. Yo a estos tipos me los huelo. ¿Has tenido alguna vez una vivencia sobrenatural?

—¿A qué te refieres?

—A una de esas experiencias en que uno percibe algo que está más allá de los sentidos. Un sobresalto inexplicable que te viene debido a la presencia de

algo que está muy cerca de ti, pero que no puedes ver.

Elizondo encoge los hombros y frunce los labios en un gesto ambiguo.

—Pues yo sí —asegura Carpenter—. Me sube un ramalazo por la espalda cada vez que tengo cerca a uno de estos hijos de su madre. Y aunque no los vea, los siento.

Elizondo ha encendido la cámara y examina en la pequeña pantalla las fotografías que ha tomado en el lobby.

—Rayos, ni una buena. El tipo está casi tapado en todas. Había demasiada gente, ya te dije, y nadie se estaba quieto.

—¡*Fuck!*

—¿Y si solo estamos persiguiendo humo?

—No, no es humo, te digo. Llamé al subdirector de la Policía Nacional Civil. Quedó en darme el nombre con el que el fulano ha entrado al país o con el que está registrado en el hotel.

—Puede que use un nombre falso o que tenga varias identidades. Cualquiera puede comprarse hoy día un pasaporte o varios y entrar al país cada vez con uno distinto.

El BMW rodea la cuadra del hotel, sale a la Avenida La Reforma y acelera el paso hacia el sur, en dirección a la Plaza del Obelisco.

—Si gira en Las Américas y toma el Bulevar Los Próceres, sabremos que va a La Rosaleda —dice Carpenter, quien conduce inclinado sobre el timón y con los ojos clavados en la trasera del BMW.

El vehículo con los tres hombres continúa hacia la Avenida Las Américas, pero en lugar de girar a la izquierda para dirigirse al Bulevar Los Próceres, aumenta la velocidad.

—¿Adónde va este hijo de su madre?

Trescientos metros adelante, el BMW dobla a la derecha, en el monumento al general San Martín, llega al Aeroclub, gira a la izquierda y toma la Avenida Hincapié, en dirección a Villa Canales.

—Estos tipos no van a La Rosaleda.

—Te lo dije, Harry.

—Tal vez se dirijan al lago. ¿Estás seguro de que la reunión es allí? ¿No será en el Mayan Golf, aquí cerca, en Villanueva?

—Los muchachos de la CIA dijeron que sería en La Rosaleda.

La Avenida Hincapié corre paralela a la pista de aterrizaje del Aeropuerto La Aurora y el tráfico allí es más fluido. El BMW toma distancia sobre el Toyota, pero un poco más adelante se le encienden los pilotos de los frenos.

—Está entrando al área de los hangares del Aeroclub. Va a tomar un avión, el maldito —dice Carpenter.

—Pues en La Rosaleda no hay pista de aterrizaje.

Carpenter detiene el automóvil ante la talanquera de acceso al Aeroclub y se identifica. Acto seguido, el Toyota accede a una calle asfaltada a cuyos flancos se alinean los hangares donde se estacionan avionetas y aviones privados.

A unos doscientos metros de distancia está el BMW. Los tres hombres que iban en él se han apeado del vehículo y se dirigen rápidamente a un helicóptero Bell Jet Ranger estacionado fuera de un hangar donde se lee “Libélulas, Inc”.

—El pájaro va a alzar el vuelo —dice Elizondo.

—¡Me llevan todos los demonios! —masculla Carpenter, al tiempo que observa, impotente, como el Bell se eleva con un suave hamaqueo, abandona el aeropuerto por el este y desaparece tras los elevados edificios de la Zona 14.

El estrépito en el salón ha llegado a ser tan molesto que Expósito se levanta del sillón y, seguido por Sanabria, se dirige a la doble puerta acristalada que se abre al *fairway* del Hoyo 17. Cruzan el jardín sin cercar y salen al campo de golf. Alzan la mirada a lo alto y por unos momentos quedan arrobados ante la presencia de una inmensa parvada que se mueve errática por el cielo.

Son cientos, tal vez miles. Suben a lo alto, como arrastrados por un invisible vórtice, giran alocadamente en él, caen en picada o permanecen suspendidos en el aire como barriletes a contra luz.

—Azacuanes —comenta Expósito con los ojos semicerrados y la mano sobre las cejas—. Guatemala se encuentra en el corredor de estas aves

migratorias, pero no veía uno de estos alborotos desde que era niño, en Barberena.

—Se supone que anuncian el fin de las lluvias —dice Sanabria.

—Algo así, pero este año han pasado más tarde. Tal vez porque el invierno ha sido benévolo en el Norte.

—Siempre creí que eran aves de una misma especie, como los zanates o las garzas.

—En realidad son una mezcla de especies. Aves de presa en su mayoría. Águilas, halcones, gavilanes, cernícalos. Vienen de Canadá y Estados Unidos y migran a la Patagonia para pasar el invierno allí. Cada día es para ellos una aventura. No saben qué van a comer ni si podrán sobrevivir.

—Mi hijo y yo encontramos dos días atrás uno muerto. Había caído en el jardín. Lo descubrimos por una nubecilla de jejenes que revoloteaban cerca del cadáver. Tenía la cabeza picoteada y un ala rota. El jardinero dijo que era un azacuán.

—En un viaje tan largo, solo sobreviven los más fuertes. Los demás, los débiles, los enfermos o los que no aguantan el trote, deben someterse a esa brutal ley de la naturaleza. A su hijo le afectó, supongo.

—Era su primera experiencia con la muerte. Estaba muy conmovido.

—¿Lo tuvieron en las manos?

—¿Al azacuán? Sí. Lo enterramos juntos. ¿Por qué?

—Dicen que es de mala suerte tocarlos.

Sanabria no pone atención a la última frase. Hay una escena en el aire que ha desencajado sus facciones.

—Mire de este lado, Tulio.

—¿Dónde?

—Ahí nomás, cerca del *green*.

Una escuadrilla de gavilanes se ha lanzado sobre la paloma de plumaje agrisado que picoteaba a la orilla de la pequeña laguna, próxima al Hoyo 17. Al oír el estruendo de la parvada, la paloma ha alzado el vuelo y cruza ahora el *fairway* batiendo las alas con visible angustia. De lejos se ve, sin embargo, que no tiene ningún chance de salvarse. El más veloz de los gavilanes se ha adelantado a los demás, se precipita en picado sobre la paloma, la embiste y

choca brutalmente con ella. La paloma pierde el equilibrio e incapaz de recomponer el vuelo se precipita a tierra, dando vueltas sobre sí, aparentemente aturdida. Antes de estrellarse en el suelo, sin embargo, el gavilán la atrapa por el vientre y, en segundos, la paloma queda exánime en las garras del depredador. El gavilán se eleva a gran velocidad. La oscura escuadrilla le sigue graznando y exigiendo su parte de la pieza hasta que, al fin, el grupo desaparece tras un bosque de cipreses y cedros.

Los dos hombres mantienen sus miradas en la lejanía. Un profundo silencio los separa y no parece que en su fuero íntimo, esa arca impenetrable donde cada persona oculta sus convicciones y sus secretos, hallen motivos para reanudar la charla.

Sanabria baja la mirada a la grama del *fairway*, gira sobre sus talones y a paso lento y medido se encamina de regreso a la casa de la doble puerta acristalada que se abre al campo de golf.

El Toyota que conduce Carpenter se desliza a gran velocidad por la Avenida Las Américas, beneficiado por el escaso tránsito de esta mañana de sábado. Son casi las ocho y media y la temperatura es de 19 grados. En la radio del vehículo, Bruce Springsteen insiste haber nacido en USA y por la ventanilla entra una mezcla de olores a diesel, resina de pino y hamburguesas con queso. Adheridos a los postes de luz eléctrica o pinchados en la grama de los arriates, sobreviven algunos carteles con fotografías y lemas de las últimas elecciones, en tanto el general San Martín observa con mirada estólida el ir y venir de la avenida desde lo alto de su pedestal.

Carpenter se pasa la palma de la mano por la cabeza rapada y masculla con las mandíbulas tensas:

—Hay días en que me digo qué rayos estoy haciendo aquí.

Elizondo escucha a su jefe sin mirarlo. Carpenter se ha dedicado a despotricar desde que dejaron el Aeroclub. No solo se le ha escapado el *motherfucker*, sino que ni siquiera puede demostrar que se trata de un sospechoso.

—Años atrás montamos aquí una operación para atrapar a un narco local —le dice a Elizondo—. Se llamaba Otto Herrera. El tipo servía de contacto

entre los cárteles de Cali y Sinaloa. Contaba aquí con la ayuda de políticos y funcionarios del gobierno, jefes policiacos y militares de alto rango. Y nos llevó cinco años descubrir que era uno de los blanqueadores de dinero más importantes del mundo. Lo detuvimos en Bogotá, pero no se le pudo decomisar todo el dinero que había escondido. En su casa de La Cañada le encontramos 14 millones de dólares. Esa suma, sin embargo, era una tercera parte de la que guardaba. Los primeros policías que llegaron a la casa de Herrera hicieron un tumble, como ellos dicen, y se repartieron dos terceras partes del botín. Se me revuelven las tripas cada vez que lo recuerdo.

Elizondo cabecea con desánimo.

—Y así todo —prosigue Carpenter—. *El Chapo* Guzmán recibía con regularidad informes del ejército y la policía. Por eso no conseguían atraparlo. Sabía siempre cuándo y dónde le tenían preparada una trampa. Eso es este oficio, *my friend*, una frustración constante, un continuo ejercicio de impotencia. Por si fuera poco, trabajas en un país extraño, siempre estás en peligro, no puedes hacer todo lo que quieres, dos ojos son insuficientes para guardarte y tienes las manos atadas. Una porquería. Estamos perdiendo una guerra que en muchos casos se libra sin intención de ganarla.

Cerca del Obelisco, el tráfico empieza a moverse con desgana justo cuando el celular de Carpenter emite un coro de voces femeninas que en tonos subacuáticos y gangosos canturrean “El corrido del caballo blanco”.

—Aló.

—¿Harry?

—Lo escucho, señor subdirector. ¿Cómo está?

—Bien, Harry. Muy bien. Le quería contar sobre el *Gulfstream G650* del que me habló.

—Ah, sí, sí. Dígame.

—No está a nombre de ninguna persona particular, sino de una corporación. Y en él no llegaron ni uno ni dos individuos. Fueron cuatro matrimonios. Vinieron de Canadá a la convención.

—Carajo.

—Hay otros aviones estacionados, pero todos son corporativos y de empresas conocidas. Lo que significa que la “persona de interés” de que me

habló debió de llegar en un vuelo comercial. Y eso dificulta su identificación.

—Algo se podrá averiguar, digo yo.

—No me friegue, Harry. Usted sabe cómo es esto. Son más de cuatro mil las personas que ingresan al país a diario por el Aeropuerto La Aurora. Y ni siquiera estamos seguros de que su hombre haya entrado por vía aérea. Pudo haberlo hecho por tierra o por barco.

—¿Y qué me dice del hotel? ¿No ha averiguado nada entre la lista de huéspedes?

—Ordené investigar la lista. El problema es el mismo. El hotel está *full* debido a la convención farmacéutica y hay más de cuatrocientos huéspedes. Y no es el único. Los otros hoteles están copados también. ¿Quién dice que no pueda estar en alguno de ellos?

—Ni que lo hubiese hecho a propósito, el hijo de su madre.

—Lo siento, Harry. La convención va a durar tres días y aunque detectáramos algún sospechoso, no podríamos detenerlo. Imagínese el escándalo.

—¿Podría pedirle otro favor? Acabo de ver al sospechoso salir del hotel. O el que pienso que es el sospechoso. Se ha subido a un helicóptero en el Aeroclub. Uno de la compañía de Libélulas, Inc. ¿Le sería mucha molestia averiguar el nombre del fulano?

—Tengo mucho que hacer esta mañana, Harry.

—Es importante averiguar esto. Muy importante. ¿Podría hacerlo por mí? ... Gracias.

Carpenter se guarda el celular y pega un bufido.

—¿Nada? —pregunta Elizondo

—Nada. Están igual que nosotros. A oscuras. Pero a veces siento que la Policía Nacional Civil no hace todo lo que debiera. Y al final resulta que nuestro trabajo viene a ser algo así como las fajas de los gimnasios, en las que se corre y se suda un montón, pero sin avanzar ni una yarda.

—Pensé que el subdirector era un buen hombre.

—Yo también quiero creer que sí, pero no puedo fiarme de él. Aquí nadie puede fiarse de nadie cuando a cada poco oficiales y jefes de policía son procesados por corrupción.

Elizondo entiende que su jefe necesite desahogarse. Carpenter es un hombre expeditivo, pero sobre todo un cazador. Y esas son dos aptitudes que no se llevan muy bien.

—Hay que comprobar si esa rata sin nombre va a reunirse en La Rosaleda con el presidente Sanabria. Y tú vas a encargarte de eso.

Su tono es imperativo, autoritario, el de una persona que espera que sus órdenes no sean discutidas.

—Dime que vas armado.

Elizondo se abre el chaleco y le muestra la Glock de 17 tiros que lleva en la sobaquera de lona a su costado derecho.

En el celular de Carpenter vuelve a sonar, acuoso y gangoso, “El corrido del caballo blanco”.

—¿Sí?

Carpenter escucha en silencio la voz al otro lado de la línea y luego de unos segundos dice:

—De acuerdo, señor. Llego enseguida.

—¿Quién era? —dice Elizondo.

—El embajador. Debo reunirme con él ahora mismo. Me dejas en la embajada y te vas a La Rosaleda. No te arriesgues más de lo debido, pero saca todas las fotos que puedas. Necesitamos comprobar de manera fehaciente que Sanabria se ha reunido con el *motherfucker*.

—No te preocupes.

Cuando llegan a la Plaza del Obelisco, Carpenter gira hacia la Veinte Calle y, unos doscientos metros adelante, detiene el Toyota frente la residencia del embajador de Estados Unidos.

Carpenter abandona el vehículo y Elizondo se sienta al volante.

—Vete por aquí todo seguido —le dice Carpenter—. Llegarás antes si subes por Muxbal.

Carpenter siente afecto por Elizondo, pero su carácter desabrido no le permite tener gestos afables. Todo lo más que se le ocurre es golpear con la palma de mano un par de veces el techo del Toyota, como quien azota el anca de un caballo, y decir:

—Hoyo 17, ahí está la casa donde van a reunirse. Es la número 4, no lo

olvides. Abre los ojos, no te fies de nada ni de nadie. Ve con mucho cuidado. Y cualquier cosa, me avisas, ¿okey?

—Okey, Harry —responde Elizondo, metiendo la primera velocidad y perdiéndose en la Veinte Calle con un rechino de llantas.

Carpenter observa alejarse el Toyota con el ceño fruncido a causa del sol temprano. Elizondo es un buen muchacho. Algo inexperto aún, pero decente y cabal. Si las taras de este oficio no llegan a amargarle la vida, podría llegar muy alto.

Tres

Los oscuros azacuanes han enderezado el rumbo hacia el Sur. El campestre sosiego ha regresado al campo de golf y a su ancestral arboleda. Y en el salón de la casa número 4 hay un ambiente fresco y grato.

Sanabria se dirige al bufé, se sirve un vaso de agua y camina hacia la mesa de blanco mantel que adornan los ramitos de azaleas. Deposita el vaso en la mesa, se sienta y se acaricia el dorso de una mano con la palma de la otra. Quién sabe si el incidente de los azacuanes ha tenido algo que ver en el caso, pero un extraño malestar le ha empezado a subir al pecho y la garganta. Tiene un hervor en el cuello que exaspera el roce de la camisa, pero su cerebro sigue estando alerta como siempre le sucede cuando se queda con Expósito a solas.

Expósito se ha vuelto también a sentar y ha tomado en las manos el cisne de papel que Sanabria había dejado sobre la mesa. Con gesto reflexivo desdobra la figurita, extiende el papel frente a sus ojos y siguiendo las líneas de los pliegues trata de reconstruirla. Hace media docena de dobleces, los deshace de nuevo, lo vuelve a intentar. Por último alza los párpados y sonríe a Sanabria con un gesto que pretende justificar su ignorancia en el arte de la papiroflexia. Coloca sus dedos regordetes sobre el papel cruzado de surcos y frunces y con una voz con la que pareciera querer borrar lo hablado hasta ese momento comienza a decir:

—Estando recién casado, a mi esposa se le estropeó el secador de pelo, un aparato sencillo. Y pensando que por dentro tenía un mecanismo acorde con su aspecto exterior, decidí que repararlo debía de ser cosa fácil. Lo abrí y lo desarmé. Ordené las piezas y las observé un buen rato, convencido de que en

alguna encontraría el origen del problema. No lo encontré, por supuesto. Y fui incapaz de volver a armar el maldito secador, como ahora me sería imposible reconstruir este cisne de papel.

Sanabria, que lo ve venir, frunce el ceño como quien divisa a lo lejos un atisbo de borrasca.

—Alterar el sistema político del país es algo parecido. Pero, además, resulta peligroso. No se puede hacer borrón y cuenta nueva sin crear el caos. Y le ruego que no se ofenda por esto que le digo. Solo pretendo advertirle de los riesgos que se corren. Puede que incluso no llegara a contarle.

—¿Me está amenazando, Tulio?

—Dios me guarde. Pero hay muchas fuerzas en contra de una reforma como la que usted pretende. Y algunas muy agresivas.

—No llegará la sangre al río.

Expósito vuelve a tomar la hoja de papel y hace con ella un cucurucho.

—Podemos reformar el sistema —dice con algún desdén— pero no la cultura política. No de la noche a la mañana. Hace más de treinta años cambiamos el sistema, nos hicimos democráticos. Pero la cultura política siguió siendo la misma. Y la conclusión es obvia: si la cultura no cambia, igual da que reformemos el sistema.

—Como no van a cambiar las cosas, Tulio, es mirando para otro lado.

—Entiendo, señor presidente, pero las políticas de choque no son aconsejables —su esfuerzo por no mostrar hostilidad ni irritación se ha vuelto más ostensible—. Violentar ciertos modos y costumbres sería fatal. El país se convertiría en un infierno. El sah lo intentó en su momento y mire en qué se convirtió Irán, en una tiranía.

—Sé lo que quiere decirme. Tenemos una legalidad moderna, pero no la cultura para respetarla. También comprendo que una nación que se precie debe sentir el respeto a su pasado y a sus tradiciones. Pero algunas de ellas son perniciosas, como por ejemplo las “tradiciones” políticas, sus usos, sus costumbres, el tráfico de influencias, el taparse unos a otros, los negocios bajo la mesa, el reparto del botín. Y eso es lo que hay que erradicar. A eso me refería. Guatemala tiene una cultura política provinciana, con rezagos del siglo XVIII, prácticas del XIX y nostalgias y maneras del XX. Grandes porciones de la

población viven aisladas en esos espacios temporales y será difícil progresar si no las reunimos en uno solo.

—Y yo le insisto que sería catastrófico. Guatemala es un pequeño continente donde cabe toda clase de contenidos, modos de ser y de pensar, etnias, creencias. Esto es lo que tenemos y con eso hay que vivir. Las ideas se desgastan, envejecen, se esfuman. Las tradiciones, en cambio, permanecen. Y la gente se aferra a ellas por ser parte de su identidad.

—Ciertas tradiciones, Tulio. Otras ejercen una presión nefasta sobre la modernidad, se resisten a ella, la marginan, la repudian. Aquí, cuando alguien trata de mover algo, puritanos y conservadores se rasgan las vestiduras, se arrojan ceniza sobre sus cabezas y, dando toda clase de gritos, se lanzan a ejecutar en público la danza de los mojigatos. Algo así como la Danza de la Conquista, pero con cruces, biblias y rosarios. Sucedió cuando dijeron no a la democracia, luego a la justicia y sucede ahora con la reforma del Estado y del sistema electoral y de partidos. ¿Es usted uno de esos danzantes? ¿No? ¿Entonces cómo se le ocurre decirme a estas alturas que no podemos cambiar las cosas? Hicimos un compromiso de cambio. Y seré yo, no usted, no el Congreso, quien tenga que dar la cara.

«No consigo entender a este hombre. No sé qué se trae entre manos y eso me saca de quicio. ¿Cómo ha podido cambiar tanto? ¿Cómo puede ser tan diferente conmigo? Hasta hace poco me decía Daniel. Ahora me llama señor presidente y me trata con falso respeto. Se ha vuelto hosco y arisco y, desde la victoria electoral, la opinión que tenía de mí ya no es la misma. Se resiste a todo o casi todo en lo que coincidíamos antes. Si no lo hace con palabras, lo hace con ese ademán, casi un tic, de negar con la cabeza sin mirarme mientras hablo. Tiene autocontrol para escuchar, pero sabe que esos cabeceos me condicionan y los usa como recurso para descartar de antemano mis razones. Y cuando me mira a los ojos, lo hace con un gesto seco y rígido, casi inquisitorial, con el cual me hace sentir que, en vez de escuchar, me está juzgando.

»Con todo, conoce como pocos los caminos de la política y sería difícil gobernar sin su auxilio. Expósito es como la temperatura: no se ve, pero se

siente en cualquier ámbito de la vida pública. Ha pasado sin quemarse por todas las hogueras del país. No es precisamente un triunfador, pero sí un superviviente. Y esta es una pericia de la que pocos políticos pueden presumir. Lleva seis legislaturas auestas y ha cambiado de partido cuatro veces con la excusa, según él, de que no es culpa de la veleta que gire, sino del viento por cambiar de dirección.

»Forjador de coaliciones, cazador de voluntades, promotor de directivas y presidencias, es un archivo ambulante: de personas, de experiencias, de datos. Ha sido embajador, ministro, canciller. Ha sido de todo, menos un líder de esos que van adelante y dan la cara, sino uno de los que empuja por detrás, desde las sombras. Detesta las luminarias por principio y moverse en la oscuridad ha sido su virtud más esplendente. Cuando hace declaraciones públicas, las envuelve en un lenguaje tan ambiguo y obtuso que lleva casi siempre a la pregunta ¿qué habrá dicho?

»Expósito sabe más de lo que se piensa, aunque quiera hacer creer que no es más que un político provinciano sin mucha preparación. Soy plebeyo por mi origen, dice, pero noble por mis sentimientos. Y nadie le cree, claro está. En especial lo de los sentimientos. Tiene sueños de grandeza y no puede apartarse de ellos. Es un martillo cuando habla en el Congreso con su habitual insolencia de placera. Y no capitula nunca. Solo se retira a sus cuarteles de invierno para preparar desde allí un nuevo ataque o una nueva conspiración.

»La lucha por el poder endurece y Expósito tiene alma de granito. Se ha librado de todo mal, como dice el padrenuestro, y ha salido con bien de naufragios y derrotas, aunque a costa de numerosas cicatrices. Hace solo dos años era un político amortizado. Nadie daba un centavo por él. Y de pronto, reapareció en el mercado político con la coalición Patria y Bienestar. Bah, dijeron los expertos, eso no va a funcionar. Pero Expósito dio en el clavo y el clavo resultó siendo yo».

—La mayoría absoluta le da un gran poder a nuestra coalición, eso es verdad —Expósito no puede evitar que la irritación se le escape por los labios y los ojos—. Pero los diputados no tienen disciplina. Puede que la tengan en Estados Unidos o en Europa, donde los partidos son sólidos. Pero no

aquí. Aquí son como cabras sin dueño. Por no decir otra cosa. Los políticos cambian de opinión y de intereses así —dice chascando los dedos—. Lo único que disciplina el voto es la plata. A la fecha, la coalición está unida, pero no hay ninguna seguridad de que podamos sostener la mayoría absoluta cuatro años. La megapaca podría saltar por los aires. Tenemos muchos enemigos, gente que buscará socavar la unidad. Eso sin contar la deslealtad, una constante de nuestra vida pública. Así que, dígame usted, cómo cree que puede hacer ese fantástico cambio que pretende —concluye en tono altanero.

—No se puede cambiar el país en cuatro años, le doy la razón. Pero sí la justicia y el modo de hacer política. Y ese cambio es el punto central de mi agenda. Incluso le podría decir que no tengo otros.

—Los tendrá.

—Muy bien, los tendré. Pero no por ello voy a dejar de hacer lo que el pueblo me pidió. Y para hacer eso me basta y me sobra con ese tiempo. No soy un conservador, Tulio. Un conservador es alguien que prefiere el orden a la justicia sin percatarse de que, sin la justicia, la sociedad acaba siempre en el desorden.

—Me cuesta creerlo. El pueblo es crédulo e ignorante. No le importa demasiado la justicia. Solo atiende a las cosas que tienen que ver con su bolsillo. De todo lo demás no entiende una jota.

—No era eso lo que opinaba usted cuando me pidió que fuese su candidato.

—Sería bueno hacer un diagnóstico social para que usted mismo se convenza.

—¿Otro? Estamos de diagnósticos hasta la coronilla. Nos los hemos hecho ya todos. Nos los han hecho ya todos. Y nadie ha encontrado todavía la receta para cambiar las cosas. Es hora de echar mano del bisturí, de lo contrario aquí vamos a acabar comiendo cera.

—Se hará como usted diga, señor presidente... —resume con aparente humildad Expósito.

«No le creo. Ni una palabra. Y eso me resulta perturbador. Para quien no lo conoce, Expósito podría parecer un tipo folclórico. Para mí es un viejo

zorro con quien toda precaución es poca. Sigue siendo el titiritero del guiñol que se representa a diario en el Congreso, el *master of the house* y el *keeper of the zoo*. Su frase favorita, no sé si propia o ajena, es que, si se quiere tener éxito en la vida, hay que partir siempre del principio de realidad, el cual avisa que los hombres no son buenos, sino traidores, mentirosos e hipócritas. Lo dice con sarcasmo, claro. Y cuando lo hace, la gente a su alrededor se ríe porque la mayoría piensa que es cierto.

»Jorge Skinner-Klée, el político más refinado del país en el último medio siglo, se dirigió a él con ocasión de uno de los tantos potajes que Expósito preparaba en el Congreso. Tratando de exaltar las “virtudes” del entonces joven político, Skinner-Klée lo llamó en voz alta cocinero, enredador, titiritero y flautista. La prensa entrevistó más tarde a Skinner-Klée y le dijo que todos los epítetos se entendían, menos el último. ¿Qué había querido decirle con lo de flautista? A lo que aquel incisivo azote del foro nacional contestó con sorna:

»—Otro día se lo explico.

»Nadie puede saber qué maquina en cada momento este hombre. Tiene más artilugios y recursos que una navaja suiza. Lo mismo que la salamandra, es anfibio, y sabe controlar esa frialdad que le protege de las llamas mientras los demás se abrasan en ellas. Pero más que otra cosa, Expósito posee el arte de hacer ver un mirlo donde otros ven una torre. Gobernar con él, en suma, será muy difícil, una operación de alto riesgo. Algo parecido a arrojarse desde un avión y tener uno que hacerse el paracaídas mientras va cayendo».

—... pero debo advertirle una cosa, presidente. La experiencia me ha enseñado que una buena política es aquella que no intenta voltear la tortilla de golpe. Sigue siendo una buena regla. Y si no, vea los casos de Árbenz, de Ríos Montt, de Serrano. A los tres se los llevó la mula por eso.

—Entiendo las dificultades. Pero uno ve cómo los gobiernos pasan, en tanto la corrupción se queda. La Comisión Internacional Contra la Impunidad se fue del país y la clase política volvió a las andadas. A la corrupción, a los negocios turbios, a las trampas de siempre. Hemos practicado hasta hoy una democracia de puerta giratoria. Entran unos, salen otros, y nada cambia. Ni

dentro ni fuera. Y hemos llegado a un punto en que ya no nos llaman la atención los escándalos. Nos asombra la cuantía de los latrocinios, pero no nos sorprende el mal olor. ¿Cómo no va a prosperar el populismo? El populismo es la rebelión de las masas de nuestros días y brota del estiércol generado por unas élites corruptas.

—No se referirá a nuestra coalición.

—Me refiero a todos. Nos hemos acostumbrado a vivir con la hedentina que asciende de esa fosa séptica en que se ha convertido la vida pública. Políticos, jueces, abogados, militares, funcionarios, contratistas del Estado y empresarios, viven en ella y de ella. Pero en vez de resolver el problema, preferimos taparnos la nariz. Y para eso, mejor me hubiese quedado en casa. Esto tiene que cambiar. Si no podemos politizar la honradez, como hemos politizado otras cosas, si seguimos considerando el Estado un botín, en lugar de un medio para alcanzar el bien común, estamos jodidos.

—Discúlpeme por lo que voy a decirle —replica Expósito con un dejo de cólera en la voz—. Me parece que no quiere entender que la capacidad de maniobra de un presidente para gobernar este país es menor, bastante menor, de lo que usted imagina. Le recuerdo dos casos, el de Cerezo y el de Morales. Cuando Cerezo llegó al gobierno, se preguntaba qué porcentaje del poder tendría. Basado en la división de poderes, él suponía que sería un 33 por ciento. Solo después de ganar las elecciones se dio cuenta de que era alrededor del 20. En cuanto a Morales, sospecho que no tuvo ni el 10. Tal vez menos, debido a lo que se llamó entonces el poder paralelo de la CICIG... lo veo sorprendido.

—¿Eso cree?

—Eso creo, aunque lo entiendo. Cuesta aceptar que el poder no sea un hombre, como piensa la mayoría de los guatemaltecos. Pero lo cierto es que el poder es una clase. La que gobierna y la que aspira a gobernar. Una clase en la que están todas las clases. Y ante ella, un presidente tiene un poder muy limitado. Miguel Ángel Asturias se quedaría estupefacto si viera cuán distintos son los señores presidentes de hoy día comparados con el suyo.

De improviso, Expósito se levanta del sillón.

—¿Quiere una taza de café? El bufé tiene muy buena cara.

El especialista en cambiar de asunto cuando le conviene, ha dado una muestra más de su talento para hacerlo.

—Gracias, Tulio. Tomé algo en casa antes de venir.

—¿Un cruasán? ¿Un vasito de jugo? Disculpe que lo trate como una abuelita, pero no lo veo bien.

—Estoy bien. Solo tengo algo de jaqueca.

—¿Quiere que le pida una aspirina?

—No, gracias. No es para tanto.

—¿Me permite entonces que me sirva? De pronto se me ha abierto el apetito.

—Por supuesto, Tulio.

Expósito regresa con dos tiras de beicon en un plato, un pucho de huevos revueltos, un tenedor, una tostada de pan, una servilleta de hilo y un vaso con jugo de naranja.

—En mis años de vida pública —le dice a Sanabria con el gesto del proxeneta cuando instruye a sus pupilas— he aprendido otra cosa que debería saber. Y es que el poder del presidente no viene del pueblo que le votó.

Ante el gesto extrañado de Sanabria, Expósito se apresura a decir:

—Legalmente sí, viene del pueblo. Pero el poder real, el que cuenta, viene de los poderes que lo sostienen. Y esos poderes son las fuerzas vivas del país, los grupos de presión, las minorías organizadas con voz, pero sin voto. La nuestra no es una democracia representativa, sino otra de poderes periféricos.

Sanabria le mira con inquietud.

—El poder es como un río cuyo caudal se va incrementando con afluentes grandes y pequeños. En la naturaleza, esos cursos de agua se mueven conforme a la ley de la gravedad. En la vida pública, los afluentes del poder, los diputados, los sindicatos, los empresarios, los maestros, los clérigos, los pastores, las doñas de la Terminal o la asociación de productores de brócoli se mueven por intereses. De manera que eso de que todo el poder para el pueblo no es más que un espejismo. Al pueblo se le atrae con palabras. Con ellas se consigue que piense lo que uno quiere que piense. A los poderes, en cambio, hay que atraerlos con mercedes, bulas, dádivas, favores, dispensas. Y es con todas esas aguas que un presidente va hinchando su río. Desde los

césares a los zares, pasando por los papas y los emperadores, ha sido así desde siempre. Sin esos caudales, el poder se debilita hasta reducir el río a un arroyo. Y usted cuenta con muy pocos para hacer lo que pretende hacer — concluye con los ojos entornados y sin mostrar emoción.

—Por anteponer los intereses a las leyes estamos como estamos, Tulio.

—En Guatemala, señor presidente, los intereses van siempre primero. Y en Washington. Y en Sebastopol. Y en el estrecho de Bering. De ahí que en ocasiones sea necesario saltar por encima de las leyes.

—¿Qué quiere decir con eso?

Expósito se encoge de hombros.

—Lo que ya le he dicho. La democracia es un sistema de poderes donde el presidente del Ejecutivo no puede hacer todo lo que desea. No hay por tanto seguridad de que podamos hacer lo que prometimos. O de que nos lo dejen hacer si no contamos con los apoyos adecuados. Y para eso será necesario hacer concesiones, repartir deferencias, conceder permisos, pagar favores. Usted me entiende.

—Todo para el pueblo, pero sin el pueblo.

—No me lo había planteado de ese modo. Pero sí, más o menos es eso.

—La fórmula del despotismo ilustrado.

—Llámelo Matías López, si quiere.

—El método de los militares. El de Serrano Elías, Ríos Montt, Álvaro Arzú. La vieja escuela, esa que por tradición tiene al pueblo por un retrasado mental. La política de la ocultación, los privilegios, los negocios ocultos. La del poder tutelar y el paternalismo hipócrita. La de gobernar en contra y pese a la opinión, en lugar de con ella. Todos los vicios del antiguo régimen.

—Ya me dirá, presidente, cómo se gobierna un pueblo sin educar, si no es con algún despotismo —el sarcasmo le supura a Expósito.

—El sistema pudo funcionar cuando el 95 por ciento de la gente era analfabeta, pero ahora hay una clase media que crece y a la que no se puede engañar. No es como en el pasado. Una creciente proporción de la sociedad está más adelantada que sus gobernantes. De ella han venido las protestas y las manifestaciones de los últimos años.

—Y la falta de compromiso. Nadie quiere ensuciarse las manos. La batalla

es siempre imperativa y heroica, pero no para quienes no tienen que librarla.

—Pero ese es el “pueblo” de nuestros días. Y también el pueblo que viene, el del futuro. Un pueblo distinto al de hace cincuenta, cien años atrás, que es el que está desapareciendo. La sociedad ha cambiado, pero la política no. Y menos aún los políticos. Hemos dejado de ser una república bananera, Tulio. Empezamos a ser un país al que no se puede dar atole con el dedo. Y eso exige que el discurso, la actitud ante el ciudadano y el modo de gobernar deban ser por fuerza distintos.

—Esa etapa no ha empezado aún, señor presidente. Este es un país diverso, pero no homogéneo. Las clases medias son ¿qué? ¿Una tercera parte de la población?

—Algo así.

—Pues mire lo que le digo. Eso de que el país deba ser gobernado conforme a los criterios de los gringos, de los europeos o de la McCleary, criterios propios de países con una clase media que puede llegar al 80 por ciento de la sociedad, no va a suceder aquí en generaciones. Ellos pasaron por esa etapa hace siglos. Y han olvidado, por lo que se ve, las bestialidades que cometieron con sus “pueblos” respectivos. Pero quieren que gobernemos el nuestro como ellos gobiernan los suyos. Y eso no se va a poder.

—Claro que se va a poder. A no ser que ustedes me lo impidan.

Expósito acusa el golpe, pero no demuestra enojo. Solo alza ambas manos con un ademán parecido al del cura en el ofertorio. Su gesto es de una resignada fatiga.

—Todas las revoluciones exigen dinero, señor presidente. En especial las pacíficas. Y la suya tal vez más que ninguna. ¿Ha pensado por casualidad en eso?

—Claro que sí.

—El gobierno saliente no va a dejar un centavo en las arcas, otro rasgo de nuestra ejemplar cultura política: el que venga detrás que arree. Así que mucho me temo que el primer año nos lo pasemos apagando fuegos, pegando parches y papando moscas. Entre la sequía de este año y el déficit, no nos quedan muchas opciones. La deuda del Estado a corto plazo es de 5 mil millones de dólares. Solo en enero tenemos que pagar 2 mil y tengo la

impresión de que las penurias van a continuar otros dos años. Necesitamos soluciones prácticas a corto plazo.

—Nuestra prioridad es la reforma política, Tulio, y un grupo de gente digna y honrada en el gobierno.

—Si algo sé de este oficio es que, en la vida pública no triunfan los hombres de conducta moral intachable, sino aquellos que consiguen hacer cosas. El público intuye las bajezas en las que todo político debe incurrir para sacar adelante sus compromisos. Y si bien no las condona, tampoco perdona a quienes, por demasiado dignos y honrados, no consiguen su propósito. El político está ahí para manejar el poder con pericia, no con una sotana, una biblia o una toca de monja. No, señor presidente. Lo primero de todo es sacar la cabeza del agua.

El maestro del guiñol se ha quedado mirando a Sanabria con expresión cínica.

—Donde no hay mata no hay papa —agrega inventándose un refrán—. Todas las cosas quieren tiempo y dinero, menos en la vida pública, donde todo el mundo piensa que el dinero brota de los árboles. Vea el estado de los hospitales, de las carreteras, el atraso en el pago de salarios. Vivimos una situación catastrófica. Habrá que renegociar la deuda externa, emitir más deuda interna, subir los impuestos, incluso vender algunos bienes del Estado para salir del apuro.

—Usted me está hablando de problemas que sin duda habrá que resolver y que...

—... y por si eso no fuera bastante, tendremos a la oposición encima, a la prensa, a *la embajada*, a la comunidad internacional, a las ONG, a las Naciones Unidas, a los *observadores* de aquí y de allá, todas esas gangas de las que gozamos los países pequeños y débiles que no podemos defendernos de las intromisiones ajenas. En la vida pública no hay misericordia y entre todos nos van a hacer salsa mayonesa. Ahí va a ver. ¿Ha observado cómo se amontonan las hormigas sobre unos pocos granos de azúcar? Pues así. ¿No le parece adorable?

—Claro que no, Tulio.

—Será un camino más complicado de lo que pensábamos hace dos años,

cuando formamos la coalición. No podemos empezar como lo hicieron Arzú, Serrano, Morales y otros, a paso de ceremonia. La deuda y las trampas heredadas del actual gobierno no pueden ser una excusa para que nos quedemos quietos. Tenemos que arrancar con un bombazo, una sorpresa, algo que lleve al pueblo el mensaje de que el país ha echado a andar. Algo que atraiga su atención desde el primer día de gobierno.

El celular de Expósito ha empezado a sonar en tono apagado en su bolsillo.

—Ahora bien —agrega sin prestar atención al tilín-tilín del teléfono—. Ni todo está tan mal como se cree ni tampoco tan mal como se piensa. Hay que conservar la calma, lo primero. Y lo segundo, aprovechar el momento psicológico en que arranque nuestro gobierno con un plan que produzca un gran impacto. Para ello hay que buscar dinero. Donde sea y como sea. Y ese es el motivo de la reunión de esta mañana, presidente. Quieren proponernos algo y la respuesta de usted es decisiva.

El teléfono sigue sonando sin que Expósito le preste atención.

—Tenemos que ser realistas. No se debe defraudar a la gente, como usted bien dice, pero tampoco se puede agradar a todos todo el tiempo. Hay cosas que son más urgentes que otras. Y de usted depende que arranquemos nuestro periodo como Dios manda o que nos perdamos entre el cafetal. ¡Aló! —dice con la voz alterada, tras extraer de un tirón el celular.

Expósito ha ido subiendo el tono de voz a medida que hablaba hasta contestar casi gritando el teléfono, pero se da cuenta de su estado de ánimo y trata de recobrar la compostura.

—Perdón, Gracita. Sí, sí, el señor presidente y yo nos encontramos ya en el salón de la casa número 4... ¿En diez minutos?... Muy bien. ¿Sabes dónde queda? ¿No?... Llégate a la casa club, pasa por delante de ella, sin detenerte y, como a unos quinientos metros, metida en el camino del bosque, ahí está la vivienda... ¿Vienen juntos?... Va pues, Gracita, aquí les esperamos a los seis. ¿Qué saben de Murphy Ruano?... ¿Nada?... Está bien, está bien. Esperemos que esta vez sea puntual.

Cuatro

Protegida por un elevado muro blanco y adornada con faroles negros, la residencia del embajador de Estados Unidos es una edificación de dos niveles cuya fachada recuerda algunas casas de los estados sureños de la Unión. Hay una garita de seguridad a un costado donde Harry Carpenter se identifica antes de cruzar una pequeña glorieta en forma de media luna que conduce a la entrada de la casa. Harry se adentra a paso resuelto en el vestíbulo y prosigue hasta un gran jardín trasero cubierto de césped a cuyos flancos corren dos frondosas arboledas. No es un jardín propiamente dicho. Más parece un parque rumoroso al que la elevada fronda agitada por la brisa de noviembre da un aire decimonónico.

A unos cincuenta metros, Carpenter localiza al embajador Robert Turnbull con un puro entre los dedos, charlando con una mujer de piel oscura, cabello liso y actitud distante, tanto que, tras echar un rápido vistazo a Carpenter, vuelve otra vez el rostro hacia Turnbull.

El embajador tiene extendido un brazo y señala el final del jardín en una pose que recuerda las estatuas de Cristóbal Colón. Lleva una gorra de visera en la que se lee la palabra PING y un polo de color verde lima.

—Esta parte de la ciudad —le dice a la mujer— se llamaba hace siglos “El llano de la culebra”, debido a que lo atravesaba una especie de camellón, de unos 15 pies de altura, que pasa por el fondo del jardín. Era prehispánico y estaba hecho de barro y piedra pómez. Se cree que fue construido para usos ceremoniales, ya que la serpiente era un símbolo asociado a las deidades mayas. También se dice que era una conducción de unas 15 millas de longitud

que servía agua a la ciudad maya de Kaminal Juyú. Cuando en 1776 la capital del reino se trasladó de Antigua a este valle, los ingenieros militares españoles construyeron encima del camellón un acueducto para abastecer de agua a la ciudad. Hoy está abandonado. Y si un dron volara por encima de él, solo registraría una kilométrica joroba cubierta de árboles que corre desde... ¡Hola, Harry! Buenos días. Bienvenido.

Carpenter se quita las gafas de sol y saluda al diplomático.

—Qué bien huele ese habano —le dice.

—No es habano, es hondureño. Camacho —replica Turnbull mostrando la vitola—. Sabe bien y está mejor hecho que los tabacos de Cuba.

—¿No es algo temprano para fumarse uno?

El trato entre ambos hombres tiene esa informalidad propia de la clase media de Estados Unidos, si bien de lejos se percibe la diferencia de educación y de oficio. Si es cierto el cínico adagio según el cual siempre hubo clases y las seguirá habiendo, las diferencias entre Turnbull y Carpenter lo ratifican y suscriben. Turnbull es un virginiano con tufos, y Carpenter, un neoyorquino de Queens.

El embajador muestra el puro que tiene entre los dedos.

—Un hábito de la familia. Mi padre encendía uno después de desayunar. Y a mí me quedó la costumbre. Pero solo fumo los sábados. Harry, te presento a Malaika Dikeledi, analista de la FATF, agencia integrada por 35 países que tiene como fin la investigación e implementación de medidas para combatir el lavado de dinero. Malaika, este es el agente especial Harry Carpenter, jefe de la Country Office de la DEA en Guatemala.

—Un placer conocerle, Harry. Me han hablado muy bien de usted en los últimos diez minutos —dice dirigiendo a Turnbull una mirada cómplice—. Incluso me han llegado a decir que usted es el mejor, después de Cristo.

—¿El mejor?

—El mejor carpintero —responde Malaika con una sonrisa.

Las facciones de Malaika le recuerdan a Carpenter las de la actriz Thandie Newton: frente despejada, labios bien dibujados, pómulos relucientes, nariz pequeña. Thandie no le cae bien desde que hizo *Misión Imposible* con Tom Cruise. O quizás sea Tom Cruise quien le cae mal debido a que encarna un

agente secreto de cartón y, por contagio, también le cae mal Thandie Newton.

Malaika es, sin embargo, más elegante. Un vistazo a su traje de chaqueta hace pensar a Carpenter que está muy lejos de esa aura de excentricidad que acompaña la vestimenta de las actrices de Hollywood.

—Sé lo que está pensando —dice Malaika, con un movimiento de cabeza que Carpenter no sabría decir si es altanero o coqueto—. En cuanto empiezo a hablar, las personas entrecierran los párpados, contraen las pupilas y ponen más atención a mi acento que a lo que pueda decir.

—Acertó.

—Nací en Ciudad del Cabo y, cuando hablo, mi tono les recuerda a muchos el acento de Mandela.

—Solo que Mandela era menos agraciado que usted.

Malaika Dikeledi acepta el cumplido con una sonrisa forzada, de esas que llegan a los labios cuando se escucha un mal chiste, pero enseguida vuelve a su glacial seriedad y a su tiesura de maniquí.

—¿Nos sentamos? —dice Turnbull.

Los tres se encaminan hacia la pérgola del jardín amueblada con una mesa de cristal y sillones de ratán forrados de cojines blancos. En el centro de la mesa hay un cenicero en forma de hoja, una jarra de limonada con hielo, unos vasos y un ejemplar de *Prensa Libre*.

—No tenemos agenda, ¿verdad?

—No, embajador —dice Malaika.

—Entonces déjeme poner a Harry en antecedentes. Ayer recibí una llamada de Todd Robinson desde Washington. Me dijo que Malaika Dikeledi llegaría por la noche a Guatemala y me rogaba encarecidamente que la recibiera y escuchara. La razón de su viaje es de carácter informativo, aunque muy importante. Se trata de un asunto que podría afectar uno de los objetivos de nuestra política exterior en la zona. Y pensé que deberías estar presente. Malaika...

—Gracias, embajador. Se trata de un grave asunto que nos preocupa en la FATF. Hemos recibido alertas de nuestras representaciones en Suramérica y el Caribe acerca de movimientos sospechosos de capital, muy voluminosos por cierto, y en especial de una abultada operación financiera con dinero ilícito

que podría tener lugar a corto plazo en la región.

—¿De cuánto estamos hablando? —pregunta Carpenter.

—De unos 4 mil millones de dólares. Tal vez más.

—¿Está de broma? ¿4 mil millones de dólares? ¿En un país como Guatemala? ¿Sabe lo que está diciendo?

—¿Ha olvidado el caso de Liberty Reserve, la financiera costarricense? Entre 2006 y 2013 lavó 6 mil millones de dólares. Y Costa Rica es una economía más pequeña que esta.

Carpenter no se da por vencido.

—¿Y en qué lugar se está concentrando ese dinero?

—No lo sabemos aún, pero pensamos que se trata de una transacción o un negocio de tal magnitud que no podría hacerse sin la colaboración de algún gobierno de la zona.

—¿También el de Guatemala? —pregunta Turnbull alzando una ceja.

—También. Desde que el mundo es mundo, existe una relación perversa entre políticos y crimen organizado, entre empresarios y delincuentes, entre curas y mafiosos. Allí donde haya miseria, corrupción, fragilidad institucional y necesidad de capital, habrá siempre espacio para operaciones de esta naturaleza.

Malaika calla unos momentos. Su pose es ahora más rígida y su semblante parecido al de una madre superiora en un mal día. Y a Carpenter se le ocurre que, si la invitara a cenar, correría el riesgo de acabar rezando el rosario con ella.

—Los hindúes aseguran que el mundo descansa sobre un elefante —dice, al cabo, Malaika—. Yo creo que lo hace sobre una serpiente parecida a esa que se levanta al fondo de su jardín. La suya, embajador, se oculta bajo árboles y hojas. Esta de la que les hablo se agazapa a la sombra de nombres falsos y corporaciones fantasmas. ¿Se acuerdan de *El huevo de la serpiente*?

—¿La película? Sí, claro —dice Turnbull con suficiencia—. Tenía un simbolismo aterrador. A través del cascarón del huevo, decía uno de los personajes, se puede ver al reptil ya formado.

—Esto es algo parecido. Pero son muchos los que no ven o no quieren ver al reptil. La economía mundial se mueve a la grupa de esa serpiente. Y sin

embargo, si dejara de reptar, el mundo se detendría.

—No me diga —comenta Carpenter con marcado sarcasmo.

—Quiero decir, si el trillón de dólares que cada año generan las actividades ilícitas no se lavara y no regresara al flujo de la economía mundial, la catástrofe sería de tal magnitud que muchos países se instalarían de nuevo en la Edad de Piedra.

—Me quiere tomar el pelo.

—En absoluto. La economía mundial necesita el retorno de ese dinero y, si no lo hace, estaríamos fritos. Pero este negocio del que he venido a alertarles rebasa toda dimensión y todo cálculo. No existen antecedentes de operaciones así.

—¿Y qué pruebas tiene la FATF de que ese negocio vaya a realizarse en la región?

—Tenemos fundadas sospechas que compartimos con Interpol, basadas en argumentos sólidos.

—O sea que no tienen pruebas, solo tienen argumentos.

Malaika le lanza a Carpenter una mirada molesta.

—Conoce el bitcoin, ¿verdad, Harry? —dice después de una pausa—, ¿la moneda digital con la que pueden hacerse por internet pagos en forma anónima?

—Claro —responde Carpenter, quien ha oído hablar del bitcoin, pero no entiende muy bien cómo se usa.

—¿Y ha oído hablar de otras criptodivisas, como el ethereum, el ripple, el litecoin, el moneros, el zcash?

—Esas las conozco menos.

—Son monedas que no dependen de los bancos centrales, pero que se utilizan en forma masiva.

—¿Y?

—En 2017, Interpol detuvo en Grecia a un ruso de 38 años, Alexander Vinnik, que había lavado 4 mil millones de dólares con un sistema de cambio de monedas virtuales, las que Vinnik compraba o vendía a secuestradores, traficantes de drogas y de armas y ladrones de identidad. Fue un caso revelador, pero el público lo ha olvidado porque no entendió muy bien el

delito.

—He oído hablar de él.

—Entonces estará también al tanto de que, a causa de una sorpresiva demanda, el precio de las criptodivisas ha venido subiendo desproporcionadamente en las últimas semanas.

Malaika mueve la cabeza y se aparta de nuevo el cabello de la frente con un ademán entre desafiante y frívolo. Se nota que domina el territorio por el que se mueve y que sospecha la ignorancia de personas como Harry Carpenter, un hombre de acción que está lejos de conocer los entresijos de un negocio del cual solo unos pocos conocen la tecnología necesaria para aprovecharse de él.

—Interpol tiene un departamento especializado en delitos cometidos con criptomonedas —dice Malaika—. No tiene pruebas aún, pero sospecha que la operación tiene el propósito de esconder la suma de dinero que he citado y que con toda probabilidad ha sido suministrada por mafias y grandes organizaciones delictivas.

—¿Las mafias del mundo metidas en un negocio que no entienden? No, no, no, eso no es posible.

—Claro que lo es. Sabemos que los capos de esas mafias se han empezado a sentir abrumados por el cerco al que están siendo sometidos. Cada vez se les dificulta más mover las exorbitantes sumas de dinero que ganan debido a la vigilancia y las restricciones que les han venido imponiendo los gobiernos del mundo industrializado. De ahí que les atraiga menos invertir sus excedentes de liquidez en productos tradicionales, como bienes raíces, acciones, bonos, obligaciones o instrumentos financieros por el estilo.

—Y en qué piensan invertirlo, porque, francamente, no quedan muchas opciones.

—Esta gente ha venido planeando invertir ese dinero en negocios de otro orden: puertos, aeropuertos, viaductos, grandes puentes, autopistas de peaje, prospecciones de petróleo, obras que requieren miles de millones y que son de imperiosa necesidad en los países en desarrollo.

—Y para ello se valen de las criptomonedas —interviene Turnbull.

—Pues sí. Y la razón se debe a que ese dinero es prácticamente indetectable. Nuestra sospecha es que las mafias han organizado una red de

negocios ilícitos con cientos o miles de servidores en todo el mundo. Interpol sospecha que alguna de estas mafias tiene operaciones en Centroamérica, pero la búsqueda no ha dado hasta ahora ningún fruto.

Carpenter deja la limonada sobre la mesa de cristal y mueve a un lado y otro la cabeza. Demasiadas tonterías para una mañana de sábado.

—Si conozco bien este negocio —dice—, los traficantes no se meten en esos jardines. No tienen la capacidad ni el dinero. Los que atrapamos aquí, cuando menos, son narcos de poca monta.

—No es a ellos a los que me refiero, Harry. Es a los grandes. Y esos sí tienen la capacidad y el dinero. Si Pablo Escobar pudo decir un día que él solo podía saldar la deuda nacional de Colombia, ¿qué no podrían hacer las mafias de Rusia, Estados Unidos, China, Japón o Europa? Acabarían por apoderarse del control político de países soberanos, pero frágiles y pequeños, como Guatemala, y las grandes potencias dejarían de tener sobre ellos la influencia y el peso que habían tenido hasta ahora. ¿Se imagina las inversiones que acabo de mencionar manejadas por las grandes mafias?

—No, no lo puedo imaginar porque no es realista lo que dice. Para nosotros es más importante, por ejemplo, vigilar los movimientos de organizaciones terroristas y su interés en utilizar las rutas del narcotráfico para introducir sus agentes en Estados Unidos, vía Centroamérica.

—Estamos hablando de lo mismo, Harry. A los narcos y a las mafias les interesa el terror porque desvía el esfuerzo público hacia los terroristas, no hacia ellos. El “efecto distracción” les favorece.

Malaika ha pronunciado sus últimas palabras con la mirada puesta en los ojos de Turnbull.

—No quisiera ser descortés —farfulla Carpenter—, pero creo que en su agencia están imaginando cosas y que hay más fantasía en esa hipótesis que en una novela de Ian Fleming.

—¿Perdón?

Malaika se ha crispado de repente. Tiene la expresión de un fiscal. Pero Carpenter, quien la observa con el ceño fruncido, no muestra la menor intención de ofrecerle excusas. Y el motivo es que se está empezando a hartar. No ha dejado el seguimiento del *motherfucker* para venir a escuchar un

melodrama que se sabe de memoria.

—¿A dónde quieres llegar, Harry? —interviene Turnbull, en tono repressivo—. Los hechos son los hechos. Y si Todd Robinson desde el Departamento de Estado nos ha pedido que escuchemos a Malaika es porque también allí están preocupados con este asunto.

La interrupción de Turnbull, por lo brusca, revela una falta de sintonía con Carpenter y la actitud que ha adoptado desde su llegada. Con todo, Carpenter sabe respetar el rango y el “señor, sí señor” de los marines, cuerpo en el que se formó de joven. Así que dice un “sí, señor” con la mirada y se queda en silencio.

—Lo que me cuesta entender —dice Turnbull, dirigiéndose a Malaika—, es por qué habría de implicarse un gobierno como el de Guatemala, por ejemplo, en una operación de lavado de dinero como esta. Es mucho lo que tendría que perder. La presión internacional sería terrible y hasta justificaría derrocar el gobierno, como hicimos en Panamá con Noriega. Nadie ha olvidado esa lección.

—Quizás no me he explicado bien, embajador —replica Malaika—. No se trata de una operación común de lavado, como las que estamos habituados a ver y en las que los delincuentes actúan en niveles operativos muy bajos. Hablo de una instancia superior, de un salto cualitativo del dinero ilícito.

Carpenter no puede contenerse.

—¿Una instancia superior? —pregunta, mordaz—. ¿A qué o a quién se refiere? ¿A Putin, al primer ministro chino, a la ONU?

Turnbull dirige a Carpenter una mirada de reproche, pero Malaika, haciendo caso omiso del sarcasmo, sigue hablando sin alterar su tono de burócrata reseca y racional.

—Según nuestras estimaciones, el flujo monetario procedente de actividades ilícitas constituye la segunda potencia económica mundial, después de Estados Unidos.

—¿La segunda potencia mundial? —dice incrédulo Turnbull.

—Supera a China y a Japón. Y lo que quizá usted no sepa, Harry, es que esa potencia genera y maneja en la actualidad ese trillón de dólares al año que he dicho. Tal vez más. Ese es el tamaño del monstruo, la dimensión del mal. O

si quieres expresarlo de otra forma, el PIB del capitalismo ilícito. El mundo ya no es lo que solía ser. Ahora es una gigantesca lavadora donde el trillón se recicla, entra y sale de empresas inexistentes, y va y viene de un sitio a otro hasta que se abre la escotilla de algún banco por la que reingresa en el sistema legal como dinero limpio. Millones de sociedades interpuestas esconden el dinero ilícito y, a modo de estaciones de paso, facilitan este descomunal reciclaje financiero, en tanto miles de servidores dispersos por el mundo y de redes ocultas o sumergidas ejecutan esas operaciones a la velocidad de la luz. Solo en las Islas Caimán hay 550 bancos. La mayoría solo tiene una placa en la puerta. Conozco el caso. He trabajado allí. Con 55 mil habitantes, toca a un banco por cada cien personas. ¿No es ridículo?

»¿Y qué decir de las corporaciones? Hay unas cien mil registradas en paraísos fiscales. Todas ellas anónimas. Y la mayoría de corta vida. Otras nuevas vuelven a surgir en su lugar para no darse color. La tecnología está haciendo desaparecer el efectivo, esto es un hecho. Solo en los países pobres el cash sigue siendo importante. En los países ricos, la circulación de papel ha caído un 25 por ciento en los últimos diez años. Y seguirá cayendo hasta que la mayoría del dinero se mueva en un entorno puramente digital.

»Pero el dinero ilícito no solo se deposita en bancos, pues hacerlo es cada día más difícil. También se convierte en oro, metales preciosos, diamantes, que son usados para fines perversos. Les cuento un caso que conozco de primera mano. Una agrupación yihadista de Somalia, llamada Al-Shabab, mata elefantes en Kenia. Centenares de ellos. Saca clandestinamente el marfil de allí y se lo venden a las mafias chinas. Luego lava ese dinero y con él financia la compra de armamento y explosivos para sus actividades terroristas. La última frontera del lavado, no obstante, es la que acabo de mencionar: las criptomonedas, un dinero que se crea en el ciberespacio y cuyos propietarios e inversionistas se esconden tras el anonimato.

—Me parece que estamos perdiendo el tiempo —dice Carpenter mirando a Turnbull—. Todo esto es pura especulación.

—¿Qué es lo que le ocurre, Harry? —salta Malaika, con el ceño arrugado—. Le estoy dando una información valiosa sobre un peligro inminente. ¿Por qué no puede entender la gravedad del caso?

—Porque no le veo pies ni cabeza.

Malaika baja los ojos y se observa unos instantes las manos en cuyos dedos brillan unas uñas bien cuidadas sin pintar. La analista de la FATF parece estar haciendo un ejercicio de contención y paciencia.

—Solo le diré que el departamento de informática de Interpol ha examinado miles y miles de *blockchains*, vale decir, rutas de transferencia de dinero, y que hay una fuerte concentración de esos envíos en el Caribe. Y eso nos hace sospechar que la operación podría ser inminente.

—¿Y cómo se hacen esas transferencias? —pregunta Turnbull.

—Por medio de la *DeepWeb*, el inframundo digital, un espacio cibernético quinientas veces más grande y profundo que internet, donde se pueden conseguir armas de fuego, pasaportes, explosivos, pornografía infantil, dinero falsificado, asesinos a sueldo, drogas, arte, joyas y relojes robados, listas de cuentas de bancos y compañías de seguros y documentos confidenciales con la misma facilidad que usted se compra unos jeans en Amazon. La Red Oscura es prácticamente impenetrable. Ni siquiera Google puede llegar a ella. Es un laberinto de pasillos secretos desde donde la hez y la escoria de la humanidad hacen toda clase de negocios en la sombra.

Cinco

Cuando entran de nuevo al salón, justo antes de sentarse, Sanabria mide a Expósito con la mirada y, en un tono de autoridad que no había mostrado hasta ahora, le pregunta:

—Tengo bastantes cosas que hacer hoy, Tulio. ¿Está seguro de que vendrá su invitado?

—Por supuesto que sí —dice Expósito, echando un vistazo el reloj—. Es un hombre muy puntual.

—¿Cómo dijo que era su nombre?

—José María Rabassa.

—Pensé que se llamaba Godot.

—¿Godot? ¿Quién es ese Godot?

—Un tipo que ha prometido reunirse con otros dos que le esperan bajo un árbol hablando tonterías.

—Entiendo —dice Expósito, aunque a decir verdad no lo ha entendido.

—¿Lo conoce bien?

—¿A quién, al señor Godot?

—No, al señor Rabassa.

—Para serle sincero, no mucho. Pero siendo jóvenes vivimos juntos la caída del Muro de Berlín.

—Emocionante, ¿no?

—Pues sí. Fue emocionante entonces y lo es recordarlo ahora. Guardo en la memoria el ruido de los martillazos contra el cemento, el frío y la grisura de aquel 9 de noviembre del 89. También las lágrimas, los abrazos. Y, sobre todo,

la impresión de estar viviendo el momento histórico más importante de mi vida. No sabíamos el peligro que corríamos. La mayoría de la gente ignora que aquella manifestación frente al muro a punto estuvo de convertirse en una masacre.

—¿Se conocieron ese día?

—Nos conocimos en las inmediaciones de la Puerta de Brandeburgo, sí.

—¿Y qué hacía en Berlín?

—Trabajaba como funcionario en nuestra embajada, cerca del parque Tiergarten.

—Me refiero a él, al señor Rabassa.

—Estaba allí para sacar una maestría en finanzas. Su padre era puertorriqueño; su madre, irlandesa. Pero había crecido en Nueva York. Cuando tenía cuatro años, sus padres fallecieron en un accidente aéreo y fue llevado a un orfanato donde permaneció hasta los quince. El brutal cambio de vida y la educación religiosa lo volvieron callado e introvertido. No fue muy feliz allí, según me contó. Odiaba que le ordenaran lo que tenía que hacer, los horarios, la disciplina. Pero era inteligente. Y los curas le consiguieron una beca en la Universidad de Nueva York donde estudió comercio internacional. Cuando terminó, se fue a Alemania. Las finanzas eran su interés ahora, pero no dejaba de hablar de un asunto que le tenía trastornado: internet. Decía que aquello era el futuro, cosa que a mí me sonaba a chino.

—¿Y qué fue después de él?

—Nos escribimos por un tiempo. Después sucedió lo que sucede con las amistades efímeras, perdimos el contacto. Hace como dos años, viajé a Nueva York para asistir a un simposio político. Llamé a un viejo amigo que vivía allí desde hacía años y salimos a cenar. El lugar elegido fue el Asiate, el restaurante del Hotel Mandarin Oriental, en Columbus Circle. Está en el piso 35 y tiene vistas a Central Park. Examinando el menú, me fijé en una de las mesas que daban al parque. Había en ella tres hombres que charlaban animadamente. Uno de ellos estaba de perfil y su rostro me resultaba familiar. Durante toda la cena estuve intrigado con la identidad del personaje hasta que, cosa de una hora después, los tres hombres se levantaron. La mirada del desconocido se cruzó con la mía y ambos alzamos las cejas sorprendidos.

Ante mí tenía a José María Rabassa, mi compañero de aventura frente al Muro de Berlín aquel inolvidable día de 1989. Nos dimos un abrazo, más acorde con la emoción de la sorpresa y la memoria que del afecto, y nos presentamos a nuestros respectivos acompañantes. Y cuando le dije que yo había formado en Guatemala una coalición de partidos para presentarnos a las elecciones, su rostro cambió. Del recuerdo pasó al interés en un instante.

»—¿Vas a estar muchos días en Nueva York? —me dijo.

»—No, me voy pasado mañana.

»—Antes tienes que almorzar conmigo. No te me puedes escapar. Hay algo de lo que quiero hablarte.

»—Será mejor si desayunamos.

»—Hay un sitio muy agradable aquí cerca, en el Trump Tower. ¿Te parece que nos juntemos a las ocho?

»—Me parece.

»Nos reunimos y hablamos más de dos horas. Tenía un proyecto colosal que me dejó deslumbrado. Y yo pensé que aquella era una gran oportunidad para Guatemala. Y este es el motivo de la reunión de esta mañana, la conversación que ambos tuvimos en Nueva York hace más de dos años. No volví a saber de él, pero hace unos meses recibí una llamada de Emilio Rodas, su asociado en Guatemala.

—¿Tiene negocios aquí?

—Sí. Rodas me dijo que Rabassa quería hablarme. Le di mi teléfono, me llamó. Planeaba hacerme una visita y proponerme un asunto. Nos reunimos, me contó. Y de eso es lo que quiere hablarle a usted hoy.

—¿Cómo es?

—Tiene 56, 58 años. Es agradable, educado. Algo misterioso, pero ¿qué hombre de negocios no se guarda cosas?

—No le debemos nada, ¿verdad?

—¿Cómo se le ocurre? —dice, ofendido, Expósito—. Nuestra campaña ha sido limpia. No hay favores que devolver, se lo aseguro. Nuestro invitado solo quiere que usted le escuche. Solo eso.

Expósito ha hecho una pausa significativa y acecha las facciones de Sanabria. Pero este guarda silencio. Solo asiente con suavidad y dice:

—Un mal titular estos días, Tulio, un escándalo como el de Otto Pérez, el de Baldetti o el de Odebrecht, ya sea sobre corrupción, financiamiento ilícito u otra chulada así, y el país se va al diablo. Y nosotros, por delante.

—Confíe en mí, señor presidente. No se repetirá el escándalo de 2015 ni el de septiembre de 2017. No habrá apaños tipo Odebrecht ni marufias por el estilo. No habrá intermediación ni comisiones. He tomado todas las medidas para que casos así no se repitan.

—¿A qué se dedica este hombre?

—Es *chairman* de una corporación internacional de inversiones llamada One Globus Corp., con sede en Luxemburgo. Tiene *brokers*, clientes y agencias en 19 países. Y maneja una cartera de 250 mil millones de dólares.

Sanabria asiente sin decir palabra y luego comenta en voz baja:

—Tremendo.

—A trescientos metros, gire a la derecha —advierde la voz del GPS en el vehículo de Chris Elizondo.

El joven agente de la DEA suspira. Hay mañanas como esta, luminosa y saturada de verdor, en que a Elizondo le gustaría quedarse en Guatemala para siempre. La ciudad capital está a dos horas y media de Houston, puede ver por televisión las grandes ligas, y tiene Netflix, Pizza Hut, MacDonald's y los servicios de una docena de couriers para traer de Estados Unidos lo que se le antoje. Guatemala no es Afganistán. Este es un país hermoso y su gente es buena. Y aunque el oficio exige correr riesgos, podría encontrarle un ángulo donde esa peligrosidad fuera mínima. Una agencia de investigación privada, por ejemplo. Con los contactos que ha hecho hasta hoy, sería una actividad razonablemente lucrativa.

Otras mañanas, en cambio, ese súbito entusiasmo se vuelve ánimo desabrido, muy parecido al de Carpenter, un tipo desencantado con el oficio luego de 16 años peleando una guerra imposible de ganar. Pasan los sistemas, pasan los gobiernos, dice, y la corrupción, las drogas o el tráfico humano no ceden o son cada día mayores.

Los caminos de la memoria llevan a Elizondo a su infancia, cuando sus

padres lo llevaban a las playas de Corpus Christi, en Texas. Retozaba un buen rato en el agua y, al salir, su madre le compraba un helado de vainilla. Aquel inefable dulzor al chocar con el amargo del salitre que se le había quedado en los labios era el mejor momento del día. Y así le sabe Guatemala a veces, solo que al revés. Uno se enamora de su paisaje de media montaña, de su luz, de la limpieza de su aire, de la gente buena, pero a poco regresa a los labios el amargo sabor del salitre.

Antes de venir a Guatemala, asistió a conferencias y clases y leyó abundante material sobre el país. Los guatemaltecos no estaban conformes con la política ni los políticos, decían los instructores. Uno de los sucesos que dramatizaba este dato había ocurrido años atrás, un 15 de septiembre, día en que los guatemaltecos celebraban la fiesta de la Independencia. La gente se había echado a la calle para pedir la renuncia de una mayoría de diputados que habían reformado sorpresivamente el Código Penal. El país entero se alzó contra sus representantes, las banderas se tintaron de negro y, al cabo, hubo que suspenderse la celebración de un día tan señalado. Pero lo que estaba ocurriendo en Guatemala ahora era el finibusterre, por usar una palabra que acaba de aprender. Se le habían acabado las metáforas: la del narco-Estado, la del pulpo, la del cáncer, la del nuevo Leviatán. No llamaban ya la atención. Se habían vuelto insonoras e insípidas. Los últimos cuatro años de gobierno habían supuesto un retroceso más. Y nada parecía tener solución.

La corrupción es un asunto cultural, le comentaba un asesor local de la embajada. Los poderes necesitan frenos y la democracia de Guatemala no había sabido ponérselos. Nuestras instituciones son frágiles o están en manos de gente corrupta, agregaba el funcionario. De ahí que haya pocas organizaciones y organismos en quienes se pueda confiar.

—A cien metros, gire a la derecha —vuelve a decir la voz del GPS.

Un rótulo a un lado de la carretera advierte: “A La Rosaleda Country Club 2 km”.

Chris Elizondo pisa el freno del Toyota y, algo más adelante, abandona la autopista y se adentra en la solitaria franja asfaltada que conduce al campo de golf.

En el camino, cuyas orillas adorna un exuberante desfile de jacarandas,

repara las instrucciones que le ha dado Carpenter. Lo esencial es fotografiar al *motherfucker* lo más cerca que sea pueda. Y si es posible, al lado de Sanabria o de Expósito.

Elizondo detiene el vehículo frente a un doble arco con puertas enrejadas pintadas de negro y con apliques de bronce. A un costado, hay una garita con vidrios polarizados. Elizondo baja el vidrio de la ventanilla y dirige la voz al micrófono del intercomunicador.

—Buenos días. Soy Chris Elizondo, de Seguros El Roble. Tengo una cita con el gerente del club.

—El señor gerente no se encuentra —responde una voz metálica.

—Hablaré entonces con el subgerente.

Hay un silencio en el aparato que solo turban los molestos arañazos de la estática.

—El club no tiene subgerente, señor —dice la voz después de unos segundos—. Mejor vuelva otro día.

—Es hoy cuando tengo que hablar con él. Es urgente.

—Lo siento, señor. No puedo dejarle entrar. Haga lo que le digo y deje libre el paso. Hay un vehículo atrás de usted que necesita pasar.

Elizondo pega un puñetazo en el timón.

Y todo por no pensar en una mejor excusa, como por ejemplo, decir que iba a dar servicio a la caldera del club. Eso hubiera sido más creativo. ¿Cómo iba a explicarle ahora a Carpenter que no había podido entrar?

Elizondo retrocede y toma de nuevo el camino que lo llevará de regreso a la ciudad. Su mente, empero, sigue tratando de inventar otra excusa para entrar al club.

A la vuelta de un recodo, descubre un vericuetto que se aparta del camino asfaltado que le lleva de regreso a la carretera de El Salvador. Elizondo frena y retrocede unos metros. Tiene dudas sobre si debe hacer o no lo que se le acaba de ocurrir, pero, sin pensarlo ni mucho ni poco, se mete por la trocha dando brincos, escuchando los rayones de los chiriviscos en la panza del vehículo y temeroso que de un momento a otro una piedra o algo que se le parezca reviente la caja de cambios y le deje atascado en mitad de la nada.

Cien metros adelante encuentra un enredo de arbustos y detiene el Toyota.

La trocha no conduce a ninguna parte, pero no cree estar muy lejos del cerco que rodea el campo de golf.

Elizondo se apea del vehículo y empieza a caminar hacia el oeste. El lugar está tupido de pinos embozados de hiedra y anclados a una extensa ladera donde abundan los matojos. El sol penetra con dificultad por entre la fronda, y el suelo, un espeso mantillo cubierto de hojas y chiriviscos, aún conserva la humedad de la noche.

A medida que progresa en su marcha, Elizondo se deja atrapar por la congoja que transmite esta especie de desierto verde despojado de todo signo de vida humana, pero se sigue resistiendo a regresar a la ciudad con las manos vacías. Habría sido traicionar su instinto, por más que su razón le diga que lo que pretende es violar la ley en un país extranjero. La tentación es, sin embargo, poderosa. Una tentación noble, por supuesto. Su madre, que era calvinista, solía advertirle que la tentación, por ser antesala del pecado, es ya un pecado. Elizondo sin embargo no está muy de acuerdo con eso ni con el “no nos dejes caer en la tentación”. La tentación no es buena ni mala, decía su padre, que era católico, es solo un estado a menudo ambiguo como en el que él se encuentra ahora.

Algo más abajo de donde ha dejado el Toyota, Elizondo descubre una vaguada por una de cuyas laderas corre el cerco de malla del campo, coronado por tres filas de alambre de púas. Y en ese instante decide llevar la tentación a la práctica.

Regresa al vehículo y rebusca en el baúl la caja de herramientas. Saca unos alicates de mangos forrados de plástico y se los mete en el bolsillo. Toma la cámara con el teleobjetivo, se la cuelga del cuello y vuelve a caminar lo desandado. Baja la leve pendiente de la vaguada hasta el cerco de malla y, tras apartar una porción de la hiedra que lo cubre, comienza a cortar el alambre.

Cuando ha conseguido abrir un boquete lo bastante amplio como para poder pasar por él, Elizondo entra al campo de golf. Recoloca con desmaño la malla cortada y los pedazos de hiedra para disimular el estropicio. Asciende un breve repecho y, cuando llega a lo alto del mismo, descubre el esplendoroso *fairway* del Hoyo 17, justo cuando en el bolsillo derecho del pantalón empieza a vibrar su iPhone.

Elizondo echa un vistazo al nombre del inoportuno, pero su rostro cambia de expresión cuando lo lee.

—Hola, bonita. ¿Cómo estás?

—Bien. Solo un poco cansada.

—Trabajaste hasta tarde otra vez.

—Salí a las diez de la noche y no podía dormir con tanto número en la cabeza. Puse una película en Netflix y me quedé hasta las tantas.

—Era buena, por lo menos.

—Era de Oscar Isaac. Me gustó.

—Porque nació en Guatemala.

—Porque es un buen actor.

—Farsanta.

—No, de veras —ríe la voz al otro lado del teléfono—. ¿Almorzamos juntos hoy?

—No puedo, linda. Voy de salida para Cobán.

—¿Cobán? ¿Y qué se te ha perdido allí?

—Un problema con una instalación. Estaré fuera un par de días. Si tardo más de dos o tres o no puedo comunicarme contigo, ya sabes. Llama al teléfono que te he dado. Adiós, bonita. Te quiero.

—Yo también te quiero mucho. Adiós, Chris.

—Espera, espera... Quería decirte algo más.

—¿Sí?

—Es una pregunta sencilla. Verás... Bueno, ahora no sé cómo explicarlo. Estaba pensando ¿Tú aceptarías...? Pero no, mejor te lo digo al regreso.

—¿Qué cosa Chris? ¿Qué quieres decirme?

—Ahora no tengo tiempo, bonita. Cuando vuelva de Cobán hablamos. ¿Okey? Un beso.

—Muchos para ti, mi amor.

A Chris Elizondo le sucede con su novia lo que le ocurría de niño en la playa de Corpus Christi: una mezcla en el paladar de lo amargo con lo dulce. Un trabajo como el suyo no permite establecer relaciones con una mujer de un país extranjero ni dedicar su vida y sus energías a ella. Así y todo, su novia se

ha venido convirtiendo con los días en algo más importante que la DEA. Elizondo ama a esta mujer de nariz pequeña, labios gruesos y ojos de Nefertiti, pero le sigue ocultando aún a qué se dedica. Solo le ha dicho que trabaja en una empresa multinacional de tendido eléctrico, lo que justifica las largas jornadas que pasa a menudo fuera de la ciudad. Pero una actividad como la de hoy le recuerda que su vida está sumergida en una imprevisible y peligrosa contienda donde cualquier día, en cualquier lugar, se puede perder la vida. Y eso le impide plantear a Luisa Fernanda un compromiso en firme que le atrae hacer, pero que podría concluir en un desenlace fatal.

Elizondo se guarda el teléfono, lanza rápidas miradas a uno y otro lado del *fairway*, y de una carrera se adentra en la zona boscosa cercana al Hoyo 17.

A la distancia de un grito, divisa una línea de viviendas de lujo. Y moviéndose a escondidas por el bosquecillo, se dirige rápidamente hacia ese sector del campo de golf. Ahora solo necesita hallar la casa número 4, determinar un lugar estratégico y fotografiar al *motherfucker*.

El Bell Jet Ranger de cinco pasajeros se desplaza con suavidad por encima de los cerros cuajados de árboles que del valle de la Ermita ascienden hasta el altiplano de Condado Concepción. Desde esa altura, la urbe muestra el contraste entre su centro histórico empobrecido, al norte del valle, y el bosque de modernos y elevados edificios que se alzan en el lado sur. El Bell sobrevuela esta especie de ciudad satélite que se esparce sobre una meseta arbolada de la que emergen enjambres de viviendas y centros comerciales por entre el exuberante verdor de las florestas.

Algo más adelante, el piloto extiende el brazo y dice unas palabras que el ruido del helicóptero impide escuchar.

Rabassa echa mano a los auriculares y se los lleva a un oído.

—Perdón, ¿decía?

—Allá —dice señalando al frente.

Rabassa se alza levemente del asiento. La Rosaleda se vislumbra a lo lejos, así como la casa club y las viviendas que se alzan a las orillas del campo de golf.

—Espectacular —comenta.

Minutos más tarde, el Bell se posa suavemente en el centro de un círculo de cal donde hay inscrita una H.

El hombre de manazas como guantes de béisbol baja primero y detrás de él lo hace Emilio Rodas. El último en salir es Rabassa quien corretea con la cabeza agachada bajo las silbantes hélices del helicóptero.

—¿Qué distancia hay a la casa donde vamos a reunirnos? —le pregunta a Rodas.

—Como un kilómetro.

—¿Te parece que vayamos a pie? Quiero asegurarme de algunas cosas.

—Vamos un poco tarde.

—Pero, a veces, llegar pronto es un signo de ansiedad. Y nosotros no queremos eso, ¿cierto?

A cien metros del improvisado helipuerto hay una *Suburban* con dos hombres vestidos de negro. Rodas le dice algo al manazas y este saca un celular y marca un número.

— *Chero* —le dice a uno de los dos hombres—. Llévense la *Suburban* a la casa club y esperen allí instrucciones. Nosotros nos vamos a pie a la casa.

Rabassa y Rodas echan a andar.

—¿Revisaron el salón? —pregunta Rabassa.

—Hasta debajo de las alfombras. También ordené retirar los floreros. Todo está limpio. ¿Has oído hablar del “detector de uniones no lineales”?

—No.

—Es un dispositivo que permite descubrir cámaras y micrófonos ocultos. También lo hemos pasado por paredes y muebles.

—Muy sensato, Emilio. Te mereces un ramo de flores. ¿Y qué hay de las lámparas?

—El salón tiene focos cenitales. También los hemos revisado. No habrá camareros dentro del salón, sino afuera, esperando instrucciones. Filadelfo — dice apuntando hacia atrás con el pulgar al guardaespaldas— supervisará todo eso mientras dure la reunión.

Rabassa saca del *blazer* la cápsula que ha traído del hotel y se la entrega con disimulo a Rodas.

—Cuídala como oro en paño. Ha costado una fortuna.

—Descuida.

—Lo ideal sería que no fuese necesario usarla, pero nunca se sabe. Hay mucho dinero de por medio, Emilio. No podemos permitir que la operación se vaya al diablo por una necesidad.

—Estamos claros en eso.

—¿Quién se encargaría, dado el caso?

—Lo haría Altagracia. Los demás no saben nada del asunto.

—¿Son de fiar?

—Lo que de fiar pueden tener los políticos, ya sabes.

—Una cosa más. ¿Les has advertido a todos que nada de fotografías?

—Están advertidos.

—Excelente. Siempre tan eficaz. Anoche, por cierto, leí el informe que me enviaste sobre los hombres y mujeres del gabinete. Soberbio.

—No fue difícil —sonríe Rodas—. Tenemos la mejor información que el dinero puede comprar.

Rabassa también sonríe. Ha sido una suerte haber dado con este hombre, gris como un agente viajero, invisible como un burócrata y hábil como un crupier. Rodas es la frialdad embotellada en un cerebro que refleja su formación de contador. Seco y con mirada de muerto, es serio y es confiable. Uno podría hacer con él toda clase de negocios. Pero eso sí, que nadie se atreva a pasarle por encima, pues no es el animal de sangre fría que aparenta. A poco que se le agravie, se vuelve más peligroso y agresivo que un tigre de Bengala.

Se esmera mucho, eso sí, en guardar la imagen de subalterno que pasea por la vida. No le tientan la vanidad ni el lujo y tiene mucho cuidado con las mujeres. No es exhibicionista ni fante. Su pasión es hacer negocios y lo que estos traigan consigo es solo su añadidura. En los cenáculos políticos y económicos del país se habla a menudo de él, pero son pocos los que le conocen. Y si alguna vez la prensa lo menciona, tiene que hacerlo sin foto, pues apenas se deja ver.

Empezó comprando billetes premiados de lotería por un valor mayor al del premio. Los cobraba y la aparente pérdida era el costo del lavado. Se pasó

después a las pólizas de seguro. Las compraba, las cancelaba, pagaba la multa y recibía así un dinero más limpio que el mantel de un altar.

Aprendió estas tretas de joven, a la sombra de Edgar Gálvez Peña, *el Precursor*, como Rodas le suele llamar, uno de los grandes del oficio. Y cuando Gálvez fue asesinado, dispuso dedicarse al mismo negocio de su jefe, solo que en una dimensión distinta. Actividades menos sangrientas, al tiempo que más rentables.

Rodas es el perfecto enlace con el mundo del dinero oculto. Conoce el negocio de punta a cabo y no duda en ejecutar lo que sea necesario ejecutar. Literalmente hablando. Se formó en esa ética a la sombra de Gálvez, el hombre que logró amasar una fortuna cifrada entre 200 y 400 millones de dólares lavando dinero para los cárteles colombianos.

Gálvez era un tipo con estilo. Tenía una mansión en Santa Catarina Pinula, protegida por cuarenta guardaespaldas. Su decoración era un tanto kitsch, una de esas de las que suele decirse “nada está de más, todo vale y todo adorna”. Los muebles incluían los estilos de todos los luises franceses, desde el XIII al XVI. Las camas eran de dosel, y los bergères, tapizados en seda, tenían patas de garras doradas. De las paredes colgaba una exuberante colección de obras de arte, que incluía Boteros, Tamayos y Garavitos. Tenía mesas pompeyanas, consolas de mármol de Carrara, porcelanas de Limoges y un piano de cola blanco. Hombre de suaves modales, suéter en cuello de pico, camisa sin corbata y gafas de concha del tamaño de las que usaba Chaparrón Bonaparte, Gálvez podría haber pasado por ejecutivo de una multinacional. Tenía negocios en el acero, la construcción, los bienes raíces, la banca, las exportaciones. Un defecto imperdonable mermaba su indudable talento: era vanidoso y quería ser popular. Más aún: quería ser presidente de Guatemala. Pero la CIA y la DEA le rondaban tras haber sido delatado por el *Baltimore Sun*. Y ahí empezó a soplar el viento de su desgracia.

Un sábado de 1992 fue muerto de un solo tiro en Cobán, cuando se bajaba de su helicóptero. Nunca se supo quién o quiénes lo habían asesinado. Se habló de sus proveedores, los capos colombianos. Pero la precisión del disparo hizo pensar en un francotirador profesional venido de fuera. Y de

resultas, comenzó a correr el rumor de que había sido la DEA quien lo había ejecutado. Tenía 40 años. Una pena.

Rodas era en esos días contador de Gálvez. Le llevaba las cuentas de su negocio de lencería, pero participaba también en operaciones de campo. A tiro limpio, sobra decir. No sabía lo que era el miedo y disparaba con soltura los AK-47 y los UCI 35. Años más tarde, Rodas se había convertido en el sucesor de Gálvez. Con todas sus mañas y ninguno de sus defectos. Y hoy en día no hay nadie en este negocio que pueda ponerse a su altura en el país. Su discreción es ejemplar. Y su habilidad para moverse en las esferas gubernamentales, digna del mayor encomio. Invierte sus dineros con talento y los pone a buen recaudo desde su centro de datos de Vista Hermosa, franquicia de One Globus Corp.

Rabassa alza la mirada a las copas de los cedros del sendero que une los hoyos del campo de La Rosaleda y aspira el aire de la mañana.

Se siente afortunado y satisfecho.

—¿Sabes qué me gustaría hacer, Emilio?

Rodas se encoge de hombros.

—Llegar con un trío a la reunión, uno de los buenos. Sería una entrada espectacular. Ver cómo regresa la historia es una experiencia única que merece ser celebrada por todo lo alto, ¿no crees Emilito?

—Los tríos ya no se llevan —responde Rodas muy serio.

Rabassa suelta una carcajada.

—Pero los boleros sí.

Y llevado del buen ánimo que le infunden el día y el paisaje, Rabassa coloca un brazo sobre los hombros de su socio y vuelve a canturrear, desmañado, la canción que repica en su cerebro desde hora muy temprana:

— *Y aquí estamos frente a frente... como la primera vez...*

Seis

Entender la naturaleza de las criptodivisas hace sudar a las piedras. Pero Malaika Dikeledi consigue explicarlo de modo que empapen la frente de los más obtusos. No es mujer que quiera mostrarse como una marisabidilla, pero tampoco va a quedarse callada ante la negativa actitud de Carpenter. Su misión es crear en la región la alarma de una inminente operación con dinero ilícito y la va a llevar a buen fin le cueste lo que le cueste.

—Comprendo que le caiga mal, Harry, pero debe admitir que hay cosas que no se explican. Por ejemplo, el área de coca cultivada en Colombia ha alcanzado este año una cifra récord. Y yo le pregunto, ¿por qué a pesar de las barreras y las trabas que se ponen en todos los frentes, el negocio de las drogas y el lavado de dinero no deja de crecer?

El gesto de Carpenter se endurece.

—Por favor —replica con expresión de mártir—. Los movimientos de drogas y dinero ilícito se han empezado a reducir gracias a las medidas de gobiernos como el nuestro y al trabajo de la DEA y otras agencias. Por ejemplo, la suya.

La última frase de Carpenter ha salido de sus labios envuelta en sarcasmo. El presupuesto de la FATF es limitado y su peso específico en la lucha contra el lavado de dinero, también. Pero Malaika no parece una mujer a la que sea fácil hacerle perder los estribos.

—Eso no es verdad, Harry. No lo es. Observe el país en el que estamos. En proporción al volumen de negocio que genera el narco, cada día se incauta menos dinero ilícito. Lo mismo que sucede en otras partes.

Carpenter mira hacia un lado con gesto de fastidio.

—¿Y sabe por qué, Harry?

—No, no lo sé —responde, despectivo.

—Claro que lo sabe. Por la corrupción de fronteras, aduanas, policías, hombres de negocios, funcionarios públicos y privados. Estamos metidos en un círculo vicioso, Harry. Y usted y su agencia son testigos de ello. La DEA vive sacando de circulación a narcos menores y mayores, pero no logra disminuir el narcotráfico ni el lavado de dinero. La producción de estupefacientes sigue aumentando y por cada narcotraficante que encierran aparecen otros cinco.

—Eso no es verdad.

—Por supuesto que lo es. Y escuche esto que le digo: si no logramos impedir que el dinero sucio se blanquee ni evitar que se invierta más tarde como dinero bien habido, el crimen organizado se irá apropiando de los negocios lícitos de países como este hasta dominar la economía, primero, y la política y la sociedad, después. Le guste o no admitirlo, estamos ante un imperio que capitaliza a una velocidad mayor que la de la economía mundial. ¿Sabe cómo lo llaman, Harry? McMafia, el crimen sin fronteras, cadenas de negocios ilícitos que blanquean sus ganancias recurriendo a toda clase de métodos. Según nuestros cálculos, en Guatemala se lavan cada año más de 3 mil millones de dólares. ¿Coincide esta cifra con las suyas?

Carpenter hunde el mentón en el cuello de la camisa.

—Tomaré eso por un sí —dice Malaika—. Ahora, dígame, ¿qué porcentaje de ese dinero incauta la policía? ¿El uno? ¿El medio por ciento? ¿Menos?

—Bastante menos —ronronea Turnbull.

—¿Qué le dice eso, Harry? Muy sencillo. Que el país se está volviendo narcodependiente a causa del dinero lavado que entra en la economía cada año. Pero el caso de Guatemala no es único. También son narcodependientes Colombia, México, Honduras, incluso Estados Unidos. El dinero lavado es la cocaína de la economía mundial.

En el jardín solo se oye el canto de una que otra avecilla y el runrún lejano del tráfico que se mueve por la Veinte Calle.

—Hasta la fecha —prosigue Malaika—, los operadores del lavado habían

ofrecido sus servicios para esconder el dinero en sociedades y bancos protegidos por la legislación local de algunos paraísos fiscales. Los delincuentes tomaban el dinero sucio, lo lavaban, lo escondían y lo invertían. Hasta ahí nada que no sepamos. El problema sobreviene cuando un narco, un traficante de personas, un falsificador de ropa, zapatos o relojes de marca, un coyote o un contrabandista de diamantes, en vez de lavar e invertir 5 millones, necesita lavar e invertir 20, 50, 200 millones. Estos tipos ganan tanto dinero y tan aprisa que no saben qué hacer con él, ni menos aún cómo reintroducirlo en la red bancaria mundial. Las compuertas por las que habitualmente lo han vertido hasta ahora al torrente de la economía formal están cada día más restringidas y vigiladas. Toda operación sospechosa debe ser reportada por los bancos, so pena de incurrir en el mismo delito de los blanqueadores. De ahí que el dinero ilícito necesite expertos de primera línea. En finanzas, en legislación, en banca, en logística, en tecnología. Delincuencia de cuello blanco al más alto nivel. Individuos y organizaciones de la economía legal que se han percatado de que pueden ganar muchísimo dinero buscando destino a ese enorme excedente monetario proveniente de los más variados sectores del crimen.

—¿Y cómo podrían esos tipos hacer esas cosas, si la vigilancia es cada día mayor? —pregunta Carpenter con arrogancia.

—Promoviendo negocios que los bancos locales no podrían hacer legalmente.

—¿En los países pobres? —quiere saber Turnbull, apartando el puro de la boca.

—Por supuesto —dice Malaika—. Muchos países del Tercer Mundo no pueden permitirse el lujo de ser demasiado selectivos con el dinero que viene del exterior. Necesitan grandes inversiones en infraestructura, vivienda, salud, educación. ¿Qué interés pueden tener en averiguar el origen de esos capitales? Ningún país pobre aspira a ser demasiado estricto a la hora de admitir la inversión externa. Sería pedir demasiado. El dinero, lavado o no, es para ellos como maná en el desierto. Así que, en vista de las dificultades que les plantean los países donde está muy vigilado, los capos han optado por dirigirlo hacia los países que no hacen demasiadas preguntas. Y esa —dice

Malaika, volviéndose bruscamente a Carpenter— es la instancia superior que mencionaba hace un momento: el negocio del dinero ilícito llevado a una dimensión inédita. Olvídense de gente como *El Chapo*, como Escobar, como Félix Gallardo, como *El señor de los cielos*. Este es un mundo más sofisticado. Y si esos capos hicieron las fortunas que hicieron, siendo gente tosca y sin preparación, imaginen lo que no podrán hacer las mafias de hoy con el auxilio de la tecnología y los expertos. Esta gente puede comprar lo que se les antoje: gobiernos, instituciones, tribunales, industrias, bancos.

Malaika alarga el brazo a la jarra de limonada y se sirve un tercio del vaso entre un tintineo de hielos. Carpenter la observa esperando una reacción, pues la limonada está algo ácida, pero Malaika no encoge los labios ni un milímetro.

—Estamos ante una infiltración diferente del crimen organizado en los poderes públicos —sigue diciendo—. Hasta la fecha, se han concentrado los esfuerzos en desbaratar lavanderías al por menor. Y el resultado ha sido frustrante. En lo sucesivo, habrá que lidiar con operaciones enormes, pero legales, de dinero lícito manejadas por delincuentes. Las mafias tienen ahora la capacidad para ofrecer grandes recursos de capital a países pobres y pequeños como este. Dinero que procede de corporaciones y bancos legalmente establecidos y que ha sido canalizado hasta ellos mediante imaginativos procesos de lavado.

»¿Quién podría reprochar a políticos y gobernantes de países con necesidades urgentes de capital que admitan grandes sumas de dinero “limpio”? ¿Cómo van a negarse a recibirlo, teniendo la necesidad que tienen de invertir en proyectos de desarrollo? ¿Será ese dinero el que acabe desarrollando a los países atrasados y pobres? Qué sarcasmo, ¿no, embajador?

»Por obligación debo ser optimista, pero me cuesta serlo sabiendo que los delincuentes nos superan en dinero, inteligencia, tecnología y recursos humanos. Y no solo eso. Las altas esferas están todas contaminadas de infiltrados, espías y colaboradores. El dinero todo lo puede y hasta el hombre más respetable puede ser un agente encubierto.

Carpenter mueve la cabeza con impaciencia. Se sigue resistiendo a aceptar

la historia de Malaika y no quiere dar su brazo a torcer. Pero le preocupa la posibilidad de que los actores del negocio del dinero ilícito no sean un día blanqueadores ordinarios, como lo fueron Otto Herrera y compañía, sino individuos más sofisticados. Tipos tal vez como el que vio esta mañana salir del hotel Intercontinental.

—No se engañe, Harry —dice Malaika—. Ni usted tampoco, embajador. Este no es un problema de la FATF. Es un problema de los países que la financian, entre ellos Estados Unidos. Pero también de la DEA y el Departamento de Estado. Es un problema de todos. ¿O no es esta la prioridad de la política exterior de Washington?

A Carpenter le molesta admitir que Malaika podría tener razón. No acepta que una mujer con acento surafricano, que es un acento elemental, casi infantil, le dé una enjabonada de maestrescuela al embajador de Estados Unidos y al jefe de la DEA en Guatemala.

—¿Cómo es el nuevo presidente? —inquire Malaika al embajador—
¿Cree que sea corrupto, como el actual?

—No puedo dar una opinión sobre algo que todavía ignoramos. Pero, hasta donde sabemos, es un buen hombre— replica Turnbull—. He tenido varias reuniones con él y esa es mi impresión. Algo inocente, tal vez, pero decidido a limpiar la política doméstica de corruptos y mafiosos. Tiene un problema, no obstante.

—¿Cuál?

—Su vicepresidente, Tulio Expósito, el cerebro tras la coalición de partidos políticos que ha llevado a Sanabria a la presidencia.

—¿Qué hay con ese señor?

—Es un político de la vieja escuela —explica Turnbull—, un camaleón sin carisma ni atractivo, uno de esos hombres que ha vivido el oficio sabiendo que nunca sería presidente. Tiene fama de marrullero, pero es hábil y persuasivo. Le conocí cuando me destinaron por primera vez a Guatemala, años atrás, como consejero político de la embajada. Expósito era por aquellos días un hombre astuto, aunque no de mucho brillo. Todo el mundo daba por terminada su carrera política hace dos años, pero logró unir cuatro partidos pequeños, se buscó un candidato con carisma y lo postuló para presidente.

—Y ganó —dice Carpenter.

—Algo insólito. Daniel Sanabria no pertenece a los dos viejos poderes de Guatemala, Dios y la tierra. Tampoco al poder que sostenía a ambos y que los acabaría por reemplazar: el de las armas. Y menos al que desplazó a este último, una democracia corrupta, cada día más dependiente del narcotráfico y el dinero ilícito. Pero este es un país donde puede ocurrir cualquier cosa. Sanabria, un joven profesional metido a político, ganó las elecciones sin ser parte de ninguno de los poderes tradicionales. Hasta ahí, nada que reprocharle. Pero Expósito no tiene un currículum ejemplar. Cuando era joven, fue investigado por sospecha de haber asesinado a un adversario político. Pese al apercibimiento del juez, escapó a Caracas donde se celebraba un congreso sobre políticas fiscales. Fue detenido en un bar, de madrugada, en plena pelea con dos tipos. Le sacó la policía de allí en estado de ebriedad, lo condujeron al aeropuerto y lo metieron en el primer avión que salía hacia Panamá. Regresó al país, compró al juez y se libró de la justicia. Pero nadie se acuerda ya de eso. Y quien se acuerda sabe que no serviría de nada mencionarlo. Me tranquiliza, eso sí, su reiterada promesa de combatir la corrupción y el narcotráfico.

—¿Y la coalición Patria y Bienestar? ¿Quiénes la integran?

—Es una agrupación de medianías perdedoras. Políticos que tuvieron que conformarse siempre con las migajas que les caían de lo alto. Pero sobrevivieron estos años. Y ante el hartazgo de los votantes por la corrupción política que impera en el país, tuvieron la suerte de encontrarse con una victoria electoral inesperada que no sé si serán capaces de manejar.

—¿Y usted cree que Sanabria y Expósito podrían aceptar algún tipo de negocio con la mafia del lavado?

—Esa es una pregunta, querida, para la cual no tengo respuesta.

Carpenter tercia entre ambos usando el tono en el que incurriría un confeso. Hay en su expresión un aire concesivo que sorprende a Turnbull y a Malaika.

—Quisiera decirles algo... Tal vez haya exagerado o quizá me he vuelto demasiado escéptico. Sin embargo, estoy obligado por oficio a abrirme a todo tipo de posibilidades. Y esta que ha estado usted mencionando —le dice a

Malaika—, tal vez sea una de ellas.

Ni Malaika ni Turnbull parecen entender.

—¿A qué te refieres, Harry? —inquire el embajador.

—La CIA nos dio aviso de un sospechoso que se encuentra en Guatemala desde ayer. No es un invento ni un fantasma. Yo mismo lo vi hace cosa de una hora. Pero si saliera por aquella puerta ahora mismo, no lo podría reconocer porque llevaba gafas de sol y una gorra de visera. Todo lo que tenemos de él son conjeturas. No hay un papel, un dato, una prueba. No sabemos su nombre ni su nacionalidad. Solo hemos conseguido de él unas fotos borrosas. Estos tipos son así: aparecen de repente en algún sitio, pasan por él de puntillas y luego desaparecen. No niego que este en particular tenga alguna relación con sus sospechas —le dice a Malaika, dirigiéndole una mirada furtiva—, aunque se me hace remoto. En cualquier caso, da igual que sea un lavador de dinero, como yo supongo, o un intermediario financiero, como usted sospecha. Da lo mismo que la sabandija sea negra o blanca. Lo importante es que es una sabandija.

—¿Y qué hay de la Policía Nacional Civil, de la Dirección de Migración, del Ministerio Público, de Interpol, de la Fiscalía Contra el Lavado de Dinero, de la misma DEA? —pregunta Malaika—. Tiene que haber algún antecedente, algún dato del sospechoso en alguna parte.

—Están muy limitados en recursos. En cuanto a nosotros, no podemos ir más allá de lo que hacemos. Vigilamos los movimientos de personas sospechosas, informamos a la policía de su llegada al país, investigamos, asesoramos, escuchamos conversaciones. De estas últimas salen a veces datos importantes. Un número de teléfono lleva a otro y este a otro hasta que logramos reconstruir una red, pero no siempre acertamos.

—Qué más se sabe del sospechoso.

—Solo que, en estos momentos, el presidente Sanabria y parte de su gabinete están desayunando con él.

Turnbull suelta de golpe el humo que retenía en la boca y arroja la punta del puro al cenicero.

—¿Y por qué no dijiste eso antes?

—Porque estoy esperando a que me lo confirmen.

—¿Confirmar? ¿Cómo?

—Tengo a un agente en el club La Rosaleda. Si logra fotografiar a esa rata con el presidente electo, tendremos la prueba que usted —le dice a Malaika— y yo estamos buscando.

—A ver si lo entiendo, Harry —dice Turnbull, entre dominante e inquieto—. Un desconocido del que no sabemos nada tiene un desayuno con el presidente y su coalición en La Rosaleda. Un agente de la DEA los espía para sacarles unas fotos. Es así, ¿verdad? Muy bien, ahora dime de qué vas a acusar al gobierno o a ese tipo.

—Quiero investigar las actividades del sospechoso y para eso necesito conocer sus facciones. Si se trata de alguien que tiene negocios lícitos con el gobierno de Guatemala, ahí termina la investigación. Pero si no es así, la suposición de la FATF —se vuelve hacia Malaika— dejaría de ser una suposición y tendríamos un caso bien armado.

Turnbull se levanta bruscamente de la mesa.

—¿Nos permite unos minutos, Malaika?

El “nos permite” ha puesto en guardia a Carpenter quien se levanta de la mesa y sigue a Turnbull hasta el centro del jardín.

—¿Estás loco, Harry? —dice Turnbull bajando la voz—. ¿Qué es lo que pretendes? ¿Quieres meternos en un lío a todos?

—No, señor, Dios me guarde.

—La sospecha no es una prueba, Harry. No puedes condenar a nadie por ser una “persona de interés”, un sospechoso. Es una regla que nuestras leyes respetan. Si alguien llegara a descubrir a tu agente, el escándalo sería terrible. ¿Has olvidado el caso Irán-Contras? ¡La CIA contrabandeando cocaína para financiar la guerrilla antisandinista! ¿Y qué me dices de la alianza de 12 años entre la DEA y el cártel de Sinaloa, a cambio de la información que les daba *el Chapo* sobre otras organizaciones mafiosas? Y ahora vienes tú y me dices que la DEA se dedica a espionar al presidente electo de Guatemala. Y lo peor de todo, ¡sin ningún motivo! No es esa nuestra misión aquí, Harry. Podemos presionar, exigir, demandar, imponer, pero con otros métodos.

—La mía, sin embargo, embajador, es llevar ante la justicia de Estados

Unidos u otra jurisdicción competente a quienes hacen negocios ilícitos con nuestro país.

—¿Y cómo quedarían la embajada y el gobierno de Estados Unidos si se descubriera el pastel? No, Harry. Tienes que dar marcha atrás en este asunto. Ahora mismo. Llama a tu agente. Llámalo ahora y dile que regrese de inmediato.

—Necesito esas fotos, embajador —replica Harry con firmeza.

Carpenter no obedece órdenes directas de Turnbull. Sus jefes están en Arlington y, hasta que no le den instrucciones precisas, piensa seguir con su plan de averiguar quién es y a qué se dedica el *motherfucker* del que le ha informado la CIA.

—El problema reside en lo que le he estado diciendo, embajador. La gente tras la que andamos está implicada en actividades presuntamente legales que en realidad no lo son. Solamente están disfrazadas.

—Pero ¿qué está ocurriendo aquí? —Turnbull alza la voz—. ¿Es que no te das cuenta de que, ahora mismo, quienes estamos en la ilegalidad somos nosotros?

—Necesitamos identificar al sospechoso, embajador —dice Carpenter.

—Estás ciego, Harry. Aunque obtuvieras las fotos, no tendrían mayor transcendencia. ¿Qué importancia puede tener que alguien vea al presidente electo de Guatemala y sus ministros con un tipo a quien nadie conoce y al que no se le puede acusar de nada?

—Tendríamos como mínimo su rostro.

—Voy a decirte una cosa. Si tu trabajo te tiene frustrado o irritado o estás cansado de él o quieres dar un golpe y tener un éxito rápido para llamar la atención, te has equivocado de lugar. No mientras yo sea embajador aquí. No voy a permitir que una imprudencia eche a perder el trabajo que llevamos haciendo desde hace años. Te has extralimitado en tus funciones, Harry. ¡Y de qué manera!

—No, señor, lo siento mucho. Yo no me he extralimitado en nada.

—¡Claro que sí! La prioridad de nuestra política exterior en Centroamérica no es espiar presidentes, sino contener la migración y el narcotráfico. Si combatimos la corrupción política, es para evitar que el narco se vuelva más

poderoso de lo que ya es. Ejercemos nuestra influencia por otros métodos, no llamando al Séptimo de Caballería, ¿está claro? Usamos la presión y la persuasión, el palo y la zanahoria, la fuerza del Congreso y el Senado, y la de la diplomacia y los organismos internacionales que podemos controlar. Pero no espiamos presidentes que ni siquiera han jurado el cargo, ¿entendido?

Harry inclina la cabeza.

—Dímelo con claridad, ¿lo has entendido? Muy bien, Harry, si es así, llama ahora mismo a tu agente y le dices que se venga para acá sin demora. Hazlo en este mismo instante o juro que tu osadía te va a costar muy cara.

Siete

Cuando Tulio Expósito observa que Rabassa y Rodas comienzan a cruzar el *fairway*, abandona el salón de la casa número 4 de La Rosaleda y se adelanta a encontrarse con ellos alzando los brazos a modo de lejana bienvenida. A sus espaldas ha dejado un grupo de personas que charla frente a la puerta acristalada que mira al campo de golf, entre las que se encuentran el presidente Sanabria, cuatro hombres y dos mujeres. Una de ellas tiene cabellos negros y viste pantalón recto, chaquetilla a la cintura y zapatos de medio tacón. La otra, de cabello más claro, viste una blusa ligera y un llamativo fular en torno al cuello.

Todos sonrían a Rabassa a medida que se acerca. Hay en ellos un semblante campechano que evidencia el deseo de agradar. Y cuando los visitantes alcanzan la puerta, Expósito despliega su brazo derecho y dice en tono protocolario:

—Señor Rabassa, tengo el honor de presentarle al arquitecto Daniel Sanabria, presidente electo de la República.

Click...click...click

—Un gusto conocerlo, señor presidente —dice Rabassa, quitándose la gorra donde se lee *Iustitia et Honor* y tendiendo la mano a Sanabria.

Rabassa observa con curiosidad al presidente. Es la primera vez que ve a Sanabria en persona, pero todavía se sigue haciendo preguntas acerca de él. ¿Quién es este hombre en verdad? ¿Será solo un canchinflín, uno de esos coheteros que suben con rapidez y en segundos se desploman? ¿Será un peso pesado o un peso mosca? Es honrado, al parecer, ambicioso y está libre de

compromisos, pero ¿cómo atraerlo? ¿Cómo ganar su voluntad? Sanabria no es hombre que guarde una línea política definida. Como a toda persona joven, le sublevan las nostalgias y los lamentos de una izquierda envejecida y una derecha anacrónica. No posee gran estatura, pero sí complexión sólida, aire varonil, ojos pequeños y vivaces y aparenta menos edad de la que tiene. Los huevos a la ranchera, el pan con frijol y el queso fresco, constituyen su plato preferido. Podría comer eso todos los días. Las comidas formales, solo las picotea y las deja. Es abstemio y no toma refrescos embotellados. Solo bebe agua, y mucha, a cualquier hora. Se dedicó un tiempo al diseño de espacios urbanos, luego a los bienes raíces y en poco tiempo hizo una fortuna. ¿Por qué cambió el rumbo de su vida y se metió en política, marchándole tan bien las cosas? Rodas no lo sabe a ciencia cierta. Tal vez haya buscado en la política respuestas que no hallaba en su profesión ni en los negocios.

Rabassa ha retenido la mano de Sanabria y oprimiéndosela con vigor le dice:

—Me felicito de conocerlo. Y le felicito por su triunfo. Es usted un hombre admirable. Haber logrado tantos éxitos en tan corto espacio de tiempo es algo que no se ve todos los días.

—He tenido buenos maestros —responde Sanabria—. Pero no me fío de mí, créame. Recuerde que los niños prodigios dejan de serlo cuando se hacen mayores.

Suenan risas entre los que esperan, risas falsas, que Rabassa acompaña con igual hipocresía y que interrumpe cuando Expósito extiende el brazo y le anuncia:

—Boris Ormeño, secretario general del partido Alternativa Democrática.

Click...click...click

—Su nombre trae música a mis oídos —lo halaga Rabassa—. *Boris Godunov* es una de mis óperas favoritas.

Ormeño esboza una sonrisa, cosa rara, pues siempre escucha con el ceño fruncido. Es de ese tipo de personas que cuando habla transmite una profunda tristeza vital.

—No va por ahí la cosa, no crea. Mi familia es de Jalpatagua, gente muy pobre que tuvo que emigrar a la capital para sobrevivir. Mi padre era

revolucionario y cuando supo que Boris significaba “fuerte y glorioso combatiente” me puso ese nombre.

Rabassa asiente con empatía, pero eso de que Boris tenga raíces campesinas no está en el informe. Lo que sí dice es que estudió Ciencias Políticas en la Universidad de San Carlos e hizo en Praga un máster en Relaciones Internacionales, que ha escrito tres libros que muy pocos han leído, que renunció en su día a la dictadura del proletariado y a la lucha de clases, que se reconvirtió a la democracia y que hoy está más cerca de Bobbio y Habermas que del marxismo. Y si ayer decía que el derecho a la resistencia era superior al deber de la obediencia, hoy afirma que, bueno, que sí, pero que con algunos matices. Reconvertido, pues, pero no converso. Cree en Marx, pero no en sus obras.

Austero en el gesto y poco prolijo en el discurso, Ormeño no es hombre de respuestas automáticas y a veces da la impresión de ser un reprimido, lo que puede resultar engañoso, dice Rodas. Ormeño piensa mucho lo que va a decir. Y tendrá en el gobierno de Expósito un compañero difícil, el licenciado Vivar, hombre urticante y desinhibido quien cierto día, en mitad de un debate, le espetó:

—Usted no es un político, Boris. Usted es una cacofonía. No hace más que repetir los viejos postulados de la izquierda.

Y cuando Ormeño le reclamó lo de la cacofonía, Vivar le replicó, sin mostrar una arruga en el rostro:

—Retiro lo de la cacofonía. Usted es en realidad un pleonasma.

A Boris le gusta cocinar, pero, puestos a calificarlo, no pasaría de un mediocre parrillero. Solo las longanizas le salen decentes, lo que no es culpa de él, sino de la señora que se las prepara en una carnicería del Mercado de la Presidenta.

Al igual que en la parrilla, a Ormeño no le ha ido bien en la vida pública. Fundó un partido y fracasó. La gente no respondió a sus postulados, pero alcanzó un caudal de votos interesante. Al menos para el proyecto de Expósito. Y fue eso lo que lo llevó a la coalición.

Equilibrado y astuto, Ormeño es hombre perceptivo que sabe captar al vuelo el sentido oculto de las palabras. No aspira a una gran mansión o a

automóviles de lujo, pero sí a esas pequeñas cosas que hacen agradable la vida: una casa confortable, viajar, el vodka *Grey Goose*, el cine europeo y las camisas de Brooks Brothers. La decadencia capitalista, aunque injusta, no es tan mala después de todo.

—Leí su libro sobre el cambio ideológico que ha vivido —le dice Rabassa—. Me conmovió.

No le conmovió ni pizca, porque no lo ha leído, son las palabras que Rodas le ha recomendado decir. Pero sí, Ormeño ha cambiado. Su actual discurso es que no son los pobres, ni los campesinos ni los obreros, los que hacen las revoluciones, sino las clases medias. Reconvertido, pues, pero no converso.

—Se lo agradezco, señor Rabassa. En efecto, dejé el marxismo como guía económica y política, pero me quedó su ética de honradez y dignidad. Y sigo atado a su método de análisis.

—Bravo —lo halaga Rabassa.

Expósito toma del brazo a su invitado y con un ademán cortés se dirige a la mujer con el fular al cuello.

—Señor Rabassa, ella es la doctora Sara Waleska Cisneros. Dirige el partido Iniciativa Femenina de Guatemala.

Click...click...click

La mujer le tiende la mano, pero Rabassa se acerca rápidamente a su mejilla y le da un beso por sorpresa.

—Hum —dice cerrando los ojos—. *Air*, de Loewe. Me encanta. Lo solía usar mi esposa, que en paz descanse.

Lo que es también otro embuste, pues Rabassa nunca se ha casado. Pero su gesto y sus palabras han creado una inmediata cercanía con la mujer tras descubrir ese recodo de su intimidad.

Sara Waleska es muy rígida y muy suya, y también muy opinante y replicona, aunque no entienda una palabra del tema que se esté discutiendo. Exhibe una expresión confiada, propia de quien sabe menos de lo que cree y bastante más de lo que sabe. Su padre, quien era muy aficionado al cine, estaba enamorado de Greta Garbo y le puso de segundo nombre el de la

aristócrata polaca, amante de Napoleón, que la actriz sueca interpretaba en la pantalla.

Pero Sara Waleska no se parece en nada a Greta Garbo. Tiene facciones latinas, una nariz respingona y ojos brillantes y negros. Su rostro es bastante común, de esos que no llaman la atención en la calle, pero posee una figura muy sensual, de esas que sí llaman la atención en la calle. Mujer de moral distraída, fue un peón importante en la campaña de Alfonso Portillo, el candidato derrotado en 1995. Pero entonces ocurrió algo sorprendente. Cuando ya se le daba por desaparecida, apareció como asesora en el gobierno de Álvaro Arzú, triunfador de las elecciones de ese año.

Sara Waleska no consume harinas y hace pilates tres veces por semana. En algún momento de su vida sintió el tirón del arte y quiso convertirse en cantante de ópera, pero desistió luego de una gala para ella sola que vació el Teatro Nacional en el descanso. Mantiene una clínica de asistencia médica para mujeres pobres, se ha divorciado dos veces, tiene una hija y un hijo y es autosuficiente. Durante años alternó la medicina con el activismo político, hasta que aterrizó en la coalición Patria y Bienestar. Aportó un número importante de votos con los cuales no hubiera llegado nunca al poder. Por esa razón, al igual que Boris, decidió integrarse a esta singular agrupación de minorías. Pero cuidado, asegura Rodas en su informe, Sara Waleska es incisiva y desconcertante. Ningún hombre se sentiría seguro al lado de ella.

Tulio Expósito se acerca a un hombre de cabellos oscuros, aparentemente teñidos, de unos cincuenta y tantos años, labios en ristre y algo cargado de hombros.

—El licenciado Eduardo Vivar —le informa Rabassa—, nuestro próximo ministro de Relaciones Exteriores.

—De nuevo en la vida pública. Y feliz de hacerlo, ¿no es así? —dice Rabassa, al tiempo que le estrecha la mano a Vivar.

Click...click...click

—La política no deja de sorprenderle a uno —replica Vivar con voz suntuosa y deteniéndose una fracción de segundo en el Patek Phillippe de Rabassa—. Siempre hay en ella algo nuevo que descubrir o qué hacer.

Vivar pertenece al género de los mirones, ese tipo de individuo o individua

que cuando saluda o da la mano te observa descaradamente de abajo arriba y se detiene en cada detalle de tu rostro, tus gafas, tus arrugas o tu vestimenta, dice Rodas. Afiliado a la vieja aristocracia del país y retirado por un tiempo de la vida pública, a la que ha vuelto a incorporarse ahora, don Guayo como le dicen unos, o *don Guayoming* como le dice Boris, es un icono de la política nacional y una de las cabezas visibles de la derechona conservadora, a la que sus adversarios motejan de santa, bucólica, melancólica y pagana. “En el fondo, somos una élite frustrada —suele decir *don Guayoming*— por no haber sabido sacar a las masas de la miseria”. A lo que Boris, por hábito, le responde: No han sabido, no. No han querido.

En cuanto a los males del país, don Guayo los atribuye al hecho claro y palmario de que el patriciado nacional haya abdicado de la participación política directa y se haya convertido en un torpe grupo de presión. Mordaz, arrogante y misógino, este ilustre licenciado se alza siempre sobre sus pares e impares, asegura Rodas. Cuando era joven pensaba que lo que unía a los hombres era un enemigo común, un ideal común o un credo común. Ahora piensa que el lazo más fuerte de los hombres es el interés común.

—Y este caballero —dice Expósito con una amplia sonrisa— es Leónidas Vallejo, una fuerza de la naturaleza.

Click...click...click

—He oído hablar de usted, señor Vallejo. Me dicen que es un buscador de espacios que nadie ocupa y hombre dispuesto a tomar riesgos que nadie quiere correr.

—Me gusta hacer cosas, solo eso —responde, humilde, Vallejo, haciendo una reverencia a la nipona.

Vallejo tiene los cabellos blancos echados sobre la frente, cejas muy negras y una dentadura envidiable, pero proyecta la inquietante sensación del cabezal que se le viene a uno encima a cien por hora. Es hombre de gesto huraño, tiene la mente más cerrada que la bóveda de un banco y dice a casi todo no por sistema. Su sueño es conseguir que Guatemala sea una sociedad moderna y eficiente. Tiene por cosa cierta que el progreso ha de venir por el lado de la eficacia antes que por el de la justicia. Y piensa que la política es un medio para alcanzar objetivos económicos, da lo mismo que quien la utilice

sea un empresario o un político.

—Tengo una curiosidad, señor Rabassa. Su apellido, ¿es italiano? —es todo lo que se le ocurre decir.

—No —responde, seco, Rabassa.

Su apellido es cosa suya y tiene un sentido oculto que no va a explicarle a nadie. Había elegido otros para hacer este negocio, pero el de Rabassa le pareció más imaginativo.

Vallejo no hace ningún comentario. Quizá piense que ha sido torpe o indiscreto. Y eso es algo que no le conviene ahora que se dispone a ocupar el Ministerio de Obras Públicas. Tiene una empresa de ingeniería conectada a otras de Europa y Estados Unidos con las cuales desarrolla proyectos de infraestructura. Y su propósito último es cobrarse las deudas que le ha dejado el gobierno que va de salida: tres puentes en el área rural y dos tramos carreteros, uno de 43 kilómetros en el oriente del país, y otro de 62, en el norte.

Expósito se dirige a la mujer de cabellos oscuros, pantalones rectos y chaqueta corta a la cintura. Su belleza no se corresponde con el tipo estilizado y esbelto de la mujer actual, sino con la de los años sesenta del pasado siglo: abundante, sensual, curvilínea.

—Ella es Altagracia Jiménez, Gracita para los amigos, mi diputada favorita y próxima presidenta del Congreso.

Click...click...click

Rabassa la besa en la mejilla, pero esta vez no logra identificar el perfume. A cambio, siente un escalofrío cuando sus ojos se fijan en los de ella. Le ha sucedido otras veces que la ha tenido de invitada con Expósito.

—Encantado de conocerla. Su sola presencia embellece este paraíso — dice, tomando la mano de Gracita y señalando al campo de golf con la mirada.

Gracita va a cumplir 45 años, vive pegada a dos celulares y se baña en agua mineral tres veces al mes. Fue activista de un grupo antiviolencia contra la mujer y modelo de publicidad a los 17 años. Su rostro se hizo popular cuando se plantó ante el edificio del Congreso de la República para exigir una respuesta a los diputados contra la violencia familiar. A partir de ahí, utilizó su belleza como ascensor y con 31 años ganó una diputación por Zacapa. Es

ambiciosa, pero paciente, como la mantis que solo ataca a su víctima cuando está segura de poder atraparla o de engullir a su compañero después de aparearse con él.

—La belleza es un activo para llegar al poder, mas no para gobernar — responde Gracita al cumplido—. Pero una vez en el poder, puede que sea un estorbo. He conocido casos así. En este oficio, como en tantos otros, es más útil la inteligencia, ¿no le parece?

Gracita simula a la perfección que no conoce a Rabassa y él corresponde, divertido, al protocolo. Le agrada ese zaragateo de imposturas y disimulos y le causa un agradable cosquilleo en el ombligo.

—Inteligente respuesta —admite Rabassa—. Esto me pasa por imprudente, pero no me arrepiento de haberlo sido con usted.

Todos vuelven a reír. Rabassa también ríe. Admira el talento político de esta mujer para moverse sin trabas en un territorio mayoritariamente ocupado por hombres, pero sobre todo su habilidad para la simulación y la farsa.

El último en dar la bienvenida al visitante es un tipo espigado, de unos cincuenta y tantos años, frente amplia y cabello en fuga hacia la coronilla.

—Señor Rabassa, le presento al licenciado Porfirio R. Castañeda, tesorero de la coalición y próximo ministro de Finanzas.

Click...click...click

—Bienvenido a Guatemala, señor Rabassa —se apresura a decir Castañeda, quien se dice Porfirio R. porque su primer apellido es Ron.

—Un gusto en conocer al hombre de la plata —le dice Rabassa—. ¿Sabe una cosa? Yo tengo un dicho sobre el dinero: para el pobre, lo poco es mucho, y para el rico, lo mucho es siempre poco. ¿Qué piensa usted?

—Se parece mucho a la mía, señor Rabassa. En lo poco o en lo mucho, el dinero nunca alcanza.

Ron Castañeda, quien lleva su primer apellido con cristiana resignación porque es evangélico y lleva una pegatina en su carro que dice *Expect a miracle*, ha expresado su tesis con una risita muy *sui generis*, la cual consiste en arrugar la boca como un capullo, hacer una especie de pucherito y entrecerrar los ojos, como queriendo dar a entender lo listo y lo mordaz que es.

—Tiene usted más razón que san Juan Crisóstomo —responde Rabassa con una inclinación.

Rabassa ha dicho lo primero que se le ha ocurrido, a sabiendas de que nadie va a preguntarle qué decía san Juan Crisóstomo sobre el dinero. Y menos Ron Castañeda, un tipo más bien servil, según Rodas, pero que ha sabido manejar muy bien los asuntos financieros de la coalición. Fue viceministro de Economía cuando era más joven y está casado. Tiene tres hijos varones, un Mercedes GLK 350, una hipoteca a 15 años y un maltés al que llama Bernie, en memoria de Ben S. Bernanke, presidente del Banco de la Reserva Federal de los Estados Unidos, a quien admira muchísimo por haber salvado al mundo de la crisis financiera de 2008.

—Señores —alza la voz Expósito—, el desayuno está servido. Por favor, pasen adelante y sírvanse.

Ocho

Luisa Fernanda Najarro, veinticinco años y un mes, cabello largo y oscuro, *tights* negros, falda por encima de la rodilla, chaquetilla *denim* con botones de metal y unos tenis color lila, se apea de su KIA *Picanto*, entra en el café Barista del bulevar Vista Hermosa y pide un *bongiorno* de huevo y jamón y un café latte.

Entre pensativa y preocupada, Luisa Fernanda aguarda frente al mostrador que le entreguen el desayuno. Por su aspecto, nadie diría de ella que se trata de una experta en seguridad informática y en recopilación, procesamiento y análisis de datos, ciencia conocida por el nombre de “big data” y cuyos engorros y enredos no son lo que esta mañana la afligen. Es algo más emotivo. Su novio, con quien acaba de hablar, trabaja a veces en lugares apartados de Guatemala donde no hay señal telefónica. Y siempre que le recuerda que en caso de necesidad puede comunicarse con él marcando un número de emergencia, queda en su ánimo una pelusa de inquietud que le quita el ánimo de hacer nada.

En el país donde las orquídeas florecen aferradas a los cables de energía eléctrica, Chris y Luisa Fernanda caminan también sobre el alambre que sostiene sus amores. Saben que solo un milagro podría salvarles el día que él termine su contrato en Guatemala y que, mientras eso sucede, el amor de uno y otro se mueve bajo una sombra de transitoriedad de la que son muy conscientes, aunque nunca hayan hablado de ello.

Luisa Fernanda paga el sándwich y el café y se sienta en una mesa del local, pero antes de hincarle el diente al *bongiorno*, suena el celular en su

cartera.

—Buenos días, hijita —dice una voz de mujer—. ¿Cómo amaneciste hoy?

—Hola, mami. Buenos días. Bien, estoy bien.

—Te llamo para recordarte que hoy es el cumpleaños de la abuela. Voy a llevarle un pastel y me gustaría que nos acompañaras.

—¿A qué hora?

—Después del trabajo, a las siete.

—No puedo, mami. Voy a salir tarde hoy. Mejor dicho, no sé a qué hora voy a salir.

—Trabajas demasiado, hijita. Tengo pena de que eso no sea saludable para ti.

—Descuida, mami. Estoy bien. ¿Sabes qué? Le dices a la abue que esta semana iré a verla y a darle el abrazo. Y que le llevaré un regalo lindo.

—Está bien, hijita. Cuídate mucho, mi amor.

—Adiós, mami.

Luisa Fernanda concluye la llamada pensando que debería dedicar más tiempo a su madre. Doña Rosaura, ese es su nombre, ha tenido una vida difícil desde que se separó de su marido, luego de 21 años de casados. Trece de ellos los vivieron en California, donde él había sido trasladado por la multinacional de productos químicos para la que trabajaba en Guatemala. Un día se fue de casa y no volvieron a saber de él. Su madre recibe una mensualidad regularmente, pero Luisa Fernanda no ha vuelto a tener noticia alguna de su padre.

A punto de atacar el *bongiorno* y el café, repara que un hombre se ha detenido frente a la mesa. Es alto y joven, de unos treinta y cinco años, y viste con pulcritud.

—Disculpe, señorita, ¿es usted Luisa Fernanda Najarro?

—Así es. ¿En qué puedo servirle?

—Soy el inspector Julio García Mena, de la sección nacional de Interpol —dice mostrando una placa con dos espadas cruzadas tras un globo terráqueo—. Tengo a mi cargo un caso importante del que desearía hablar con usted unos minutos, si me lo permite.

Luisa Fernanda echa un vistazo a su izquierda. En el estacionamiento del café hay un policía vestido de negro que se apoya en la portezuela de un *pick up* de doble cabina con una franja amarilla debajo de la cual, en grandes caracteres, se lee la palabra Interpol.

—¿Ahora?

—Sí, señor, si me hace el favor.

—¿Aquí, en el café?

—Podríamos hacerlo en un lugar más discreto, si lo desea. Por ejemplo, en la Subcomisaría de Vista Hermosa, que está aquí muy cerca.

—¿Se me acusa de algo, inspector?

—No, señor. Solo queremos corroborar la información que hemos reunido sobre el caso que le digo.

—Pues lo siento mucho, pero ando con prisa.

—Trabaja aquí a la vuelta, ¿no? En una calle que da al Barranco de la Ardilla.

—¿Cómo lo sabe?

—Solo lo sé, señorita. No le causaré molestias, disculpe. Pero para nosotros es muy importante saber lo que pueda contarnos.

—¿Contarles sobre qué?

—He hablado con la Empresa Eléctrica. Les pregunté sobre el consumo mensual de electricidad de la casa donde usted trabaja. Y el dato me ha sorprendido. No es normal que en una casa de colonia el consumo sea tan alto.

Luisa Fernanda se queda sorprendida mirando al inspector.

—Usted se graduó como especialista en “big data” en el California Institute of Technology, ¿no es así? —insiste García Mena—. Trabajó con UPS un tiempo e hizo auditorías de seguridad en DHL.

—¿Es usted experto en “big data”?

—No, señor. Mi especialidad es identificar y perseguir ciberdelincuentes. La que sabe de eso 'lebe es usted, ¿o no?

Luisa Fernanda observa con desconfianza al policía, pero no cree perder nada diciendo la verdad.

—Trabajé con UPS un tiempo, sí. Me dediqué un año a reunir datos e información sin clasificar y los ordené en forma coherente para las divisiones

de finanzas y marketing. Luego me trasladaron al departamento de ciberseguridad, donde estuve seis meses trabajando en la protección de posibles ataques externos al sistema.

—Pero siguió estudiando.

—Sí. Hice un trimestre de criptografía.

—¿Por qué dejó UPS?

—Mis padres tuvieron que regresar a Guatemala y yo no pude conseguir el *green card*.

—Y ahora, ¿a qué se dedica?

—¿Ahora? Sigo en seguridad de sistemas.

—¿Quién la contrató para este empleo?

—Vi un anuncio en la prensa, fui a la entrevista y me contrataron.

—Así no más.

—Así no más. Soy buena en lo que hago.

Si el inspector piensa que Luisa Fernanda no tiene abuela, que lo piense mejor, pues la tiene. De otra parte, ¿por qué habría de ocultar su capacidad cognoscitiva, como dicen los expertos, su natural facilidad para relacionar fechas, números, nombres y documentos y una memoria superior a la media?

—Trabajar los sábados por la mañana no es frecuente. Debe de tener una buena razón para ir a la oficina hoy.

García Mena no ha dejado entrever ninguna malicia en la voz, pero a Luisa Fernanda se le hace que la malicia en un policía es como el valor en un soldado: algo que se le supone.

—No tengo un horario específico, salvo en casos de emergencia —le responde—. Ese fue el acuerdo con la compañía. Mi trabajo es cuestión de eficacia y resultados, no de horas.

—Ya. ¿Y cuál es el nombre de la compañía para que trabaja?

Luisa Fernanda, quien se ha percatado de que el inspector hace preguntas cuyas respuestas ya conoce, le responde muy seria:

—Qué raro.

—¿Qué raro qué?

—Qué raro que no lo sepa.

—Es una pregunta inocente, pero ya que no quiere responderla, lo haré yo.

Trabaja en *Surcos y Senderos*, ¿no es así?

—¿Por qué no se deja de rodeos y me dice exactamente qué es lo que quiere saber?

—Seré claro con usted, señorita. *Surcos y Senderos* fue durante años una ONG sin fines lucrativos que ejercía actividades humanitarias en Guatemala. Ayudaba a mini empresarios rurales a vender sus productos en el exterior y les proporcionaba servicios gratuitos de contabilidad on line, así como asesoría legal, fiscal y financiera. Al cabo de unos años, por falta de financiamiento, la ONG dispuso cancelar sus operaciones en Guatemala. Así las cosas, una entidad religiosa de Alabama entra en contacto con el director de la ONG y le ofrece comprar su nombre y sus activos.

—Primera noticia.

—Esa organización religiosa dona un millón 300 mil dólares a *Surcos y Senderos*, los cuales son invertidos en equipos de computación, los mismos que usted protege ahora.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—Dígame una cosa, seño, ¿ha participado alguna vez en actividades ilegales?

—Usted me ofende —responde Luisa Fernanda muy tiesa.

—Se lo preguntaré de otro modo. ¿Es usted una *hacker*?

—Eso depende.

—¿Cómo que depende?

—Depende de la ignorancia de la persona que pregunte —hay un ligero desdén en la voz de Luisa Fernanda—. Si usted piensa que un *hacker* es un pirata informático, está mal informado.

—¿Ah sí?

—Un *hacker* es un experto que elabora aplicaciones y programas legítimos y los vende por vías legales. Por ejemplo, Bil Gates, ¿ha oído hablar de Bil Gates? —pregunta con retintín.

—Por supuesto.

—Bueno, pues Bil Gates fue un *hacker* en su día. El más grande de todos. Sin embargo, para personas como usted, un *hacker* es solo un ciberdelincuente. Y no es así. Para nosotros, los profesionales, un

ciberdelincuente no es un *hacker*, sino un *cracker*.

—Muy bien. Entonces, dígame, ¿es usted una cracker?

Luisa Fernanda aleja ligeramente de sí el *bongiorno* y el café.

—Inspector, creo que entre usted y yo no hay nada más que hablar.

—De acuerdo, señor. Pero antes de irse, permítame decirle algo que quizá la sorprenda. Cuando Interpol investigó la organización religiosa que había adquirido los activos de *Surcos y Senderos*, resultó ser una oficina vacía en un edificio de Montgomery, Alabama.

—Creo que llamaré a mi abogado.

El inspector hace un gesto de desconsuelo.

—Llámelo, si eso la tranquiliza. Estamos en un lugar público y con testigos. No voy a hacer nada que le impida ejercer sus derechos. Pero sepa que esa actitud la convierte en sospechosa.

—Usted me dijo que no tenía nada que temer y, de repente, me ha convertido en una sospechosa. ¿A cuenta de qué?

—A cuenta de que teme ser incriminada. Si no fuera así, no dudaría en responder.

—Una sospecha no prueba nada, señor. Solo crea una situación incómoda, como esta a la que me ha conducido usted —replica Luisa Fernanda, al tiempo que desliza el dedo índice sobre la lista de contactos de su teléfono—. Pero esto no va a quedar así.

Es una simulación, solo eso. Luisa Fernanda no tiene abogado alguno en su lista de contactos. De hecho no conoce a ninguno. Decirle a García Mena que llamaría al suyo solo ha sido un *bluf* para espantar el miedo. El inspector parece sospecharlo y prosigue como si tal cosa.

—El propósito actual de *Surcos y Senderos* consiste en lo que nosotros llamamos “legitimación de capitales” y que en la calle se conoce por el nombre de lavado de dinero ilícito.

—Qué babosada. Eso no se lo cree ni usted.

—Le repito, señor, ¿ha hecho usted alguna vez algún trabajo de esa naturaleza?

—No insista, señor. Está usted cortando varas.

—Como prefiera, señorita. Yo, en cambio, seré más explícito. *Surcos y*

Senderos es una organización de piratas informáticos que mantiene la fachada de una organización humanitaria y cuyo presidente es Emilio Rodas. ¿Conoce usted al señor Rodas?

Luisa Fernanda reacciona con un rictus de perplejidad.

—¿Lo conoce? —insiste el inspector.

—Ha llegado a la oficina una o dos veces desde que trabajo ahí. Si usted piensa que eso es conocerse...

—Por supuesto que no. Pero el señor Rodas no es el único socio de la empresa. Tiene otros que no hemos podido identificar. ¿Conoce usted a alguno de ellos?

Luisa Fernanda niega con un lento cabeceo.

—Rodas y sus socios eligieron Guatemala para establecer aquí una sucursal informática, por ser un país periférico y pequeño con una débil vigilancia de la piratería y una casi inexistente legislación sobre el particular —dice García Mena—. No tenemos un marco legal como Dios manda y no estamos internacionalmente homologados. Ahora bien, ¿de dónde cree usted que sacan la materia prima, es decir, el dinero, Rodas y sus socios? ¿Quién les paga los servicios de lavado?

—Supongo que no podré evitar que me lo cuente.

—Esto no es ninguna broma, seño —dice contrariado el inspector—. Y se lo voy a decir para que quede advertida. Quienes proporcionan la materia prima a estos señores y pagan a Rodas por la legitimación del dinero, son las mafias rusas, las japonesas, las latinoamericanas, las de Estados Unidos. Se trata de un negocio muy sofisticado del que por desgracia no tenemos aún pruebas.

—Y usted quiere que yo se las dé.

—Queremos que nos ayude, seño. Usted no es como ellos. Usted está ahí porque hay pocas personas en Guatemala que tengan sus conocimientos. Pero si sigue trabajando en esa compañía, podría terminar en la cárcel. Si no es que le sucede algo peor.

—¿Me está chantajeando?

—Consíganos datos, registros y nombres y yo le prometo que no tendrá ninguna dificultad con la justicia. Créame, está usted en un grave problema y

solo nosotros podemos sacarla de él. Le ruego que lo medite. Esta es mi tarjeta y mi teléfono. Llámeme a cualquier hora. Por cierto, ¿tiene usted seguro de vida?

Nueve

Concluido el desayuno, la atmósfera del salón se ha transformado en una mezcla de cháchara amable y sonrisas corteses. Solo Sanabria experimenta un malestar difuso sin síntomas específicos. No siente dolor, pero al sacar el celular del bolsillo ha observado un ligero temblor en la mano.

Emilio Rodas pide a todos que se sienten. Se dirige a una caja laqueada en la pared y pulsa un interruptor. Un leve zumbido advierte que el sistema de persianas eléctricas ha empezado a operar al tiempo que el salón se oscurece hasta quedar sumido en una discreta penumbra.

Expósito toma la palabra y, en tono de experto en relaciones públicas, dice:

— *Señores, don Ángel María Rabassa, es un viejo amigo mío, presidente del consorcio financiero One Globus Corp. con oficinas y brokers en 43 países. One Globus Corp. administra las inversiones de más de doscientas empresas, bancos y entidades financieras cuyos activos totales ascienden a 300 mil millones de dólares. Y de él ha surgido la iniciativa de un proyecto que nos quiere proponer y que es el motivo de que se encuentre esta mañana con nosotros. José María, por favor...*

—Gracias, Tulio —dice Rabassa, al tiempo que extrae un pequeño aparato del bolsillo interior de su *blazer*.

Se trata de un proyector ultracompacto LG, el cual coloca sobre dos cuadernos de notas con el fin de dirigirlo a la pared del salón. Pulsa dos o tres comandos de su celular y frente a todos aparece entre nubes una foto de la cadena de volcanes que cruza el altiplano guatemalteco. El tamaño de la

imagen, nítida y brillante, es el de un televisor de unas cincuenta pulgadas. Y sobreimpreso en los volcanes hay un icono con las palabras One Globus Corp.

—Estimados amigos —empieza a decir Rabassa—, permítanme expresarles ante todo mi más rendida admiración por la noble tarea que se aprestan a iniciar. Todos ustedes comparten un propósito común, la de realizar un gobierno exitoso e intachable.

Frases breves y entusiastas, como “sí, señor” y “para eso estamos”, siguen a las palabras del presentador. Solo Sanabria guarda silencio. La actitud del “petit comité” le recuerda a los diputados del presidente Morales cuando, al tomar posesión de sus cargos, se comprometieron por su honor a hacer un gobierno limpio, y acabaron modificando el Código Penal para favorecer la impunidad de ladrones, narcos y algún familiar del presidente. Y esa actitud ovejuna no es algo que le entusiasme.

Rabassa entrecierra los ojos, como lo haría una gallina antes de poner un huevo, y su voz se deja llevar por un tono ensoñador.

—El mundo, el porvenir, la historia, han sido siempre de aquellos que un día se atrevieron a soñar, como es su caso, señor presidente —dice muy conmovido—. Y con toda modestia quiero decirle que mi corporación y los inversionistas que la integran están deseosos de contribuir decisivamente a la realización de ese sueño.

Rabassa se dirige a la pared donde se proyecta la imagen de los volcanes, se vuelve con elegancia a su auditorio y agrega en un tono más grave:

—Pero hay sueños que se vuelven pesadillas. Hace unos años leí un libro titulado *El viaje a ninguna parte*. Trataba de una compañía de teatro que, acuciada por la competencia del cine, intentaba frenar su disolución. La obra recogía el fin de una era, la del teatro como entretenimiento por antonomasia, así como los sueños de un director que pretendía salvar su pequeña compañía de comedias representando obras de pueblo en pueblo en un viaje que no conducía a ningún lado. Todo estaba perdido ya. El teatro agonizaba. Los mejores actores y las mejores historias, habían escapado al cine. E ignorando las infinitas posibilidades que ofrecían aquellos grandes espacios repletos de palcos y butacas, los productores se habían dejado derrotar por una industria que colocaba una pantalla allí donde antes había habido un escenario.

Sanabria observa la atracción que Rabassa ejerce sobre el “petit comité”. Su voz es modulada y profunda, con un tono persuasivo de esos que agradan al extremo de no querer que el orador termine de hablar. No obstante, le parece que la actitud de Rabassa no es la del hombre que comunica con soltura, sino más bien la del que se escucha a sí mismo. Aunque tal vez esa impresión sea errónea y todo se deba a que sigue sin sentirse bien y a que el sudor se ha convertido en un incordio.

—La historia del progreso es la historia de su propia obsolescencia — prosigue Rabassa—. Todo adelanto es destructivo y no tiene piedad ninguna con lo viejo o lo obsoleto. Al igual que la termita, el progreso se alimenta de lo que destruye. Y lo mismo que la vida, está conformado por ciclos de nacimiento, juventud, madurez, senectud y muerte. Lastimosamente, toda innovación opera como una cruel guadaña que siega lo que el tiempo deteriora y avejenta. Llega de manera silenciosa y va carcomiendo el presente poco a poco hasta que, sin darse uno cuenta, lo convierte en pasado.

En la puerta del salón se oye un suave maullido.

Sanabria vuelve el rostro hacia la puerta y, cerrándola con el cuidado de un ladrón, descubre a Murphy Ruano, futuro ministro de Cultura y Deportes, quien se acerca a la mesa de puntillas con el compungido gesto de quien pide perdón por el retraso. Ruano es un reconocido profesor de Ciencias Sociales y destacado analista político. Obsequioso, vanidoso, empalagoso, siempre tiene una condescendiente risita en los labios con la cual parece decir yo sé más que usted de estas cosas. Altagracia Jiménez lo propuso para el ministerio por ser un intelectual que podría dar lustre a la coalición y no se dijera de ella que sus integrantes habían sido tirados con honda. Ruano tiene un bigote espinudo que le da un cierto aire de castor. Es dogmático, como todo profesor que se precie, y a veces un tanto cursi, pero algún defecto habría de tener.

Rabassa lo mira de reojo y, haciendo caso omiso a la interrupción, prosigue con su charla sobre la vejez y el progreso.

—Les hago estas reflexiones porque me parece provechoso destacar esta constante de la historia humana —dice—. Si el público abandonó ayer el teatro por el cine, hoy deja de ir a los cines porque prefiere el televisor. Algo parecido a lo que sucedió cuando dejamos de usar el ferrocarril en beneficio

del avión y el automóvil.

Rabassa no termina de ser claro. Tampoco da la impresión de tener prisa en revelar qué es lo que ha venido a vender, lo que exaspera a Sanabria.

—El caso del ferrocarril de Guatemala ejemplifica bien lo que afirmo —dice al cabo Rabassa—. En la actualidad no pasa de ser un cementerio de chatarra que gente inescrupulosa saquea para exportar a la China rieles, pedazos de locomotoras, ejes, vagones, señales, bardas. El viaje de quienes soñaron un día que el tren se convertiría en motor del progreso de Guatemala, ha concluido en un viaje a ninguna parte. Y no creo exagerar. En los últimos 18 meses, una firma francesa de ingeniería civil contratada por nuestra corporación ha tomado estas imágenes que confirman lo que digo —declama desolado.

Emilio Rodas coloca junto al proyector LG un pequeño altavoz inalámbrico. Rabassa digita su celular y pone en marcha un video con el fondo de un solo de violín que anega el salón de congojas.

Las imágenes que se proyectan en la pared han sido tomadas por drones y muestran el estado de abandono en que se encuentra el ferrocarril del norte. Vías y túneles cubiertas de maleza, puentes con restos de estructuras oxidadas o a medio desarmar, depósitos de agua abandonados.

El video destaca asimismo la pobreza rural del país, el hacinamiento humano, las viviendas con techos de lámina junto a las vías, los rostros de madres fatigadas y de niños semidesnudos con los vientres hinchados, de mendigos y de hombres con machetes como única herramienta de trabajo. Y a continuación, imágenes de carreteras y ciudades atestadas de camiones, autobuses, automóviles, motos. Imágenes que no parecieran ser de Guatemala, sino de algún caótico mercado de la India o Bangladesh.

Sobreimpresos en esas imágenes han ido apareciendo textos fugaces como estos:

«Las carreteras de Guatemala están prácticamente deshechas y la sobrecarga del tráfico eleva cada año los costos de reparación de las mismas».

«El tráfico reduce cada año su velocidad media en dos o tres kilómetros por hora».

«Sin recursos para construir autopistas y nuevas carreteras, el país está condenado a una progresiva parálisis».

«El transporte de carga es cada día más obstructivo».

«Un tráiler tarda alrededor de cinco horas en recorrer 106 kilómetros, la distancia que hay entre Puerto Quetzal y la capital de la República».

«El consumo per cápita de combustibles es creciente debido a la ineficiencia de su uso y a la lentitud con que se movilizan los vehículos».

«La contaminación ambiental se multiplica debido a la alta densidad del tránsito».

«Los daños materiales que los accidentes causan a la infraestructura, debido a la densidad del tráfico, ronda la cifra de 500 millones de dólares anuales».

«Cada día resulta menos atractivo hacer turismo en un país tan rico en cultura y bellezas naturales».

Rabassa detiene la proyección. Los tres minutos que ha durado el video han tenido el efecto de un vino acerbo. Y para rematar su buqué, decide agregarle una dosis adicional de amargo de Angostura.

—No descubriré la pólvora si digo que el país se encuentra agobiado por los problemas del tránsito. Larguísimas colas para entrar y salir de las ciudades, carreteras por las que los viajeros se mueven a paso de tortuga. ¿Qué puedo decirles que ustedes no sepan?

Quince segundos de pausa le aseguran que el mensaje ha penetrado hasta la última meninge de los miembros del “petit comité” ante el cual se erige como una figura heroica. Sus patillas de gato de Angora han adquirido brillos metálicos en la penumbra y su estampa es la de una suerte de Moisés, con la vara en una mano y las tablas en la otra.

—Cuando las carreteras asfaltadas y las grandes autopistas comenzaron a aparecer en el mundo, muchos pensaron que ese sería el final del ferrocarril —prosigue—. Pero la “destrucción creadora” del progreso no pudo con la resistencia del viejo tren a morir. Y siguiendo el principio de que “nada se crea o se destruye, sino que solo se transforma”, ha logrado convertirse hoy en un moderno medio de transporte que cada día tiene más usuarios y más redes,

al grado que, en algunos países, ha empezado a desplazar al avión en tramos cortos. El tren resucita en todas partes, caballeros, y empieza a dejar de ser la cenicienta del transporte.

Rabassa alza lentamente una mano con donaire arzobispal, enristra el índice como si fuera una lanza y dice con marcado patetismo:

—¡El viejo tren no estaba muerto! Solo no se había renovado. Y como lo que no se renueva, muere, así le vino a ocurrir al ferrocarril de Guatemala. Perdió el paso del progreso y de la historia y se convirtió en una estatua de sal. Y su tumba, su cementerio, es ese que acabo de mostrarles.

Rabassa se inclina sobre la mesa y echa a andar de nuevo el proyector. En la pared aparece un texto donde se lee “El futuro”, acompasado por una música alegre y saltarina que desplaza del salón el tristísimo solo de violín.

La nueva secuencia muestra con imágenes hiperrealistas una moderna estación de ferrocarril a orillas del Atlántico de donde parte un tren de líneas aerodinámicas que arrastra cuatro vagones de pasajeros. La locomotora, que lleva pintado al frente el nombre de Entremares, se desliza por unas líneas renovadas con durmientes de cemento, y cruza valles y llanuras a una velocidad extraordinaria. Los textos sobre el video indican 250 kilómetros por hora a lo largo de un trayecto que asciende hasta otra moderna terminal situada a las afueras de la ciudad de Guatemala.

Cuando la locomotora se detiene, otro texto advierte en la parte inferior de la pantalla que el viaje ha durado una hora y cuarenta minutos. Los viajeros se apean del ferrocarril y toman otro diferente cuya locomotora lleva a un costado el nombre de Interciudad.

El nuevo tren, que tiene cinco paradas urbanas, comunica la terminal del norte con otra al sur de la ciudad, donde se alza una nueva estación de grandes dimensiones. Allí, un tren semejante al que ha traído a los viajeros desde la costa atlántica, transporta a los viajeros a la del Pacífico. Cruza como un bólido el valle de Amatitlán, bordea el lago y, por entre pastizales y fincas de caña, encuentra finalmente el mar en las inmediaciones del Puerto San José.

Rabassa detiene la proyección.

—La idea de renovar y rehabilitar el ferrocarril de Guatemala no es nueva. Tampoco la de construir un corredor seco de océano a océano. Existe un

proyecto que aspira a construir dos puertos, cinco oleoductos, dos nuevas líneas ferroviarias, una autopista y varias zonas industriales aledañas. Nuestra idea es diferente. No pretendemos construir un canal seco. Solo queremos transformar el viejo ferrocarril en una especie de trenbus, rápido, cómodo y eficiente.

»Las antiguas instalaciones de la International Railways of Central America, IRCA, subsidiaria de la United Fruit Co., sus equipos, su muellaje y otros bienes pasaron al Estado de Guatemala en 1968. La IRCA entregó esos derechos en pago de la deuda acumulada por incumplimiento de sus obligaciones. Y así nació FEGUA, la empresa estatal de ferrocarriles cuyos malos manejos propiciaron su quiebra. Su último viaje tuvo lugar el año de 1996. Desde entonces las vías han sido víctimas del saqueo, y la ocupación ilegal de asentamientos sobre la vía férrea ha propiciado que se hayan ido perdiendo parte de los derechos de vía del ferrocarril, que es de 30.5 metros de ancho.

»En 1998, se le otorgó a Railroad Development Corporation, RDC, un oneroso usufructo por cincuenta años. Fue como remendar un remiendo. El Estado tuvo que pagar 16 millones de dólares de indemnización a la RDC. Y a principios del 2000, el sistema ferroviario de Guatemala había fenecido.

Rabassa hace un nuevo silencio y observa a la audiencia. Parecen clavados en las sillas azul pavo. No hay en ellos un pestañeo ni un gesto.

—A la vista de esta coyuntura, la corporación que represento desea proponer un trato al nuevo gobierno de Guatemala. No pretendemos explotar el ferrocarril tal y como está, excuso decirles. Es un negocio en la ruina y sujeto a la depredación. Solo en el área de Champerico se robaron en una noche veinte kilómetros de vía. Lo que pretendemos es rehabilitarlo, construir un nuevo sistema de transporte y administrarlo durante los próximos cincuenta años. Nada especial. Cincuenta años es la mitad del tiempo que se le concedió a la United Fruit Co. y el mismo que se le otorgó a la RDC.

»No se trata, pues, insisto, del tan manido corredor seco entre el Atlántico y el Pacífico, una utopía con siglo y medio de vida que nunca ha llegado a cumplirse. Se trata de un servicio de transporte para las personas, utilizando la

brecha que se abrió por selvas y montañas entre 1904 y 1912. Un servicio que no le costaría al Estado ni al país un centavo. La única carga en que se incurriría sería la de relocalizar a las familias que han invadido las áreas vecinas a la línea férrea y liberar la anchura de vía para poder ejecutar los trabajos.

»Tenemos el proyecto listo. One Globus Corp. es la entidad promotora y *Entremares* es el nombre de la empresa que lo habrá de administrar, una compañía holandesa especializada en el negocio. Los equipos serán adquiridos a empresas de tecnología punta en diversas partes del mundo. Y un reconocido bufete de abogados del país tienen ya redactados los documentos legales y decretos necesarios para iniciar el proyecto al que el Ejecutivo deberá dar el banderazo de salida 15 días después de haber tomado posesión, el próximo mes de enero.

»El contrato no deberá pasar por el Congreso de la República. Tiene que ser una decisión presidencial, una acción ejecutiva, a fin de evitar retrasos. Eso le da a usted, señor presidente, un plazo de mes y medio para evaluarlo y darnos una respuesta final. Y el motivo de que yo esté aquí esta mañana es obtener de su parte un compromiso inicial que deberá formalizarse en enero con el contrato definitivo.

Rabassa toma un sorbo de agua.

—Y ahora, permítanme ofrecerles otros datos de interés. El público viajaría de la ciudad capital a la costa atlántica en hora y veinte minutos, como queda dicho. En cuanto al Puerto San José, el viaje durará media hora. Serán trenes sin lujos, pero modernos, rápidos y eficientes. El proyecto incluye además un beneficio extra que no puedo dejar de advertir. En todos los proyectos de canales secos siempre se pensó dar prioridad al transporte de carga sobre el transporte de las personas. Ninguno ha sobrevivido o se ha materializado por esa razón. Nuestro proyecto, en cambio, no pretende llevar una idea que a lo largo de más de un siglo ha demostrado ser impracticable. Nuestro proyecto solo pretende satisfacer las necesidades internas de los guatemaltecos. Y esta es la otra buena noticia que quiero darle, señor presidente.

»El equipo de ingenieros con el que hemos trabajado ha diseñado un

sistema de transporte por ferrocarril de contenedores mediante el uso de plataformas de carga y locomotoras rápidas, si bien a menor velocidad de las que llevan personas, y su fin será acelerar los procesos de importación y exportación. Estos trenes se moverían en la misma dirección que los pasajeros, es decir, hacia el Atlántico y el Pacífico, y viceversa, si bien con una variante. Y es que lo harían de noche.

»El sistema que mi corporación les propone, en consecuencia, tendría dos horarios. El diurno de seis de la mañana a seis de la tarde, dedicado a las personas. Y el nocturno, de seis de la tarde a seis de la mañana, dedicado a las mercancías. No habrá, pues, servicio nocturno de personas ni diurno de mercancías. La estructura ferroviaria será la misma, pero los trenes de carga se moverán a unos 100 kilómetros por hora, en tanto los de pasajeros lo harán a 250.

»Ahora consideren los beneficios que el proyecto traería al país en el corto y largo plazos. Nuestros ingenieros estiman que, tanto el tráfico pesado como el ligero por carretera, se reduciría a la mitad al ser absorbido por un moderno ferrocarril movido por locomotoras eléctricas. Nada nuevo. Es algo que se ha venido haciendo en Argelia, en China, en Perú y en otros países que ya han experimentado los beneficios de reducir tiempo, contaminación y costos de transporte.

Rabassa se detiene, aspira con fuerza y prosigue:

—Las ventajas de un proyecto de esta magnitud, sin embargo, no se quedan solamente en la comodidad y la rapidez del transporte de pasajeros y mercancías, ni en la reducción de su costo. Hay otros efectos tanto o más importantes que no puedo dejar de subrayar.

»Durante los próximos cuatro años, utilizaremos los servicios de numerosas empresas locales de todo tipo y crearemos entre ochenta y cien mil empleos. Sería una extraordinaria sorpresa, señor presidente, que usted podría dar a conocer al país el próximo 14 de enero. En el siglo pasado, el presidente Árbenz hizo de la carretera una vía alterna al ferrocarril para romper el monopolio de la United Fruit. En nuestro siglo, el presidente Daniel Sanabria tiene la oportunidad de convertir el ferrocarril en la vía alterna a la carretera como dinamismo de crecimiento. Quizá algunos piensen que se trata de un

proyecto demasiado avanzado para un país en vías de desarrollo. Pero no si se piensa que en Europa se está desarrollando ya el Hyperloop, un tren capaz de transportar personas y mercancías por levitación magnética a una velocidad de 1 200 kilómetros por hora. El progreso va en esta área mucho más deprisa de lo que se cree.

»Esto es, en fin, señor presidente lo que he venido a ofrecerle. A usted y a la coalición de partidos que lo apoya. No “un viaje a ninguna parte”, sino otro con un destino feliz. Un viaje que no se puede rechazar, pues hacerlo supondría renunciar al desarrollo económico y humano que tanto necesita su país.

Rabassa cree que necesita decir algo más emotivo para cerrar su oferta y lo hace evocando al oído de Sanabria la más célebre canción de John Lennon.

—Imagine una veintena de locomotoras eléctricas cruzando de este a oeste el país, llevando mercancías y personas y a una velocidad cinco veces superior a la actual.

»Imagine el valor del tiempo ahorrado con el fin de dirigirlo a otras actividades productivas.

»Imagine cientos de miles de turistas de crucero que podrían desplazarse con rapidez y comodidad al centro de la capital y extender su estancia en el país dos o tres días.

»Imagine las carreteras nacionales con la mitad de automóviles, autobuses y tráileres que ahora corren por ellas.

»Imagine una capital más desahogada, con menos tráfico y menos contaminación.

»Imagine un país con un medio ambiente más limpio y más sano.

»Imagine, en fin, la herencia que puede dejar, señor presidente, a las futuras generaciones de guatemaltecos.

»Lo tenemos todo listo: maquetas, planos, documentos, factibilidad financiera. Nuestra corporación tiene además ya contratada la venta de las acciones de la compañía que explotará el ferrocarril por un valor superior a los 4 mil millones de dólares. A ese punto llega nuestra fe en el proyecto. Solo necesitamos que, tratándose de un activo del Estado, usted, señor presidente, autorice la concesión. Convierta ese cementerio de chatarra que es hoy el

ferrocarril en un poderoso engranaje de progreso con cero desembolso por parte del Estado. Y así como el viejo tren abrió un día las puertas de la modernidad a Guatemala, así el nuevo traerá al país un deslumbrante porvenir.

Emilio Rodas se levanta de la silla y se acerca a las ventanas del salón. Oprime el interruptor de nuevo y el sistema de persianas eléctricas deja entrar en el recinto una radiante luminosidad. Y Sanabria se pregunta si efectos especiales como este ya estaban incluidos en la charla.

—¿Han hecho ustedes algún estudio sobre el impacto ambiental que tendría el proyecto? —inquire Gracita Jiménez.

—Su pregunta tiene una sencilla respuesta: el impacto sería cero. No habrá deforestación. No habrá árboles que talar, ni brechas que abrir, ni ríos que desviar. Ese trabajo se llevó a cabo hace un siglo, pero toda la operación será más limpia que la de antes, pues las locomotoras son eléctricas.

—¿Y qué participación tendrán las empresas privadas del país en el proyecto? —pregunta Leónidas Vallejo.

—Ya lo he dicho. Salvo las locomotoras, los sistemas eléctricos, la tecnología de última generación y demás, el proyecto será subcontratado internamente en su totalidad: terminales, estaciones, demolición de puentes e infraestructuras dañadas, construcción de nuevos puentes y pasos, mejoras de túneles, suministro de durmientes de cemento, rectificación de pendientes, postes de metal para el tendido eléctrico, servicios de todo tipo.

Porfirio Ron Castañeda no quiere quedarse atrás y formula una pregunta más técnica.

—¿Han evaluado el efecto fiscal del proyecto? —inquire, poniéndose de perfil.

—Sí, claro —dice Rabassa—. Con el aumento de la actividad empresarial, los salarios crecerían en todos los niveles y el ingreso fiscal se duplicaría en siete años. Y los ingresos municipales también. Como resultado, el país se pondría en marcha desde el primer día del nuevo gobierno y usted, señor presidente, podrá dedicar sus energías y su tiempo a la reforma política.

Sanabria asiente en silencio, mientras piensa si las preguntas, además de los efectos especiales, no estaban también previstas en la presentación.

Acuclillado tras los arbustos del jardín de la casa número 4, Chris Elizondo baja la mirada a la Nikon que sostiene en las manos y comienza a pasar las fotos por la pantalla de la cámara. Luego de unos momentos, el agente respira satisfecho. Ahí está el *motherfucker* que buscaban, nítido como una flor en primer plano, dando la mano al presidente, sonriendo a Altagracia Jiménez o charlando con el vice.

Elizondo desmonta el teleobjetivo, se incorpora del suelo y saca su celular. Y justo cuando lo acaba de encender, en el bucólico silencio del bosquecillo cercano al *fairway*, empieza a sonar una musiquilla que recuerda la banda sonora de *El tercer hombre*.

El agente deja la cámara en el suelo, se lleva el celular al oído y contesta.

—Dime, Harry.

—Chris, demonios, ¿por qué tienes apagado el teléfono? Llevo más de una hora tratando de hablar contigo. Me tenías preocupado, carajo. ¿Dónde estás ahora?

—No quería que hiciese ningún ruido mientras tomaba las fotos. Podría haberme delatado. Pero estoy bien, de primera. ¡Y las tengo, Harry, las tengo!
—susurra Elizondo

—¿Qué es lo que tienes?

—Las fotos del *motherfucker* acompañado del presidente, el vice y los demás. Son magníficas, de veras. Sobre todo las de los importantes, Sanabria, Expósito, Rodas, el sospechoso que vimos en el hotel. Salieron que ni a propósito. Juntos y de frente, platicando y riendo.

—Fantástico, Chris. Ahora sal de ahí cuanto antes y vente a la embajada sin pérdida de tiempo. El embajador Turnbull quiere hablar contigo. Y por lo que más quieras, que nadie te vea salir de ahí.

—Eso iba a hacer justo en este momento, Harry. Solo necesito...

Las últimas palabras de Elizondo se han cortado con un gemido oscuro y ronco.

—Chris, ¿sigues ahí? Chris, ¿me oyes? ¡Chris! ¡Chris!

El *Picanto* de Luisa Fernanda Najarro entra en la colonia Vista Hermosa I, un vecindario situado a espaldas del café Barista. A esa hora de la mañana,

zanates y coronados caminan inquietos por las calles buscando su desayuno y unos pocos vecinos endurecen los músculos correteando o caminando cuesta abajo y cuesta arriba.

La colonia es una especie de islote al que rodea por su extremo Este el boscoso barranco de La Ardilla, un ecosistema poblado de aves, animales pequeños y árboles que no pierden su verdor en todo el año. Quien tiene la fortuna de vivir frente a este biotopo, disfruta de una de las calidades de vida más altas del planeta.

El *Picanto* enfila una corta y empinada calle que concluye en un cul de sac, a orillas del barranco, y se detiene frente a la puerta metálica de una discreta vivienda al pie de una columna de cemento de la que cuelgan dos transformadores.

No se ve un alma alrededor. Luisa Fernanda detiene el vehículo, oprime un botón en el salpicadero y hace una llamada:

—Soy Luisa Fernanda —dice, al escuchar el aló de bienvenida.

Segundos más tarde, la puerta se desplaza con un leve zumbido y el *Picanto* entra en la casa.

Luisa Fernanda accede a un salón transparente que tiene por escenario la florida arboleda del barranco. A la derecha, encerrados en una especie de pecera equipada con espectaculares pantallas y equipos, trabajan dos hombres de aspecto extranjero. Luisa Fernanda los saluda. Uno de ellos le corresponde agitando la mano; el otro la mira con el rabillo del ojo y continúa a lo suyo.

A unos metros de ambos, hay un enorme cubo de cristal construido sobre pilares de madera que llega hasta el techo. Y encerrados en él se alzan dos *zEnterprise* 196 de IBM, idénticos a los que Luisa Fernanda utilizaba en UPS y en los que la compañía registraba y controlaba los miles de millones de paquetes que distribuye anualmente en el mundo. Una puerta de acceso protege los dos potentes *mainframes*. Es también de cristal y se abre utilizando la huella dactilar y una tarjeta.

Cada uno de estos mamuts tiene capacidad para procesar 50 billones de instrucciones por segundo y correlacionar bases de datos, personas, direcciones y números de teléfono. Su precio es de casi un millón de dólares cada uno y tienen nombres. Uno se llama Caribdis; el otro, Escila. Como los

monstruos de la Odisea. Vladislav, el operador que saludó a Luisa Fernanda al entrar, los bautizó con esos apodos.

Luisa Fernanda se dirige a su estación de trabajo y comienza a indagar en sus pantallas si ha habido algún intento nocturno de penetrar en el sistema. Chequeos de rutina. Toda la operación está protegida por diferentes muros o rompefuegos, cada uno más elevado que el siguiente, de los que solo unas pocas personas conocen el código de acceso, algo así como la combinación de una bóveda blindada que conduce a otra y esta a otras. Y Luisa Fernanda es la guardiana de ellas y la responsable de impedir que alguien penetre en ese hermético laberinto, construido sobre unos y doses, algoritmos, interfaces y un lenguaje secreto e incomprensible.

Diez

Rabassa apaga el proyector y se lleva la mano derecha al puño izquierdo de la camisa en un gesto que pretende ser chic, por más que solo sea una pose para adornar sus palabras finales.

—Señor presidente —dice en tono humilde—, he trabajado en este proyecto dos años y he puesto en él un gran esfuerzo personal y económico. Y puedo asegurarle que nadie, salvo One Globus Corp., está en condiciones de realizar una inversión de este calibre. Los aspectos financieros y técnicos han sido resueltos por nuestro staff y todo el proyecto se ha concebido como una sinfonía, donde cada instrumento y cada tiempo y compás de la misma están cuidadosamente pensados y planificados para que la operación sea ejecutada sin ningún tropiezo. Ahora corresponde a usted, y a los hombres y mujeres de su gobierno, tomar una decisión en la que, como es lógico, yo no debo participar. El señor Rodas y yo nos iremos ahora. Daremos un paseo por este precioso Edén y esperaremos su respuesta en la casa club.

Hace una pausa, humilla la frente un instante y dice muy emocionado:

—Una cosa más quiero pedirles a todos. Nunca dejen de soñar. Quien quiera tener un futuro, debe soñarlo primero, pues el futuro no es de quienes lo hacen, sino de aquellos que lo sueñan.

Una salva de aplausos resuena en las paredes del salón y, luego de alcanzar el bufé, escapa hacia el jardín, la floresta y el campo de golf. Rabassa busca miradas con cara de san Antonio y se despide de ellas con una inclinación. Luego estrecha la mano a Sanabria, al tiempo que este le pregunta:

—¿Está seguro de que la ejecución del proyecto solo llevará cuatro años?

—No tengo ninguna duda —responde Rabassa—. Considere que no hay que pasar por el proceso de compra de tierras y, salvo casos muy puntuales, tampoco es necesario abrir nuevos caminos. Todo está listo para empezar a trabajar, si usted lo aprueba. El tramo de Guatemala al Puerto de San José lo terminaríamos en dos años, justo a la mitad de su periodo de gobierno. Tendría un gran impacto político, si me permite decirlo así. En cuanto al tramo al Atlántico, el cual construiríamos simultáneamente, se llevaría cuatro años. Tenemos planeado que usted lo inaugure antes de terminar su mandato.

—Un proyecto a la medida, ¿no?

Ríe a un tiempo la audiencia.

—Si quiere verlo así, señor presidente, no seré yo el que diga lo contrario —responde Rabassa—. Pero yo me centraría más en lo que podría hacer con el aumento de ingresos fiscales que generará el proyecto: hospitales, escuelas, viviendas. Incluso podría poner en marcha el Anillo Metropolitano, una obra urgente y necesaria que no acaba de arrancar por falta de fondos.

—¿Cómo sabe tanto de nuestro país?

—No quisiera ser sensiblero, pero la verdad es que estoy comprometido con él porque le tengo un amor especial.

Nuevo aplauso del público.

—Muchas gracias, señor Rabassa. Y ahora, dígame, ¿qué necesitaría de nuestra parte, para echar a andar el proyecto?

—Firmar lo antes posible la carta de intención entre One Globus Corp. y su gobierno. No podemos demorar las fechas, so pena de retrasar la obra y que usted no reciba el beneficio de terminarla a tiempo. Mis inversionistas y yo esperamos una respuesta rápida. Y aunque mi mayor deseo es invertir esa enorme suma en Guatemala, hay otros proyectos esperando en otros lugares del mundo hacia los cuales podríamos dirigir el dinero. Un aeropuerto internacional en Tanzania, un puente internacional sobre el río Zambeze, entre Bostwana y Zambia, y un puerto de mercancías en Nicaragua.

—De acuerdo, señor Rabassa, tendrá mi respuesta muy pronto.

Cuando la puerta del salón se cierra a sus espaldas, Rabassa deja escapar un largo suspiro. Sus labios tabletean un instante mientras observa de reojo a los hombres de seguridad del presidente que hacen guardia en el vestíbulo. Se

sacude del *blazer* una invisible pelusa, se encamina hacia la puerta de la casa y, poco antes de llegar a ella, vuelve el rostro hacia Rodas.

—¿Cómo estuvo? —le pregunta.

En el interior del salón, Boris Ormeño alza una mano, o por mejor decir, media mano, pues el puño de la camisa la tiene casi tapada.

—Señor presidente —dice—, pienso que es útil advertir antes que nada que un proyecto de esas dimensiones debería pasar por el Congreso. No veo políticamente correcto la cesión de derechos de vía sin dar antes ese paso.

Ocupado en digitar el celular, Sanabria no ha prestado demasiada atención a la propuesta de Ormeño y, sin alzar la mirada, se limita a decir:

—Caballeros, hay una moción sobre la mesa.

—Creo que Boris tiene razón —se adelanta Ron Castañeda—. Un decreto presidencial o un acuerdo bilateral con One Globus Corp. podría resultar sospechoso.

—No sé por qué —replica Eduardo Vívar—. Una decisión del Congreso sería igual de sospechosa. Ningún negocio del Estado es visto hoy día sin suspicacias, lo haga quien lo haga y lo firme quien lo firme. Y si estamos de acuerdo en que se trata de un proyecto de urgencia, no podemos dejar la decisión al Congreso. No es lo mismo decidir asuntos como el que nos ocupa esta mañana con un grupo de personas selectas que en una asamblea de diputados como los nuestros.

—¿Y qué quiere, que los importemos de Noruega? —replica Ormeño.

—Pues mire, Boris, ahora que lo menciona, no sería mala idea.

—¿Cree que las diputadas son también así? —dice Sara Waleska, uniéndose al pleito.

—También, Sarita, también. Y algunas, incluso peor.

—A este señor habría que ponerle un bozal —murmura la Waleska por lo bajo.

Expósito entorna los ojos y se vuelve al presidente. Su gesto no parece decir “se lo dije”, pero casi.

—Nuestros congresos, querido Ormeño —retruca Vívar—, son una mezcla de oligarquía aldeana y caciquismo de pueblo. Y salvo raras excepciones,

están integrados por gente acostumbrada al apañío y colocada ahí por narcos, tatascanes y ricachos de provincia. A veces no saben ni hablar. No conocen las leyes, el bien común se lo pasan por las horcas y en algunos casos ni siquiera han leído la Constitución. Y si a todo eso les suma los tráfugas y los pícaros, tendrá el cuadro de una democracia que haría a Rousseau arrojar desde el puente de Belice.

Eduardo Vívar practica la impertinencia por hábito. Le encanta pasmar a la gente. No sabe replicar sin ser mordaz y solo falta que le recuerde a Ormeño que es una cacofonía o que no sabe dar el punto a las longanizas.

—Esta es la realidad pura y dura —continúa Vívar—. Esto es lo que tenemos. Un congreso como el nuestro no se integra con los mejores, porque los mejores no quieren estar ahí. Se integra con lo que hay. Y lo que hay es una piña de irresponsables que han hecho de la intriga un juego y de la legislación un negocio. Hubo un tiempo en que ser diputado suponía la oportunidad de servir a la patria, adquirir prestigio y ganarse un nombre. Hoy no. Hoy solo supone una oportunidad para hacerse rico. Rico de pueblo, quiero decir. Ante la disyuntiva entre el dinero y la lealtad a un programa político, no es difícil anticipar por qué opción se va a inclinar el diputado jayán y pastelero. Por eso no hay que idealizar las cosas, Boris. Ni contaminarse con esa gente. Si ponemos en sus manos un proyecto de las dimensiones e importancia de este, nos va a salpicar el lodo.

Gracita Jiménez aplaude sin hacer ruido y Vívar la mira encantado de que su intervención merezca tanta benevolencia por parte de la futura presidenta del Congreso.

—Usted, Tulio, sabe de estas cosas más que todos nosotros. ¿Estoy, por dicha, equivocado? —dice Vívar, colocando la punta de lengua entre los dientes.

Porfirio Ron Castañeda, quien hace tiempo desea meter la cuchara, la mete de nuevo antes que Expósito responda y sin decir agua va.

—Esto es ridículo, señores. No estamos aquí para debatir una cuestión de procedimiento. Estamos aquí para hablar de un proyecto económico-financiero, para conocer el criterio del señor presidente y para saber si él está dispuesto a aceptar que el eje económico del gobierno de Patria y Bienestar

sea la renovación del ferrocarril, ¿me equivoco?

—Esa es una pregunta que atenderé después —responde el presidente—. Antes quisiera preguntarle algo a Tulio. ¿Usted confía en el señor Rabassa?

Expósito se queda unos segundos pensando.

—Confío en él tanto como un hombre de negocios puede confiar en otro.

—¿Y qué me dice del señor Rodas?

—Más o menos lo mismo.

—¿Ha investigado a los dos?

—Por supuesto que sí —dice Expósito, empujando hacia el presidente un sobre de color manila—. Este es un reporte sobre One Globus Corp. Lo pedí hace unos días a una reconocida entidad financiera de Nueva York. También puede ver el informe que nuestros abogados han elaborado acerca del asunto que tanto le preocupa a Boris. Y ese informe dice que se puede llevar a cabo la renovación del ferrocarril sin necesidad de pasar por el Congreso.

—Por supuesto que sí —dice Vivar muy hinchado.

—Es suficiente un decreto del Ejecutivo.

—Tenemos además mes y medio para analizar y decidir el asunto —interviene Gracita—. De manera que yo no veo la razón de que nos detengamos en eso ahora. Es el presidente quien tiene que tomar la decisión y punto.

Expósito retoma la palabra.

—He visto, además, el proyecto, señor presidente. Consta de una docena de libros y archivos con descripciones, planos, diseños, estudios de factibilidad, una cartografía espectacular y dos maquetas que ocupan un salón de las oficinas de One Globus Corp. en la Zona 10.

Sanabria examina por encima los documentos que le ha tendido Expósito.

—Pero el señor Rabassa quiere un acuerdo inmediato —arguye.

—Un pre-acuerdo, señor presidente. Lo que es normal. Necesitan tiempo para preparar sus cosas y un compromiso de nuestra parte. Pero yo debo aclarar antes algo.

Expósito hace una larguísima pausa.

—Nadie se esperaba esto. Me refiero a ganar las elecciones. Nunca lo imaginamos, ¿cierto? —pregunta, dirigiéndose a Ormeño, a Sara Waleska, a

Gracita—. Cierto. Llegamos con un proyecto de cambio, pero no tenemos ni un centavo para llevarlo a buen fin. La renovación del ferrocarril supone para nosotros lo que para Árbenz supuso la carretera al Atlántico o para Méndez Montenegro, la presa de Jurún Marinalá y la colonia Primero de Julio. Un complemento fundamental de la reforma política que nos proponemos hacer — dice volviendo el rostro a Sanabria—. El pueblo verá que no solo estamos cambiando las instituciones, sino también el país.

Se vuelve hacia los ministros y agrega:

—Le decía hace un rato al señor presidente que necesitamos arrancar con un bombazo, una noticia sorprendente. Algo que lleve al público el mensaje de que el país se ha puesto en marcha. De ahí la prisa para tener todo listo antes del 14 de enero, cuando tomemos posesión, y echar a andar la inversión dos semanas después. La operación como le dije, señor presidente, es compleja. Pero ahora —y mira con fijeza a Sanabria —ya tiene una idea clara de la misma y necesitamos una decisión suya al respecto.

Sanabria se ahueca la camisa para ventilar el pecho. El calor ha empezado a subir y la atmósfera del salón se ha vuelto sofocante. Cuando menos para él. Su malestar ha crecido y sospecha que tiene algo de fiebre, una buena razón para abandonar la reunión y no tener que dar una respuesta precipitada. Pero no quiere dar muestras de debilidad o desinterés en la primera sesión con los meros meros de la coalición, por más informal que sea. Necesita un respiro, lavarse la cara, refrescarse un poco.

—¿Me disculpan un momento? —dice levantándose del sillón—. Vuelvo enseguida.

Sanabria se dirige al baño, abre el grifo de agua fría, hace un guacal con las manos y se humedece el rostro y el cuello. La picazón disminuye enseguida, así como el sudor y la jaqueca. Se enjuga el rostro con una toalla de papel y, ya más entero, vuelve al salón.

Al entrar repara, sin embargo, que todos hablan en murmullos, como si se estuvieran confesando, y que, no más al verle, todos han quedado en silencio.

A mitad de camino hacia el sillón, le sorprende una vibración del celular.

Sanabria se da media vuelta y susurra:

—¿Qué dice la Primera Dama de la nación?

—Dani, cielo, perdona que te interrumpa. Sabes que no me gusta hacerlo cuando estás trabajando.

—¿Ocurre algo?

—Se trata de Juanmi. A poco de irte, empezó a sentirse mal. Le puse el termómetro y tenía 39. Le di unas aspirinas, pero no mejoró. Ahora tiene casi cuarenta de fiebre. Le duele todo el cuerpo, tiene náuseas y se le ha irritado la garganta.

—Llévatelo enseguida a la emergencia del Herrera. Ahora estoy algo ocupado, pero en cuanto logre librarme de este asunto, me voy para allá. No creo que pase de media hora. Yo tampoco me siento muy bien. ¿Será algo que comimos? ¿Tú cómo estás?

—Yo bien.

—Entonces tiene que ser otra cosa, porque los tres cenamos lo mismo. ¿No será una infección intestinal?

—No lo sé, pero estoy preocupada.

—No perdamos entonces el tiempo. Llévate a Juanmi al hospital. Ahí nos dirán qué tiene. Ahora tengo que dejarte, pero llámame en cuanto sepas algo. Adiós, cielo.

Sanabria se acerca a la mesa y se acomoda en el sillón. Todos le miran expectantes, como si estuvieran seguros de que finalmente ha tomado una decisión.

—Tengo muchas preguntas, Tulio. Y no tanto para el señor Rabassa, como para usted y la coalición.

—¿Qué clase de preguntas, señor presidente, si todo está clarísimo? —salta Expósito en tono de irritada impaciencia—. El proyecto en sí, su efecto multiplicador en la economía, el informe financiero de Nueva York. ¿Qué más necesita para firmar? ¿Qué es lo que quiere?

—Me parece que esa no es la cuestión, Tulio.

Esta vez, Expósito no replica. Simplemente cierra los ojos y mueve a un lado y otro la cabeza en un gesto que podría traducirse por algo así como “este idiota no tiene arreglo”.

Luisa Fernanda Najarro teclea sin tregua frente a dos grandes pantallas. Por ellas desfilan densas líneas de números, gráficas a color y pequeños mensajes que asoman un momento y desaparecen. Limpiar y revisar el sistema es como adecentar una mascota, enjabonarla, bañarla, escarbarle el pelo en busca de parásitos, secarla, perfumarla y dejarla como un pompón.

Los dedos de Luisa Fernanda se mueven con gran rapidez, pero no se aplica al trabajo esta mañana con el mismo entusiasmo de otros días. No se siente cómoda. Hay una sombra de temor en su rostro, al extremo de que cualquier roce, cualquier ruido extraño, la pone en estado de alerta. Las últimas palabras del inspector de Interpol aún siguen golpeando sus oídos: “¿Tiene usted seguro de vida?”.

El estridente pitido de un zanate en el barranco la hace detener el tecleo. Alza los ojos por encima de las pantallas y se queda inmóvil observando la arboleda del barranco. Baja los párpados y exhala un suspiro. Toma el celular que tiene sobre la mesa de trabajo y marca un número.

—¿Mami?

—Sí, mi amor.

—¿Estás bien?

—Claro, ¿por qué me lo preguntas? —replica extrañada la madre—. ¿Te ocurre algo?

—No, mami. Te llamé solo para decirte que te quiero. Que te quiero mucho.

Luisa Fernanda habla con su madre unos minutos y cuando termina de hacerlo, marca el número de Chris Elizondo. Quiere decirle lo mismo que a su madre, pero el teléfono de Chris no contesta.

Once

Chris Elizondo yace sobre el césped con la nuca ensangrentada. Filadelfo Cajas le coloca dos dedos a la altura de la yugular y espera unos segundos. Luego se alza del suelo, se frota la ceja izquierda y se guarda su Smith & Wesson. Se ha pasado con el culatazo, no hay duda. El tipo no tiene pulso y ha dejado de respirar. Y para eso no hay solución. Así que lo mejor será tratar de arreglar el entuerto.

Se inclina sobre el cadáver, toma el celular que el caído aún sostiene en los dedos, lo apaga, le quita la tarjeta sim y se la guarda en un bolsillo. Le abre después el chaleco y le extrae la Glock de 17 tiros que lleva en la sobaquera.

En otro de los bolsillos alcanza a palpar un objeto sólido, una placa metálica adherida a una almohadilla forrada de cuero que tiene en el reverso un clip. La placa lleva un águila dorada en la parte superior y, en la inferior, un círculo en el que se lee Drug Enforcement Administration. Filadelfo no sabe inglés, pero en el interior del círculo hay tres letras de gran tamaño que conforman la palabra DEA. Y eso sí que lo entiende.

Filadelfo se alza del suelo, da unos pasos hacia el *fairway* y se queda muy quieto, mirando la pequeña bandera que flamea en el *green* del Hoyo 17.

Hacía tiempo que no le sucedía nada parecido. En su adolescencia fue un sicario que mataba por cien dólares. En moto, a pie, en carro, en autobús, de día, de madrugada. También solía atizar palizas al por mayor. Le favorecían su corpachón y sus manazas. Con los años, sin embargo, se convirtió en un escolta y nunca más volvió a enfriar a nadie. Salvo ahora. Y sin querer, que es

lo peor. Y además a un tipo de la DEA. Pero la cháchara que el tipo se traía no le dio oportunidad de hacer otra cosa que sacudirle un riendazo y preguntar después. Tengo todas las fotos, decía el maldito, las de Sanabria con Expósito, con el *motherfucker*, con Rodas, ahora sí salieron nítidas, los tenemos, jefe, los tenemos, o algo así.

Filadelfo toma la Nikon del muerto en sus manos, la enciende y pasa una a una las fotos que contiene la memoria. Allí están todos, en efecto: el presidente, el vice, Rodas, los ministros y el señor Rabassa sonriendo

Antes de apagar la cámara, empero, aparece una nueva imagen y luego otras dos que nada tienen que ver con la reunión de esta mañana en La Rosaleda. Son en realidad tres *selfies*. Una de ellas es del tipo que yace tumbado en el suelo. La otra, de una joven muy linda cuyo rostro le suena de algo, pero que en este momento no podría decir de qué o de dónde. Y la tercera es del fulano y la seño, con las mejillas pegadas y al parecer muy felices.

Filadelfo abre el compartimento inferior de la Nikon, extrae la memoria y se la guarda junto con la tarjeta sim. Luego saca su celular y marca un número.

— *Chero* —dice en voz baja.

—Sí, vos.

—Vénganse los dos para acá en la *Suburban*. Tenemos un trabajito que hacer.

Filadelfo se guarda la placa y el carné de Elizondo y se acuclilla a la sombra de un pinabete mientras espera a sus hombres.

Serios y aseados los dos, misma silueta, mismo corte de pelo, Atlacatl Ramos y Quelvin Zetino, los dos asistentes de Filadelfo, son parte del ejército privado que integran los 150 mil hombres que se dedican en Guatemala a proteger vidas o a deshacerse de ellas. Muchos son hijos de la guerra, las maras, el narcotráfico y el mundo en el que nacieron y crecieron. Han sido entrenados para el combate y son personas que no se meten a juzgar si aquellos a quienes custodian son los malos o los buenos. Y son gente a quien se ve por todos lados. En las mañanas, corriendo a una distancia discreta de la persona que cuidan. Al mediodía, en el parking de los restaurantes o en los

vestíbulos de los hoteles. De noche, a la puerta de casas y chalés. Ellos quisieran pasar inadvertidos, pero su modo de vestir, su hieratismo y su corte de pelo los delatan como veleros en una bahía.

Acostumbrados a contenerse, rara vez se pasan de la raya, mas cuando tienen que hacerlo, se convierten en armas mortales. Saben que no son bienamados, pero tampoco son malqueridos. Apenas tienen tiempo para sí y están obligados a vivir la vida de otros. Algunos tienen conciencia de samuráis y piensan que el suyo es un oficio importante para un país tan inseguro como lo es Guatemala. Pero no son seres de otro mundo. Al terminar el trabajo, la mayoría recupera su identidad de personas comunes que se desplazan en un bus o una moto, tienen una familia, son buenos vecinos y comen enchiladas en las esquinas de la ciudad.

Los dos hombres de Filadelfo pertenecen, como él, a este sacrificado oficio, pues de eso se trata, de sacrificarse por las personas que protegen. Atlacatl Ramos, apodado *el Chero*, se asentó hace algún tiempo en Guatemala para practicar aquí lo que en El Salvador aprendió a hacer de adolescente, que era robar, asaltar y matar. Durante años le dio al alcohol y a la cocaína siguiendo el imperativo de sus iguales: más vale una vida corta, pero intensa, a otra larga, pero miserable. En cuanto a Quelvin Zetino, apodado *el Teflón* porque le resbala todo o casi todo, la muerte, la vida, el peligro, no le va a la zaga en méritos. Hombre de cejas muy peludas y pose de chofer inglés, Zetino fue soldado, espía y asistente personal de un coronel en tiempos de la guerra interna. Dejó el ejército por la mala paga. El trabajo de guardaespaldas era más cómodo y sosegado. Y ahora, con *el Chero* Ramos, conforma la primera línea de protección de Emilio Rodas.

Auxiliados por su jefe, *Chero* Ramos y *el Teflón* toman el cadáver de Elizondo sin decirse palabra y, avanzando por entre matorros y árboles, lo llevan en brazos hasta la *Suburban* que han dejado estacionada a una orilla del sendero que atraviesa el campo de golf.

Cuando llegan al vehículo, Filadelfo los deja con el cadáver, sale al camino, mira a uno y otro lado, abre la portezuela trasera y les dice entre aspavientos:

—Apúrense, muchá.

Los dos hombres meten en la *Suburban* a Elizondo y lo tapan con una lona. Zetino pregunta a Filadelfo:

—¿Qué querés que hagamos con esto?

—Me lo hacen desaparecer antes que se enfríe.

—Pero dónde.

—Ya sabés dónde.

El *Teflón* y el *Chero* Ramos se dirigen una mirada oblicua. Luego, sin decir chus ni mus, se suben a la *Suburban*.

Antes de partir, sin embargo, Filadelfo se asoma a la portezuela y les dice:

—No vuelvan hoy por aquí, ¿entienden? Podría resultar sospechoso. Se deshacen de la cámara también. No sean tan mulas de quedarse con ella. Después de hacer el trabajo, váyanse a la casa de don Emilio y esperen allí mis órdenes.

Desde el porche de la casa número 4, Rodas busca con la mirada la *Suburban*. Todavía flota en el aire la pregunta de Rabassa, “¿cómo me fue?”, pero la cabeza de Rodas está ahora en otra parte.

—¿Dónde estarán este par de tarados?

—¿Quiénes?

—Ramos y Zetino. Deberían estar aquí.

Marca un número y vocifera:

—Me lleva la tiznada, Filadelfo, ¿dónde está la *Suburban*?

—Se la llevaron los muchachos, jefe.

—¿Que se la llevaron? ¡No me jodás! ¿Y a dónde se la llevaron?

—A hacer un mandado.

—Y vos, ¿dónde estás ahora?

—Donde usted me dijo, detrás de la casa. En el jardín.

—¿Aquí al lado? ¿En el jardín?

—Sí, jefe.

—Pues te venís ahorita al porche y te juntás con el señor Rabassa y conmigo.

Rodas apaga el celular y, volviéndose a Rabassa, dice:

—Esta gente es un dolor.

Y ya más calmado:

—Estamos listos, José María.

Rabassa extiende el brazo derecho para cederle el paso.

—Excelente la presentación —dice Rodas echando a andar—. Me gustó esa historia del viaje a ninguna parte. Consiguió que el presidente no se perdiera una palabra de lo que decías.

No es que el ego de Rabassa se sienta demasiado feliz con un florilegio tan conciso, pero considerando que viene de un contador que está además como las cien mil, se diría que no está mal del todo.

Zetino y *el Chero* Ramos son hombres de pocas palabras. De hecho no han abierto la boca desde que salieron de La Rosaleda. Un buen escolta ha de ser así: contenido, callado, impasible.

Al llegar al Condado Concepción, se hacen a un lado de la carretera y, sin que ninguno de los dos abra la boca, se detienen frente a un pequeño centro comercial donde se alinean una tienda de tabla yeso, otra de muebles de jardín, una clínica de uñas postizas, una ferretería, una farmacia con rejas y una taquería de la que emana un intenso olor a fritanga de cebolla.

Zetino entra en la ferretería y compra una pala.

Cuando sale de la tienda, encuentra al *Chero* Ramos apoyado en la portezuela derecha de la *Suburban* comiéndose un taco. Zetino le hace un gesto para que se aparte, abre la portezuela y arroja la pala al interior del vehículo.

Echa un vistazo al área del maletero y comprueba que el bulto del muerto sigue allí. Luego, sin decirse una palabra, se suben ambos a la *Suburban* y toman la carretera que conduce a Muxbal.

Diez minutos más tarde, están en la Veinte Calle, a espaldas del centro comercial La Pradera. El tráfico es lento y espeso debido a la estrechez de la vía.

Zetino cruza al lado izquierdo de la calle y, sin detener el motor, se estaciona frente a un portón enrejado y pintado de verde del que cuelga una señal de Alto, un rótulo que dice “No taxis” y otro en el que se lee “Ruta cerrada por riesgo”. A la derecha hay unas ofibodegas sin ventanería, a la

izquierda una cafetería abandonada y, a un lado, una puerta estrecha por donde se supone entran las personas que van a pie.

El *Chero* se apea del vehículo, mira a un lado y a otro, se acerca a la cerradura y la abre con una ganzúa. La ha forzado con rapidez y se nota que no es la primera vez que lo hace.

Empuja con suavidad el portón y lo abre. Zetino traspasa el umbral y detiene la *Suburban* unos metros adelante, mientras Ramos cierra atrás de él y se vuelve a subir al vehículo.

Pero Zetino no echa a andar la *Suburban*.

—¿Pasa algo, vos? —pregunta *el Chero*.

Sin volver el rostro ni dejar de mirar al frente, Zetino dice sin emoción:

—¿No sería mejor enterrarlo en otra parte?

—¿Por qué, vos? —pregunta Ramos sin mover una pestaña.

—No sé. Es peligroso, ¿no? Podrían vernos.

El *Chero* emite un sonido gutural intraducible que suena algo así como no digas babosadas, al cual agrega un rápido adelantamiento del mentón indicando a Zetino que arranque.

Y Zetino, que es obediente y no necesita mayores explicaciones, aparte de resbalarle las cosas, mete la primera velocidad y comienza a moverse por el sendero que desciende abruptamente hasta las entrañas de un profundo barranco.

Si hay un lugar que debiera llamarse “garganta profunda” es este angosto desfiladero de ciento veinte metros de hondo en cuyo lecho se alzan dos asentamientos humanos, uno de los cuales, denominado Cambray II, fue casi sepultado en 2015 a causa de un deslizamiento de tierra.

Impasibles, sin mirarse, Zetino y *el Chero* van dejando atrás casas y áreas arboladas, hasta que aparece ante ellos la huella del derrumbe, un ciclópeo mordisco en la falda derecha del barranco que arrancó en segundos tres millones de metros cúbicos de arena y piedras. El área ha sido saneada y estabilizada, pero aún quedan zonas donde existen irregularidades en el terreno, así como árboles y arbustos entre los cuales Zetino oculta la *Suburban*.

El *Chero* baja del vehículo y pasea la mirada por el arenal. No hay nadie

alrededor. El Cambray II es un paraje solitario donde solo se oye el lamento de algún perro o el lejano chunchún de una emisora al fondo de la quebrada.

A lo lejos se divisa lo que queda del asentamiento. El *Chero* se asegura de que por el camino que ha llegado no sube ni baja nadie y le hace una seña a Zetino. Por experiencia, ambos saben que la mejor forma de ocultar un muerto es allí donde hay muchos. Y El Cambray II es el lugar ideal para eso. Ante la dificultad de rescatar a todas las víctimas que perecieron soterradas la noche en que el alud de arena cayó sobre los habitantes del poblado, el área fue declarada inhabitable, pero tanto Zetino como *el Chero* saben que, bajo el arenal, yacen setenta personas que en su momento no pudieron ser desenterradas.

Zetino saca la pala del asiento trasero. Luego, entre los dos, toman el cadáver de Elizondo y lo llevan hasta una pequeña depresión del terreno. *El Chero* arroja sobre el cadáver la Nikon y el teleobjetivo. Y hablando como para sí, murmura:

—Lástima.

Zetino comienza a palear arena suelta sobre el cuerpo de Elizondo hasta que oye unas voces. Por el camino que baja de la Veinte Calle viene una pareja discutiendo. Él lleva un voluminoso bulto sobre los hombros; ella, un niño de la mano y otro a la espalda.

—¡Dejá eso y venite al carro antes que nos vean! —le dice *el Chero*.

Pero Zetino, que aparte de ser hombre que no teme a nada, le gusta el trabajo bien hecho, sigue arrojando algunas paladas más que hasta que cubre el cuerpo de Elizondo por completo.

—¡Apúrate! —le vuelve a exigir *el Chero*.

Los dos hombres corren hacia la *Suburban* y se meten apresuradamente en el vehículo, pala incluida. Y cuando la pareja que bajaba pasa de largo y se aleja sin parar de discutir, Zetino y *el Chero* sacan la *Suburban* del bosquecillo de arbustos, la arrancan e inician el ascenso a la Veinte Calle con el mismo gesto de impasibilidad con que bajaron y persuadidos de haber dejado a Elizondo en muy buena compañía.

Doce

Aunque sí sabe lo que tiene que decir, no sabe por dónde empezar. La actitud apremiante de Tulio Expósito y la resuelta disposición del “petit comité” a aprobar el negocio, lo tienen confuso. Quisiera tener la claridad y el criterio, y las mejores palabras para responder, pero en su cuerpo ronda un ardor que le impide pensar con la perspicacia que exigiría la respuesta.

En vista de su silencio, Expósito decide adelantarse.

—Señor presidente...

Sanabria levanta una mano como lo haría un policía de tráfico, digita en el celular un par de veces, lo apaga y, dirigiendo la mirada a Expósito, dice:

—Me han pedido una opinión y se la voy a dar en dos palabras. Me parece sospechoso que alguien quiera invertir en Guatemala 4 o 5 mil millones de dólares en medio de una situación de inseguridad y desconfianza como la que vivimos hoy. ¿De dónde viene ese dinero? ¿Quién me puede asegurar que se trata de dinero limpio? ¿Quién es este señor Rabassa? ¿Quiénes son sus socios?

—Señor presidente, disculpe, pero no nos corresponde a nosotros averiguar si es dinero limpio o no —replica Expósito arrugando el entrecejo.

—¿Cómo que no?

—Eso es obligación de los bancos. Tienen que hacerlo por ley. Pero, además, el reporte que tiene ante usted, firmado por una corporación financiera neoyorquina, certifica que el dinero de One Globus Corp. es tan limpio como el de cualquiera. No hay juez en este mundo que pueda calificarlo de sucio.

—Creí haberle entendido que la sede de One Globus Corp. estaba en Luxemburgo —dice Sanabria.

—Está en Luxemburgo, pero tiene una importante sucursal en Nueva York.

—Ya. Ahora dígame, Tulio. ¿Cómo puedo usted asegurarme que el señor Rabassa no quiere vendernos el paso de las Termópilas?

Expósito estira el mentón antes de escupir:

— ¡Qué Termópilas ni que nada! One Globus Corp. es una entidad seria. Cientos de inversionistas de Estados Unidos, Japón, China, Rusia, Europa, Italia, la respaldan. Y todos de gran calado.

—¿Conoce usted los nombres de esos inversionistas o de las corporaciones que representan?

—¿Y qué nos importa a nosotros quiénes sean? —rebrinca el vice cada vez más desabrido.

—Sí nos importa. Estados Unidos podría sospechar del origen del dinero. Tendríamos todo el día a su embajador en el cogote. Nos investigará, nos acosará, nos echará a los perros. Y si el dinero no tiene un origen lícito, nos habremos pasado en todo. Nos descertificarán otra vez y nos tratarán como parias en las instituciones financieras internacionales. Ningún país dará un centavo por nosotros.

Durante el lapso que sigue, Expósito explora el rostro de Sanabria como lo haría un macho cabrío listo para saltar sobre su adversario y al “petit comité” le invade la inquietante sensación de que algo grave puede suceder entre ambos hombres. Expósito y Sanabria han creado una tensión inesperada que ninguno se atreve a romper, so pena de agravarla más si cabe.

Finalmente, Expósito desvía la mirada de Sanabria y se dirige a los dirigentes de la coalición en un tono que pretende ser sereno, pero en el que puede apreciarse una contenida tensión emocional.

—Todos conocen la parábola del buen samaritano —dice—. Lo que quizá no sepan es por qué se le llama “bueno” al personaje de la parábola, en vez de samaritano a secas.

El “petit comité” respira aliviado.

—La provincia de Samaria, una región montañosa al norte de Jerusalén que hoy lleva el nombre de Cisjordania, era en los días de Cristo refugio de

salteadores y forajidos —prosigue Expósito—. Lo peor de Israel vivía allí. Los samaritanos eran la escoria de los hijos de Abraham. Así las cosas, sucedió que un viajero fue asaltado, robado, herido y dejado por muerto en el camino a Jericó. Un levita pasó cerca del caído y no se dignó atenderlo. Otro tanto hizo un sacerdote. En eso pasó un samaritano quien, al verlo, se compadeció de él. Le curó las heridas, lo llevó a una posada y le dio dinero al dueño para que siguiera alimentando y cuidando al herido hasta que pudiese caminar por sí solo de nuevo.

Expósito hace un alto en su discurso y deja que la masa fermente.

—Curioso, ¿no? El samaritano, que era uno de los malos, haciendo lo que no eran capaces de hacer el levita y el sacerdote, que se suponía eran los buenos. De ahí lo de “buen” samaritano, porque todos los demás eran unos forajidos.

Expósito enciende su iPhone, observa la pantalla unos momentos, lo apaga y vuelve a retomar el discurso.

—Guatemala vive asediada por miles de “buenos” samaritanos desde hace más de medio siglo. ¿Quién no sería capaz de agradecer, arrodillado, tanta caridad y tanto amor hacia un país pobre como el nuestro? Conocí de niño a una señora que los domingos le daba a un grupo de indigentes atole y unos centavos. Ella los llamaba “mis pobres”, como si fueran de su propiedad. Pero antes de darles la sopa boba y el dinero, les sermoneaba y les decía cómo debían comportarse.

Expósito se ve ahora en su salsa. Es un tema que domina y que repite a menudo en círculos y cenáculos.

—Todos estos samaritanos vienen a nuestro país con intereses ocultos. Políticos, económicos, sectarios, religiosos. Son como la señora de mi infancia. Y nosotros somos “sus” pobres. Lo que significa que, en el fondo, no son “buenos” samaritanos, sino buenísimos fariseos. Porque esos que nos dan limosnas para que les compremos sus productos o facilitemos el empleo de sus profesores, sus licenciados o sus ingenieros, gente que les sobra y no pueden emplear, son los mismos que después “nos descertifican y nos tratan como parias en las instituciones financieras internacionales y no dan un centavo por nosotros” —remata, volviéndose y mostrando al presidente una

expresión cejijunta y airada.

Expósito reúne las puntas de los dedos de una mano, a la manera italiana, la mueve abajo y arriba y con gesto reprobivo le pregunta a Sanabria:

—¿Qué clase de ayuda es esa? Solo en remesas de sus emigrantes, Guatemala recibió el año pasado diez veces más dinero que todo el que nos llega de los “países amigos”. ¿No es un sarcasmo que la más importante ayuda exterior venga de nuestros propios pobres? ¿Pueden creerlo? ¡Los pobres ayudando a los pobres! Y a los ricos, por supuesto, que sin los pobres que trabajan fuera del país serían bastante menos ricos. ¿Y no es tragicómico que, cuando a los “países amigos” no les gusta lo que hacemos, nos amenacen con suspender sus “ayudas al desarrollo”?

Saltan chispas de los ojos de Expósito.

—¿Y qué son en realidad esas “ayudas”? Se lo voy a decir, presidente. Es un derecho que nosotros les vendemos a precio de limosna para que metan su cuchara en nuestro caldo cuando se les dé la gana. Déjeme contarle algo. Siendo primera ministra del gobierno inglés, la señora Thatcher dio un día a conocer su particular opinión sobre la parábola del buen samaritano. Nadie se acordaría de él, comentó, si solo hubiese tenido buenas intenciones. Lo importante de su acción fue que, además de querer hacer el bien, tenía dinero. Y yo pienso que lo mismo podría decirse del señor Rabassa, mal que le pese a usted. En este país nos la pasamos haciendo toda clase de proyectos, sueños de grandeza que acaban casi siempre en la misma pregunta: “¿dónde está la plata?”. Ah, pero cuando uno de esos proyectos no solo es factible, sino que sus financistas ponen el dinero allí donde otros solo ponen la bocota, un buen samaritano de verdad, uno de los que no pide nada a cambio por su ayuda, salimos con cuarenta remilgos y nos ponemos los moños.

Sanabria se pasa la lengua por el labio inferior. La perorata de Expósito no lo ha alterado. Sabe que puede posponer la decisión y se ha dado un compás de espera mientras dispone cuándo levantarse e irse. Pero considera oportuno hacer una aclaración.

—No es ese el asunto, Tulio. El dinero no lo es todo. También importan la dignidad y el respeto hacia el país y hacia nosotros mismos.

—No puedo creer lo que acabo de oír —dice Expósito sin disimular su

cólera—. ¿Respeto? ¿Dice usted respeto? ¿Acaso ellos nos respetan a nosotros? Detrás de cada limosna que nos dan se esconden intenciones que usted, por lo visto, no ve o no quiere ver. La señora de mi infancia quería salvar las almas de sus pobres, además de la suya, claro. Y “sus” pobres aceptaban la monserga y el sermón porque necesitaban comer. Igual que nos ocurre a nosotros cuando los países ricos nos dan su atole.

»¿Quién de ustedes —se vuelve hacia los demás—, aceptaría una dádiva a cambio de una admonición o un rapapolvo? Y sin embargo, eso es lo que hacen los países ricos cada vez que nos dan una limosna para un chorro de agua en una aldea o un camino vecinal en otra. ¿Y cómo pagamos eso? Entregándoles una parte de nuestra soberanía a precio de saldo. En cambio, viene una corporación como la del señor Rabassa, queriendo hacer una inversión extraordinaria sin pedirnos nada a cambio, y le ponemos toda clase de pegas y trabas. Y yo le pregunto, señor presidente —dice arrastrando las palabras con malévolo sonsonete—, ¿tiene usted una alternativa mejor para “su” gobierno?

Sanabria tarda en responder. No quiere meterse en ese jardín. Tampoco agravar la tensión. Prefiere reconducir el asunto por otros cauces.

—La tengo. Y usted, Tulio, y ustedes, la conocen. Hemos convivido más de dos años divulgando en el país un programa de honradez, de dignidad y transparencia. Hemos convenido en que debemos dedicar a eso todas nuestras energías. Hemos hablado en los medios de este asunto hasta el hartazgo. Y ahora resulta que, a punto de comenzar la tarea, vienen y me ofrecen un negocio que no veo claro. Y además les ofende que no lo apruebe a la primera. ¿Qué es lo que pretende, Tulio? ¿Qué es lo que quiere de mí? ¿Que haga lo que no debo hacer?

Boris Ormeño decide terciar con una frase a la que ha venido dándole vueltas desde hace unos minutos.

—Señor presidente, mucho me temo que por pensar demasiado en lo que debemos hacer, dejemos de hacer lo que es preciso que hagamos.

—No sea redicho, Boris.

—No pretendo serlo.

—Pues diga lo que tenga que decir, pero sin retóricas.

—Me refiero a sus escrúpulos, señor presidente.

—¿Escrúpulos?

—Sí, escrúpulos. Escrúpulos morales. El temor de que, aunque el dinero sea limpio, tenga orígenes oscuros.

—Pues si quiere que le sea sincero, sí. Eso es lo que pienso.

—Ese documento que tiene ante sus ojos —dice señalando el certificado venido de Nueva York— refrenda que el dinero es limpio y que procede de importantes corporaciones de China, Estados Unidos, Japón, Rusia, Italia.

—Justamente donde se concentran las grandes mafias del mundo.

—¿Y qué? —salta Sarita Waleska—. También se concentran ahí las mayores empresas de la moda, la tecnología digital, los automóviles, el vodka y el queso parmesano.

Ron Castañeda interrumpe con su pose de perfil.

—Permítame subrayar algo, señor presidente. Para los socios de una corporación como One Globus Corp., invertir 15, 30, 40 millones en un proyecto como este es poco más que una babucha. Solo se necesitan un centenar de ellos para reunir 4 o 6 mil millones. No es tanto dinero, si bien lo mira. ¿Cuánto cree que costó construir la ampliación del canal de Panamá? Con todo y los sobrecostos, casi el triple de lo que costaría renovar el ferrocarril.

La nariz de Ron Castañeda ha alcanzado la horizontal, pero Sanabria no le responde. Su celular ha vibrado y en la pantalla ha aparecido este mensaje: *Estoy en el Herrera Llerandi. Han empezado a examinar a Juanmi. En cuanto sepa algo, te llamo.*

Ante el silencio del presidente, el futuro ministro de Finanzas vuelve a cargar la escopeta.

—Me pregunto qué hay de malo en crear empleo, aliviar los problemas del tráfico, reducir la contaminación, construir un sistema de transporte moderno y eficiente y elevar el nivel de vida de los guatemaltecos.

El “petit comité” deja escapar un murmullo de asentimiento unánime.

—No me molesta que especule con esa posibilidad —responde, seco, Sanabria—. Lo que me molesta es que le resulte atractivo usar dinero ilícito con esos fines.

Expósito abre los brazos con el gesto de un Cristo en agonía.

—Ustedes me han preguntado y yo les contesto —dice Sanabria—. No obstante, voy a pensarlo. El tiempo madura las ideas, los planes...

—También los puede podrir —masculla Expósito.

—Qué raro, Tulio. Hace un rato me decía usted que las decisiones de Estado hay que tomarlas con calma. Ahora resulta que no es así.

Tulio acusa el bofetón, más por la sorpresa que le causa que por lo que le haya podido doler, pero no renuncia a imponer su criterio.

—Hay decisiones políticas, señor presidente, que requieren acciones políticas. Todo lo que le pedimos es eso, una acción ejecutiva sin demora. Hay fechas y etapas que cumplir, y queremos que el proyecto se concluya en cuatro años.

—¿Queremos? —pregunta Sanabria.

El ilustre profesor Murphy Ruano se inclina hacia Boris Ormeño y le dice algo al oído. A Boris se le alegra la expresión y alza un dedo.

—Disculpe, señor presidente. Supongamos que lo que usted dice sea verdad. Supongamos que el dinero no tiene un origen lícito. ¿Por qué habría de ser inmoral utilizar el dinero originado de los vicios de países ricos en el bienestar de millones de guatemaltecos pobres?

Murphy Ruano se le une con rapidez.

—Boris tiene razón —dice—. ¿Por qué ellos pueden fabricar y vender armas o matar ballenas sin permiso, y nosotros no podemos construir un ferrocarril moderno debido a que el dinero para hacerlo tiene un origen dudoso? ¿Por qué habríamos de ser nosotros mejores que ellos? ¿A qué tanto respingo moral? ¡Qué fácil es ser bueno cuando se tienen cubiertas las necesidades vitales! —exclama en tono dramático—. ¡Y qué fácil criticar y moralizar desde la abundancia, como hacía la señora de Tulio con sus pobres! Dan ganas de espetar a esa gente las primeras líneas de *El gran Gatsby*: “Siempre que te entren deseos de criticar a alguien —entona, ampuloso—, recuerda que no a todo el mundo le han dado tantas facilidades como a ti”. Por todo lo cual yo les digo, señores: si es inmoral aprobar el proyecto del señor Rabassa, que Dios se apiade de nuestras almas.

Eduardo Vivar, *don Guayoming*, un hombre que es todo historia por

pertenecer a una de las familias más añejas del país, decide tomar el testigo con otro tipo de arenga.

—Permítame, señor presidente, que matice esa posición con otros argumentos. Las élites de los países como el nuestro tenemos una noción frustrante y negativa de la historia. Siempre hemos estado sometidos a un imperio. Primero fue el español. Después, el mexicano. Más tarde, el de Estados Unidos. Y a todo ello se une ahora Europa, una potencia de guante blanco. El imperio chantillí, como yo le digo —nadie se ríe del chiste—. No conozco a un solo canciller de nuestro país que no se haya quejado de las intromisiones de estas gentes. En el tiempo que fui canciller, hubo embajadores que me llegaban a visitar hasta dos veces por semana para imponerme o reclamarme cosas, fueran gringos, alemanes o noruegos.

»Esta es la maldición de las naciones pequeñas. Este es nuestro destino, señor presidente. Siempre tendremos una soberanía limitada y una libertad restringida. Y cualquier intento de ampliarlas será siempre frustrado, no importando el sistema político que nos rijan. Fuimos débiles con las dictaduras militares, lo seguimos siendo en democracia. Somos el Sur, el Sur de todo. No hay reciprocidad ni trato de igual a igual con las potencias. Las negociaciones son condicionadas, las conclusiones se nos imponen. Parafraseando a Orwell, las relaciones entre países se hacen de igual a igual, pero hay unos países más iguales que otros. En el contexto internacional, por desgracia, las palabras no tienen peso, sino aire.

»¿Es esto, no digamos justo, que no lo es, sino honorable? Por supuesto que no. Pareciera que solo los países pobres estamos obligados a ser justos, íntegros y probos. Sé de lo que hablo. He servido a Guatemala en el exterior y sé que cuando los poderosos nos llaman amigos, sabemos que quieren decir mayordomos, ordenanzas, escuderos. No hay relación más asimétrica que la que se da entre ellos y nosotros. El doble estándar político priva sobre cualquier otra norma. Cuando la potencia mira hacia dentro, se ajusta a la rectitud jurídica y hasta simula ser moral. Cuando mira hacia fuera, se vuelve inmoral y prepotente. Pero así son las cosas de este mundo. O vives bajo sus reglas o estás perdido. ¿Por qué no habríamos de intentarlo por una vez a nuestro modo, señor presidente? ¿Por qué, por una vez, no somos nosotros

mismos y, hablando mal y pronto, no mandamos a toda esa gente a la mierda?

Sara Waleska que, como todos saben, es replicante y respondona, se sorprende ante la explosiva declaración de Vivar y se siente obligada a intervenir.

—Don Guayo ha dicho una gran verdad. Y don Tulio, no digamos. Todos los proyectos de los que hemos venido oyendo hablar a lo largo de estos años, aeropuertos, canales secos, anillos metropolitanos, desarrollos turísticos en la costa atlántica, se han quedado en caldo de bledos. Y ahora, cuando alguien nos ofrece una oportunidad genuina, resulta que es inmoral. Por favor, señor presidente, que no nacimos ayer —concluye con gesto sabihondo.

—Todavía no he dicho que no, Sarita —replica Sanabria.

—Pero lo va hacer, lo estoy viendo. Y si lo hace, romperá el cántaro de la lechera. Adiós leche, dinero, huevos, pollos, lechón, vaca y ternero. Y adiós viajes al Puerto en media hora.

El “petit comité” se echa a reír.

—Piense en esto, señor presidente. Si no aceptamos el proyecto, nos van a llamar idiotas, porque todo ese dinero, de no ser aceptado por nosotros, se invertirá en Tanzania, en Zimbabwe o en Nicaragua.

—Solo nos puede salvar la dignidad, Sarita —dice Sanabria—. Ser honrados continúa siendo una opción válida. Soy un convencido además de que, si quieres prosperar, lo mejor que puedes hacer es jugar limpio, pues, si juegas sucio, llega un día en que nadie quiere jugar contigo.

—Bueno, bueno... —murmura Altagracia Jiménez en tono incrédulo.

—La honradez no es un rasgo de carácter ni una virtud, señoras mías. Es un hábito que se adquiere con el uso. Un hábito que perdimos un día y al que hemos reemplazado por otro más repulsivo.

—Se refiere a la corrupción, supongo. A la corrupción política —dice Altagracia.

—A qué otra cosa podría referirme.

—Pues voy a decirle una cosa, señor presidente. Tengo una amiga que es entomóloga. Uno de estos días me dijo que la chinche es una de nuestras plagas ancestrales, la más común y recurrente. No se puede erradicar. Tenemos que aprender a vivir con ella. Lo mismo ocurre con la corrupción.

Todo lo más que puede hacerse es tenerla bajo control.

—Muy bien, Gracita. Dígame cuándo quiere que empecemos a controlarla. ¿Qué le parece aquí y ahora?

Gracita se queda de piedra.

Sanabria toma un sorbo de agua. El calor y el desasosiego dificultan su respiración. No lo está pasando bien. Sus facciones y sus gestos lo delatan. Y consciente de haber cometido una grosería, inclina la cabeza, baja los párpados y murmura:

—Disculpe, Gracita. No quise decir eso último.

Trece

Eduardo Vivar saca unas gafas sin montura de su estuche y con movimientos exquisitos se las coloca sobre la nariz. Toma el documento que ha estado circulando en la mesa sobre la probidad del dinero de One Globus Corp. y lo lee, en tanto los demás se dan un respiro y se hablan en voz baja. Concluida la lectura, apoya las palmas de las manos sobre el mantel y, adoptando gesto de prócer, se dirige a Daniel Sanabria en estos términos.

—Para serle franco, yo no encuentro nada anormal en esta certificación —le dice, mirándolo por encima de las gafas—. Y habiendo nuestro consulado en Nueva York compulsado sus firmas, no hay nada más que decir. El documento es genuino y correcto.

—A mí no me impresiona, en absoluto, Eduardo. De una vez se lo digo — replica Sanabria—. Si se fija, la certificación no especifica corporaciones ni cuantías. Solo se refiere a la subsidiaria de One Globus Corp. en Estados Unidos. De las demás entidades que la integran no dice una palabra. Y en cuanto a que ese documento certifica que se trata de dinero limpio —arguye dibujando en el aire unas comillas— eso no quiere decir que su origen no sea sucio.

—Hay docenas de verdades, presidente — replica Vivar—. Y todas contradictorias o ambiguas. Una de ellas es esta. Nadie podría asegurar que esta inversión procede de actividades ilícitas. Pero, por otra parte, como decía hace un momento el profesor Ruano, ¿por qué no habría de ser virtuoso utilizar ese dinero, por más que su origen sea inseguro, para aliviar nuestros problemas? La riqueza material, el bienestar, las artes, la ciencia, la

civilización, nada de eso es resultado de la virtud, sino de nuestra inclinación natural a las comodidades y a satisfacer las necesidades de la vida. ¿Por qué habría de ser inmoral proporcionar bienestar a los pobres con el dinero que los ricos gastan en sus descarríos? ¿Y por qué nos habría de pesar a nosotros?

Entusiasmado, Boris Ormeño se alza ligeramente del sillón y dice:

—Le felicito, *don Guayoming*. Es lo mejor que le he oído decir en mucho tiempo.

Vivar le devuelve la flor alzando una ceja incrédula.

—Señores, nos estamos desviando de un asunto que debe plantearse de otro modo —dice Expósito, impaciente—. El pueblo no perdona al político que no alcanza las metas que se le exigen cuando su excusa son los escrúpulos. En cambio absuelve al que las alcanza, aunque lo haga de forma inescrupulosa. La víspera de ser juzgado por el Senado de Estados Unidos a causa de su aventura con Monica Lewinsky, hablo de febrero de 1999, el presidente Clinton alcanzaba las cotas más altas de aprobación por parte del pueblo norteamericano. El dato provenía de una encuesta publicada ese mismo día por el *New York Times*. El 81 por ciento decía que la presidencia de Clinton era un éxito. Y un porcentaje parecido consideraba que distaba mucho de ser un presidente moral. ¿Cómo se explica usted esa contradicción? —pregunta mirando a Sanabria—. No se esfuerce, yo se lo digo. El ser humano es así de hipócrita. Oculta tras la excusa moral lo que hace y lo que piensa. La encuesta reseñaba que un 70 por ciento de los norteamericanos reconocía no haber estado económicamente mejor en su vida y, casi sobra decir, no aprobaba que el Senado depusiera a Clinton de su cargo. ¿Qué le parece? Lo que llevó a concluir a un analista del *Times*, Stuart Rothenberg, que puestos a elegir entre un santo como presidente de una mala economía y a un granuja como presidente de una economía próspera, el pueblo americano elegiría en todos los casos a un granuja. El pueblo americano y cualquier pueblo del mundo —alza la voz, Expósito—. El nuestro incluido. Así que dígame usted, presidente, quiénes son los inmorales, ¿los votantes o los políticos?

Acodado sobre la mesa, Sanabria se ha llevado las manos a las sienas y ha adoptado una postura reflexiva. No está seguro de poder seguir con el debate. Lo que quisiera ahora mismo es estar en el hospital con su familia, pero no

creo que al “petit comité” le agrada verlo irse en este momento.

—¿Quiere decirme con eso, Tulio, que usted y el pueblo de Guatemala preferirían que yo fuese el presidente inmoral de un país próspero y no el presidente honrado de un país pobre?

—Usted lo ha dicho, no yo. Pero al margen de lo que yo pueda pensar al respecto, creo que nos estamos perdiendo en babosadas. No estamos aquí para debatir cuestiones éticas. Esta no es una cátedra de filosofía moral. Es una reunión política que exige una decisión política. Y la cuestión no es si aprobar la renovación del ferrocarril en los términos que nos propone el señor Rabassa está bien o está mal, sino si conviene o no conviene.

—Así pienso yo también —interrumpe el profesor Ruano—, pero no creo que debamos abandonar el punto que más preocupa al señor presidente. Y es el origen dudoso del capital requerido para renovar el ferrocarril. ¿Sería justo y moral, me pregunto, que un país se desarrollara gracias a los vicios de otro?

Expósito vuelve a alzar las manos en gesto de resignación desesperada.

—Yo pienso que sí —dice el futuro ministro de Cultura, haciendo caso omiso al manoteo de Expósito—. El dinero, mejor dicho, la inversión que se nos ofrece, permite canalizar la riqueza hacia el bien, aunque sea mal habida. Y lo que el señor Rabassa nos propone es mil veces más noble que lo que han hecho las monarquías, los papas y muchas repúblicas por sus fieles, sus vasallos o sus súbditos a lo largo de los siglos. Si los vicios de los países ricos son fuentes de prosperidad para los países pobres, venga el mal si eso conviene al bien, ya que la virtud por sí misma es incapaz de lograr que los pueblos alcancen una vida digna.

Parece que el profesor ha dado en alguna diana, pues hasta Expósito lo mira sorprendido.

—Piénselo un momento, señor presidente. Más de 4 mil millones de dólares en cuatro años. ¿Qué país se negaría a aceptar una inversión como esta?

—Probablemente ninguno, profesor —dice Sanabria—. Pero esta no es una cuestión de millones, es una cuestión de principios.

—¡No puede ser! —exclama Expósito, desplomando las manos sobre la mesa.

Porfirio Ron Castañeda tiene algo que decir y no pierde el tiempo en pedir la palabra.

—Señor presidente, la moral no reside en los principios, sino en los resultados —dice adelgazando la voz—. Es bueno lo que sale bien, aunque los principios sean malos, y es malo lo que sale mal, aunque los principios sean buenos. El negocio de la venta de Guatel no fue limpio, pero sus resultados fueron excelentes. ¿Quién se acuerda hoy de la falta de transparencia en su privatización por 700 millones de dólares? Lo que importa es que hoy contamos con 147 teléfonos por cada cien habitantes. Esa es la moraleja del asunto. ¿A quién le importa hoy si aquel negocio fue sucio o limpio? Lo que importa es que resultó bueno.

—Se equivoca conmigo, Porfirio. Yo jamás hubiera hecho tal cosa.

El profesor Ruano vuelve a la carga, pero esta vez con una admonición solemne.

—Señor presidente, el idealismo ético es una categoría filosófica que se pone de manifiesto cuando el pensamiento se distancia de la realidad y se centra en nociones abstractas que ignoran las condiciones materiales de la existencia. Y no se pueden poner las ideas por encima de la realidad. No en la vida pública, señor presidente. Las ideas están ahí para asistir a la realidad, no para imponerse a ella.

Murphy Ruano adopta una pose humilde y queda a la espera del aplauso que, naturalmente, no llega a producirse. Lo que sí llega a la mesa, donde ahora se mezclan botellas de agua vacías, bolígrafos, azaleas y arrugados celofanes que alguna vez envolvieron dulces de cardamomo, es una nueva intervención de Ron Castañeda.

—La verdad, señor presidente, es que el desarrollo económico de los pueblos nunca ha sido virtuoso. La pretendida virtud de las naciones ricas y el respeto a los derechos del hombre vinieron mucho después, cuando esas mismas naciones alcanzaron la prosperidad. La historia humana es testigo de ello. Ni Estados Unidos, ni Inglaterra, ni Europa, ni Japón lograron el bienestar de que hoy disfrutan siguiendo las normas que se nos exigen hoy a nosotros. No fue la virtud lo que los hizo prósperos. El desarrollo económico ha sido en todas partes un proceso cruel. La prosperidad se ha construido

siempre sobre los desplazamientos humanos, los sacrificios y los cadáveres de millones de personas, hombres, mujeres y niños que trabajaron en condiciones horrendas en minas de carbón, industrias textiles, fábricas, talleres de costura, campos de algodón, arroz o trigo. Blancos, negros, chinos, indios, pagarían por todo eso con sus vidas. Unos bajo el régimen de esclavitud; otros, al dictado de la servidumbre.

Ron Castañeda bambolea una mano de derecha a izquierda.

—No, señor presidente. La capitalización de los pueblos nunca ha sido un paraíso. Siempre ha arrastrado consigo un elevado costo humano. Y esto es así, le guste o no le guste. Para expresarlo en términos de hoy, todos los países ricos se han desarrollado en forma política y moralmente incorrecta. Pero volviendo al caso que nos ocupa, supongamos que el dinero no es limpio. Si es así, el mal ya está hecho. Y no lo hemos causado nosotros. Así que no me vengan con cancioncitas de Navidad. El debate moral es improcedente. Dejémonos de sensiblerías y tomemos la decisión que importa, que es la decisión económica.

Altagracia Jiménez endereza el cuerpo en el sillón azul pavo y con gesto regañón le dice a Sanabria:

—Señor presidente, le he escuchado decir a menudo que la mejor inversión que un país pobre puede hacer es en un Estado de Derecho eficiente, funcional, responsable y rendidor de cuentas.

—Así es, Gracita.

—Pero eso no se hace de la noche a la mañana, señor. Eso lleva tiempo, mucho tiempo. Y los pobres no pueden esperar. Los pobres necesitan trabajo, alimentos, educación, salud, vivienda. Y lo necesitan ya, ahora mismo — conmina a Sanabria, haciendo girar entre los dedos el bolígrafo como si fuera el bastón de una majorette.

Sara Waleska no quiere quedarse atrás y arrima más leña al fuego.

—Y qué decir de los niños huérfanos, de los ancianos, de las madres solteras. Por más que usted diga que el Estado de Derecho sea el cielo, yo le digo que, por mí, el cielo puede esperar. Y que mientras llega, nos dediquemos a ayudar urgentemente a quienes realmente lo necesitan.

—No jueguen conmigo, señoras. ¿Qué creen ustedes que soy, un tablón, una

pedra de moler? Claro que me preocupan los huérfanos, los ancianos y las madres solteras. Elegir un camino distinto al de ustedes para llegar a la misma posada no les da derecho a decir que no tengo corazón. Sacrificar lo fundamental por lo urgente es una política que no siempre funciona. Y hay cosas que se deben hacer primero sin sacrificar lo urgente.

—Usted habla de principios —interrumpe Ormeño—. Y eso no basta, señor. Aquí de lo que se trata es de crear prosperidad para salvar vidas, de dar de comer al hambriento y de beber al sediento.

Ormeño ha concluido estas palabras inclinando la cabeza hacia un lado y diciendo en voz baja “no joda”.

—Mire, Boris, un pueblo que no da prioridad al derecho, la justicia y la honradez en los negocios públicos está condenado a la pobreza, a la violencia y a convertirse en un país fracasado. Y si no entiende usted esto es que no ha entendido nada. Sin un pacto social que se respete, y nosotros no hemos respetado el nuestro, lo único que un gobierno puede hacer es poner parches aquí y allá hasta que el neumático revienta.

Sanabria hace una pausa que obliga a Ormeño a quedarse callado. Luego agrega:

—Así que ponga atención a lo que es realmente prioritario y no joda usted tampoco.

Altagracia Jiménez, a quien no se le escapa un detalle, piensa que este es el momento adecuado para hacer lo que se debe hacer con un presidente tan terco. Sanabria se ha llevado varias veces las manos a la cabeza y no parece estar bien. Y si esto es verdad, más vale acelerar el asunto. Y sin pensarlo ni poco ni mucho, retira suavemente hacia atrás el sillón donde está sentada, se levanta de la mesa y se dirige al bufé. Toma la jarra que contiene jugo de toronja, llena un vaso y mira de reojo a la mesa. Solo Expósito parece haberse dado cuenta de la maniobra, la cual aprueba con un leve asentimiento.

Altagracia extrae del bolsillo de su pantalón la cápsula que le ha entregado Rodas al entrar y vacía su contenido en el vaso. Regresa a la mesa y coloca la bebida frente a Sanabria.

—Tome un poquito —le dice con dulzura, al tiempo que le toca

maternalmente el brazo—. Está frío. Le caerá bien.

Sanabria agradece el gesto, aunque sin prestar atención a la oferta. Su celular ha vibrado otra vez y en la pantalla aparece un mensaje: *Le han bajado la fiebre a Juanmi, pero me dicen que deberá quedarse uno o dos días en el hospital para observarlo. ¿Cuándo vienes?*

Al notar que Sanabria no ha probado el jugo, Altagracia Jiménez se levanta, toma el vaso, se dirige de nuevo al bufé, le pone a la bebida unos cubos de hielo y lo vuelve a colocar frente a Sanabria.

—Se lo agradezco, Gracita, pero estoy a dieta de agua —dice el presidente en voz baja.

Lo que Sanabria no dice es que tiene la garganta inflamada y que le cuesta tragar. Pasar el último sorbo de agua ha sido un martirio. El cuello le arde como si llevara un collar encendido, suda profusamente y ha empezado a sentir síntomas de una honda fatiga.

—Con todo respeto, señor presidente... —interviene una vez más Expósito.

—Déjese de babosadas, Tulio —responde Sanabria con malhumor—. Usted no me respeta. Lleva toda la mañana pensando que soy un idiota y que puede hacer con mi voluntad lo que desee...

—Con todo respeto, señor presidente —insiste Expósito con gesto de autoritaria paciencia—. ¿Podemos saber cuál es su decisión?

—Desde luego que pueden saberla. Ustedes me piden que absuelva a los dueños de un dinero de cuyo origen no estoy seguro, basándose en la presunta certeza de que es lícito. Y eso no es suficiente. No para mí. Y ninguno de ustedes me hará cambiar de opinión. Les diré algo más, caballeros. Ahora su agenda es la mía. Y en mi agenda no hay cabida para personas que pretenden hacer negocios públicos con dinero malhabido.

—No tiene potestad para hacer eso, presidente —salta Gracita—. Nosotros lo hemos llevado al poder y tendrá que compartirlo con nosotros.

—¿Para qué no tengo potestad, Gracita?

—Para echarnos.

—No podría gobernar sin nosotros —masculla en voz baja Ormeño.

Sanabria se da cuenta de que aún se halla en tierra de nadie y de que no es

presidente todavía. La admiración y el respeto han desaparecido del “petit comité” y solo va quedando en el ambiente la inequívoca postura de imponerle algo que no quiere hacer.

—Claro que puedo gobernar sin ustedes —les dice—. Hasta hoy, hasta esta hora, ustedes han sido solo un rumor en los medios. Y lo van a seguir siendo. No podría gobernar con medio gabinete en mi contra, y menos enfrentado a un vicepresidente —dice volviéndose a Expósito—, que no quiere respetar ahora el acuerdo que hicimos cuando me propuso la candidatura.

—No podrá evitarlo, aunque quisiera —le replica con descaro Expósito—. Aunque, por mí, puede hacer lo que mejor disponga. No obstante, quiero recordarle algo. ¿Sabe usted cuál es el peligro de mandar?

Sanabria lanza a Expósito una mirada pétrea.

—El peligro de mandar, señor presidente, es el de no ser obedecido.

La respuesta deja a Sanabria desconcertado.

—Ahora bien —prosigue Expósito—, si tanto es su empeño en seguir su propia agenda, adelante. Vamos a ver quién es el que traga más pinol.

Las caras del “petit comité” no pueden ser más expresivas. No solo miran con desdén al presidente, sino también con insolencia. El tiempo del trato respetuoso ha concluido. La adrenalina cosquillea los brazos, las piernas y las entrañas de Sanabria, al paso que un repugnante amargor invade su paladar. Entreveradas con los soplidos de la percoladora de café se reproducen ahora las advertencias olvidadas, los llamados a la prudencia, lo que los amigos le habían dicho: no te metas, sal de ahí, te van a clavar a un madero.

Ormeño rompe el dramático silencio con un sermón de padre irritado con su hijo.

—¿Cómo se le ocurre a usted —le increpa— que el Congreso vaya a legislar contra los intereses de los partidos de la mayoría, que somos nosotros? Sería como hacernos el harakiri. ¿Y cómo cree que puede gobernar el país con la mayoría del Congreso en contra de usted?

Sanabria se pone de pie.

—He escuchado todo lo que tenía que escuchar —dice— y no he encontrado un solo argumento que me convenza de aprobar esta propuesta. Yo

hice un compromiso político, un compromiso de cambio y lo voy a cumplir. ¿Cuatro años en guerra con el Congreso? Estoy listo para librarla. Lo que no podría hacer es dar el visto bueno a un proyecto financiado con un dinero de cuyo origen no estoy seguro, pero que puede haber destruido miles de vidas a causa de la adicción a las drogas y que ha prostituido a adolescentes, esclavizado a niños y niñas, traficado con seres humanos, vendido armas a terroristas o ha sido obtenido de sobornos, secuestros, extorsiones, fraudes y corrupción política. No podría construir mi gobierno sobre cimientos así.

Aparta el sillón de la mesa.

—Y ahora, con su permiso, tengo a un hijo en el hospital e ir a verlo es para mí más importante que seguir debatiendo esta... insensatez... ¡Santo Dios!...

Sanabria ha perdido el equilibrio. La vista se le ha nublado y sus músculos, cedido a una inusitada flojera. Y ahora yace en el suelo, temblando, como si sufriera un ataque de malaria. Todo a su alrededor se ha vuelto ajeno: los rostros, los cuadros, las azaleas, el campo de golf. En el fondo de sus ojos hay ráfagas de luz que se encienden y se apagan. Quiere hablar y gritar, mas de su garganta solo salen resuellos. Por un momento cree poder alzar el torso e incorporarse, pero su cuerpo es un fardo inerte que pareciera flotar en un espacio vacío. Manotea, patalea, esquivo los esfuerzos de quienes pretenden sujetarlo. Da golpes a un lado y otro, roza brazos, rostros, piernas. Inspira hondo una y otra vez, pero el aire no llega a sus pulmones. Su cuerpo es un temblor que le lleva a acurrucarse y retorcerse con movimientos cada vez más tenues hasta que, al cabo, una gélida parálisis se apodera totalmente de él.

En el salón se ha formado un nervioso corre corre de personas que van y vienen sin rumbo. El barullo es ruidoso y espeso. Alguien abre la puerta del salón y llama a voces a los guardaespaldas que aguardan afuera. Entran camareros, personal del club. Hay gritos, avisos, sofocos.

En torno al cuerpo caído de Sanabria se ha formado un corro. De rodillas frente a él, la doctora Sara Waleska Cisneros logra aflojarle el cuello de la camisa.

—¿Qué dice, Sarita?

—No dice, balbucea. Está delirando.

—Parece un infarto.

—No, no es un infarto.

—Entonces es un derrame.

—Tampoco. Son unos síntomas raros. Nunca había visto algo así. Podría ser una intoxicación.

—No, Sarita, no creo que sea una intoxicación. Ni siquiera tocó el jugo de toronja que le puse en la mesa.

—¿Y qué tenía el jugo de toronja?

—Nada, Sarita. ¿Qué va a tener? Jugo de toronja.

La doctora se dirige a uno de los guardaespaldas de Sanabria.

—Tráigame unas servilletas y un pichel con agua fría, por favor. Rápido.

Expósito se vuelve a su jefe de seguridad.

—Llama al señor Rabassa —le dice—. Dile que necesitamos su helicóptero para evacuar al presidente.

Altagracia Jiménez, quien regresa en ese momento del jardín con un vaso vacío en la mano, toma del brazo a Expósito y hace un aparte con él.

—¿Por qué un helicóptero? —le susurra—. ¿No sería mejor llamar a una ambulancia? Lo más seguro es que no llegue a tiempo.

—¿La ambulancia?

—No, Tulio, él —dice entre dientes Gracita, señalando a Sanabria con los ojos—. No parece que pueda llegar al hospital. ¿Por qué la prisa? Tranquilo. Deja que se muera el muy cabrón.

—He tenido una idea mejor. Luego te explico. De momento, actuemos con normalidad y hagamos lo que esté en nuestras manos para asistir a este idiota. Pero dime, ¿qué es lo que en verdad ha ocurrido?

—No lo sé. No he visto más de lo que has visto tú. Llevaba ya un rato mal. Y de repente, se levantó de la mesa y se desplomó.

—Y sin probar un sorbo de jugo.

—Aquí ha sucedido algo muy raro.

Las voces se han ido alejando como el pitido de un tren y ahora le llegan deformadas y agonizantes, como salidas de un viejo disco de vinilo luego de

irse la luz. Está perdiendo el sentido. Tal vez sea para siempre y eso le aterra. Piensa en Magda, en su hijo menor, en sus dos hijas.

Entreabre, o cree entreabrir, los párpados y descubre un círculo de personas en torno a él. El delirio de la fiebre no le permite reconocer sus rostros, pero sus túnicas parecen antiguas, como las de los tiempos de Cristo. Calzan sandalias de cuero, llevan los rostros tapados y van armados de navajas.

¿Serán los apóstoles?

No, no son los apóstoles, estúpido. Son asaltantes, ¿es que no lo ves? Y tú no eres Daniel Sanabria, ni un hombre de este siglo. Eres el viajero herido a mansalva por una banda de ladrones que, después de darte de puñaladas, te han dejado tendido a la orilla del camino que conduce a Jericó.

Segunda parte

Todo bien para mí se ha perdido.
Mal, sé tú mi bien.

JOHN MILTON, *El paraíso perdido*
Libro IV, 109-110

Uno

*Ciudad de Guatemala, Hospital Herrera Llerandi
Lunes 27 de noviembre, 8:20 a.m.*

Magda de Sanabria entorna los ojos hacia la ventana del cuarto en que ha pasado la noche. El viento estremece las ramas de un frondoso liquidámbar cuyas hojas matizadas de púrpura parecieran manchadas de sangre. El cielo está terso y azul, salvo algunas nubes desgarradas, pero el frío de noviembre se ha precipitado en el valle por sorpresa e impone su tiranía en los cuerpos y en las almas.

Sobre una mesa auxiliar, yace un ejemplar de *Prensa Libre*, cuyo titular reza así: “El país en suspenso tras la hospitalización de Daniel Sanabria”. Y más abajo: “El presidente electo lleva 24 horas inconsciente; los doctores siguen sin determinar las causas”.

E inopinadamente, Magda se echa a llorar.

Desde su llegada al Herrera Llerandi, sus movimientos han estado sujetos a medidas cautelares. Nadie puede entrar en la habitación de su hijo ni en la de su esposo. Ambas tienen en la puerta policías y ella está inmovilizada en otro cuarto. La han desposeído de su celular y solo puede hablar con los doctores. El país vive una grave crisis política, le han dicho. En el seno de las instituciones públicas y el pueblo se han despertado ansiedades que podrían desembocar en reacciones violentas. Y todo sobre la salud del presidente Sanabria está sujeto al sigilo y al secreto de Estado por motivos de seguridad nacional.

Magda enjuga su llanto sin dejar de observar el árbol que se bambolea y parece en ocasiones querer derrumbarse sobre la ventana. Su cosmos feliz ha devenido un caos. La vida es una estrella fugaz. Tiene luz, belleza, alegría, pero desaparece en instantes. Y en esta apagada hora de la suya, a Magda solo le consuela el recuerdo de un día de mayo, tiempo atrás, cuando su buena estrella empezó a correr por el firmamento, la vida olía a albahaca y la aurora de su edad no se había convertido aún en mediodía.

Había acudido a la Plaza de Italia con un grupo de amigos en parecido espíritu con el que se acude a un concierto de Alux Nahual o de Sabina, y sin más intención que hacer bulto y participar en una manifestación improvisada de jóvenes efusivos y voluntariosos. Serían alrededor de diez mil e iban todos vestidos de blanco. El entusiasmo nutría sus voces y a nadie le importaba el sol de justicia que caía sobre ellos. Entonaban cánticos, coreaban consignas, saltaban. Otros grupos se les iban agregando, conformaban racimos que se fundían en un magma inquieto donde el entusiasmo y la solidaridad dominaban los espíritus a los gritos de ¡No más impunidad! ¡Basta de corrupción!

El grupo de Magda se había estacionado al pie de la escultura de Rómulo y Remo que se alza frente al mal llamado Palacio de la Loba, pues el edificio municipal no es lo que se dice un palacio. Y justo allí, a la sombra de la bestia nutricia que amamantó a los fundadores de Roma, despertó en su espíritu un fervor desconocido, una pasión irresistible por la que ahora pagaba un alto precio: su esposo en estado de coma y su hijo menor afectado por una fiebre anormal de la que los doctores ignoran la causa.

Con todo, aquella mañana de mayo de 2009 le permitió descubrir cuán hondo era su sentido de pertenencia a una tierra, a una generación y a una patria. Y que miles de jóvenes a su alrededor sintieran lo mismo que ella sentía, magnificaba unas emociones ignoradas hasta entonces que solo se podían experimentar en medio de aquel enjambre vestido de blanco y unido por una sensibilidad que lo hacía respirar como un solo ser, gritar con una sola garganta y mirarse unos a otros como hermanos.

La movilización tenía por objeto pedir justicia para Rodrigo Rosenberg, el abogado que había acusado de su muerte al presidente Colom antes de morir y exigir el rescate de una democracia secuestrada por la mafia de partidos que

se turnaban en el poder. Magda ignoraba todavía que el país estaba escindido, como lo ha estado siempre, y que la otra mitad se congregaba a esa misma hora en una concentración parecida frente al Palacio Nacional para apoyar a Colom. Ambos bandos se sentían igual de justos y con suficientes razones para condenar a los otros.

Delante de Magda, en medio de la algarabía, los cánticos, las sombrillas, los brincos y las banderas, había un grupo que hacía más ruido que el resto. En uno de tantos saltos, uno de sus integrantes casi perdió el equilibrio y, al hacerlo, se volvió hacia ella. Llevaba en las manos una pancarta en la que se podía leer: “El sistema no puede acabar con la corrupción porque la corrupción *es* el sistema”. No era un eslogan original, mas para Magda sí lo era.

A fin de evitar la caída, el joven le tomó la mano. Y de manera inesperada, ella descubrió frente a sí un rostro que la miraba sin dobleces, uno de esos de los que, de modo intuitivo, uno siente que se puede fiar. Y por dos o tres segundos, ambos se quedaron mirando con expresión de éxtasis.

¿Cuánto pesa una mirada? No cualquier mirada, claro, sino la que hiera, la que no se olvida, la que abrumba y te deja con un temblor en el alma. Algo que conocen bien la mujer seductora, el político arrogante y la estrella de cine, pero no una jovencita de 19 años como lo era ella. Y cómo punza sin tocarte esa mirada. Con cuánta dulzura duele y con cuánta suavidad te desgarrar. Una mirada altera una vida, aunque en este caso serían dos. Como se habrían de confesar ambos más tarde, de repente se sintieron solos en medio de los cánticos y los gritos. Sobre ellos había caído una especie de silencio cósmico que ignoraba cuanto sucedía alrededor. Se había producido el milagro de la mirada que lo dice todo y que habría de concluir en otras sucesivas mientras, tomados del brazo con sus compañeros de vivencia, entonaban el himno nacional.

Aquella explosión de entusiasta blancura fue, sin embargo, flor de un día. Nada trascendente salió de ella. Y Magda descubriría en poco tiempo la fragilidad de las movilizaciones espontáneas, sin pautas, programas ni líderes que pudieran aglutinarlas en una acción permanente.

También habría de descubrir que no había sido solo la mirada estupefacta del joven del letrero lo que le había atraído de él. Daniel Sanabria no solo era atractivo y simpático, sino que tenía la virtud de atrapar y seducir con la palabra. Y ambos recordarían aquel instante como el más decisivo de sus vidas y que ahora, observando las hojas del liquidámbar batido por el viento, Magda evoca como un refugio, si no como una boya a la cual se aferra para evitar que el oleaje la arrastre.

Comenzaron a salir dos días después y, un mes más tarde, ya le había confesado que la amaba. Y ella se dejó cortejar con deleite. Necesitaba cada día la presencia de Daniel. Vivía enajenada, sin ver, escuchar o sentir lo que ocurría a su alrededor, y contaba con ansiedad las horas de verse con él. O se desmayaba en el sofá de su casa, rememorando su sonrisa y sus aromas. Y cuando volvían a encontrarse, le subía del pecho un ahogo que le impedía respirar. Cada nueva cercanía provocaba en ella una sensualidad arrebatadora. Les gustaba a los dos andar lejos del mundanal ruido, solos, tomados de la mano y mirándose estáticos a los ojos como cariátides griegas. Y cuando él la besaba en los labios, susurrándole algún poema del tipo “no me tienes que dar porque te quiera/pues aunque lo que espero no esperara/lo mismo que te quiero, te quisiera”, su cuerpo se tornaba un receptáculo de ignoradas sensaciones que la llenaban de vida.

Fueron novios algo más de tres años, tiempo durante el cual se entregaron uno al otro convencidos de que sus vidas correrían paralelas. Y a poco de concluir los estudios, él Arquitectura, ella Psicología, se casaron. Fueron pocos los amigos que pensaron que el matrimonio podría durar. Ella era tan racional y mesurada, y él, tan soñador e idealista. Pero ningún augur acertó. Había un lazo que los unía con más fuerza que el amor o el deseo de tenerse. Y era su determinación a lograr que la unión fuese duradera. Vehementes y resueltos en su plan de vida, eran dueños de una seguridad incontestable en sí mismos, y sus ansias de éxito más fuertes que su temor al fracaso.

Daniel consiguió una beca para estudiar en Francia. Y dos años y medio después regresaban al país con dos niñas. Juanmi, el pequeño, se les coló unos años después.

Y el matrimonio duró. Catorce años más tarde habían consolidado una

familia sin fisuras, el éxito profesional de Daniel y una razonable seguridad financiera. Todo lo habían hecho deprisa, como si la vida se les fuera a quedar corta, siguiendo el curioso lema de Daniel: “los sueños alargan la vida, pero lo que vayas a hacer con ellos, hazlo bien y hazlo pronto”. Y cuando ambos se percataron de que habían cruzado la meta antes de lo previsto, decidieron retomar lo que ambos llamaban “el espíritu de mayo”, el cual mantenían vivo desde aquel día augural en la Plaza de Italia, como una forma de conmemorar el hito más importante de su existencia.

Fue Magda quien más le animó a hacerlo. Daniel poseía las dotes para hablar, opinar, debatir. Tenía la voz de Sean Connery y bastante más carisma que Cash Luna. Y sin dejar de lado sus proyectos y su profesión, comenzó a participar en la vida pública, deseoso de cambiarla como tantos otros. Sus ideas llamaban la atención tanto o más que su aplomada y cautivadora presencia. Y al público le encantaba oírlas. Nuestra democracia, solía decir, es un ecosistema malsano cuyas principales especies, políticos, narcos, empresarios podridos, miembros de estructuras criminales y operadores de unos y otros se sostienen entre sí y comparten un hábitat pestilente.

Su discurso principal, sin embargo, giraba en torno a Abadón, el ángel que con su beso daba muerte a los hombres y los enviaba al abismo donde moraban las sombras. La corrupción es un beso letal para el alma y la vida de un pueblo, argüía Daniel. Guatemala había recibido ese beso y pronto sería un cadáver, si no se regeneraba un sistema político deformado y carcomido por la podredumbre política. La democracia no podía sobrevivir así. Había que sembrar otra diferente, capaz de satisfacer todos los derechos, imponer todas las justicias y absolvernos de todas las vergüenzas.

Sanabria se convirtió así en un líder que enderezaba sus dardos contra la corrupción, “esa insinuante prostituta que seduce, sugiere y enseña algunas partes de su cuerpo, pero que no entrega nada hasta que no se la paga en efectivo”, según sus palabras. La corrupción se regía por una poderosa ley, decía, la del cargo de conciencia decreciente. Puede que la primera vez el corrupto sienta algún tipo de escrúpulo. A la segunda, sin embargo, esa carga disminuye. Y aún se reduce más en las que siguen. De modo que, al llegar la enésima, la corrupción se ha convertido en un hecho cotidiano que se practica

sin pesar y se expande como la gangrena. Y ahí estaban, como ejemplo, las barcazas de Serrano Elías, el agua bendita de Roxana Baldetti, las carreteras de Odebrecht o la operación “La Línea”.

Nada había sido suficiente para liberar al país de esa lacra, argüía. Ni las purgas judiciales, ni la Comisión de la ONU contra la Impunidad, ni la presión internacional, ni las manifestaciones públicas, ni el encarcelamiento de los putrefactos. Algunos analistas habían dicho que el proceso de depuración llevaría tiempo. Pocos pudieron anticipar que habría de dilatarse tanto, pues la corrupción, decía Daniel, es como el payaso tentetieso, que lo golpeas y lo empujas y, cuando crees que ya está caído, se vuelve a levantar otra vez.

Sanabria había dedicado los últimos años a impartir ese evangelio. Y la imagen que se ganó en ese tiempo le hizo creer que su esfuerzo podría en algún momento dar frutos. Todo su entusiasmo, empero, comenzó a decaer cuando se percató de que las palabras, su presencia en medios informativos, la opinión o las presiones externas no bastaban. El poder que se practicaba en el país era una criatura intolerante y hermética que desoía a los ciudadanos y los trataba como escoria. Y concluyó que no tenía más que hacer ante esa cofradía de lagartos y cortabolsas, ese patio de Monipodio donde cada personaje, a la pregunta “¿es vuestra merced ladrón?”, respondía sin pesar, “para servir a Dios y a usted”.

Fue en esas circunstancias que apareció Expósito ofreciéndole pasar a la acción. Y ya fuese porque el debate por el debate mismo no parecía conducir a ningún fin, ya porque sus críticas no conseguían otra cosa que las palmadas en la espalda de quienes, no teniendo valentía para actuar, se limitaban a decirle lo listo y lo valiente que era, ya por la progresiva convicción, en fin, de que la reforma de la vida pública solo podía ser llevada a cabo desde dentro, aceptó la oferta sin tener la menor idea del infierno en que se metía. Aceptó sencillamente porque era un idealista que no tenía miedo a luchar ni temía a sus adversarios.

Expósito no era un hombre confiable. Tampoco lo eran sus socios. Pero Daniel no tenía opción y, aun con las limitaciones del caso, aceptó la propuesta. Y Magda siguió a su lado en una malandanza de la que ahora siente buena parte de la culpa. Tal vez no debió haberlo hecho. No estaría ahora en

este hospital lamentándose por haber empujado a su esposo a tan aciaga aventura. Pero el hecho no tenía remedio ahora. Abadón había besado a Daniel, y no para enviarlo al inframundo donde habitan los muertos y las sombras, sino al intensivo de un hospital en el que en estos momentos yacía con la vida pendiente de un hilo y el cerebro sujeto a los caprichos del coma.

Estuardo Zayas, un sesentón de cabellos agrisados, expresión triste y gruesas gafas de carey, toca en la puerta del cuarto, asoma la cabeza y entra sin pedir permiso, seguido de otro hombre más joven, de barba oscura y ojos zarcos, vestido con una impecable bata blanca.

—Señora de Sanabria, buenos días. Soy el doctor Estuardo Zayas, jefe del departamento de Neurología del hospital. Y este es nuestro epidemiólogo, el doctor Solana. ¿Cómo se siente hoy, señora?

La puerta ha quedado a medio cerrar y hasta la pequeña habitación llega el parloteo desenfadado de las enfermeras que trajinan por el pasillo y empujan carritos metálicos donde tintinean fármacos, instrumentos médicos o los restos de algún desayuno.

Magda, quien se ha secado apresuradamente las lágrimas, entreabre las manos con un gesto de impotencia.

—¿Cómo quiere que me sienta, doctor?

La más estresante tarea de un médico es contarle al enfermo el mal que padece, sobre todo si es incurable. La siguiente, es decírselo a su familia. El encuentro es siempre penoso. Y en este caso peor por estar contaminado con un enredo político. Zayas no puede por menos de considerar que bien podría haber saludado de otra manera a una mujer que, de lejos, se ve sumida en el desamparo, pero es un hombre a quien le cuesta romper sus rutinas. Así que, sin hacer otro comentario, se sienta muy tranquilo frente a Magda, en tanto Solana permanece de pie con las manos enlazadas por delante.

—He venido a darle noticias. Y creo que son buenas —le dice a Magda en tono apacible.

—Gracias, doctor. Las necesito en verdad.

—Sabemos ya cuál es la causa de lo que les sucedió a su esposo y a su hijo. En principio creímos que el desmayo del señor presidente podía haber

sido causado por un ictus cerebral, un tumor, incluso un ataque epiléptico. Como nada de eso salió en los exámenes, el director del hospital convocó una reunión de especialistas. Pero seguíamos a ciegas. A nuestro epidemiólogo, el doctor Solana —dice señalando a su colega— se le ocurrió entonces hablar con un excompañero de estudios del Baylor College, en Houston, para ver si podía ayudarnos. Y lo inverosímil, o lo inesperado, vino en nuestro auxilio. Esta mañana hemos recibido una respuesta que es en realidad una pregunta. “¿Pasan aves migratorias por Guatemala en estas fechas?”, nos dijo.

—Yo, la verdad, no supe qué contestar —interviene Solana—. Estoy acostumbrado a verificar y tratar otro tipo de epidemias. No obstante, guiado por los síntomas que percibí en su esposo, el doctor Marshall, mi compañero de Baylor, me dijo que existía la posibilidad de que se tratara de la fiebre del Nilo Occidental y que los efectos de la misma eran diferentes en los adultos y los niños.

—¿Fiebre del Nilo Occidental? ¿Qué es eso?

—Una enfermedad rara, señora, un virus que las aves migratorias pueden transmitir por medio de un jején u otro tipo de mosquito. Aquí apenas tenemos experiencia de ese mal, pero, por los síntomas de su hijo y de su esposo, bien podría tratarse de eso. La fiebre suele ser pasajera y desaparece enseguida, como ha sido el caso del niño. De hecho ha dormido toda la noche y despertó hoy a las cinco de la mañana pidiendo de comer.

A Magda se le abren los ojos de par en par.

—¿Ya está bien, ya está fuera de peligro?

—En unos minutos podrá verlo y, hoy en la tarde, podría regresar a su casa.

Magda cierra los ojos, se lleva una mano al pecho y deja escapar un sonoro suspiro de alivio antes de preguntar:

—¿Y mi esposo?

—El problema de la fiebre del Nilo —dice Solana— es que, en un caso entre 150, puede ocurrir lo que le ha sucedido al señor presidente, que la fiebre sea muy alta y que caiga en estado de coma. ¿Dónde viven ustedes?

—En una casa, en Muxbal.

—¿Y sabe si su esposo o su hijo tuvieron contacto con algún tipo de ave

estos días? No me refiero a zanates, coronados, azulejos o alguna otra ave del país, sino a alguna especie rara o desconocida.

Magda se queda perpleja. De repente ha recordado el entierro ceremonial que Daniel dispuso practicar en el jardín con el niño.

—Dios mío, el azacuán —exclama en voz baja.

—¿Azacuán? ¿Qué azacuán?

—Uno que cayó en nuestro jardín. Debía de llevar muerto un par de días cuando mi hijo lo descubrió. Se lo llevó a mi esposo y luego, con gran sentimiento por parte del niño, lo enterraron al pie de unos agapantos. Pero si mi hijo está ya bien, ¿por qué no lo está mi esposo?

—Por lo que acabo de decirle, señora —dice Solana—. El virus, al parecer, afecta con más severidad a los adultos.

—Eso no me basta, doctor. Necesito saber qué va a ser de Daniel, cuánto va a durar el coma y cuál va a ser su estado cuando despierte.

Zayas se ajusta las gafas de carey y dice en tono de monja:

—Hemos hecho a su esposo todo lo que debe hacerse en estos casos con el fin de averiguar si ha habido daño en el cerebro: encefalogramas, radiografías del cráneo, tomografías computarizadas, resonancias magnéticas. Ningún daño hasta el momento. Los análisis de sangre y orina tampoco muestran anomalías. Su esposo se encuentra en una situación estable. Le hemos proporcionado Decadrón, un esteroide que detiene o, en su caso, reduce la inflamación cerebral. Y cuando despierte, se le harán otros exámenes con el fin de averiguar si su cerebro opera normalmente. Solo entonces podremos emitir un diagnóstico preciso, señora.

—Pero va a despertar, ¿no es así?

Como si hubiese recibido una consigna, el doctor Solana interrumpe el diálogo y le dice a Zayas:

—¿Me necesita para alguna otra cosa, doctor?

—No, gracias, Luis Enrique. Le llamo más tarde.

Cuando el epidemiólogo abandona el cuarto, Zayas se vuelve hacia Magda y le dice:

—Eso esperamos todos, señora, que el señor presidente despierte lo antes posible. Pero su cerebro estuvo sin oxígeno alrededor de diez minutos y no

sabemos el daño neurológico que eso le pudo ocasionar. El coma es un estado difícil de analizar y estamos aún lejos de saber cuáles son sus efectos últimos en las personas.

—¿Y cuánto puede durar ese estado?

—No lo sabemos, para qué decirle otra cosa. El tiempo del coma es impredecible. Así como puede ser breve, también puede ser muy largo. O puede interrumpirse de manera espontánea.

—¿Y si nada de eso sucede?

—Le estamos aplicando a su esposo otro fármaco que ayuda a revertir ese estado.

—¿Qué clase de fármaco?

— Se llama Ambien y es un comprimido para dormir.

—¿Y qué bien le puede hacer eso a mi esposo, si está dormido?

—Es una de las paradojas y, a la vez, uno de los misterios del cerebro humano. Una cápsula para dormir puede ayudarlo a despertar y a recuperar su memoria y sus funciones mentales. Pero no hay seguridad de que tal cosa ocurra y sería imprudente de mi parte hacer un pronóstico. Su esposo puede despertar en los próximos cinco minutos, pero no puedo descartar un deterioro mayor del deseable.

—¿Qué quiere decir, doctor? No entiendo.

—Que su memoria puede haber quedado afectada. Algunos pacientes, cuando despiertan, recuerdan lo sucedido antes del trauma. Pero otros pierden la consciencia de sí mismos y, cuando la recobran, no se acuerdan de las circunstancias que lo llevaron al coma. Durante el periodo de inconsciencia, el paciente puede sufrir alucinaciones, o creer que está viendo o viviendo algo que no es real. A todos nos pasa o nos ha pasado alguna vez. El cerebro tiene una especie de software, llamado “de simulación”, que genera rostros y voces a través de los impulsos que estimulan el nervio auditivo y el óptico. El cerebro recuerda o recibe una imagen, una pequeña parte de ella, y el software natural reconstruye o simula el resto. Quiero decir, fabrica visiones, amigos imaginarios, apariciones.

—Y su personalidad, doctor, ¿sufrirá algún cambio?

—Puede suceder, pero no hay seguridad de que ocurra. El cerebro de su

esposo, como el mío, como el de usted, es un entramado inalámbrico en extremo complejo. Algo así como una red conformada por unos cien mil millones de neuronas que el coma ha desordenado. Y en estos momentos, el cerebro está buscando el modo de volver a conectar los circuitos que se apagaron con la fiebre. Lo que no podemos descartar es que lo haga de una manera distinta a como estaban conectados antes.

—¿Quiere decir que Daniel puede despertar con amnesia?

—En algunos casos puede haber amnesia, pero lo común es que la memoria regrese al cabo de un tiempo.

—¡Dios mío!

—No debe pensar en lo peor, señora, sino en lo que ocurre con frecuencia cuando el coma no es profundo. Lo común es que el paciente despierte en parecidas condiciones de salud que antes del coma, sin rastro de amnesia ni necesidad de un periodo de recuperación, y que en cuestión de unos pocos días haga una vida normal.

—Pero en el caso de mi esposo, ¿qué posibilidades estima de que sea en realidad así?

—No podría responderle. No estoy en condiciones de emitir un diagnóstico definitivo. La naturaleza no camina a saltos, señora. La ciencia no puede acelerar el proceso de restauración mental del señor presidente. Es algo que hoy por hoy no está a nuestro alcance.

Magda se ha llevado las manos al rostro y por entre las rendijas de sus dedos vuelven a fluir las lágrimas.

—Lo vi ayer en el intensivo —dice, sofocando un sollozo—. Estaba totalmente inmóvil. Le hablé al oído. Le dije cosas. Cosas nuestras. No me respondió. Ni un gesto, ni una señal.

—Tenga ánimo, señora. Algunos pacientes en coma son conscientes de sí mismos. Pensamos que se encuentran en estado vegetativo, pero no lo están. Otros viven en un estado de consciencia/inconsciencia que es positiva para regresar del coma. Algunos lo llaman “consciencia inconsciente”. Si ese es el estado actual de su esposo, no pierda la esperanza. Es lo mejor que le podría suceder.

Dos

Hospital Herrera Llerandi, mismo día, misma hora

Aquel desaliñado espantajo del que apenas le quedan recuerdos, le visitaba cuando a las amígdalas les daba por inflamarse, lo cual le sucedía a cada poco. Y su presencia despertaba en él un asco semejante al que sucede cuando se destapa una gusanera, el mismo que ahora le infunde mientras, perdido en la desmemoria y la inconsciencia, lo observa desde la inmovilidad del lecho. Siempre le había temido y siempre le había repugnado. Y cuando al fin desapareció de los estados febriles de su infancia, no lo volvió a echar de menos. Pero ahora estaba ahí otra vez, al borde de la cama, lanzando miradas a los aparatos, a los tubos, a las parpadeantes lucecitas de los monitores, y con la misma facha de la primera vez que lo vio, cuando apenas tenía cuatro años y la oscuridad y los monstruos todavía le aterraban.

No había regresado a sus noches hasta hoy, hasta este día, en que el tiempo ha dejado de fluir, los metrónomos están callados y él tiene la impresión de vivir un tiempo indiviso. Aún se siente flotar en la nada, como el ave que con las alas abiertas se deja llevar con pereza por una corriente de aire tibio. El cuerpo no responde a los afanes de la mente, y la mente no responde a los estímulos de la voluntad. Todo está yerto y oscuro, salvo por la difusa luz que difunde el farol del espectro y que este balancea como si con ese péndulo mortecino quisiera recordarle el fin de su tiempo y su biografía.

No ha cambiado mucho, a decir verdad. Sigue siendo el mismo de siempre, un adefesio con sombrero de petate deshilachado, capote color gris marengo,

el farol en una mano, una escoba invertida en la otra y una sonrisa perversa, parecida a la de los villanos que pretenden acabar con el Hombre Araña. De manos vellosas y barba oscura hasta el pecho, su arco ciliar se extiende casi como una visera, en tanto sus ojos, encuevados bajo unas cejas hirsutas, no dejan de escudriñar la parafernalia médica a la que Sanabria se encuentra enchufado.

Nunca estuvo muy seguro de si dormía o velaba cuando lo tenía cerca y, por tanto, si el esperpento era real o solo una pesadilla. El único signo claro de que se trataba de un ser palpable era el movimiento de su mandíbula inferior, la cual hacía bascular de manera parecida a como la movería un rumiante. Pero nunca tuvo certeza de ello, pues ya se sabe que en los sueños y las pesadillas las facciones son inestables y vagas y lo mismo podía tratarse de un rostro humano que del ramaje de un árbol movido por el viento de la noche. Consultó, eso sí, algunos bestiarios, esperando encontrar referencias sobre el repugnante sujeto que se le aparecía en sus noches de fiebre, pero no encontró ninguno que ni remotamente se le pareciera.

Había un elemento, sin embargo, que le inducía a creer que el adefesio no podía ser una criatura imaginaria y era la pestilencia que le acompañaba, la cual podía variar, pero que normalmente consistía en una mezcla de aguas negras con notas de repollo a medio cocer, gas propano, ajo molido y leche agria.

Entre esta visita, no obstante, y las que recibía en su niñez hay una diferencia notoria. Y es que, hoy, el espantajo ha pronunciado por primera vez unas cuantas palabras con timbre ronco y pastoso. Nunca antes había hablado ni menos en el tono reprobatorio y hostil como el que ha utilizado hoy.

«Todos sabían a qué iban —le ha dicho—. Menos tú, sobra decir, porque eres un pendejo».

Después, ha extendido su mano peluda y, tomándole de la muñeca, ha murmurado:

«A la Thatcher, la apuñalaron por la espalda los miembros de su partido. Y a Adolfo Suárez, los suyos. Lo mismo le ocurrió a Árbenz. Y a Julio César. Y a Benedicto XVI. Incluso a Cristo. Estas cosas pasan, qué quieres que te diga. Un hombre es elegido para un propósito, se usa mientras es útil y, cuando ya

no sirve, se tira».

Luego de tomarle el pulso, tiempo durante el cual le ha arrojado a la cara un par de eructos que apestaban a huevo podrido y pepinillos, el adefesio le ha soltado la mano y ha dicho con algún desdén:

«Lo que me suponía. Estás muerto. La vida sigue ahí afuera, pero tú eres un cadáver. Como esos que te acabo de contar y a quienes sus propios intrínsecos dejaron implumes, los traicionaron, los asesinaron o los mandaron a cocer arroz con yuca».

Tres

Lunes 27 de noviembre, 8:55 a.m.

El doctor Estuardo Zayas no sabe cómo abordar el más importante asunto que le ha traído a hablar con Magda. Persona ordenada y plácida, no le gustan las complicaciones. Lleva una vida profesional sin sobresaltos y tiene su vida arreglada: una casa en Santa Rosalía, una esposa que lo ama, dos hijos recién salidos de la universidad y otro que ejerce medicina en California. Nunca le falta un *single malt* cuando vuelve de la clínica y viaja una vez al año a Venecia, Las Vegas o donde cuadre.

Es feliz, en una palabra. Era feliz, mejor dicho, hasta que, sin comerlo ni beberlo, ha venido a caer en la peor intriga que podría imaginar, un auténtico hormiguero entre las sábanas que no le deja dormir desde hace un par de noches.

—Hay otro asunto, señora, del que quería hablarle esta mañana —dice al fin—. Todos quieren saber qué va a suceder con su esposo cuando despierte del coma. Y cuando digo todos, me refiero a todos. A los poderes públicos, a la prensa, al gobierno, a los partidos políticos, al pueblo. Pero yo no puedo informar sobre algo que ignoro —se disculpa—. Ni siquiera a usted que tiene más derecho que nadie a saberlo.

—¿A qué se refiere, doctor?

—No tengo que decirle que su esposo no es un paciente normal. Ni que tampoco es usted la única persona que se encuentra vigilada. Nosotros también lo estamos. Y lo estaremos hasta que podamos presentar un diagnóstico, si no

certero, cuando menos fiable.

—¿Qué es lo que me quiere decir?

—¿Conoce el artículo 165 de la Constitución de la República?

—No, doctor, no lo conozco.

—En él se establece que si el presidente padeciera algún tipo de incapacidad física o mental para ejercer su cargo, deberá formarse una comisión de médicos que lo certifique. Esa comisión ya ha sido designada. Yo la presido. Pero estamos asfixiados por las presiones y la imposibilidad de entregar un dictamen de tipo blanco o negro, como es el que todos desean. Empezando por usted. Nos han dado 24 horas más. Si en ese tiempo su esposo no ha vuelto en sí, deberemos emitir un diagnóstico.

Magda endurece el gesto.

—¿Quién les ha dado 24 horas?

Zayas se quita las gafas y se toma el caballete de la nariz con los dedos.

—Anoche recibí una visita en mi casa —dice—. Eran tres personas. Importantes las tres. Vinieron a explicarme algo.

—¿Explicarle qué?

—El caso de su esposo.

—Si querían saber sobre el estado de mi esposo, podrían haber venido al hospital. Este es el lugar apropiado, ¿no? Pero nadie se ha acercado en estos dos días. Ni el vicepresidente, ni los ministros, ni la gente de la coalición. Han enviado flores, eso sí. Hay un cuarto aquí al lado lleno de ellas, pero lo que es preocuparse de mi marido, nada de nada. El silencio más absoluto.

—Para serle sincero, esos señores no fueron a mi casa a preguntar sobre la salud de su esposo. Fueron a decirme que el país no podía seguir en la incertidumbre en que estamos y a pedirme, bueno, pedirme, a presionarme para que emitiera con urgencia un pronóstico sobre qué cabe esperar de la salud del señor presidente. Y que si el asunto se prolongaba más días, podríamos provocar una debacle.

—¿Quién podría provocar una debacle?

—Nosotros, la comisión de doctores.

—¿Y usted qué les dijo?

—Lo mismo que le he dicho a usted. ¿Qué otra cosa les podía decir?

—Eso depende de las personas que le visitaron. ¿Eran tan importantes como para que usted se echara a temblar?

—No se lo puedo decir, señora. Mejor dicho, sí puedo, pero no debo. Y no diga que me eché a temblar porque no es cierto.

Magda le endereza a Zayas una exigente mirada con sus grandes ojos negros.

—¿Le pagaron o solo le hicieron una oferta?

—Por favor, señora, no me ofenda. No soy yo solo, además. Somos cinco los responsables. Y no somos políticos. No hemos sido elegidos por el Congreso de la República, sino por el Colegio de Médicos y Cirujanos de Guatemala.

—¿Y qué clase de diagnóstico querían esos señores?

—Uno que no tiene nada que ver con mi profesión. Ya puede imaginarse.

—No, no me lo imagino, doctor.

Zayas hace girar la alianza que lleva en el anular de su mano izquierda, como hacía el rey de Lidia con el suyo cuando quería desaparecer, y guarda un largo silencio.

—Lo que querían era que el consejo de doctores declarara a su esposo incapacitado para ejercer el cargo de presidente de la República —dice Zayas—. Y en el término de las próximas 24 horas, como le digo.

—Y esa es la razón de que se ande con tantas vueltas. Dígame doctor, ¿ha venido a decirme qué tiene mi esposo o a excusarse por una decisión política que ustedes ya han tomado?

—Eso es injusto, señora. Ni yo ni mis colegas hemos tomado ninguna decisión aún.

—Pero la están contemplando.

—Debemos hacerlo, señora. Comprenda nuestra situación.

—Es usted quien tiene que entender la mía y ser sincero conmigo.

—Qué más quisiera yo que darle un diagnóstico cierto y asegurarle que su esposo se recuperará pronto y bien. Pero mi ética profesional me lo impide. Mentiría, señora. Lo mismo que si digo públicamente que su esposo no está en condiciones de asumir el cargo de presidente de la República. Eso también sería falso.

—El diagnóstico que le han exigido dar es asunto suyo y de su conciencia, pero yo necesito saber la verdad sobre la salud de mi esposo.

—Comprendo, señora.

—Lo quiero de regreso sano y salvo y me importa muy poco que lo haga como presidente o como barrendero —dice Magda al borde del arrebató—. Esa es su obligación, doctor, decírmelo sin rodeos y cumplir con el juramento de Hipócrates.

Estuardo Zayas se encaja una vez más sus gafas de carey. Es su obligación hacer lo que le pide esta señora, pero la política lo enturbia todo y a los políticos Hipócrates les viene del Norte. En especial a Tulio Expósito, que quiere ser presidente de la República. Lo mismo que a Altagracia Jiménez, presidenta *in fieri* del Congreso, que es también canela fina. ¿Y qué decir del general que los acompañaba, un tipo de apellido Soriano, y que le fue presentado como próximo ministro de la Defensa?

El futuro político del país no dependía ahora de millones de votantes, sino de cinco personas: él y sus cuatro colegas. De un plumazo tenían que decidir quién debía ser el próximo presidente de la República. No pueden esperar indefinidamente a que despierte Sanabria y, si se niegan a hacer público el diagnóstico, Expósito, la Jiménez, el tal Soriano o María Santísima “se verán obligados a tomar decisiones que no les gustaría tomar”.

La velada amenaza, no obstante, había sido innecesaria. La comisión de doctores tiene un deber que cumplir, legal y profesional. Pero todas las opciones son malas. Si dicen que Sanabria se puede recuperar, y luego eso no ocurre, malo. Y si aseguran que no saldrá con bien del trance, y luego se recupera, peor.

Zayas comprende las emociones de esta desdichada mujer que le reclama sus deberes como médico. El hijo menor ha tenido suerte y está fuera de peligro, pero el pronóstico sobre el devenir de su esposo es, en todos los sentidos, una incógnita. Con esto más. Si hasta hoy su ansiedad y su angustia habían gravitado en torno a cómo sería la vida de una viuda sin enviudar, si el coma se prolongaba, ahora se le plantea una posibilidad aún más compleja: la de su vida con un hombre diferente, un hombre con el mismo rostro y mismo

cuerpo que Daniel Sanabria, pero tal vez sin memoria del pasado o con una personalidad y un cerebro distintos, un ser extraño a quien el trauma quizás haya reordenado las neuronas de otro modo o no sea capaz de reconocer a su familia o sus amigos, ni menos aún recordar su posición y la tarea para la cual había sido elegido. Y esa es una posibilidad que Zayas no puede descartar, por más que quisiera que no fuese así.

Edificio Palermo, Diagonal 6, Guatemala
Mismo día, misma hora

—¿Suerte? ¿Cómo que tuvimos suerte? —estalla Rabassa, fuera de sí—. Ese tipo debería estar muerto. Ese era el plan, si no aceptaba. Dime que no me equivoco, Tulio. No, ¿verdad?, no me equivoco. Entonces, ¿cómo me puedes decir que tuvimos suerte?

La fiera ha enseñado sus garras. En solo dos días, Rabassa ha dejado de ser el atildado hombre de negocios que pretendía ser y ha aparecido en su lenguaje y sus modos el delincuente que está a punto de perder el dinero invertido en una importante operación. Un bajón de sus inversiones en bolsa no le habría preocupado tanto porque la bolsa es al fin y al cabo reversible. Pero un revés de esta índole es como perder el último envite en el juego, ese que lleva a empujar todas las fichas al centro de una mesa de póquer. Y él no está dispuesto a perder dos años de trabajo y más de 10 millones de dólares en planos, maquetas, estudios de ingeniería y comisiones.

Sobre todo comisiones.

Rabassa cruza a grandes pasos el salón del apartamento de Rodas y se detiene ante la chimenea sin encender cuya repisa adornan dos ánforas de porcelana de Sèvres, un cuadro de González Goyri y un bulldog tallado en cristal de roca.

—¡Todo está a punto de joderse, maldita sea! —ruge al borde de la histeria.

Expósito y Rodas, en cambio, se ven más serenos. De vez en cuando se observan de reojo y tornan al compás de espera que han concedido a Rabassa

mientras este se desahoga.

Finalmente es Expósito quien, con marcada suficiencia, decide hablar.

—No, José María. Las cosas no están a punto de joderse. Al contrario, todo está bajo control. Nuestra situación es incluso mejor que la de hace tres días. Es la prensa la que está agitando el cotarro.

—¿Mejor? No me hagas reír.

—Lo que ocurrió fue una afortunada coincidencia. De veras. A Sanabria le vino el ataque sin probar el jugo de toronja. Sudaba por los cuatro costados, era la ocasión propicia. La toxina funciona mejor cuando la adrenalina de la víctima está a tope. Altagracia le puso el vaso enfrente, pero él no lo tocó. Y se fue la oportunidad. Pero ahora pienso, pensamos —dice volviéndose a Rodas, quien responde con un gesto de aprobación—, que eso fue lo mejor que nos pudo ocurrir. No habría sido inteligente hacerlo como lo habíamos planeado.

—¿Cómo que no? —replica Rabassa, furioso—. La toxina rusa no tiene olor ni sabor y es imposible detectarla en una autopsia. Desaparece del organismo en 24 horas. No se habría podido probar nada ni nadie habría sabido las causas de la muerte de ese imbécil.

—De momento está en coma.

—Pero sigue vivo. No aceptó el negocio, debió morir sin más trámite. No estaríamos ahora en este lío.

Tulio se levanta del sofá, se acerca a Rabassa y le dice:

—Hemos hablado con el doctor Zayas, que es el jefe de la comisión de doctores. El diagnóstico no es firme aún y no saben cuánto tiempo seguirá Sanabria en coma, pero el tiempo obra a nuestro favor. Cuanto más se prolongue su condición, mayor será el daño cerebral. Y cuando despierte, si es que despierta antes del 14 de enero, sus facultades mentales estarán disminuidas.

—No hace falta que los doctores sean precisos —tercia Rodas—. Con que solo en el dictamen muestren dudas, será suficiente para que el Congreso declare que la salud mental de Sanabria no es segura y que, por tanto, se encuentra incapacitado para asumir la presidencia.

Rabassa no se conforma.

—Si ustedes no pueden o no quieren hacerlo, lo haré yo. Tengo los recursos necesarios. Solo necesito hacer una llamada y, en el término de dos días, habremos resuelto el asunto. Mi personal es eficiente, seguro y no deja huellas.

—No podemos hacer eso ahora. Cualquier acción que tomáramos sería contraproducente —dice Expósito—. Hay que tener paciencia. No es el momento de hacer más olas de las que están causando los medios. Sanabria está acabado, te lo digo yo. Nadie confiará en un presidente con las limitaciones cerebrales que con toda seguridad confirmarán los doctores.

—¿Con toda seguridad?

—Nos estamos ocupando de ello —dice Rodas—. Si Zayas y los otros doctores no confirman el diagnóstico por las buenas, tendrán que hacerlo por las malas.

—Y el pueblo tendrá que concluir que Sanabria no está en condiciones de gobernar —confirma Expósito—. El Congreso conocerá el diagnóstico final, descartará a Sanabria y me elegirá presidente. Tenemos mayoría absoluta. ¿Por qué habríamos de preocuparnos? Sanabria tuvo un accidente “lamentable” y está incapacitado para gobernar. Punto. Y lo que importa es tener ese diagnóstico y hacerlo público lo antes posible.

—La gente olvida muy pronto —dice Rodas—. Y Sanabria será olvidado como se olvida al futbolista que deja de jugar.

—¿Y si despierta y resulta que el coma no le ha afectado?

—Eso no lo sabemos todavía. Pero, si eso sucediera, ya buscaremos otras formas de salir de ese cabrón —dice Expósito poniendo su habitual cara de asco—. Por ahora, debemos serenarnos. Confía en mí, José María. Sé cómo manejar estas cosas. Sanabria muerto no es útil a nadie. Ni siquiera a nosotros.

—Cómo se ve que no eres tú quien se está jugando la plata.

—¡Claro que me la juego! ¡La plata y otras muchas cosas!

Rabassa no cede.

—Hay rumores alarmantes. Se habla de una posible intervención militar.

—Nada de eso va a suceder.

—Villaseñor está inquieto.

—A ese lo tranquilizo yo. Créeme lo que te digo. Estamos mejor de como estábamos. ¿Es que no lo ves? La historia es ahora más verosímil. El público y los medios darán más crédito a un dictamen neurológico que a una muerte inexplicable o accidental, como pretendíamos.

—Pero el hecho es que ese hijo de su madre sigue vivo. Y eso es peligroso. Sanabria conoce el proyecto, me conoce a mí, nos conoce a todos. Podría denunciarlo cuando vuelva en sí.

—Si es que la memoria le funciona, cosa que no sabemos. Pero aún en el caso de que recordara todo lo que sucedió en el club, lo más seguro es que no le crean —dice Expósito muy tranquilo—. Tengo un plan. En cuanto se confirme el diagnóstico, aunque sea ambiguo, y el Congreso disponga que la salud mental de Sanabria es insegura, lo echamos a andar. Sanabria no sobrevivirá como figura política. La gente es veleidosa y arbitraria con sus ídolos. Así que estate tranquilo. Por ahora, lo importante es no perder los papeles y, sobre todo, no cometer errores.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Expósito alza los hombros.

—Porque conozco a mi pueblo. Déjame el asunto a mí, José María. Soy político y sé cómo manejar estas cosas.

Mismo lugar, mismo día, misma hora

El edificio Palermo tiene un jardín arbolado y un pequeño estacionamiento al aire libre frente a la lujosa entrada principal. Hace sol, pero no entibia. A la sombra de dos poderosos cipreses está la *Suburban* de Emilio Rodas. Y sentado al volante, el vidrio de la ventanilla bajado, la mirada puesta en ningún sitio, Filadelfo Cajas Choc mastica, pensativo, un chicle. El *Chero* Ramos se recuesta indolente en una de las loderas, en tanto Quelvin Zetino se esfuerza por no quedarse dormido en uno de los asientos traseros.

Los tres guardan un silencio inmóvil. *El Chero* y Quelvin giran de vez en cuando los ojos hacia la puerta del edificio, pero Filadelfo permanece tan tieso como una estatua de mármol.

En una acción sorpresiva, extrae el chicle de la boca y lo arroja por la ventanilla del vehículo. Luego, en tono aplomado y lento, dice sin dejar de mirar a la nada:

—Tenemos un problema, muchá.

—No hay noticias del gringo —pretende adivinar *el Chero* Ramos.

—Hablé con él hace una hora.

—¿Y?

—No quiere aflojar la lana. Dice que la DEA no tiene pisto para fotos.

—Lo que quiere ese cabrón es que le bajemos el precio —comenta Zetino con la voz adormilada y sin alzar los párpados, desde el asiento de atrás.

Filadelfo asiente con la cabeza.

—Acabará soltando la plata, ahí van a ver. Las fotos le interesan, de plano. Pero el problema de que les hablo no es ese.

El *Chero* se endereza, sorprendido.

—El problema es la foto de la chava —dice Filadelfo, sin alterar un milímetro su pose de hombre importante.

—¿Qué foto es esa, vos?

—Una que está aquí con las otras —dice mostrando la memoria de la Nikon de Elizondo que guarda en el bolsillo—. Esa chavita ha de ser la novia del tipo que ustedes enterraron en El Cambray. Se habían hecho varias *selfies*. Y eso sí que es grave, muchá, porque la chava trabaja en el centro de computación. Hasta ahorita se me encendió el bombillo porque no lograba acordarme de dónde la había visto antes.

—Ah, la gran puerca —abre los ojos Zetino.

—¿Y vos creés que trabaja ahí como espía de la DEA? —pregunta *el Chero*.

—Eso no lo sé.

—Porque si es así, estamos jodidos. Habrá que decírselo a don Emilio para ver qué hacemos con ella.

—Me lleva la gran puta, *Chero*, ¿cómo podés ser tan mula? Por una vez, piensa con esa chola que Dios te dio para ganarte la vida.

Con los ojos como ascuas, Filadelfo se echa otro chicle al colete.

—¿No te das cuenta que no podemos avisar al jefe y que ese es

precisamente el problema? —le reclama, exasperado, al salvadoreño.

Pero el salvadoreño no parece entender.

—Si le decís a don Emilio que esta chavita tenía un novio de la DEA, te va a preguntar que cómo lo sabés. ¿Y qué le vas a decir?

—Pues le enseñaría una de esas fotos en las que está con él.

—¿Y de dónde salió esa foto, pendejo? ¿Quién se la sacó? Es una *selfie*, mano. Se la sacaron ellos. ¿Y cómo llegó la cámara a nosotros? ¿Y dónde está ahora el tipo de la foto que aparece con la chava? ¿Y qué va a pasar cuando se sepa que un agente de la DEA desapareció en La Rosaleda? ¿Qué día y a qué hora? ¿Y dónde estaba yo en ese momento? ¿Sigo, pedazo de cacho de trozo de tarugo?

El *Chero* humilla la cabeza.

—A ver si nos aclaramos, muchá. El muertecito de la DEA quería fotografiar a don Emilio y al señor Rabassa con el presidente y la gente de la coalición. ¿Para qué? Eso no lo sé ni es cosa nuestra. No estamos en ese negocio. Lo que sí sabemos es que el gringo con el que hablé quiere las fotos. Que nosotros pedimos 300 mil pesos por ellas. Y que la chavita del tipo que me enfrié trabaja con don Emilio. Pero no podemos decirle que era la novia de un agente de la DEA.

—¿Y por qué no? Sería una prueba de lealtad que agradecería bastante.

—Cuando digo que la chola no te da ni para ir a mear, lo digo todo. ¿Por qué no? Porque don Emilio sabía que yo estaba en el jardín de atrás. Y si le digo lo de la foto de la chava, me va a preguntar de dónde la saqué. Y aunque no se lo diga, se va a sospechar que fui yo quien se enfrió al tipo de la DEA. Y si eso sucede, mi cabeza no dura en su sitio dos días. Y yo tengo una familia a la que dar de comer, ¿estamos?

—Estamos, jefe.

El *Teflón* Zetino, a quien el discurso de Filadelfo ha espabilado, pregunta:

—¿Y qué es lo que se puede hacer para arreglar este relajo?

—¿Y vos que creés? —replica Filadelfo— ¿A poco vas a ser vos igual de tarugo que este?

—No debiste... no debimos meternos en este lío, Fila.

—¡Ah la gran puta, Zetino! En vez de una solución, solo te ocurren lamentos.

—¿Y si la chavita es inocente? —alega *el Chero*—. ¿Y si ser novia del agente de la DEA fue solo una casualidad?

—Ninguna mujer es inocente —responde, doctoral, Filadelfo.

—Estamos metidos en un buen chirmol —dice Zetino—. Y creo que lo mejor es decírselo a don Emilio Rodas.

—¡Qué chirmol ni qué india envuelta! ¡Ni qué decirle nada a don Emilio! —salta Filadelfo—. El problema es la chavita. Y eso es muy sencillo de resolver.

—Ya entendí —dice *el Chero* con ojos de iluminado—, ya entendí. No le decimos nada a don Emilio, pero, para no dejar huellas y no se vaya a enterar por otro lado, hay que despacharse a la chava.

—Ahí vas, *Cherito*, ahí vas —dice Filadelfo—. Y mientras, nosotros cobramos los 300 mil pesos.

—Aunque sean 200 mil —comenta *el Teflón Zetino*.

Cuatro

Hospital Herrera Llerandi, lunes 27 de noviembre, 9:25 p.m.

«Está bien, me equivoqué, pensé que eras un cadáver. Mis disculpas. Aunque, mirándolo bien, no estás vivo. Más bien estás medio muerto. O de *corpore insepulto*, si quieres. Así que no me equivoqué del todo. Y como sé que puedes escucharme, voy a hablarte con franqueza. Dicen que leer en voz alta a quienes están en coma les ayuda a despertar y a realambrear el cerebro. Pero donde yo vivo no hay libros. Y aunque los hubiera, leer en voz alta me resulta tedioso. Conque mejor te hablo así, a la pata la llana. No soy una persona muy sutil, te advierto. Y ahora que puedo decir las cosas con absoluta impunidad, peor.

»Lo primero que quería decirte es que eres un tipo con suerte. Te salvaste gracias a un mosquito. De no haber sido por él, en vez de en este hospital, estarías criando malvas. Y mira que Expósito te lo anticipó. ¿Ha pensado usted alguna vez, te dijo, que si sufriera un atentado, Dios no lo quiera...? No supiste escuchar, porque no escuchas. Le hiciste el mismo caso que Julio César al vidente que en las escaleras del Senado le advirtió sobre los idus de marzo. Y así has venido a dar en maestro de atar escobas. ¿Qué utilidad tienes ahora para nadie, “don vencido y molido a palos”? De ti se podría decir hoy aquello que el poeta escribió cierto día en que se puso malito de unas fiebres: “Lo que va de ayer a hoy/ayer maravilla fui/y hoy sombra mía aún no soy”. Oh, pedazo de alcornoque, qué mal lo hiciste. Qué desgracia, qué torpeza, qué manera de perder.

»Hay varios tipos de gobernantes, te supongo enterado, y no voy a enumerarlos todos para no aburrirte, pero los de tu género son aquellos a los que no se les lleva al poder para gobernar, sino para ser gobernados, ¿entiendes? No, no lo entiendes. Qué vas a entender, flor de invernadero, si aún vives en la inopia. Creíste que habías llegado al poder para mandar, pero, a decir verdad, te pusieron ahí para obedecer. Te querían como un florón, porque, eso sí, pinta de florón sí tienes. Querían a alguien que no hiciese olas y que cambiara lo que fuera necesario cambiar para que nada cambiase. Alguien que fuera sumiso a los intereses de la coalición y al resto de la mara. Y ahí se fue Juan Caballo y te diste el bofetón, que es lo que les pasa a los tontos útiles como tú. Por eso te ves ahora aquí, íngrimo, conectado a varios tubos y con cara de cordero degollado.

»Para tu descargo diré que todos padecemos esa condición tuya en alguna dosis. La pendejidad está presente en todas las edades del hombre, en todas las razas, en todas las culturas, en todos los credos, en todos los oficios. Y no tiene solución. Lo que ocurre es que hay algunos menos pendejos que otros y a esos les llamamos inteligentes. Uno comprende que la inocencia, la credulidad y la ignorancia sean propias de la edad infante, pero que la gente las siga nutriendo y alentando en la edad adulta, incluso en la edad proveya, es algo que escapa a mi comprensión. Facundo Cabral temía a los pendejos, porque son muchos y pueden elegir un presidente. ¿Te suena? Y los criollos confiaron en la pendejidad para apaciguar al pueblo, conchabados con los curas que insistían en el Sermón de la Montaña para convencer a los mengos, a los apocados y a los débiles.

»No te ofendas. Piensa un poco, solo un poco, en esa homilía. ¿Bienaventurados los mansos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los limpios de corazón? ¿Bienaventurados? Me dan ganas de abofetearte. Los limpios de corazón acaban todos como tú, en un hospital. O pidiendo limosna. O comiendo cera. Como escribió el gran florentino, los pueblos que alaban a los pobres y a los débiles, están condenados a que los gobiernen los granujas y los fuertes. ¿Qué conseguiste tú con ser limpio de corazón? Lo mismo que los pobres de espíritu, los mansos y los mengos. Tuviste la oportunidad de torear al Tulio y a su “petit comité”, pero te fuiste

contra ellos de frente y acabaste tirado en esa cama y en coma (mira qué bien me salió esa).

»Y no me vengas con que fue una fatalidad. Intentaron asesinarte, pendejo. Tenían un gran negocio entre manos y no podían permitir que se lo echaras a perder. La política es malvada y peligrosa, pero tú creíste que la podías cambiar. ¿En qué estabas pensando, tonto del cerro? Querer ser bueno en política es una quimera por la sencilla razón de que los malos no te permiten que lo seas. Si quieres ser un buen político, tienes que dejar de ser un político “bueno”. En la vida pública, el “buenismo” solo sirve para que los malos te acogoten. Algo parecido a lo que sucede con los abogados, donde el mejor no es el más recto, sino el hijo de su madre que gana el juicio porque, entre otras muchas cosas, sabe que ganar lo es todo.

»Una de las mayores tonteras de ese “buenismo” es su fe en la unanimidad. Ya sabes, todos podemos, que nadie se quede atrás y bobadas por el estilo. ¿Sabes lo que decía un filósofo sobre eso? Que cuando mucha gente se pone de acuerdo en algo es para hacer una estupidez o cometer una bellaquería. Pero tú te tragaste esa bobada de los valores universales y la moralina, y creíste que con eso podrías arreglar el país. Debería llamarte Moralito, como el de “La gota fría”. La torpeza de quienes imparten esas babosadas es que pretenden aplicar los principios de la ética privada a los de la vida pública. Y todo lo que consiguen es idiotizar a la buena gente para que los degenerados y los listos se aprovechen de ella. Los curas abusan de niños y monjas. Los pastores se compran jets y mansiones. Y los políticos se roban el ferrocarril. Todos simulan, todos mienten. Pero tú, zonzo de Sonsonate, te pasaste la campaña predicando el bien, la honradez, la transparencia. No hay tal cosa en este oficio como la sinceridad. Y el bobo que se atreve a practicarla, muere de sincericidio. A tu edad, deberías ya saber que todos los esfuerzos de la virtud para derrotar la podredumbre son estériles. Siempre ha sido así y lo seguirá siendo. En la vida pública, la moral y las ideas nobles no tienen futuro. ¿Acaso no leíste la etiqueta del frasco? No, no la leíste. Precaución, decía en grandes caracteres: la moralina no cura la corrupción, la explosión demográfica, el robo ni el adulterio. La moral del moralista es como la ceniza del cigarro. Si cae en una camisa blanca, es negra. Si cae en una camisa negra,

es blanca. Mira a tu alrededor, si no me crees. Somos el mal para el Islam, y el Islam es el mal para nosotros. El bien y el mal, por lo tanto, son categorías con doble estándar moral. ¿Qué te parece, principito del asteroide sin número?

»Sé lo que estás pensando. Crees que soy un retorcido. Es lo que suelen decir quienes, para no verse obligados a aceptar el hecho de que, sin justicia, leyes y jueces que las hagan cumplir, los valores son como espaguetis fríos. El bien no conduce al bien, corazón. No digo que no sea verdad en alguna isla de la Micronesia o algún monasterio colgado de un risco en Meteora. Pero la vida pública, como los juzgados, no son escenarios propicios para que tal cosa ocurra. El bien no es lo bastante fuerte para derrotar al mal por la muy simple razón de que el mal es más poderoso y más recio. Cómo será el mal de bueno en lo que hace que, desde el mismo día de la Creación, Dios lleva intentando sacarlo del mundo sin ningún éxito. Y vienes tú y te crees que puedes derrotarlo con el bien, los valores y soplasimplezas así. Eso es moral para adolescentes. Y tú, de plano, eres uno de ellos. Un adolescente político, claro, como tantos que se han tragado esa metafísica bobería de la batalla contra el mal.

»En política, el mal no es lo contrario del bien. En política, el bien es todo aquello que funciona, y el mal, lo que no funciona. Diré más: el mal en política no existe. Solo existen las malas decisiones. ¿Recuerdas lo que dijo Expósito sobre el *affaire* de Clinton con la Lewinsky? Pues eso. A nadie le importó un pito que Clinton le tocara las domingas a la muchachita porque este había dado prosperidad a su pueblo. Solo los moralistas alzaron la voz. Los demás se hicieron los suecos diciendo que la vida privada de un presidente nada tenía que ver con su vida pública. Tú en cambio te pusiste del lado de los moralistas, que es gente que, entre otras cosas, desprecia la política, y te fuiste contra los molinos. Deberías saber, aunque, claro, estas son cosas que no están a tu alcance, que la gente que hace ascos a la política, no son moralmente superiores a los demás. Su infantilismo les ha llevado a creer que el menosprecio por la política y los políticos es el bien. Pero no, caperucita, no es así. Si el mal se multiplica se debe más a la apoplejía política de los buenos que a la hiperactividad de los malos.

»En una campaña electoral de años atrás, un candidato repetía: “los buenos

somos más”. Tenía razón. El problema era que el candidato confundía la bondad con la credulidad, la ignorancia y la inocencia. Y como no se puede ir por la vida diciendo “los inocentes, los crédulos o los ignorantes somos más”, él les llamaba los buenos.

»Ese modo de concebir el bien y el mal es majadera, dicho sea con perdón, y la causa genuina de que el bien siga en cuarto menguante, y el mal, en cuarto creciente. Y conste que valoro la valentía y la entereza que mostraste ante Expósito y la mara. Pero eso no te absuelve de tus errores. ¿Sabes cuál es la causa de tu problema? No, qué va, no lo sabes, pajarito. La causa de tu problema es que no eres lo suficiente canalla como para vivir de este oficio. Tu yerro fue actuar de buena fe, lo que debería indicarte que, en los juegos de poder, la buena fe es el mayor de los errores. Por eso estás ahora ahí, tirado en esa cama, con una sonda en el brazo y un tubo en la boca, como Job en el muladar, el hombre que por querer ser honrado y justo se lo llevó la mula parda.

El justo rara vez recibe premios, Piolín. Los reciben los espabilados, los listos, los sinvergüenzas. Lo único que recibe el justo son puñaladas y olvido, como sucedió con Job.

»Y contigo, sobra decir.

»Pero no hay mal que por bien no venga. Nadie es del todo persona hasta que no le hacen una matadura como la que has recibido tú. ¿Quieres hacer el bien a tu país? Entonces tienes que aprender las mañas del mal. Y en cuanto a que se te haga justicia, porque eso es lo que quieres ahora, que te hagan justicia, ¿no? Bueno, pues eso es más complicado, chico. Y me temo que no podrás hacerlo solo. Necesitarás ayuda, mas no de los poderosos. Son mezquinos a la hora de impartirla, si no obtienen algo a cambio. La buena ayuda suele venir de los humildes, como le ocurrió a Ulises, quien fue auxiliado por su porquero y su boyero cuando regresó a Ítaca.

»Pero aguarda. Veo en una de tus pantallas que te ha subido la presión sanguínea. ¿Qué te ocurre? ¿Temes que yo sea un alma en pena, un duende, un aparecido? Despreocúpate, hombre. Yo no pertenezco a esas especies. Mas como nunca te dije quién era, creo que este es un buen momento para hacerlo. Yo soy tú y soy tu escudo. Y también tu ronrón, tu mutante, tu avatar, tu Guasón,

tu malacate y tu mentalista. Y tu buen samaritano, si me entiendes. Pero más que otra cosa, soy tu mala conciencia, que es en realidad la buena. La otra, la que consideras buena, es en realidad la mala, porque de haber sido buena, no estarías ahí tirado con cara de geranio descolorido.

»Soy tan real como tú, por más que me hayas refundido en tus sótanos mentales. Y si te ha ido mal en este negocio, es porque rara vez me has prestado atención. Preferías escuchar al pendejo de tu ángel de alas blancas, ese que te dice que todo el mundo es bueno y que al bien se llega haciendo el bien. Por todo ello, además de otras gentes que te ayuden, vas a necesitar de mí, de mi auxilio y de mi guía, que es la guía y el auxilio de lo feo, lo desagradable, lo maloliente, lo peludo.

»Seguramente has oído decir que Dios escribe derecho con renglones torcidos. Es un aforismo confuso que solo se le pudo ocurrir a algún clérigo. Hecha esta salvedad, el dicho advierte que el camino hacia el bien no es precisamente el de la rectitud. Y es ahí donde entro yo, pues en última instancia, toma nota, yo soy el mal que conduce al bien. Y si quieres que te ayude, tendrás que poner a un lado todas esas tonterías que sobre el bien y el mal te inculcó ese tu querubín de alas puras.

»Porque, hablando claro y pronto, ¿qué es el bien? ¿O qué es el mal? No hay nada tangible atrás de ellos. Son dos inventos de los moralistas para manipular la conciencia de la gente. ¿Y qué es un moralista? Pues un señor que considera inmoral todo aquello que hace felices a los demás, pero no a él. Lo que es más, a menudo son tan nocivos que todo cuanto consiguen es que el mal se multiplique. Los prohibicionistas eran así. No les gustaba la cerveza ni el whisky y, moralizando aquí y allá, no se les ocurrió otra cosa que promover la Ley Seca, creyendo que hacían el bien. Pero todo lo que lograron fue abrir las puertas a la corrupción política, al crimen organizado, al contrabando, a la matanza de san Valentín que en paz descansa y a aumentar la venta de ametralladoras. Ah, y a elevar el consumo de whisky y de cerveza.

»La moralidad no reside en el sermón, pajarito. Los sermones solo sirven para que los aprovechados les saquen su lana a las ovejas. Así que guarda la moral para tu vida, tu familia, tus amigos o tu profesión. Fuera de esos ámbitos, y aun dentro de ellos, todo el mundo suele practicar una moral más

bien chiclosa. No sé qué piensas hacer con tu vida, si logras salir de esta jaula, pero, en el caso de que salieras, te aconsejo que lo hagas como una persona diferente. Más astuta, más jodida, más canalla. Ahora bien, si después de la chulada que te han hecho quieres seguir siendo menso, manso y limpio de corazón, es que no tienes compostura. Y solo yo, solo este tipo desagradable, peludo y maloliente, armado con un farol y una escoba, puede evitar que lo que te ha ocurrido se repita.

»El mundo de la política es impuro y traidor y está lleno de cabrones. Y únicamente quienes han penetrado en el corazón del mal, como yo lo he hecho, y conocen su iniquidad y sus asechanzas, pueden derrotarlo. La honestidad, la buena fe, la lealtad, la honradez o la verdad, son recursos inútiles para enfrentar la codicia, la deslealtad, la mentira, la violencia o la corrupción política. Es como atacar carros de combate con astillitas de ocote. Al mal hay que combatirlo con sus armas. Y sin ninguna piedad, hazme caso. Quienes poseen una conciencia delicada, no tienen nada que hacer en la vida pública. Pregúntale a la CIA, a la DEA, a los países “civilizados”, a la Inquisición, a Calvino, a la Casa Blanca. Durante la Segunda Guerra Mundial, los aliados destruyeron media Alemania y mataron a millones de civiles con el noble fin de derrotar a los nazis. Otro tanto hicieron en Hiroshima y Nagasaki, con la excusa de que era preferible matar a cien mil a que muriera un millón. Y ahí tienes a sus líderes, Churchill, Eisenhower, Truman: hoy son los héroes del bien.

»Esto dicho, mi querido saltamontes, si todavía crees que lo que te aconsejo hacer corrompe tu alma, mejor te compras un biombo, te vas a vivir detrás de él y te olvidas de ser presidente. Derrotar al mal tiene este precio. Eso si tu *corpore insepulto* despierta, cosa de la que no estoy muy seguro».

Cinco

Martes 28 de noviembre, 7:40 a.m.

La subcomisaría de Vista Hermosa es una modesta construcción de dos plantas y tejado de duralita situada a poca distancia del ruidoso y agitado bulvar que divide en dos la Zona 15 de la capital de Guatemala. Las paredes están pintadas de beis y su estacionamiento es de tierra. Desde este centro se atiende la precaria seguridad de los vecinos del área, en especial los que habitan la colonia del Maestro, un barrio de clase media asediado por la delincuencia juvenil. Buen número de viviendas se atrincheran tras toda clase de salvaguardas que les dan seguridad: alarmas, portones metálicos, cámaras, alambre espigado. El pequeño comercio de la colonia, en cambio, desde el salón de belleza Veronik hasta la tienda de pinturas Comex, pasando por sucursales bancarias, farmacias, restaurantes o peluquerías de caballeros, prefiere protegerse con rejas. Guardias armados de paisano y uniforme cuidan a quienes pueden pagar por ello. Y a aquellos que no pueden, solo les queda encomendarse a la Virgen del Rosario.

Harry Carpenter conoce bien la colonia por haber participado aquí en una redada hace algún tiempo. Nada ha cambiado desde entonces. Si acaso, las medidas de seguridad de los vecinos, que son ahora más contundentes.

El jefe de la Country Office de la DEA en Guatemala estaciona su Ford Explorer a pocos metros de una vendedora ambulante de viandas que asiste a las necesidades gastronómicas de los agentes. La instalación de la mujer es simple: un caballete de madera, dos tablones, un mantel, café hervido,

sándwiches de pan francés, tostadas de maíz, salsas de varios sabores. Incluso un plato de churros. Fríos, sobra decir. Quién sabe si el negocio es de ella o propiedad de alguna mafia local que la explota, pero eso es algo que no puede deducirse del hermético gesto de la mujer que se resguarda del sol bajo una sombrilla de colores.

Carpenter se apea del vehículo y entra en la subcomisaría. Dos mujeres uniformadas aguardan tras sendos escritorios. El espacio es reducido y escueto: un tablón de anuncios, un gavetero, dos teléfonos, un reloj de pared, una papelera de plástico, poco más. Algo parecido a un estadillo fijado a la pared registra con marcador los muertos y heridos por arma blanca y de fuego, los atracos, los robos nocturnos y los accidentes de tráfico ocurridos durante el mes de noviembre.

Todo el lugar revela las penurias y estrecheces en las que vive el sistema policiaco del país, así como la certidumbre de que la seguridad ciudadana no es la prioridad del actual gobierno. Y no es asunto que Carpenter deba externar abiertamente, pero ¿cómo pensar que una organización tan mal equipada y sostenida con gastos y salarios irrisorios pueda detener el crimen, el narcotráfico o el lavado de dinero?

Sonriente y cortés, una de las dos policías le pregunta:

—¿En qué puedo servirle, caballero?

—¿El inspector García Mena?

—¿De parte de quién?

—De un amigo de Nueva York.

—Lo está esperando arriba. Venga conmigo.

Carpenter sigue a la mujer hasta la planta alta en uno de cuyos cuartos, frente a una ventana de guillotina, hay un hombre observando el predio trasero del edificio donde, escaqueados por entre una docena de pinos y araucarias, yacen automóviles destartalados con los vidrios rotos, tres o cuatro buses en ruinas, un camión con las portezuelas oxidadas y otro precintado con tiras de color amarillo.

El inspector García Mena se vuelve al escuchar pasos, da su nombre y estrecha con una sonrisa la mano de Carpenter. Hace un ademán con el brazo y agrega en tono jovial:

—No es un sitio muy elegante, pero sí discreto, como usted nos pidió. Ya ve que ni el nombre le preguntaron a la entrada.

—Conozco este lugar, no se preocupe. En cuanto a la discreción, es importante. Conviene que una reunión entre agentes de la DEA e Interpol esté a resguardo de escuchas no deseadas o miradas indiscretas. Usted ya sabe por qué. Nadie puede fiarse de nadie estos días.

—Claro, claro. Siéntese, por favor. ¿Una taza de café? No es muy bueno, pero conforta a esta hora.

—No, gracias.

—Como guste. Y dígame, ¿cómo puede Interpol ayudar a la DEA?

—Esta es la situación, inspector. Ustedes tienen un presidente en coma, y nosotros, un agente desaparecido, tal vez muerto. Ambos casos están relacionados, me parece. Y no quisiera poner presión sobre nadie, pero, si mi agente no aparece pronto, esto se va a poner muy feo.

Sin perder su aire de inocencia, García Mena desorbita la mirada con zumba. No es normal que un agente de la DEA empiece una conversación en un tono así de imperioso. Lo común es que se comporte con respeto y deferencia. Pero a sus ojos, Carpenter da la impresión de que el oficio lo tiene chamuscado. Lleva barba de tres días y seguramente no ha dormido bien. Así que lo mejor quizás sea marcar el territorio y poner cada cosa en su lugar.

—Para entendernos, señor Carpenter. El coma del presidente Sanabria es un asunto interno. Y aunque la desaparición de Elizondo podría ocasionar presiones diplomáticas, eso no significa que una cosa tenga que influir en la otra.

—¿Ha olvidado el caso Camarena?

—No, señor.

—Era también hombre nuestro. Investigaba el cártel de Guadalajara y desapareció en Tamaulipas, en 1985. Lo secuestraron y lo ejecutaron. Su cuerpo apareció un mes después. La presión sobre el presidente Miguel de la Madrid fue terrible y creó una crisis diplomática de la madre. Algo que podría ocurrir aquí y ahora.

—Espero que se equivoque —los labios de García Mena se distienden con una sonrisa.

Pero Carpenter no está para seguir la gracia.

—No suelo hacerlo. Y le puedo asegurar que si a Elizondo le ha sucedido lo que a Camarena, el Departamento de Estado y la DEA no vamos a cesar hasta encontrar a sus secuestradores o sus asesinos. Malo para ustedes, malo para nosotros. Pero, al final, quienes más van a perder son ustedes.

—Caray, eso sí que es grave, Harry —vuelve a sonreír García Mena—. ¿Le puedo llamar Harry?

—Harry está bien.

—Dígame, Harry, ¿cree de veras que Elizondo haya muerto?

—No nos consta, pero es probable. Me gustaría saber, sin embargo, qué es lo que han averiguado ustedes.

—Lo que yo sé es que la Policía Nacional Civil pidió al servicio de seguridad de La Rosaleda una lista con los números de las placas de los vehículos que entraron esa mañana al club. Han investigado a todos los propietarios, y solo uno de esos vehículos, una camioneta *Suburban*, no pertenece a ningún miembro del club ni a ningún empleado del mismo. Ni tampoco a la seguridad del presidente Sanabria, ni a la del vicepresidente Expósito. Dentro de la camioneta iban dos tipos, uno de los cuales respondía al nombre de Quelvin Zetino. Entraron temprano, a las siete y cinco, y la seguridad del club tiene fotocopia del DPI, pero es posible que sea falso.

—No puede ser.

—Se sorprendería del número de guatemaltecos que llevan una doble vida. Muchos de ellos no tienen aún DPI. Algunos se cambian de nombre, así por las buenas, porque el que tienen no les gusta. Y los más alebrestados, usan documentos falsos. Solo el año pasado hubo treinta mil casos de usurpación de identidad.

Carpenter expele un gruñido.

—El agente que cuidaba la puerta del club, ¿pudo describir a los tipos?

—Sí, claro —dice con sorna García Mena—. Morenos los dos, entre 35 y 40 años, camisa blanca, saco negro, corbata negra. Igual que todos. O sea nada.

—¿Y la casa? ¿Encontraron algo allí?

—Se revisó de arriba abajo, me dicen, pero no encontraron nada tampoco. El club alquila ese chalé para eventos privados y ese día, al parecer, tenían que preparar la cena de un bufete de abogados. De modo que, cuando la policía llegó, tarde, porque les avisaron tarde, encontraron la casa como un espejo.

—Qué diligentes, ¿no?

—También se revisó el entorno del lugar, el jardín, el bosquecillo cercano al Hoyo 17. Nada. Ni rastro de Chris Elizondo. El agente de seguridad del portón recuerda a un tipo que viajaba en un Toyota a quien no dejó entrar. Se identificó como un empleado de Seguros El Roble. Es probable que fuera Elizondo. Lo digo por la hora.

—Localizamos su Toyota a cien metros de la cerca del campo de golf. El emisor de señales que usamos para seguirlo nos llevó hasta allí. Si no permitieron entrar a Chris, tal vez se dio la vuelta, se metió en la trocha que cruza el bosque vecino, hizo un boquete en la malla y entró al campo de golf.

—Y eso no estuvo bien.

Carpenter se muerde un labio.

—No, inspector, no estuvo bien. Pero ni a usted ni a nadie le consta que fue Chris quien abrió el boquete. Bien podría ser que lo haya hecho otra persona o que el boquete ya existiera.

—El asunto es que no tenemos ni una sola prueba de que un tipo o unos tipos sospechosos se reunieran en La Rosaleda con el presidente electo. De lo que sí estamos ciertos es de que Elizondo entró al campo en forma ilegal, ¿no es así?

Carpenter se hace el tonto.

—Respecto a esos dos guardaespaldas —dice—, ¿cómo es que entraron al club?

—Parece que son escoltas de un individuo tras el que andamos hace tiempo. No tienen antecedentes penales.

—¿Saben el nombre de ese individuo?

—Se llama Emilio Rodas, pero no estamos seguros. Puede ser su nombre de guerra. Ignoramos qué podía hacer allí ni cuándo abandonó el club. Lo que

sí sabemos es que sus dos guardaespaldas salieron de La Rosaleda a las nueve y cuarenta de la mañana y ya no regresaron. Tampoco hay constancia de que Rodas haya salido por tierra del club. Seguramente se fue en el mismo helicóptero en que evacuaron al presidente, pero no nos consta. En cualquier caso, la Policía Nacional Civil está tratando de localizar a los dos guardaespaldas. No es que nos sirva de mucho, pero es lo único que tenemos.

—También nosotros estamos investigando a ese Rodas —dice Carpenter—. De hecho, acompañaba al sospechoso que le digo la mañana del sábado. Yo mismo los vi salir del Hotel Intercontinental y luego elevarse en un helicóptero de Libélulas Inc., en el Aeropuerto La Aurora.

—La Rosaleda es un club de lujo donde existen dos helipuertos. Y esa mañana, según parece, hubo seis o siete vuelos de otras compañías que aterrizaron allí.

—¿Y no llevan en el club control de los aterrizajes?

—Eso es cosa de Aeronáutica Civil. Y según ellos, ningún helicóptero salió el sábado en la mañana para La Rosaleda.

—¿Pero yo vi al *motherfucker* subirse a uno! Lo vi elevarse en un Bell, acompañado de este Rodas y otro tipo que parecía un guardaespaldas.

—También eso lo ha indagado la Policía Nacional Civil. Resulta que el helicóptero donde iba el sospechoso se dirigía a Nazaret.

—¿Nazaret?

—El nombre previo de la finca, antes de construirse allí el campo de golf. Como el club se inauguró hace pocos meses, en las cartas geográficas y de vuelo figura todavía con su antiguo nombre. Por eso es que ningún helicóptero voló a La Rosaleda ese día. Todos lo hicieron a Nazaret. Pero hay algo más que lo enreda todo. ¿Sabe quién es el dueño de Libélulas Inc.? Se lo digo: Emilio Rodas. Eso podría explicarlo todo, ¿no cree?

Carpenter se levanta exasperado de la silla. Elizondo ha desaparecido y el irónico retintín del inspector le está empezando a calentar los cascos. Si alguien se entera de que en realidad fue él quien envió a Elizondo a fotografiar al *motherfucker* al lado del presidente Sanabria, el escándalo sería mayúsculo. Y este inspector parece que se lo sospecha.

—Creo que nos hemos desviado un poco —le dice a García Mena—. Sus jefes y los míos quieren que usted y yo organicemos una operación para resolver este caso y que la echemos a andar en dos días. Y yo todavía no veo cómo usted y yo podemos hacer eso.

—Y yo, francamente, tampoco. Mi trabajo no es buscar sospechosos. Para eso tenemos en Interpol la unidad de Investigaciones Internacionales de Personas. Yo pertenezco a la unidad de Cibercrimen y Delitos Informáticos. Y estoy aquí con usted porque no había otro inspector disponible en la unidad de investigación de personas.

— *Good heaven* —susurra Carpenter mirando al techo.

—Y a propósito, ¿sabía usted que el presidente electo fue a La Rosaleda para tener allí una reunión con parte de su futuro gabinete?

—No, no lo sabía.

—¿No lo sabía? ¿Y cómo sabía entonces que el fulano ese, el *motherfucker*, como usted le dice, iba a La Rosaleda?

—Por intuición —miente Carpenter—. Era sábado, el tipo llevaba gafas de sol, ropa veraniega, una gorra de golf. Luego de elevarse, el helicóptero giró hacia el este, en dirección a la carretera de El Salvador, y concluí que podía ir a La Rosaleda.

—También podía haber ido al club San Isidro. Está más cerca y el campo es más bonito.

Carpenter da la callada por respuesta, pero no la prolonga mucho tiempo.

—Tengo la impresión, inspector, de que nuestras prioridades son distintas y que buscamos a personas diferentes.

—Yo también, Harry. Usted anda tras un tipo que lava dinero. Y yo, tras un ciberdelincuente.

—¿Cómo así?

—Tenemos la sospecha de que el tal Rodas se dedica a lavar dinero en la red, pero no hemos logrado conseguir ninguna prueba. Y yo tengo que andar con pies de plomo y la pena de que, si me precipito, puedan destruir en segundos la evidencia.

—¿Y si ese Rodas es socio del *motherfucker*?

—Es posible, pero no hay nada seguro. He logrado localizar cerca de aquí,

en Vista Hermosa, lo que creo es su centro de operaciones. Hablé con una joven que trabaja allí, pero no pude sacarle mucho.

Un canto de sirenas sumergidas entonan con voz gangosa “El corrido del caballo blanco”. Carpenter enciende el celular y lee en la pantalla el nombre de Chris Elizondo.

—Disculpe —le dice, muy excitado, a García Mena—. Debo tomar esta llamada... ¿Alo? ¿Aló, Chris, dónde estás? ¿Te encuentras bien?

Un largo silencio se posa en el pequeño cuarto de la subcomisaría. García Mena observa la expresión del director de la DEA, atónita primero, airada después, y sospecha que algo grave está sucediendo, algo de lo que no tiene indicios, pues, cada vez que Carpenter quiere decir algo, parece escuchar en el teléfono un mandato que le ordena que se calle.

—¡Un momento, un momento! —consigue decir el agente—. ¿Quién es usted? ¿Quién le ha dado mi número de teléfono? ¡Aló! ¡Aló! ¿Dónde está Chris Elizondo? ¡Aló! *Son of a bitch*.

Carpenter baja de golpe la mano que sostiene el celular y se queda mirando con estupor a García Mena.

—¿Qué sucede? ¿Algo grave? —pregunta este.

—Alguien me ha hablado desde el celular de Chris Elizondo.

—No me diga.

—La última señal que tuvimos de ese teléfono nos llegó el sábado desde La Rosaleda. Pero alguien debió de tomarlo ese mismo día y le quitó la tarjeta sim. Por eso no pudimos rastrearlo. Estaba inactivo. Hasta ahora. El tipo ha colocado la tarjeta de nuevo, ha activado el teléfono para hablarme y lo ha vuelto a desactivar.

—¿Y qué quería, si se puede saber?

—Me dijo que tenía las fotos.

—¿Las fotos? ¿Qué fotos?

—Las del *motherfucker*.

Carpenter se siente cercado y ha decidido confesar una parte de lo inconfesable.

—Le voy a hablar con franqueza. Envié a Elizondo a La Rosaleda para fotografiar al tipo ese. Y él mismo Chris me confirmó que lo había

conseguido: “¡Las tengo, Harry, las tengo!”, me dijo por el celular.

—¿Solo las fotos del sospechoso? ¿Solo le tomó fotos a él?

—Solo a él.

—¿No le tomó también a las otras personas que estaban allí?

—Cómo quiere que lo sepa —se evade Carpenter—. No lo sé, no he visto las fotos.

García Mena cabecea perplejo.

—Solo quiero que piense esto —endurece la voz y el gesto, Carpenter—. Si esas fotos llegaran a publicarse, pondrían al país más patas arriba de lo que está. Imagínese, el nuevo presidente al lado de un delincuente internacional.

—¿Y quién cree que puede tenerlas ahora?

—El tipo que me acaba de hablar, ¿quién otro?

—¿Escuchó algún ruido específico mientras hablaba con él, algo que pudiera darnos una pista?

—No. Creo que cubría el celular con un pañuelo. La voz sonaba opaca y lejana.

—Ahora piense en esta posibilidad. Si su agente consiguió hacer las fotos, fue porque se acercó lo bastante a la casa donde se celebraba la reunión para obtenerlas. Quizá más de lo prudente.

—¿Qué quiere decir?

—La casa estaba vigilada por guardaespaldas del presidente y del vice, ¿no?

—No lo sé. Supongo que sí.

—Si a Elizondo lo hubiese detenido alguno de esos escoltas, dudo mucho que lo hubiese matado o hecho desaparecer. Lo habrían detenido, ¿no cree? Elizondo se habría identificado como agente de la DEA y el problema habría sido otro. En Guatemala hay guardaespaldas y guardaespaldas, Harry. Y una persona como el presidente Sanabria no contrataría a gentuza para su servicio de seguridad personal. Sospecho que debieron de ser los hombres del *motherfucker* o de Rodas quienes se despacharon... disculpe... quienes secuestraron y probablemente asesinaron a Elizondo. Y en mi modesta opinión, quien le acaba de llamar es uno de ellos. Descubrieron a Elizondo, le quitaron el celular, la cámara y las fotos y lo hicieron desaparecer. ¿Le pidió

el extorsionista plata?

—Dijo que volvería a llamar y que, si quería la memoria de la cámara, debía tener listos 300 mil dólares.

García Mena suelta un silbido por lo bajo.

—Cosa que usted no va a hacer.

—No negociamos con delincuentes, chantajistas ni asesinos.

—Y no le pidió rescate por Elizondo.

—No.

—Puede imaginar lo que eso supone.

Carpenter asiente con un resignado silencio.

—Hay algo que, sin embargo, no me explico —dice García Mena.

—¿Qué cosa?

—¿Por qué piden esa burrada de dinero por unas fotos y por qué creen que son importantes para ustedes?

—No lo sé —vuelve a mentir Carpenter—. Nosotros solo queríamos identificar al sospechoso, ponerle un rostro y unas facciones. Si Elizondo fotografió otra cosa, lo ignoro. Pero da la impresión de que debió de descubrir algo importante y que por eso me piden esa suma.

Seis

Martes 28 de noviembre, 8:35 a.m.

«Como veo que los fármacos te han caído bien y que tu capacidad para entender mejora, seré claro contigo en lo que más te interesa saber. El pueblo de Guatemala es políticamente vulnerable, manipulable e ingenuo. Ha sido sucesivamente cordero pascual, carne de cañón, penitente de pago y ahora esclavo del diezmo. Y desde la transición democrática lleva expuesto a la rapacidad de bandas de asaltantes llamadas partidos políticos. Más de ochenta en treinta años. El único fin de estas bandas es enriquecerse en el menor tiempo posible. Llegan, roban y se esfuman. Y cuando al cabo se van, aparecen otras. Son camarillas de pícaros que con grandes palabras, ardientes discursos, cancioncitas, banderitas, sándwiches y toda la parafernalia del marketing, intentan legitimar sus despreciables propósitos.

»Los partidos de la coalición PyB, hasta las siglas ofenden, eran eso, cuatro bandas de depredadores que estaban a punto de extinguirse sin haber logrado su fin. Y tú fuiste el celofán con el que Expósito envolvió su imagen de político matrero. Tú le dabas el prestigio que él nunca tuvo, la juventud, la frescura. Y fue educado y cordial mientras te usaba. Estaba obligado a hacerlo. Pero el triunfo electoral lo vino a trastocar todo. No podía sufrir la idea de que los siguientes cuatro años tú estuvieses por encima de él, cuando había sido el Pigmalión que te había moldeado y dado vida. Era él, y no tú, quien merecía todo honor y toda gloria. Y empezó a buscar la manera de deshacerse de ti. Pero fuiste incapaz de ver en su rostro ni en su alma escrita

la frase del siniestro Yago, “yo no soy el que soy”, cuando dispuso traicionar a Otelo. Tengo lengua viperina, lo sé, pero si no te lo digo así seguirás pensando, me temo, que el lobo es la abuelita.

»Lo que no me cabe en la cabeza es cómo pudiste aliarte con un tipo como él. Corruptos fueron Cicerón, orador; Séneca, filósofo; Fouché, terrorista y revolucionario jacobino; Daniel Defoe, escritor; Bettino Craxi, socialista, y Richard Nixon, capitalista. Corruptos han sido los sátrapas orientales, los déspotas africanos, los dictadores de América Latina, miles de cardenales y obispos y medio centenar de papas. Y corruptas han sido la Enron, la Chrysler, la Philip Morris y otras especies parecidas. No hay un solo momento del día en que no se esté cometiendo en el mundo un acto de corrupción. La podredumbre es omnívora. Se parece a las muñecas rusas. Dentro de una hay otra. Abres esa y sale otra. Y así hasta ver a Dios. Y lo que me intriga es qué te hizo pensar que Expósito y su tropa iban a ser diferentes. Porque tú te creíste eso, ¿no? Claro que te lo creíste. Nunca sospechaste que lo que pretendía, y aún pretende Expósito, era reemplazar un modelo de corrupción vulgar por otro más acorde con el siglo, un modelo tecnológico refinado y prácticamente indetectable. Tu vice no quería hacer negocios con dinero sucio, sino con “dinero limpio”, *if you know what I mean*. Por eso, durante la campaña, juraba con vehemencia que combatiría la corrupción y el narco. Mientras repudiaba a los traficantes, daba la bienvenida a los blanqueadores. Listo el señor. Y no solo hizo eso, sino que ahora será presidente sin haber ganado la presidencia.

»Ah, los caminos de la corrupción son inescrutables y los corruptos dan muestras de poseer suficiente imaginación como para abrir otros nuevos. Es algo que probablemente ya sabes. Se corrompen el amor, el buen gusto, la amistad, el juez o el policía de tráfico, pero todo empieza en el mismo lugar: la corrupción del espíritu. Y el espíritu cede y se corrompe cuando la conciencia se cansa de luchar. La política engendra tanta codicia que hemos llegado a creer que la corrupción es solo cuestión de dinero. Pues no, mi querido Piolín, no lo es. Uno puede corromper el alma a causa de otras pasiones, como la envidia, la venganza, el odio. Todos, a decir verdad, nos corrompemos en mayor o menor grado cuando pervertimos nuestros buenos

sentimientos.

»Pero los políticos lo tienen más fácil. Esto fue lo que no quisiste escuchar cuando debías y vienes ahora a descubrir cuando ya es tarde. ¿Quieres gobernar, quieres dirigir, quieres ser un líder? Olvídate de los libros de filosofía política, que es lo que enseñan las universidades del país, o sea, la política como debería ser en vez de como es en realidad. De manera que si quieres practicar con éxito este oficio, debes alejarte de Montesquieu y acercarte más a Maquiavelo. Aprenderás un montón sobre la *realpolitik*, como dicen, y que no es otra cosa que lo que yo trato de explicarte.

»¿Que qué va a decir el pueblo? El pueblo no sabe lo que quiere, mi amor. Solo sabe lo que no quiere. Y lo que no quiere son dirigentes sin personalidad, sin talento político y sin huevos. El poder no se engendró de la pureza, chapulín, sino de la necesidad de poner orden en el caos. Se gestó en la selva, en la bestialidad de las manadas, en la asfixia del enjambre, en la barbarie de la horda, en la tiranía del patriarca. Surgió como una necesidad en medio de una naturaleza ciega y brutal donde se imponía el más fuerte, el más veloz o el más hambriento, enzarzados en una desalmada lucha por la supervivencia. De ese entorno ejemplar emergerían los sátrapas, los corregidores, los tiranos. Y aunque la civilización lo ha ido refinando, el poder sigue siendo fiel a sus raíces. Continúa siendo bestial, despiadado y corrupto. Es capaz de poner en marcha todo lo peor que la especie lleva dentro. Y yo te pregunto, ¿adónde ibas tú, pajarito, creyendo que el poder ha de ser una fuerza orientada hacia el bien?

»Prevalecer y sobrevivir, esa es la regla número uno del poder. La vida pública es la selva, y en la selva no hay contemplaciones. No hay piedad, ni moral, ni justicia. Hay que sobrevivir a cualquier precio, a costa de lo que sea: el engaño, la trampa, el delito, el crimen. Nada nuevo, como digo. Es la suprema ley del planeta. Los herbívoros se comen a las plantas, los carnívoros a los herbívoros, y los omnívoros a los herbívoros y a los carnívoros. Los plantígrados se hartan de salmones; las águilas, de palomas; los tiburones, de sardinas; los pájaros, de insectos; las serpientes, de ratones. Y así hasta el infinito. En la tierra, en el mar y en el aire, se impone la misma ley: para sobrevivir es preciso matar. Y todos matan. Este es un planeta asesino. Y a la

hora de aliviar los asedios del frío, la sed, el hambre o la muerte, nadie considera si hace bien o si hace mal. Solo piensa en la supervivencia. Es tu hambre contra la mía, tu frío contra mi frío, tu sed contra mi sed, mi vida contra tu vida. Y nadie considera que obra mal cuando afronta esos terribles dilemas.

»En política, matar tiene una acepción diferente, pero la ley es la misma. Y si la guerra es la política por otros medios, la política es la guerra por todos los medios posibles. Así de simple. Y si no, pregúntale a Tulio Expósito. Al poder y al poderoso se le suponen ciertas cualidades, pero sobre todo una terrible: la crueldad. Y si careces de ella para usarla cuando sea necesario, mejor te dedicas a remendar calcetines.

»El poder es incorregible, hermano gorrión. Es el gran simulador, el gran traidor, el gran embustero, algo de lo que no tenías idea cuando te arrojaste en sus brazos. Ni siquiera sabías por qué Skinner-Klée llamó flautista al joven Expósito. Solo los buenos políticos saben estas cosas. Pero era más que obvio lo que quería decir. Lo llamó flautista porque, a semejanza de aquel otro del cuento, el que se llevó con su música a los ratones de Hamelín, Expósito convocaba con su flauta a las ratas. Y así fue que logró armar su muy especial *rat pack*, la alianza Patria y Bienestar.

»Hay certezas que tardan años en llegar. Otras se descubren en pocos días, como te ha ocurrido a ti. Por eso te insisto en que quienes creen que la pérdida de valores es la causa de nuestros males, no saben lo que dicen. Porque lo peor de la corrupción no es que se pierda el alma con ella. Lo peor es el daño que hace a terceros. A los simples, a los débiles, a los incautos, que son mayoría, a la gente de buena fe y buena voluntad y a los destinatarios de la esperanza. Nadie tiene piedad con ellos. No al menos esas bandas de tahúres que se apoyan en los simples para llegar al poder: los utilizan, los engañan, los estafan y los despojan. Igual que hicieron contigo. Y es el robo lo que hay que condenar, no la pérdida de valores. La infracción moral no tiene castigo, corazón. Pero esa es nuestra cultura, nuestra herencia. Una cultura nefasta que venimos acarreado desde hace siglos y que se ha trasladado a la vida comunal a tal extremo que el 95 por ciento de los delitos quedan en nuestro país impunes.

»¿Entiendes ahora por qué las grandes palabras, el rollo de los valores, la moralina y todo ese “buenismo” sensiblero del que te has contagiado no puede resolver nada? Son los fiscales y los jueces quienes tienen que hacer el trabajo. A ver si te enteras, Contreras: Guatemala no tiene un problema moral, tiene un problema judicial. Y este sí es un grave asunto, pues lo único que puede mantener a raya el mal no es el bien, pitufín, sino la justicia. Y lo que hace falta para eso es un puñado de hombres y mujeres decididos, valerosos e insobornables dispuestos a enfrentarse al monstruo y encerrarlo, como hicieron en su día los jueces de “Manos Limpias” en Italia. Porque, en el fondo, derrotar al mal no es una cuestión de rectitud o de razón. Es cuestión de querer hacerlo. Todo lo demás son historias».

Siete

Casa Presidencial, martes 28 de noviembre, 9:10 a.m.

—Le doy las gracias por venir, Tulio. Sé que está muy ocupado estos días, pero necesitaba hablar con usted de un asunto que se ha puesto al rojo vivo y en el cual es imperativo que coincidamos.

Doroteo Villaseñor, presidente de la República, habla con voz tranquila y ritmo pausado en uno de los salones de la Casa Presidencial. La puerta de acceso está abierta a un patio ajardinado con césped y palmas en cuyo centro baila el agua de una fuente. Matizado por unos visillos blancos, el sol entra al salón a través de una elevada ventana que da a la Sexta Avenida. Sobre la alfombra que adorna el parqué, hay una mesa de cristal donde se alza un florero con media docena de rosas, en tanto un escolta, vestido de negro y con un audífono en el oído, vigila la puerta que se abre al corredor del patio.

—Rara vez usted y yo hemos estado de acuerdo —prosigue Villaseñor—. Hemos negociado con dureza, nos hemos peleado, zancadilleado, ofendido. La realidad que veía usted ha sido por lo común distinta a la que veía yo. Pero hay algo que nos une. Y es que llevamos en la sangre las esencias del país. Somos, en verdad, este país. Lo amamos, lo conocemos y sobre todo sabemos lo que se puede o no se puede cambiar. Nos pueden doblar, zarandear, humillar, pero no nos pueden romper. Y eso ha hecho que nos sigamos respetando, no obstante ser tan distintos.

Tulio Expósito escucha desde un sillón estilo Luis XV y observa impávido a Villaseñor, como si lo viera por primera vez. Si el poder cambia a las

personas, la mudanza del presidente resulta más que notorio. Se ve mejor vestido y parece más cosmopolita. Elige mejor las corbatas, sus ademanes se han refinado y se corta mejor el pelo. En su semblante, sin embargo, se ensañan las señas del desgaste sufrido durante cuatro años en la presidencia: párpados de color gris, cabellos encanecidos y pronunciadas arrugas en la frente. También tiene unas libras de más. Sus mejillas se ven embotadas y sus ojos, antes vivos y turgentes, han retrocedido en sus cuencas.

—Así que déjeme decirle antes que nada —prosigue Villaseñor— que me alegra saber que será usted, y no Sanabria, quien me reemplace en este difícil empleo. Me habría sentido incómodo entregándoselo a una persona sin experiencia ni pericia que se coló por accidente en el cargo. No tengo nada personal contra él, pero me temo que su presidencia habría sido catastrófica. El azar de unas fiebres vino a poner las cosas en su lugar y no dudo, nadie duda, que será usted quien me releve en enero. Por eso le felicito.

—Gracias, señor presidente.

—Por cierto, ¿cómo ha seguido?

—¿Quién?

—Sanabria.

—Continúa aún en coma, de modo que habrá que esperar el diagnóstico de los doctores.

—Pero eso tiene arreglo, me parece.

—No sea cínico, Teo.

—Es algo que viene con el oficio —ríe Villaseñor.

Ambos se conocen lo bastante como para hablarse con claridad y, al mismo tiempo, leerse entre líneas, como les ocurre ahora. Pero la dimensión política de Villaseñor se ha deteriorado en relación con la de Expósito. Nunca un gobernante está más débil ni más solo que cuando tiene los días contados para entregar el poder. Y a nadie le importa ahora lo que pueda sucederle. Se le escucha y respeta, como es natural, pero no se le obedece. No al menos en lo importante. Y Villaseñor lo sabe.

Así y todo, la presidencia no ha logrado aniquilarlo. El poder destruye, sin duda, pero también aviva y transforma a un hombre, y entrega, a modo de ribete, un amargo y descorazonador conocimiento de la naturaleza humana.

Villaseñor ha aprendido muchas cosas que, lo mismo que otros en su cargo, no sabía cuando se ciñó la banda presidencial. Y ese saber impagable ha cicatrizado en una costra de escepticismo que se refleja en el tono apagado y cansino con que se dirige a Expósito.

—El país está cambiando, Tulio. El mundo que vivimos ayer nada tiene que ver con el de hoy. No hay respeto por la figura presidencial. Nos imputan delitos, nos antejuician, nos enjuician, nos sentencian, nos encarcelan así no más —dice chasqueando los dedos—. El pueblo no es agradecido. En dos días se le olvida todo lo que has hecho por él. Y el modo de gobernarlo es distinto. Los presidentes de antes perseguían, encarcelaban, torturaban, fusilaban o expatriaban a sus opositores. Hoy los opositores atosigan, zarandean, agravian, extenúan y meten en la cárcel a los presidentes. Mire usted en lo que hemos venido a caer.

Melancólico y sentimental, eso encima. Si don Juan Tenorio presencié su funeral, Villaseñor parece asistir ahora al suyo, solo que abrumado por los responsos, como este entona ahora.

—Señor presidente, le supongo informado de los problemas que han aflorado en el proceso de la transmisión de mando. El cuadro es calamitoso. Mi gente está asustada.

—Ha sido algo que hubiese querido evitarles, Tulio. Pero la crisis internacional provocada por China nos ha golpeado en las ingles y el temporal de hace dos meses nos ha dejado en los huesos.

Con los ojos cerrados, Villaseñor inclina la cabeza, la mueve lentamente a un lado y otro y, como si tratara de recordar algo, exhala un suspiro y murmura:

—Ah, qué paisito este.

La Casa Presidencial tiene una atmósfera anticuada y depresiva que Expósito detesta y los lamentos de Villaseñor subrayan. Fue construida en los años treinta del pasado siglo, pero da la impresión de que ni el decorado ni los muebles han cambiado desde entonces.

—Por este salón, testigo de mil secretos —prosigue Villaseñor—, han pasado los últimos nueve presidentes democráticos de Guatemala. Tres dieron con sus huesos en la cárcel y a otro le costó la vida el acoso que sufrió durante

meses, antes de sufrir un infarto. Y no por voluntad del país o de sus jueces, sino por poderes ajenos que meten la mano donde no deben. Y yo no quiero terminar mis días como terminaron ellos, perseguido, humillado, extraditado, exiliado, encarcelado. No es justo que uno concluya así su vida política después de servir a la patria como yo la he servido.

Los ojos de Villaseñor brillan como estrellas y sus manos se han cerrado en sendos puños que une y separa con rabia.

—Me pregunto qué es lo que pretenden.

—¿Quiénes? —inquire Expósito.

—Todos. Los “países amigos”, las Naciones Unidas, la embajada, la izquierda, la derecha. Me acusan de corrupción, lavado de dinero, asociación ilícita. Todo habladurías. ¡Que me muestren una prueba, una sola!

Hay un largo silencio entre ambos hombres que Expósito rompe entreabriendo los brazos.

—Qué quiere que le diga, Teo. Estoy muy de acuerdo con usted, pero esas son algunas de las cargas que trae consigo el cargo.

—Ya lo sé, pero si le digo todo esto ahora es para que luego no diga que no le advertí. Cuatro años aquí son muchos años. Y cuando sales, lo haces con miedo. Yo solo quiero terminar mi vida en paz, pero temo que no vayan a permitírmelo.

—Seguro que halará una solución, señor presidente.

—No sea cínico.

Ambos se echan a reír.

—De acuerdo, Tulio —Villaseñor se pone muy serio—. Usted va a recibir un gobierno exhausto, pero tenemos un problema aún más grave. En los últimos cuatro años se ha acentuado el conflicto entre justicia y soberanía. Dos grupos irreconciliables lo alientan y yo no he podido encontrar el fiel de la balanza entre ellos. De un lado, están aquellos a quienes se les ha puesto entre ceja y ceja la idea de perseguir la corrupción y apoyar la intervención extranjera en nuestro sistema de justicia. Siguen el viejo axioma de “hágase justicia, aunque perezca el mundo”. Y si para lograrlo es necesario ceder una parte de nuestra soberanía, que así sea. Del otro, estamos los que rechazamos esa forma de combatir la corrupción, apelamos a la soberanía nacional y

argüimos que los únicos fiscales que debe tener el país han de ser guatemaltecos. He luchado por este principio con todas mis fuerzas, pero temo que nuestra soberanía, o lo que entendemos por ella, poco puede hacer ante el empuje de Roma. Lo he sufrido en mi propio pellejo. El procónsul de la Veinte Calle me ha tenido los últimos meses en la columna de los azotes. Y ahora quiere crucificarme.

—Con los gringos no tiene uno problemas si te amoldas a su política exterior. Y a menudo esa política es muy simple. En nuestro caso, se trata solo de dos asuntos: el narco y la migración.

—Y ahora la corrupción. Y eso es intervencionismo puro y duro, mi querido Tulio. Y si no les dices hasta aquí, te destrozan. No tienes más que ver mi caso.

—Lo entiendo, Teo. Pero estamos amarrados por una serie de pactos y acuerdos internacionales, y si uno no los cumple, está frito.

—La soberanía es la soberanía.

—La soberanía tiene sus limitaciones.

—Pero no para los gringos.

—No para ellos, de acuerdo. Pero nosotros no podemos quedarnos con esa visión tan estrecha. La selva de las naciones, como la selva salvaje, se rige por una jerarquía. Y lo inteligente es acomodarse a ella. La jungla natural tiene sus *big five*, igual que la jungla de las naciones. Si eres una especie pequeña, aceptas eso o estás jodido. Y si eres inteligente, siempre podrás encontrar una manera de evitarlos o evadirlos.

—Y usted conoce seguramente más de una.

—Pues la verdad es que sí, solo que más cautelosa que la suya. Lo que no se puede hacer es ir frontalmente contra ellos, pues uno se expone al aislamiento internacional. Y en este asunto, lo mismo que en la vida, vale más maña que fuerza.

—Ya me lo dirá usted cuando se siente donde yo estoy sentado ahora. Turnbull es un hijo de su madre que le hará la vida a palitos. Ahí va a ver. Hará con usted lo que conmigo, si no obedece sus consignas, sea de manera directa o a través de sus socios y amigos.

—No se preocupe demasiado, Teo. El tipo ya está a punto de marcharse.

—Da igual. Esta gente es nuestra condena, Tulio. La misma que le espera a usted, si no nos protegemos y nos cuidamos de cada procónsul que Roma envía a esta pobre y pequeña provincia del Imperio. Esa gente practica el dicho según el cual lo justo no es otra cosa que el interés del más fuerte. Y eso es lo que ha venido ocurriendo con la excusa de combatir el narco, la corrupción y el lavado de dinero.

Expósito no hace ningún comentario. Solo se observa las manos en actitud de no entender el fatigante trajín que se trae el presidente.

—¿Qué es lo que quiere de mí, Teo, por qué me ha llamado?

Villaseñor cambia el tono a otro más abierto y expresivo.

—Los presidentes somos la última línea de defensa de la dignidad y la soberanía de la nación —dice—. Esta es una realidad que quería subrayarle como sucesor que va a ser de mi cargo. Pero ya se ha vuelto rutina juzgar, condenar y encerrar a todo presidente que concluye su periodo. Y esto no se puede consentir. Usted es gato viejo, Tulio, y sabe capear temporales. Pero esto es lo que le espera si no nos protegemos mutuamente y dejamos de hacernos daño los unos a los otros. Me comprende, ¿verdad?

—Para serle sincero, no del todo.

—Mi gobierno ha tenido problemas económicos, usted lo sabe. Todos lo saben. La prensa ha puesto al pueblo contra mí y, de otra parte, el hombre de la Veinte Calle y nuestros “países amigos” me la tienen jurada. Dicen que he malversado los caudales públicos, que he lavado dinero y que me he enriquecido en el poder. Yo, que, se lo juro por mi madre que está muerta, no he robado un solo centavo, ni uno solo, al pueblo de Guatemala. Pero más allá de todo eso, ¿quién es ese señor para venir a decirme, a decirnos, cómo manejar el presupuesto del Estado?

Expósito hace un gesto de impaciencia.

—¿Qué es lo que pretende de mí, presidente?

—No pretendo nada, Tulio. Solo decirle que, lo mismo que me está pasando a mí, podría pasarle a usted.

Expósito asiente.

—Y creo que ha llegado el momento de que, por una vez, nos entendamos.

—¿Usted cree? Su lema hasta la fecha ha sido si algo funciona, no lo

toques, y si algo funciona mal, que lo arregle el que venga. ¿Es eso lo que quiere de mí?

Villaseñor tuerce el gesto.

—Necesitamos hacer un pacto de no agresión entre usted y yo y unirnos en la lucha del país contra el Imperio, protegernos de él, recuperar nuestra dignidad y nuestra soberanía.

—A diferencia de usted, yo no tengo nada que temer ni que ocultar. No soy aún presidente.

—Lo tendrá el día que salga del gobierno. Aquí nadie puede estar seguro. Nadie. Todos somos sujetos de investigación internacional, deportación, cárcel. Y lo que le pido es que, cuando llegue la hora, se resista a la tentación.

—¿Qué tentación, señor presidente?

—La de desnudarme, Tulio, la de permitir que me exhiban en cueros ante el país y el mundo. De un gobierno que concluye debe decirse lo mismo que de un bikini: las partes más indiscretas deben quedar ocultas. Y esto es lo que debemos hacer ante quienes se han empeñado en tutelar nuestra soberanía.

Expósito mira al presidente sin el menor signo de afecto. Se acaricia la barbilla y pregunta:

—¿Y quiere que yo esconda esas “partes indiscretas”?

—Veo que no se percata del problema que tenemos encima.

—No, señor presidente, nosotros no tenemos un problema. Es usted el que lo tiene.

—Lo que le pido es que le plante cara a ese hijo de su madre de Turnbull, antes de que nos mande a los dos al infierno. Quiero garantías de que no me van a abrir un proceso de investigación

—Me pide usted que sea su cómplice. Y eso no me parece. Lo que tenga que suceder, sucederá, y yo no podré hacer mucho por usted, si tuerce la justicia en el asunto.

—Claro que puede. Hay modos de influir en las cortes del país.

—No podría pactar con usted algo que no estoy en capacidad de cumplir. Hemos adquirido un compromiso con el pueblo y no vamos a romperlo ahora.

—Le escucho hablar y me parece que estoy oyendo las babosaditas que decía Sanabria en la campaña. Pensé que usted era diferente.

Villaseñor enciende el único cigarrillo que fumará esta mañana, se arrellana en el sofá, cruza las piernas y adopta una postura, se diría que altiva, desde la que observa con insolencia a Expósito.

—Veo que no quiere colaborar ni hacer lo que le pido. Yo en cambio sí voy a ser leal con usted.

—Muy generoso de su parte, señor presidente.

—Ya sabe, estamos para servirle —responde Villaseñor, sin alterar la pose—. Sin embargo, quisiera informarle sobre un asunto que con toda seguridad se va a convertir en un grave problema para su gobierno. Un problema, en realidad, que he ordenado a Gobernación mantener en el más estricto secreto hasta que decida ver qué hago con él.

Expósito achina los ojos en un gesto de impaciencia.

—¿A qué se refiere?

—Turnbull vino a verme ayer tarde. Y ya sabe lo que ocurre con él cuando se pone pesado. Es peor que Shylock, el mercader: no cede hasta que consigue su libra de carne fresca. Resulta que un agente de la DEA lleva tres días desaparecido y temen que haya sido asesinado.

—¿Asesinado? ¿Por quién?

—Qué sé yo. La Interpol y la DEA tienen sospechas, pero no pruebas.

—¿Y cuál es la relación de mi coalición con este asunto? Ese es un problema de usted, no mío.

—No se equivoque, Tulio. Si bien lo mira, el problema es de usted. Se verá sometido a un chantaje y a un acoso insoportables.

—¿Y usted no?

—En lo que a mí se refiere, pienso hacerme el que no sabe y jurar que haré todo lo que esté en mi mano para averiguarlo. Es la mejor manera que he encontrado de lidiar con Turnbull, el único recurso que me va quedando a estas alturas de mi mandato: decidir no decidir. Y a eso jugaré durante el mes y medio que me queda hasta que le entregue la pacaya a usted. ¿Qué le parece?

—No cargaré con ese problema, Teo. Yo también tengo modos de evadirlo.

—Usted no tiene ninguno porque este es un asunto de Estado, no de un presidente o una coalición de partidos.

—No acabo de comprenderle. ¿Por qué quiere usted implicarme en este

lío?

—Yo no quiero implicarle en un lío. Es usted el que está ya en uno. Porque Turnbull me dijo algo más. Me dijo que el agente en cuestión, cuyo nombre es o era Christian Elizondo, desapareció en el club La Rosaleda este sábado mientras usted, Sanabria y los líderes de su coalición desayunaban con Emilio Rodas, ese hombre de negocios de quien no se puede decir que sea un ciudadano más allá de toda sospecha. Eso aparte de otro misterioso sujeto que ni Interpol ni la DEA han logrado identificar, pero que, me aseguran, ha venido a proponer un turbio negocio al nuevo gobierno. ¿Es eso verdad?

—Eso es una fantasía, Teo.

—Se lo cuento como me lo ha contado el ministro de Gobernación.

—¿Iba solo?

—¿Quién?

—El agente de la DEA.

—Por lo visto.

—Y qué hacía en La Rosaleda. ¿Espíarnos?

—No lo sé.

—¿Y desapareció así como así?

—Eso parece.

—Todo esto no puede ser más que una farsa para perjudicarme a mí y a mi coalición.

—Lo sería si Turnbull no hubiese venido a presionarme y a pedirme explicaciones. Dígame la verdad, Tulio. ¿Tiene usted algo que ver con Rodas y ese otro sujeto?

—Nada anormal. Nada que no pueda explicar. Nos reunimos con ellos para un proyecto de vivienda popular que quieren hacer en Villanueva. Eso es todo. Lo único que querían era que les facilitáramos los trámites.

—A mí me han dicho otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Que no era un negocio limpio.

—¿Y qué es lo que pretende con eso? ¿Chantajearme, amenazarme, destruirme?

—Ay, Tulio, Tulio, no se haga el santito. Aquí todo el mundo chantajea a

todo el mundo. En mi caso, sin embargo, solo pretendo mostrarle los alcances del problema.

—Usted piensa que yo tengo un negocio sucio con Rodas y el sospechoso. Y eso me ofende.

—Este es un pueblo chiquito. Aquí nos conocemos todos y lo sabemos todo de todos. Usted está en una situación comprometida y yo no quiero que se me moleste cuando deje la presidencia ni ser imputado por acusaciones o señalamientos que usted pueda detener. Debe impedir que eso suceda a toda costa, so pena de que se sepa el negocio que trataban en La Rosaleda. Imagínese el escándalo que se organizaría si eso llegara a ocurrir antes de que usted tome posesión. No sé qué negocios pueda tener con ese Rodas ni me importa. Pero puede que a la prensa nacional, al *New York Times* y a Turnbull sí le importen.

—Este es un mal chantaje, Teo. Una extorsión.

—Me quedan seis semanas aquí y dudo que pueda resolverse el caso en ese tiempo —dice el presidente con gesto de fingida preocupación—. Puedo callarlo o puedo hacer una gran bulla para que se sepa. Puedo hacerlo ahora o después de que usted tome posesión. Todo depende de su actitud. Pero también podría tapar lo que sea necesario tapar, dar una explicación que nos convenga a todos y aquí paz y después gloria, ¿me entiende? Es así de sencillo: usted me protege y yo lo protejo. Entretanto, podemos investigar lo que le ocurrió al agente de la DEA y fabricar, como usted sabe que se fabrican estas cosas, una respuesta que satisfaga al procónsul. Una respuesta que no conduzca, desde luego, a una conclusión que le perjudique a usted, a su gobierno o a mí.

Expósito se mueve incómodo en el sillón. Su rostro está pálido como el de un enfermo recién salido del quirófano.

—Su oferta tiene un elevado costo, señor presidente.

—No es un costo, es un trueque.

—Pero a quien favorece el saldo es a usted.

—No hay tal cosa como un saldo. Hay un mutuo beneficio. Ambos ganamos en esto.

—Será porque usted lo dice.

—¿Puedo ser sincero con usted?

—Faltaba más, señor presidente.

—No tiene otra alternativa, Tulio. O me apoya en esto que le pido o usted y su coalición se joden.

—Esas son palabras mayores, Teo.

—Son del tamaño que son.

Expósito cabecea y cuenta hasta diez. Y con la mayor frialdad decide que ya está harto de Villaseñor. Ahora el presidente de la República es él y no tiene por qué soportar chantajes de un carcamal acostumbrado a gobernar por medio de la extorsión y la amenaza. Y con la pose de un infatuado capitán que acoda los brazos en la borda de su barco, apoya los suyos en la rodilla y le endilga a Villaseñor esta réplica:

—¿Pues sabe lo que le digo, Teo? Que usted no hará nada de lo que me está diciendo porque todo eso es un *bluf* de los que acostumbra a marcarse desde ese sitio en que está sentado ahora.

Villaseñor siente el alfilerazo y está a punto de saltar del sillón.

—¿Dónde está el cadáver? —prosigue Expósito—. ¿Quién es ese misterioso sujeto de que habla? ¿Dónde consta que Emilio Rodas asistió a la reunión? No tiene ninguna prueba. Ni usted, ni la policía, ni el embajador, ni la DEA, ni el obispo de Roma. Así que no me venga con historias y vea cómo se las arregla solo, que yo tengo otras cosas de que preocuparme.

Expósito se levanta del sillón.

—En este país, cada Nazareno tiene que llevar su cruz. En cuanto al embajador, ya veremos si se atreve conmigo a ser tan impertinente como lo ha sido con una persona que, como usted, no ha sido capaz de impedir que ese cabrón se meta debajo de su cama para escuchar lo que usted le dice por la noche a su esposa.

—¿La señora de Sanabria?

—Sí, doctor Zayas, buenos días.

—La llamo para darle una buena noticia. Su esposo respira mejor y sus constantes vitales se han recuperado en las últimas horas.

—¡Bendito sea Dios!

—En un ratito iré a ver cómo se encuentra y me preguntaba si le gustaría

acompañarme.

—¡Por supuesto, doctor! Solo dígame a qué hora puedo hacerlo.

Ocho

Hospital Herrera Llerandi

Miércoles 29 de noviembre, 6:15 a.m.

«Me dicen que los electricistas de planta han reparando los cortocircuitos de tu cerebro y que han realambrado las zonas que habían quedado a oscuras. Estás mejor de lo que había pensado, así que trataré de darme prisa antes de que me mandes otra vez a freír espárragos como has hecho siempre. Sé también que has empezado a recuperar la consciencia y que eso ha traído cólera a tu espíritu. Lo entiendo. Todo ha sido tan humillante, tan vergonzoso. Esa oscura emoción, sin embargo, alberga una potente energía que no debes desdeñar. Endurece el corazón, es cierto, despierta el deseo de venganza, busca una redención urgente, pero se trata de algo muy común, algo que ya sabía el conde de Montecristo y sobre todo Ulises, de cuyo síndrome tú eres albacea y heredero.

»No intentes buscarlo en internet o en algún libro, me lo acabo de inventar. El síndrome, quiero decir. Verás. Los dioses condenaron a Ulises a vagar sin rumbo por el piélago, lo humillaron, lo castigaron sin piedad. Había partido a la guerra de Troya como rey de Ítaca, pero derrotar a los troyanos no fue todo. Lo peor de su aventura, el regreso a casa, aún estaba por suceder. Le esperaban las tormentas y los vientos, los acosos de Poseidón, la caverna de Polifemo, Circe, las sirenas, el paso de Caribdis y Escila, los caníbales de Lestrigonia y los comedores de loto de la Isla del Olvido, esa en la que te encuentras ahora. Incluso descendió al Hades, el tenebroso mundo de los

muerdos del que le costó salir. Y cuando al fin llegó a Ítaca, aquel gran conductor de hombres, aquel extraordinario navegante, en lugar de poner una agencia de viajes especializada en las islas griegas, como era lo propio después de veinte años de vagar por el piélago, dispuso tomar venganza. La guerra y el viaje de regreso habían hecho de él otro hombre. Su alma ya no estaba limpia, sino contaminada por la experiencia de la guerra y la travesía, y por la lucha contra las fuerzas que le habían querido destruir. La experiencia no le había enriquecido, como dicen los practicantes del “buenismo”. Por el contrario, había hecho de él un hombre endurecido en la batalla por la supervivencia. Nada raro. Todos sus compañeros habían muerto: unos ahogados, otros devorados por los cíclopes, otros destruidos por Zeus, otros con la memoria perdida. Y su palacio estaba invadido por pretendientes corruptos que devastaban las riquezas de la isla.

»Entiendes lo que quiero decirte, ¿verdad, chapulín? Es cierto que Ulises volvía más sabio, pero también más áspero y más perverso. Y esa sería la clave para acometer la tarea de recuperar el trono, expulsar a los corruptos y recuperar a su esposa, como en efecto hizo.

»La vida es esto, mi pequeño saltamontes: nacer, crecer, luchar, sobrevivir. Y no sé si llegarás a tiempo para hacer lo que pretendes. Tal vez ya esté molido el trigo y todo esté hecho harina. La conspiración sigue en pie y las ratas, enloquecidas al olor del dinero, continúan en su afán de destruirte. Y eso que dicen que el dinero no huele.

»Aquí en cambio, huele a limpio, a libro recién abierto. Y eso está bien. Que huelas bien, me refiero. Eso significa que estás regresando. Tu cerebro ha empezado a funcionar otra vez, aunque quizá el cableado sea distinto. Pero debes darte prisa. El tiempo apremia, es tu turno. Aprovéchalo. No escuches a los que te digan que este trabajo no merece la pena y que debes hacer algo mejor con tu vida. Claro que merece la pena. Puedes recobrar el poder y, con el poder, cambiar el país. Y eso sí que merece la pena.

»Podría decirte “sé tú mismo”, que suena muy bien y lo dice todo el mundo, porque es muy motivador. Pero no adelantarías nada. Imagina que eres un idiota. ¿Ya? Pues la conclusión es sencilla: cada vez que hablaras o actuaras no estarías sino confirmando lo que eres. Y si no cambias ahora,

seguirás haciendo idioteces por el resto de tus días. Para que seas tú mismo, además, debes conocerte a ti mismo, pero esa es una tarea que puede llevarte toda la vida, y al cabo, cuando finalmente lo consigas, estarás muy viejo para que te sea útil, o lo sea a los demás, porque a los viejos nadie los escucha. Así que, en vez de dedicar tanto tiempo a conocerte a ti mismo, dedícate a conocer a los demás, que es lo que hacen los listos, y de rebote, sabrás quién eres y cuál es tu medida.

»La vida es prueba y error, querido. Y de rectificar cuanto haces y corregir lo que eres depende que sea plena y productiva. Todos somos ignorantes, crédulos o inocentes en alguna cosa, pero no podemos permitirnos el lujo de serlo en aquellas en las que nos va la vida. Conque, si eres ignorante, aprende. Si crédulo, desconfía. Si inocente, espabila. Dejarás de ser puro, de acuerdo. Serás naturaleza caída, como dicen unos. O materia corrupta, como aseguran otros. Pero ya nadie se aprovechará de ti.

»Por todas estas razones, en vez de decirte sé bueno, manso o misericordioso, prefiero decirte sé un cabrón y acaba con esa banda de asaltantes. Y no repares en medios. Nadie te echará en cara cómo los sacaste del poder. Solo recordarán que lo hiciste y que libraste al país de una plaga bíblica. Y lo más importante de todo: haz como Ulises, no tengas misericordia con ellos.

»Pero veo que te estoy perdiendo. La mecha del farol chisporrotea y te veo cada vez más borroso. Me estoy quedando sin sebo. De seguro tú me ves también así, algo desdibujado, ¿no? En fin, esto parece que se acaba. Una pena, pues lo estaba pasando muy bien. Lo que más siento de todo es perderme lo que vayas a hacer cuando despiertes».

*Policía Nacional Civil, Dirección General,
Barrio Gerona, mismo día, 9:05 a.m.*

Con la espalda apoyada en una de las paredes de la oficina de identificaciones y búsquedas, el inspector García Mena observa impaciente el rostro de Alcides Efraín Natareno, viva estampa del pueblo llano, estoico,

impasible, callado, aguantador. Alcides es empleado de la empresa de seguridad “Guardianes de la Galaxia”, la cual presta sus servicios al club de golf La Rosaleda. De rostro ovalado y moreno, su atenta mirada observa imperturbable las fotos que un oficial le va pasando por la pantalla de un computador. A cada golpe de dedo que el policía descarga en el teclado, la foto de la pantalla cambia. Y Alcides niega con la cabeza en silencio o dice un “no” cercano a un gruñido.

Alcides estaba a cargo de la garita de seguridad del club la mañana en que dos guardaespaldas a bordo de una *Suburban* negra abandonaron el campo de golf poco después de las diez. Pero nadie sabe en realidad cómo son, ni Alcides consigue acordarse del todo. El documento de identidad de quien conducía el vehículo, y que Alcides registró a la entrada y la salida del mismo, resultó falso. Y la fotografía del DPI no ayuda porque es pésima, igual que la de casi todos los rostros que lleva observando desde hace dos horas.

En cuanto a las placas de la *Suburban*, eran robadas. Un rastreo en la base de datos de la Unidad de Información de Vehículos de Interpol ha dado como resultado el dato según el cual pertenecían a un Nissan del 2011 que vaya usted a saber dónde se encuentra ahora.

García Mena enfrenta, para variar, uno de los típicos problemas de Interpol: cambios de identidad, documentos falsos, vehículos que nadie sabe de quién son. Y su única esperanza de identificar a los tipos que entraron y salieron de La Rosaleda el sábado en una *Suburban* es que Alcides pueda recordar el rostro de uno de ellos. Y en esas lleva Alcides dos horas, sin que su impávido rostro dé ninguna señal de vida.

Lo que es por otra parte comprensible. La base de datos que visiona contiene miles de fotos y fichas de personas que trabajan en servicios de seguridad como “Guardianes de la Galaxia” o prestan a particulares sus servicios. Desiguales y antiguas, muchas de ellas en blanco y negro, las fotos ayudan poco. Y el aire patibulario y sombrío de algunos de los custodios es como para echar a correr: cabezas rapadas, sonrisas siniestras, órbitas desmesuradas, expresiones amenazadoras. No hay nada más tedioso que tener que presenciar durante horas semejante desfile de bellezas. De ahí que al bueno de Alcides se le bajen sin querer los párpados y le cueste un bigote

mantenerlos abiertos.

García Mena estira los brazos, bosteza, resuelve un sudoku en el celular, sale, entra, vuelve a salir y cuando regresa descubre que el rostro del agente sigue igual de impávido.

En un descuido, no obstante, Alcides rompe el silencio.

—Un momento —le dice al policía que opera la base de datos.

El oficial de policía se detiene.

—Retroceda la foto anterior —pide Alcides.

La imagen regresa a la pantalla y luego de unos momentos, y sin mostrar emoción alguna en su rostro, Alcides declara:

—Sí, es uno de ellos.

García Mena se incorpora de la pared como un resorte.

—¿Está seguro?

—Sí, señor. Ese era el piloto de la *Suburban*. Aparte de que se parece mucho al de la licencia, en las dos fotografías aparece con ese corte en la frente.

—¿Qué dice la ficha del tipo?

El policía golpea unas cuantas teclas y en la pantalla aparece un texto.

—Se llama Quelvin Zetino. Tiene 34 años. Sirvió en el ejército y vive, o vivía, en la colonia Justo Rufino Barrios.

—¿Por dónde queda eso?

—Al final de la Petapa.

—Vamos a dar una vuelta por allí. A ver si tenemos suerte.

Carl's Jr, Zona 10, mismo día, 12:50 p.m.

Harry Carpenter desnuda la hamburguesa, dobla el papel en torno a la mitad del pan y se lanza sobre ella con la boca abierta como un buzón, justo en el momento en que una voz cercana le pregunta:

—¿Es usted el señor Harry Carpenter?

Carpenter se pone precipitadamente de pie con la boca llena y un cabeceo afirmativo que es al mismo tiempo una excusa por haber sido cazado in

fraganti. Una esbelta y bonita joven de veintitantos años, cabello liso y lustroso se encuentra de pie frente a él.

—Soy Luisa Fernanda Najarro —le dice—. Pensé que podía ser usted por las señas que me dio por teléfono: la cabeza rapada y las gafas oscuras —sonríe.

Carpenter hace un esfuerzo por tragar el pedazo de pan con hamburguesa al carbón, lechuga, tomate y salsa cien mil islas o algo parecido y, escondiendo los labios tras una servilleta de papel, acierta a mascullar:

—Perdón. No se ha equivocado, señorita. Por favor, siéntese. ¿Ya almorzó? ¿Quiere que le ordene un sándwich? ¿Un refresco, un café? Las hamburguesas aquí son excelentes.

—No, gracias. Tengo poco tiempo.

—De acuerdo —su voz es ahora más clara por estar libre de obstáculos—. Quiero que me disculpe antes que nada. Cuando le contesté por teléfono esta mañana lo hice con alguna brusquedad. He estado muy tenso estos días.

—Entiendo, señor Carpenter.

—Llámeme Harry.

—Muy bien, Harry.

—Ese número de teléfono lo tienen solo diez personas y su llamada me hizo desconfiar. Por eso le pedí que nos juntáramos.

—Claro.

—Me dijo que mi número se lo había dado Chris. ¿Qué relación tenía... tiene usted con él?

—Somos amigos.

—Solo amigos.

Luisa Fernanda se toma ambas manos, se frota los dedos, suspira. Por último, dice:

—Somos novios desde hace un tiempo. Me dio el número de usted y me dijo que era su jefe. El motivo se debió a que a veces se encuentra en lugares aislados donde no hay señal. Y me aconsejó que si eso sucedía alguna vez, y me hallaba en una emergencia, podía llamar a ese número. En los últimos tres días he tratado de comunicarme con él, pero su teléfono no responde. Eso me preocupó y por eso le llamé a usted.

—Y usted considera una emergencia no poder comunicarse con Chris.

A Luisa Fernanda le sorprende la agresividad con que Carpenter ha hecho el comentario.

—No, en realidad no —dice bajando la mirada—. Antes de llamarle a usted, fui al apartamento de Chris y lo encontré desierto. El colchón de la cama estaba enrollado, las perchas colgaban vacías. La ropa, los zapatos y todas sus pertenencias habían desaparecido. No encontré rastro de él y me entró pánico.

—Lo entiendo, señorita. Y lo lamento. Fuimos nosotros quienes vaciamos el apartamento de Chris, después de registrarlo y procesarlo.

—¿Nosotros? ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué procesaron?

—Nos llevamos todo lo que Chris tenía en el apartamento, lo examinamos cuidadosamente y tenemos sus cosas guardadas.

—¿Pero por qué hicieron eso?

—Dígame primero una cosa, ¿cuándo habló con él por última vez?

—El sábado.

—¿Recuerda la hora?

—Serían como las ocho, ocho y media de la mañana.

—¿Le dijo a dónde iba?

—Sí. Me dijo que iba a Cobán.

—¿A Cobán? ¿De veras?

—Parece que le habían ordenado revisar un área de transmisión eléctrica que tenía un defecto de montaje o algo así. Usted debe saber mejor que yo de qué se trata.

Carpenter, quien mira con resignación la hamburguesa abandonada, asiente un par de veces en silencio. Hay en la voz y el gesto de la joven un aire de inocencia que la hace creíble. Y hay también en su mirada una sombra de ansiedad cuyos motivos supone.

—Chris no me habló nunca de usted —le dice a la joven—. No podía hacerlo.

—¿No podía hacerlo? ¿Por qué, señor?

Carpenter no puede sino alabar el buen gusto de Elizondo. Hay en la joven un aura de belleza madura que seduce a quien la observa. Su inteligente

mirada parece querer absorber todo lo que ve y escucha, y eso le hace sentirse por momentos como el investigador investigado.

—Chris no trabajaba para ninguna compañía de transmisiones eléctricas, señorita —dice sacando su placa del bolsillo y mostrándosela a Luisa Fernanda—, sino para la Drug Enforcement Administration. Tampoco viajó el sábado a Cobán, sino al campo de golf La Rosaleda.

Luisa Fernanda se lleva una mano a la boca y sus grandes y asustados ojos se posan en el adusto rostro de Carpenter.

—Desapareció en ese lugar sin dejar huella y desde el mediodía del sábado no hemos sabido de él —dice guardando la placa—. En un principio pensamos que lo habían secuestrado, pero han pasado ya tres días y nadie ha llamado para negociar el rescate. Y eso es malo, señorita. Muy malo. En la agencia nos tememos lo peor. Siento mucho tener que decirle todo esto... —se interrumpe al notar que los ojos de la joven se humedecen.

—No es posible —acierta a decir Luisa Fernanda.

Carpenter mueve la cabeza en un gesto de pesar. Este trabajo es así de maldito. Cualquier misión, cualquier tarea, puede esconder una trampa mortal, y el destino de quien lo maneja es enviar sin querer ovejas al matadero. Está a punto de decir perdone, no debí ser tan brusco, pero se abstiene. Él es ante todo un cazador y, de momento, solo debe pensar en la pieza que persigue. Su obligación es obtener la información que necesita, poniendo a un lado comezones sensibleras. Debe encontrar cuanto antes a Elizondo, vivo o muerto. Y al *motherfucker*, hijo de su madre. Y esta jovencita es por ahora la única pista que tiene.

—No pierda la esperanza —le dice—. Lo vamos a encontrar. Somos buenos en esto. Pero usted debe ayudarnos. Y nosotros la ayudaremos a usted.

—¿Ayudarme? ¿A mí? ¿Por qué me habría de ayudar? Yo no he hecho mal a nadie.

A la joven le tiemblan las manos y a sus facciones se ha asomado un rictus de honda aflicción. Si el amor es como la tos, pues no puede ocultarse, esta joven de expresión desconcertada y ojos llorosos es prueba manifiesta de ello.

—Se encuentra en peligro, señorita. Piense un momento en su relación con Chris y en lo que algunos podrían pensar: un agente de la DEA resulta siendo

novio de una joven que trabaja para una organización criminal.

Luisa Fernanda tensa el gesto.

—Yo no trabajo para ninguna organización criminal, señor.

—Eso es lo que cree. Si yo no supiera que usted es inocente me preguntaría, ¿no estará la desaparición de Chris vinculada con esta joven y su organización? Un agente de la DEA investiga una importante operación de lavado de dinero —recita Carpenter como si estuviese leyendo una noticia de prensa—. Una bella jovencita que trabaja en la operación lo descubre, lo atrae, lo seduce y le tiende una trampa. Y un sicario de la organización lo asesina.

—¡Esa es una suposición perversa!

—No lo tome a mal, señorita. Se trata solo de una hipótesis, un modo de explicarle cuán peligrosa es la situación en que se encuentra.

—¿Cómo puede imaginar algo así? Chris y yo nos habíamos ocultado nuestras ocupaciones por otros motivos. Si él me mintió y yo no le dije la verdad, ¿eso qué importa? Le dije que trabajaba en un *call center* y él me dijo que había sido contratado por una empresa de conducciones eléctricas. A mí me exigían absoluta discreción en lo que hacía. Y a Chris, por lo que veo, también. El camino al corazón está a menudo en el secreto, pero eso es algo que usted no puede entender. Lo único que nos preocupaba a Chris y a mí era estar juntos. Él me amaba, por eso me dio el número de usted. No tanto para que yo supiera dónde estaba, ahora me doy cuenta, sino para ayudarme en el caso de que yo estuviese en peligro. No temía por sí mismo, señor, temía por mí y quería protegerme. Así era Chris, un hombre generoso y bueno.

—No ha sido mi intención asustarla, por favor, entienda.

—Sí ha sido su intención asustarme.

—Lo único que pretendo es velar por su vida y confirmar los datos que compartimos la DEA e Interpol.

—Querrá decir usted y el inspector García Mena.

—Usted lo ve como una conspiración, y no es así, señorita, se lo aseguro. Sé que conoce al inspector, pero eso es algo que no he sabido hasta hace unas horas. Usted me llama esta mañana y me dice que conoce a Chris y que trabaja en una empresa de informática. Y en ese momento se produce una serendipia,

eso que suele ocurrir cuando, buscando una cosa, uno se encuentra con otra. El inspector García Mena me había hablado de usted a hora temprana. De pasada, sin darme su nombre. Dos horas más tarde me llama usted preguntando por Chris. Hablo de nuevo con el inspector y entre los dos concluimos que usted es la misma persona con quien él había hablado este sábado. Y no hay más, señorita. No hay de nuestra parte ninguna intención de perjudicarla. Al contrario, la queremos ayudar. Mas, para eso, debe ayudarnos usted y proporcionarnos toda la información que pueda sobre las operaciones de la compañía en la que trabaja.

—Mi contrato contiene una cláusula de confidencialidad y no puedo trasladar información ninguna de la empresa a terceros.

—No somos unos terceros cualquiera, señorita. Somos rastreadores de delincuentes internacionales.

—Y yo no tengo nada que ver con esa operación ilícita de que me habló el inspector García Mena y ahora usted.

—Conque sí conoce el negocio en el que trabaja.

—¡No lo conozco, señor! Solo repito lo que el sábado me dijo el inspector.

—Usted es la operadora del sistema.

—¡No soy la operadora del sistema, soy la vigilante del sistema! Llevo a cabo tareas rutinarias de limpieza y mantenimiento, y lo protejo de los ataques de ciberpiratas. El sistema es vulnerable, como tantos otros. Puede ser invadido en horas, incluso minutos. De ahí que esté protegido por códigos de acceso diferentes, según el nivel del usuario. Yo solo puedo entrar hasta el segundo cortafuegos, como llamamos a los algoritmos que lo protegen. Más allá de ahí, no tengo acceso al sistema. Así que olvídese de que puedo averiguar lo que no puedo ni debo.

Luisa Fernanda extrae un *kleenex* de su cartera y se enjuga los ojos. Carpenter aguarda a que se reponga, y tratando de expresarse en un tono más neutral, le hace una pregunta oblicua:

—Me dicen que conoce a Emilio Rodas.

—Habré hablado con él una o dos veces.

—Rodas es un delincuente de altos vuelos, señorita. Y un asesino. No solo

es la cabeza de una operación clandestina de lavado de dinero, sino el jefe de quienes ejecutaron o hicieron desaparecer a Chris. De modo que usted tiene ahora un doble motivo para que se haga justicia. Y el modo de cooperar para conseguirla es dándonos información sobre esa gente. De lo contrario, hay muchas posibilidades de que sea acusada de cómplice.

Carpenter se siente como una cucaracha, si es que las cucarachas tienen sentimientos, pero en un oficio como el suyo lo que importa es el fin, no los medios.

—¿Cómplice? ¿Yo cómplice? —exclama Luisa Fernanda—. ¿A cuenta de qué? Yo no soy la que opera el sistema. Lo hacen personas que rotan cada seis meses. Vienen de fuera y se van. Pero ni siquiera ellas tienen acceso a todos los archivos, pues existen otros usuarios con privilegios informáticos que están por encima de ellos.

—Yo no entiendo mucho de esas cosas, señorita, pero, ¿qué respondería usted, por ejemplo, si un fiscal la acusara de trabajar para una banda de criminales y de haberse hecho novia de un agente de la DEA con el fin de emboscarlo, secuestrarlo y hacerlo desaparecer?

Luisa Fernanda no disimula su desprecio.

—Usted es una alimaña, señor.

—Mi deber es encontrar a Chris, vivo o muerto, señorita. Y usted, si es que es inocente, debe tomar conciencia del grave problema en que se ha metido. Consiga la información que necesitamos. Hágalo por Chris, si no quiere hacerlo por usted. Ayúdenos a atrapar a esos malditos y a que se haga justicia. Y toda sombra de duda quedará disipada.

Luisa Fernanda no responde. Baja la mirada al suelo y se cubre el rostro con las manos.

—¿Se siente bien? —pregunta Carpenter

—No se preocupe por mí —dice con sequedad—. No es su obligación cuidarme.

—Por favor, entienda que necesita ayuda. Está usted corriendo un grave riesgo. Y es probable que la tengan en la mira. Sería bueno que desapareciera por un tiempo.

Luisa Fernanda se yergue.

—Es usted un desalmado, señor. Pretende intimidarme para que le dé lo que busca.

—No piense mal de mí, se lo ruego. Y entienda que su cercanía con Chris me hace también sentirme responsable por usted.

—No sea hipócrita. En cuanto a mí, sé cómo arreglármelas sola.

—Será difícil, señorita. El mundo en el que ha entrado, puede que sin querer, le doy el beneficio de la duda, es peligroso y letal.

—Pierda cuidado. No soy una niña.

—¿Me permite un consejo?

Luisa Fernanda se pone de pie. Hay un gesto de dureza en sus facciones.

—No vuelva a su trabajo —le dice Carpenter.

—Vivo de él, lo necesito. Y no he hecho nada para perjudicar a nadie. Disculpe, tengo que irme.

Antes de que Luisa Fernanda dé la vuelta y se dirija a la salida, Carpenter vuelve a insistir.

—No eche en saco roto lo que le he dicho. Tiene mi número de teléfono. Llámeme si me necesita. Desde cualquier lugar, a cualquier hora.

Hospital Herrera Llerandi

Mismo día, poco antes de la medianoche

La luz del farol se ha extinguido, la voz del adefesio se ha apagado. Mas, por entre las sombras del cuarto, se dibujan un sofá de dos asientos, un cuadro con un paisaje lacustre, un clóset, una ventana, un liquidámbar sacudido por el aire de noviembre y, más allá, la noche cuajada de estrellas. Una mosca cabecea contra el cristal, atrapada en los visillos de guipur. Fosforecen monitores, pilotos y diminutas luces rojas. Y la luna se cuele en el cuarto como un blanco tacuazín en busca de algo que comer.

Sentada en el sofá, pálida y nívea, hay una figura humana de la que no puede distinguir sus facciones, pero cuyo cuerpo se incorpora al descubrir que él acaba de abrir los ojos. Cuando la figura está cerca, se inclina sobre él hasta colocar sus labios a un centímetro de los suyos. La mujer es aún joven y

bella y sus rasgos le son familiares. Tal vez se trate de Circe, lo que le provoca un repelús. Teme a Circe como al rayo. Es una mujer peligrosa. Convirtió a sus compañeros de viaje en cerdos. Pero si no es Circe, tal vez sea Nausícaa, la hermosa joven que conoció en Feacia. Aunque no puede descartar a Calipso, quien, luego de convivir siete años con ella, le ofreció la inmortalidad. Cuánta incertidumbre, Señor, cuánto misterio.

La mujer espera unos segundos y le besa en los labios. Es un beso mullido, tibio y suave, que altera su pulso y le agita la respiración. Su mirada se queda fija unos instantes en el hermoso rostro que tiene ante sí hasta que, la voz convertida en un murmullo, acierta a decir:

—¿Cómo están nuestros hijos?

Nueve

*Embajada de Estados Unidos de América
Avenida La Reforma, jueves 30, 8:40 a.m.*

Robert Turnbull contempla abismado el ir y venir de vehículos que transitan por esta hermosa arteria que un general decimonónico ordenó abrir un día a imagen y semejanza de los Campos Elíseos parisinos. Desde su luminoso despacho, situado en el tercer nivel de la embajada, flanqueada por frondosos árboles y modernos edificios de cristales azulados, la avenida esplende a la luz de esta mañana de noviembre. Pero el tráfico se ve tedioso y cansino. Desde el monumento a García Granados hasta la sedente estatua de Lorenzo Montúfar, la distancia entre vehículo y vehículo es apenas un metro, problema que llevará sin duda generaciones aliviar y que Turnbull no alcanzará a ver, aunque quisiera. Sobre su escritorio yace una nota del Departamento de Estado informándole que un nuevo embajador ha sido asignado a la legación de Guatemala. Lo cual significa dos cosas. Una, que no podrá inaugurar el nuevo e imponente edificio de la embajada, en el Bulevar Austriaco, cosa que lamenta mucho. La otra, que podrá pasar unas navidades tranquilo en su casa de Richmond, Virginia, antes de volver a Washington y al complejo y enredado mundo de las relaciones internacionales.

Mandy Urrutia, su secretaria, aparece en la puerta del despacho y anuncia:

—Señor embajador, Harry Carpenter está aquí.

—Gracias, Mandy, hágalo pasar.

Cerca de la puerta hay un tresillo forrado en cuero color vino tinto donde,

tras los saludos de rigor, ambos hombres se acomodan. Turnbull en el sofá; Carpenter, en un sillón. Observándolos se diría que la fricción de dos días atrás se ha disipado. Las tensiones entre ambos ya no existen quizás porque uno y otro tenían parte de la razón, aunque no toda. El reconocimiento de esta realidad ha limado asperezas y reconciliado posiciones. Y como una muestra de que el diferendo de días atrás no cuenta, Turnbull ha dispuesto reunirse con Carpenter a solas, sin la presencia del Consejero de Asuntos Políticos.

—¿Qué me cuentas, Harry? —dice Turnbull, cruzando las piernas.

—La CIA nos ha pasado el nombre del sospechoso que buscamos. Se llama José María Rabassa. Fuera de eso, no sabemos mucho más. No hay registro de ingreso al país en los últimos días de alguien con ese nombre. ¿Pudo averiguar algo con Villaseñor?

—Traté, pero no saqué nada en limpio. El tipo solo es paja, promesas, circunloquios.

—Además de un corrupto.

—Además de un corrupto. Y si no está dispuesto a rendir cuentas al país al concluir su periodo, ¿cómo crees que nos las va a rendir a nosotros?

—Entiendo.

—Pero yendo al punto que nos importa. Necesito pruebas, Harry. No puedo ir con Sanabria y hablarle de un negocio con dinero lavado. No tengo evidencias. Ni las tienes tú, ni la FATF, ni la CIA, ni Interpol. La situación además ha cambiado en 24 horas. El problema de salud del presidente electo y su posible reemplazo, ocupa ahora todas las agendas. La desaparición de Elizondo puede diluirse en este torbellino de opiniones.

—Solo nos va quedando el rastro de las fotos.

—¿Te han vuelto a llamar?

—Sí. Les ofrecí 10 mil dólares.

—¿Y aceptaron?

—Me mandaron al infierno. Pero acabarán por ceder. No es lo mismo comprar unas fotos que negociar un secuestro. Y 10 mil dólares es una cifra aceptable, si eso nos lleva a los posibles asesinos de Elizondo.

—¿Ninguna noticia de él todavía?

—Mis agentes están en ello, indagando con sus informantes, sus fuentes en

los bajos fondos, las maras, los infiltrados. Pero no tenemos nada aún.

—Y de Interpol, ¿qué me dices?

—García Mena hace lo que puede, aunque sin la foto del sospechoso o de los tipos que lo protegían no es mucho lo que puede hacer. Otra cosa importante. Malaika Dikeledi me llamó esta mañana desde Costa Rica. Quería saber si habíamos averiguado algo más. Le dije que andábamos todavía a tientas. Ella me contó entonces que había recibido un informe de sus oficinas centrales en París con nuevas alertas. Los movimientos sospechosos de capitales en la zona del Caribe se han incrementado estos días y los indicios de una voluminosa operación en el área son cada vez más claros.

Galerías La Pradera, mismo día, 10:55 a.m.

—Mami, ¿me escuchas bien?

—Sí, hijita. Te escucho. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, mami, estoy bien... No, no estoy bien... Te llamo por eso, porque no estoy bien.

—No me asustes. ¿Qué te sucede? ¿Por qué lloras?

—Me ha ocurrido una cosa horrible y quiero verte. ¿Puedo almorzar contigo?

—Claro, hijita, pero por favor no llores. Me da mucha pena escucharte. ¿No me puedes decir algo? Me has puesto muy nerviosa.

—Mi novio ha desaparecido, mami. Llevan varios días sin saber de él.

—Ay, Dios.

—Y yo no sé qué hacer ahora. Estoy asustada, no puedo siquiera pensar.

—Tranquilízate, hijita. Vente a la casa y hablamos. ¿Qué quieres que te prepare de almuerzo?

—Lo que sea, mami. No importa. Solo quiero hablar contigo.

—Aquí estaré esperándote. Vente con cuidado y no tomes ninguna decisión hasta que hablemos. ¿De acuerdo?

—Sí, mami.

—Adiós, mi vida.

Hospital Herrera Llerandi, mismo día, 5:45 p.m.

El día se acerca a su fin sin que Daniel Sanabria se sienta con el valor de soportar la espera de una noche arañándose el cerebro con parecido resultado al de arañar una piedra. Sus recuerdos son como mariposas sueltas que trata de cazar y reunir. Y aunque con el paso de las horas ha ido hallando un mayor número de ellas, su ánimo y sus esfuerzos se frustran cuando se topa con La Rosaleda. Un muro de impotencia lo detiene en ese lugar. ¿Por qué había ido allí la mañana del sábado? ¿Y qué había ocurrido en esas horas?

Solo pensar que su memoria no tenga respuestas lo trastorna tanto como la insistente canción que da vueltas en su mente desde que despertó del coma. Una canción cuyo título no recuerda, pero que regresa para hablarle de un túnel que se pierde en otro túnel, espirales que danzan y giran dentro de otra espiral, silenciosas manzanas que flotan en el espacio vacío. Su cerebro se ha vuelto una ardilla inquieta que, por momentos deja de buscar y, rendida por la fatiga, se adormece. A veces logra conectarse con su ayer y una sucesión de recuerdos que teje y reteje queriendo dar unidad a lo disperso. Cuando despierta, sin embargo, la canción reinicia su danza y su cadencia, y él retorna a una cueva donde el sol nunca ha brillado. Rostros, signos, lugares, nombres, experiencias inconexas, fragmentos de una vida, en fin, que se mezclan en un precario *collage*.

Sanabria alarga el brazo al vaso de agua que tiene en la mesita de noche y da un sorbo, y al regresarlo al lugar, descubre en la puerta del cuarto el rostro del doctor Zayas con su bata blanca, su expresión tristonca y unas gafas parecidas a las de Clark Kent.

—¿Cómo se encuentra, señor presidente? —dice Zayas, cerrando la puerta tras de sí.

—Si quiere que le diga la verdad, sigo aún algo perdido. Hay ocasiones en que aplico el mando a distancia a mi memoria y sale un canal distinto al que quería.

—Eso es bastante normal.

—Otras no sé dónde estoy y necesito un tiempo para averiguarlo. ¿Se ha quedado alguna vez dormido viendo una película por televisión y se ha

despertado cuando la película está ya bastante avanzada?

—Sí, claro.

—La confusión es absoluta durante cosa de unos segundos. No sabes dónde estás, ni de qué iba la historia que estabas viendo. La angustia y la ansiedad se apoderan de ti, porque lo primero que piensas es que tu mente se ha destartado. Bueno, pues hay momentos en que me siento así. Trato de recordar algunos tramos de la película, mi película, y no puedo. Aunque he logrado recuperar casi todo, hay cosas que se me escapan. Y eso me desespera.

—También es natural. Algunas zonas de su cerebro quedaron desconectadas y aún no logra dar con ellas. Hay un déficit cognoscitivo que irá usted llenando poco a poco. Lo importante es que ha salido de la fase de estupor y su mente está cada vez más clara. Lo ha hecho con rapidez y eso es positivo. Y el hecho de que siga luchando por recordar es la mejor señal de todas.

—Respecto a esas zonas, doctor, ¿cuánto le llevará al cerebro encontrarlas?

—A algunos pacientes, muy poco. Esperemos que sea ese su caso. A otros, semanas. Incluso meses. Y hay quienes pierden para siempre esos fragmentos de su memoria. Pero su electroencefalograma revela que la actividad de su cerebro es normal, así que no debería preocuparse.

—¿Y qué piensa hacer conmigo, doctor?

—¿A qué se refiere?

—Mi esposa me ha contado. No quería hablarme del asunto, pensando que no me haría bien. Pero al cabo cedió y me ha puesto al corriente de todo. Estamos en un aprieto, ¿no es así?

—Lo estamos.

—¿Cree usted que en mes y medio estaré en condiciones de asumir la presidencia de la República?

—Me hace usted una pregunta difícil.

—Eso me ha dicho mi esposa que sería la respuesta.

—Tiene una esposa muy inteligente.

—Sí, lo sé.

—Qué le puedo decir. Todo es cuestión de tiempo y eso es impredecible.

—Pero el país no puede esperar. Supongo que le han dicho eso.

—Usted lo sabe mejor que yo. Prolongar la espera podría llevarnos a una crisis institucional y a un limbo político de graves consecuencias.

—Y yo debo ser el sacrificado.

—Usted no puede creer que mis colegas y yo pensamos eso.

—¿Les ha pasado por la cabeza que hay personas interesadas en que yo no sea presidente?

—No solo lo he pensado. Lo estoy viviendo. Tenemos presiones. Algunas amenazadoras. Y estamos también conscientes de que hay unos que tienen mucho que ganar y otros mucho que perder, cualquiera que sea nuestro diagnóstico.

—Aún queda mes y medio. Es un plazo razonable para saber si estaré o no en condiciones de gobernar. Los indicios son buenos, me dice usted, pero el país pende de ese diagnóstico y ustedes tienen que decidir.

—Nos han dado un plazo que no podemos prolongar.

—No están obligados a cumplirlo.

—Pero debemos hacerlo, tenemos que hacerlo.

—¿Y qué es lo que piensan decir?

—La verdad, señor presidente. No podemos evadir nuestra responsabilidad.

—¿Y cuál es la verdad, doctor?

—La que acabo de decirle —se impacienta Zayas—. Una verdad provisional, como todas las verdades. Un diagnóstico de contingencia para calmar las aguas mientras lo observamos y vemos cómo evoluciona su cerebro. No sabemos si está en condiciones de asumir la presidencia y eso es lo que vamos a decir. Pero también diremos que, si la recuperación es como esperamos, usted estaría en condiciones de gobernar sin ningún problema. La cuestión es que averiguar estas cosas puede llevar más tiempo del que sería deseable.

—Mes y medio, por ejemplo. El plazo justo para que Expósito ocupe mi lugar.

—Entiendo su punto, pero los médicos debemos obrar en conciencia. No

podemos mentirle a usted, no podemos mentirle al país y no podemos mentirnos a nosotros mismos.

—¿Le han intimidado, doctor?

—No quiero hablar de eso.

—Entonces le han querido comprar.

—¿Cómo puede decir algo así? —se ofende Zayas.

—Porque el dictamen final no será médico. Será político. Al final, será el Congreso el que decida. ¿Y cuál de los dos cree usted que terminará siendo el elegido, Tulio Expósito o yo?

—¿Y qué cree que debo hacer? ¿Un diagnóstico político de signo opuesto, en el que certifique que usted puede asumir la presidencia sin ningún lastre mental? No parece entender el emplazamiento al que hemos sido sometidos ni la gravedad de la decisión que debemos tomar.

—¿Pone en duda mi competencia para discernir este asunto? ¿Le estoy dando esa impresión, doctor?

—Lo que le digo es que yo no podría firmar ningún dictamen en el que se diga que su cerebro está en perfectas condiciones.

—Prefiere la ambigüedad.

—No la prefiero, ¿cómo se le ocurre?, pero esto es lo que hay.

—¿Se da cuenta de las consecuencias que traería un dictamen así?

—Vea, señor Sanabria...

—Señor presidente.

—Vea, señor presidente. De momento, lo mejor que puede hacer es regresar a su casa y descansar. Mis colegas y yo le visitaremos para supervisar su progreso. Y al cabo de un tiempo prudente, que por fuerza ha de ser breve, emitiremos un dictamen definitivo. Créame, lo que más le conviene ahora es reponerse. Y yo voy a ayudarle con la mejor voluntad y con todas mis fuerzas.

Edificio Xanadú, mismo día, 8:15 p.m.

Protegida por un dosel de seda bordada que le da un aire de palio

procesional, adornada con una cabecera de espuma forrada con tapiz de cuero y equipada con un colchón *Perfect Sleeper ultra soft*, la cama donde Expósito y Altagracia regodean sus carnes es un jardín de encendidos ardores. En ella se sofocan, se muerden, se gritan y se estremecen en aparatosos éxtasis. Él la llama mi leona, ella le dice mi león y el desenlace no puede ser otro que una serie de rugidos. Solo a solas con Gracita pierde Expósito su talante desabrido. Solo ante el espectáculo carnal de la Jiménez, deja de ser el que es y se humilla como el guerrero ante el oro.

En este discreto edificio de la Zona 10, situado a una cuadra del Bulevar Los Próceres, Expósito y Gracita no hacen solo el amor. También debaten, dirimen, negocian y acuerdan asuntos de Estado, como lo harían Mufasa y Sarabi desde la Roca del Rey. Ambos comparten el instinto asesino imprescindible para sobrevivir en una jungla donde impera la ley del más fuerte. Una ley que se cumple con la misma certeza que la de la gravedad y que justificó en su día la “Operación Sanabria”, concebida en esta misma cama con dosel, en este mismo colchón y luego de una docena de rugidos.

Cuando los sofocos del éxtasis se tornan respiración sosegada, a Expósito le aflora el poeta que lleva en sus entrañas y murmura ¡Oh, Débora, Débora!, invocando a la profetisa que dictaba sentencias de muerte a la sombra de una palmera. Es un momento evocador y solemne, luego de media hora arrollándose uno encima del otro, arañándose las carnes y aullándose en los oídos. Las plácidas efusiones de Expósito floreado a la amada y evocando los versos de Salomón a la Sulamita duran algunos minutos, transcurridos los cuales, Altagracia alza sus cuarentonas nalgas del lecho, se dirige a una mesita de metacrilato que acoge una botella de champán de la Viuda de Cliquot inserta en una cubitera con hielo y sirve dos copas. Regresa a la cama con Tulio y, achuchándose con ternura, brindan por el final feliz de la “Operación Sanabria”, la cual llevará en breve a ambos a lo más alto de la Roca del Rey.

—Hablé con Zayas esta mañana —dice Expósito, chasqueando la lengua—. Quería darle otro susto. Pero no fue necesario. Sanabria, me dijo, no recuerda nada de lo que sucedió en La Rosaleda.

—Brindo por eso, querido.

—En el ínterin, sin embargo, ha surgido otro asunto.

—¿Ah sí?

—Estuve con Villaseñor.

—Y qué dice ese viejo pisado.

—Al parecer, el sábado en La Rosaleda hubo un muerto, un agente de la DEA. Lo mataron según parece a pocos pasos de la casa en que estábamos reunidos.

—No fregués.

—Eso me ha dicho el presidente. Así que el Señor de la Veinte Calle le fue a reclamar.

—A reclamar ¿qué?

—A reclamar el cuerpo, supongo. Y a presionar, a amenazar. A joder, pues.

—No lo puedo creer. ¿Y el cadáver?

—Nadie lo ha visto ni se tiene la más mínima idea de quiénes pueden ser los asesinos. Pregunté a mi jefe de seguridad. Nada. Llamé a Rodas para saber si los suyos habían visto u oído algo. Tampoco.

—Pues, ¿sabes qué te digo? Que el señor embajador puede irse muy mucho a la eme.

—Ahora sí, pero no después, cuando estemos en el gobierno. Ahí sí podría fastidiarnos. Así que Villaseñor me propuso un arreglo. Él nos protege ahora y nosotros le protegemos después.

—Hijo de su madre.

—Habrá que pensar qué hacemos. Entretanto, Rabassa sigue nervioso y eso me preocupa más que la DEA y el Señor de la Veinte Calle.

Altagracia deposita la copa en la mesita de noche y vuelve sus abundancias a Expósito.

—Esta es la oportunidad de nuestras vidas, Tulio —le dice, colocándole una mano en la mejilla—. Y solo tenemos cuatro años para sacarle provecho. Si Rabassa decide irse por culpa de esta jodarría, adiós muy buenas.

—Nada de eso va a suceder, cariño. Rabassa es un gran vendedor y como tal exagera. Le gusta poner presión. Sin embargo, tiene mucho dinero comprometido y el negocio es demasiado bueno como para que lo deje ahora.

—Pero si a Turnbull se le mete entre ceja y ceja lo del agente antinarcóticos y lo relaciona con Rabassa o con Rodas, entonces sí estamos

jodidos.

—Siempre hay riesgos en negocios como este. Pero Rabassa no es un angelito. Detrás de sus refinadas maneras hay un negociante que tiene todo cubierto: el mejor sistema de ocultación de los accionistas, el mejor bufete del país. Su nombre, al igual que los nuestros, no aparece en ningún parte, las constructoras trabajan bajo contrato, la administración del ferrocarril, lo mismo.

—Pero teme que la prensa y la opinión se encrespen a favor de Sanabria.

—¡Oh, Débora, Débora querida! Todos los negocios públicos son sucios por naturaleza. ¿Por qué este habría de ser distinto? ¿Y por qué no habría de pasar, como pasan todos, no obstante la maledicencia? ¿Sabes a cuánto ascendieron las coimas en Argentina entre 2004 y 2015? A 35 mil millones de dólares. Y es solo un ejemplo. No te cuento México, Venezuela, Perú, Ecuador.

—No hay que descuidarse, Tulio. Eso es todo lo que quiero decirte.

—No nos descuidaremos. Esta no es todavía una victoria. Es solo la hora de defenestrar a Sanabria. Y todo va a depender de cómo se manejen los tiempos de la puesta en escena. En primer lugar, es necesario que la opinión pública se asiente. Y la clave está en la discreción, como la que usaste esta tarde con la prensa. Muy bien, cariño. Chapó. Debemos mostrarnos solidarios con Sanabria y proclamar que “nuestro” presidente no está ni mucho menos desahuciado, que estamos con él a morir y que hacemos votos por que se recupere antes del 14 de enero.

—Y que el diagnóstico definitivo es el que importa.

—Eso.

—Ya veo por dónde vas.

—Solo tú podrías descubrirlo —dice Expósito, dándole un mordisco en la pechuga.

—Un talante de ese porte creará en el pueblo simpatía y buena voluntad hacia la coalición, a la espera de lo que la ciencia diga lo que tenga que decir sobre Sanabria.

—Pero, al mismo tiempo, es imprescindible que la duda se apodere de la gente. La duda es una polilla que acaba por destruir la fe que se tiene en una

persona, una idea o una creencia. En este caso, las dudas y la ambigüedad de Zayas serán nuestras aliadas. Cuanto más insistamos desde la sombra en la dudosa salud de Sanabria —qué pena, ¿no?— más pronto acabará aceptando el pueblo que entregarle la presidencia a él sería un albur muy peligroso.

—¿Has pensado qué ocurriría si el comité de doctores llegara a decir que Sanabria sí está capacitado para gobernar?

—Eso nunca va a ocurrir, mi leona. Para entonces, tendremos a Zayas y a su comisión de doctores lo suficientemente asustados como para que no se les pase por la cabeza declarar semejante tontería. Pero aún si llegara a ocurrir, podemos enredarlo y retrasarlo todo de tal manera que no haya un diagnóstico final antes del 14 de enero. De momento, lo importante es conseguir que la duda se asiente en la opinión. Eso y empezar a filtrar la idea de que mi gobierno tiene un megaproyecto que relanzará la economía y traerá a corto plazo toda clase de bendiciones.

—Eres grande, amor mío, eres grande —dice ella con pasión leonina.

—¡Saturemos la atmósfera con esa ilusión y neutralicemos con ella la tristeza de haber perdido a Sanabria como presidente! La ilusión y la esperanza son emociones más fuertes que la tristeza y la duda. Y eso es lo que hay que vender. El interés público se desplazará de Sanabria a nuestro proyecto y a su único ejecutor posible, que soy yo. Y el público se verá obligado a elegir entre la construcción de un ferrocarril ultramoderno que dinamice la economía o un presidente de quien nadie puede asegurar que está en sus cabales. Dejemos pasar unos días, no muchos. Y echemos a andar el plan. Habla entretanto con nuestra gente, con la que nos apoyó en la campaña, con los diputados electos y los dirigentes de la coalición. Que estén preparados para difundir la buena nueva *urbi et orbi*.

—Eso está hecho. Solo necesitamos...

—No se hable más, Débora mía —dice Expósito, lanzando un nuevo mordisco a la pechuga de Altagracia—. Lo único que necesitamos ahora es más champán de la Viuda.

Diez

Hospital Herrera Llerandi, viernes 1 de diciembre, 7:25 a.m.

Seguido con discreción por una radiopatrulla de la Policía Nacional Civil, Daniel Sanabria abandona el hospital en compañía de su esposa y sus tres hijos y ambos vehículos enfilan con rapidez la Calle Real de la Villa de Guadalupe. En el interior de la Honda *Pilot* va manejada por Magda hay un profundo silencio. Las dos hijas adolescentes, por lo común dicharacheras y extravertidas, no dicen palabra, y el pequeño se ha dormido en cuanto se ha acomodado en la Honda.

Sanabria está callado también. Se siente cada vez mejor. Pero ha perdido ocho libras y, al mirarse esa mañana en el espejo, le ha sorprendido que se le haya afilado la nariz, algo que, según dicen, les ocurre a muchos cuando están a punto de colgar los tenis. Aunque tal vez le ha llamado más la atención su expresión de asceta y unos ojos apagados y sin brillo. Y como una ráfaga infausta y a la vez siniestra, ha pasado por su cerebro la idea de que es en realidad un resucitado, y que los resucitados, de acuerdo con un cuento de su infancia, son personas que retornan a la vida tras haber dejado una parte de sí, de su alegría, de su bondad o de su fe, en el mundo de los muertos.

Decir que es ahora una persona distinta sería una exageración, pero se siente todavía alejado de la otra, la que ingresó días atrás en el hospital medio muerta. Sigue sin poder recordar todo lo que registraba su memoria entonces, pero su mente está despejada. Ha dormido nueve horas seguidas y todavía conserva con nitidez el último sueño que ha tenido antes de despertar, una

visión de las que suele tener por las noches cuando se ha enfrascado en algún proyecto. En este caso, se trataba de una plaza rectangular, con sus cuatro fachadas enfrentadas en un admirable equilibrio, dos grandes entradas en arco y las paredes adornadas con esculturas contemporáneas que realizaban su neoclásico diseño con un toque de modernidad. Mientras la observaba, se oía un concierto de Vivaldi, y en su conjunto parecía materializarse el sueño de un orden: cada cosa estaba en su lugar y había un lugar para cada cosa.

La obra, sin embargo, tenía un defecto. Y era que estaba incompleta. El piso era de tierra sin nivelar y en el centro se abría un enorme agujero, una excavación de unos quince metros de diámetro por dos de profundidad en la que probablemente debía ir una fuente. A pesar de este defecto, el sueño le había causado un profundo bienestar y la grata sensación de que todo empezaba a estar en su sitio, salvo por la inconclusa fontana.

Desde el asiento delantero, Magda pregunta:

—¿Estás bien?

—Estoy bien, mi amor. Algo aturdido, pero bien. ¿Has visto mi celular?

—Debió de extraviarse cuando te llevaron al Herrera. A mí al menos no me lo han devuelto.

Apretado a su hijo pequeño, Sanabria observa absorto la vida que fluye alrededor. Le conforta reconocer los grandes edificios de la Calle Real de la Villa, el Oakland Mall, los restaurantes, las tiendas que han empezado a decorarse con motivos navideños. Apenas son las ocho de la mañana y la vía principal del antiguo municipio, conocido por el nombre de Villa de Guadalupe, hoy una atareada y elegante avenida, está atestada de vehículos que se mueven a vuelta de rueda. Arrancan, frenan, se vuelven a detener. La gente anda a lo suyo, como siempre, y no parece preocuparle demasiado la crisis que vive el país. Los políticos suelen pensar que la política es el oficio más importante del mundo, pero la mente del público está normalmente ocupada en asuntos más prosaicos, como pagar la tarjeta de crédito, visitar al oculista, hacer el súper o asistir a una boda. Y Sanabria tiene la impresión de que, para toda la gente que se desplaza a esta hora a su trabajo, la vida pública debe asemejarse a una riña de gatos, un asunto menor, algo que solo les interesa de vez en cuando, si es que les interesa en absoluto, pues lo normal es

que tengan la política como sinónimo de corrupción y mascarada. Si el fútbol es para muchos de ellos la más importante de las cosas menos importantes, la política es la menos importante de las cosas que importan. Un triunfo de la selección nacional viene a ser más trascendente que un escándalo político. Y eso es cosa que no tiene arreglo, porque el fútbol los hace felices y la política no.

Magda alza la mirada al espejo.

—¿Decías algo, Dani?

—No, nada, mi amor. Solo que tengo muchas ganas de llegar a casa.

Media hora más tarde, la Honda *Pilot* y la radiopatrulla traspasan la garita de seguridad del condominio Lomas del Bosque y se dirigen rápidamente a una casa situada a la orilla de un barranco.

Totalmente urbanizado, el condominio no está sin embargo concluido. Tiene aún terrenos vacíos y las viviendas se derraman aquí y allá entre un bosque de elevados árboles que parecen haber estado ahí desde que los sembraron los dioses. Y eso, en ciertos tramos de la impecable calzada por la que se desliza la Honda, da la impresión de constituir, más que un condominio de pequeñas propiedades, un espacio primigenio y encantado donde a la vuelta de una curva pueden aparecer la carroza de Cenicienta o una procesión de gnomos.

Cuando llegan a la casa, Magda apaga el motor y la radiopatrulla que viene detrás se detiene a veinte metros. Los niños se bajan del vehículo y entran en la vivienda. Sanabria se queda fuera y echa un vistazo alrededor.

—Vas a estar aquí como un pachá —le dice Magda—. Tendrás tranquilidad y silencio. El lugar ideal para convalecer.

—Claro —dice Sanabria distraído, aspirando el aire húmedo de la mañana—. Pero ahora no quiero entrar. Necesito oxigenarme un poco. Voy a dar un paseo.

—Estás todavía débil, Dani. Espera siquiera un día o dos.

—Necesito entender qué me sucede —replica él, echando a andar.

Magda ordena con un gesto a las empleadas de la casa que bajen las cosas del vehículo y le dice:

—Espera, espera. Te acompaño.

Caminan en silencio unos pasos y se alejan de la casa en dirección a donde el bosque es más denso.

—¿Qué te sucede, mi vida? —dice ella, tomándole del brazo.

—No lo sé. Creo que necesito serenidad. Hay lagunas en mi memoria, algo así como agujeros sin llenar.

—No me asustes.

—Estoy bien, Magda, estoy bien. Pero siento que no soy el mismo, que algo ha cambiado en mí. No sé qué es y me preocupa saberlo. Sobre todo, me sigue inquietando no saber qué es lo que fui a hacer el sábado a La Rosaleda.

—Te podría ayudar, si me hubieras dicho a qué ibas. Pero solo sé que Expósito llegó a casa ese día y que os fuisteis juntos al club.

—Sospecho que algo grave sucedió allí. Algo que nada tiene que ver con el azacúan y la fiebre del Nilo. Y quiero saber qué es. Si no lo hago, siento que jamás podré recuperarme.

—¿Algo grave? ¿Qué quieres decir?

—Son percepciones mías, solo eso. Sensaciones nuevas, ecos de mandatos íntimos, voces que murmuran en mi cerebro.

—¿Y esas voces te dicen o te han dicho algo en particular?

Sanabria mira las copas de los árboles y observa en silencio la espesa arboleda.

—Que me iban a asesinar, que quizás aún quieran hacerlo —dice.

—Me inquietas, Dani.

—Trato de no hacerlo, cariño.

—¿Y cómo lo sabes?

—No lo sé, solo lo presiento.

—Por favor, Dani, nadie quería asesinarte ni planeaba hacer nada parecido.

—Es solo una intuición, pero tengo la sospecha de que es cierta.

—No hablas en serio.

—Hablo muy en serio, pero no puedo explicarlo ni probarlo. Siento que mi subconsciente es un Ferrari y mi consciente una bicicleta. Y eso me contraría muchísimo, porque mi razón no puede avanzar con la rapidez que lo hacen mis

intuiciones.

Magda se vuelve hacia él con expresión de extrañeza.

—Me crees un paranoico, ¿verdad? Piensas, como el doctor Zayas, que debido a que mis neuronas están fuera de control, mi cerebro no funciona como debiera.

Ella tarda en responder.

—Solo trato de ayudarte.

—Me molesta que no confíes en mí.

—No, Dani, por favor, no digas eso.

—Sé lo que piensas. Ignoras, como yo ignoro, lo que ocurrió en La Rosaleda, pero crees estar en condiciones de saber qué me sucede.

—Eso no es verdad, Dani.

Sanabria se detiene, deja escapar un suspiro, abraza a su esposa y ambos se mantienen así, largo rato y en silencio, hasta que Sanabria rompe de nuevo a hablar.

—Perdona, mi vida. No sé lo que digo.

—Soy yo la que debe pedirte perdón, Dani. Te animé a meterte en este lío y ahora te estoy pidiendo que lo dejes.

—Fuimos demasiado ingenuos. Hemos pasado del entusiasmo a esta deprimente situación en una semana y eso ha alterado nuestras vidas. Pero el único culpable de lo que ha sucedido soy yo. Me duele el ridículo que he hecho, me subleva la vergüenza. Me usaron, Magda, me engañaron. Desde que salí del coma no hago más que darle vueltas a eso. Siento un malestar profundo del que no soy capaz de liberarme. Pero hubo una conspiración, estoy seguro. Y ahora van a crear con mi caso un problema institucional, ahí vas a ver. La memoria puede fallarme. Es caprichosa. No recuerda lo que uno desea, sino lo que a ella le parece. Pero mi mente está clara.

—De eso estoy convencida, Dani. Solo me preocupa que no puedas liberarte de esa cólera. Pero también creo que volver de golpe a lo que te llevó al hospital, no es la mejor decisión que puedas tomar en estos momentos. Para qué arriesgarte, mi amor, para que enzarzarte otra vez en el mismo pleito. Te puede costar la vida.

—Eso es verdad, pero quiero poner las cosas en su sitio. Y cuanto antes

mejor. He vivido con esa regla desde que pensaba que los sueños alargaban a la vida. Y ahora que están a punto de esfumarse, no va a ser muy diferente.

—Eres un profesional reconocido. No te faltaría el trabajo. Estamos bien, además, no nos falta nada. ¿Por qué insistir en algo que no salió como querías?

—Necesito sobrevivir a la política y a los políticos. Si no lo hago, quedaré destruido. No podré reponerme jamás, no podría seguir viviendo con el pesar de lo que debí hacer y no hice.

—Lo que te conviene es descansar, como te recomendó el doctor Zayas. Aún tenemos las reservaciones para el fin de año en Belice. Podríamos adelantar las fechas y tomarnos unos días allí los cinco, en una playa, alejados de todo y de todos.

—No podría haceros felices. Yo tampoco lo sería.

—Esto no es bueno para tu salud, Dani. Temo lo que te pueda ocurrir. Piensa en tus hijos, en mí, en el futuro de todos. Ahora por lo menos estás vivo.

—Es un riesgo que debo correr. Tengo que saber qué ocurrió en La Rosaleda. ¿Has hablado estos días con Expósito?

—No fue al hospital, pero llamó ayer preguntando por ti en cuanto se enteró de que habías despertado.

—¿Te dijo si vendría aquí, a la casa?

—No. Solo dijo que volvería a llamar.

—Entonces llámalo tú, hazme el favor. Llámalo ahora mismo. Todavía soy el presidente electo y tiene que obedecerme. Dile que quiero verlo cuanto antes.

La noticia saltó la mañana del 1 de diciembre y corrió por la ciudad como una estampida de canchinflines. Las emisoras de radio comenzaron a tronar después, seguidas por los noticieros de televisión. El diario digital *Soy502*, titulaba la primicia de este modo: «Continúa la incertidumbre». Y más adelante explicaba: «El dictamen neurológico provisional de la comisión de expertos no aclara si Daniel Sanabria podrá asumir el 14 de enero la presidencia de la República. Se necesitarán más exámenes y algún tiempo para emitir un diagnóstico definitivo». Y en unas declaraciones hechas al

mencionado noticiero, el doctor Zayas advertía: “La ciencia no puede hacer otra cosa que lo que estamos haciendo. Y en esta hora difícil, quisiera recordar a todos que la ciencia nada tiene que ver con la política”.

Sanabria había dejado de ser el protagonista del drama. La posibilidad de que Tulio Expósito fuese el próximo presidente había encendido todos los circuitos de la especulación y la ansiedad. Las opiniones se destaparon y con ellas los tú por tú. Y a eso del mediodía, los más enterados, o los más aventurados, empezaron a decir que, salvo que un milagro lo remediara, Expósito sería el próximo presidente de la República.

En la sede de la coalición Patria y Bienestar, Altagracia Jiménez se encargaba a su vez de hacer una breve declaración a la prensa en la cual la agrupación política ganadora de las elecciones resumía así su postura: “Nosotros vamos a respetar el dictamen de la ciencia. En cuanto a don Tulio Expósito, debe comprenderse que no haga comentario alguno sobre el diagnóstico. No es fácil para un político irreprochable como él hacer declaraciones acerca de una situación tan delicada como la suya”.

Campo de Marte, mismo día, 2:45 p.m.

Cuando el *Picanto* se detiene frente al semáforo en rojo de la Guardia de Honor, Luisa Fernanda no ha decidido aún qué hacer, pero la ira del amor malogrado no la deja de acosar. Aún se siente herida e insegura a pesar del desahogo y el consuelo que han supuesto las dos horas compartidas con su madre. Solo hasta ayer había sido feliz en su pequeño mundo, aun con la mentira de la que ella y Chris se habían servido. No fue un engaño a propósito. Ni siquiera una mentira piadosa. Fue un modo de preservar un amor que de otro modo no habría sido posible. Y ahora esa felicidad provisoria le ha sido arrancada de un tirón.

Más de una vez tuvo el palpito de que su relación con Chris sería fugaz. La intensidad del amor genera temores de ruptura más intensos que cuando es prolongado y constante. Pero al mismo tiempo confiaba en que la eventual separación estaba lejos y que, en el caso de ocurrir, tendría lugar sin agonía.

Ahora en cambio caía en la cuenta de que, en el amor, la agonía no viene antes de la muerte, sino después, cuando el ser amado se ha ido. Una agonía parecida a una lluvia fina y tenaz que se desborda por los ojos sin que ningún dique pueda contenerla.

Mientras espera a que el semáforo cambie, observa ensimismada la mole grisácea del cuartel. En lo alto de la torreta de la esquina, hay una estatua de un policía militar uniformado y un perro pastor alemán, ambos en actitud vigilante. Un imprevisto simbolismo de sí misma, la curadora de *Surcos y Senderos*, la guardiana que vigila el sistema, pero que nunca se adentró en su interior porque, al igual que los dos custodios del cuartel, su misión era mirar hacia fuera.

Nadie podrá arrebatarse de su memoria la dicha de saber que Chris fue por un tiempo suyo, pero tampoco impedir que su corazón se haya ido moviendo del duelo a la inconformidad y de la autocompasión a la cólera y a un sombrío deseo de hacer daño. Si es verdad lo que Carpenter y García Mena le han dicho, ha dejado de ser una especialista en seguridad informática. Ahora es una ciberdelincuente. Y no solo eso, sino también la víctima de un chantaje policiaco ante el que debe claudicar, si quiere escapar del enredo.

—Podríamos acusarla de complicidad, si no colabora —dice de repente, en voz alta, haciendo mofa del español con acento que utiliza Carpenter—. Sería bueno que desapareciera por un tiempo. ¿Tiene usted seguro de vida, señorita?—payasea, afilando la voz e imitando el tono de García Mena—. Hijos de su madre.

—Te escucho, Filadelfo.

—¿Dónde están?

—Justo detrás de ella. Frente a la Guardia de Honor.

—¿Y qué ha hecho desde que la siguen?

—Nada. Todo el tiempo se lo ha pasado en una casa de la Zona 4, aquí cerca, donde viene algunas veces. Ha estado ahí como dos horas. Pensamos que fue a almorzar con una señora mayor que vive ahí.

—Será su madre.

—No lo sé, Fila. Pero se abrazaron al despedirse.

—¿Y en qué dirección va ahora?

—Parece que a la oficina. ¿Qué hacemos? ¿Le damos viaje?

—Les llamaba para eso. Hoy no se va a poder. El jefe necesita la *Suburban* en diez minutos. Vénganse para acá ahorita, ahorita.

El *Chero* Ramos arrebató a Zetino el teléfono de las manos.

—Es una buena ocasión, Fila —le dice—. Y no llevaría mucho tiempo. En la misma calle de la oficina lo podemos hacer, antes de que entre a trabajar. El lugar está solo y no hay casi nunca nadie cerca.

—No seas necio, *Chero*, y vénganse para acá. Tenemos otras cosas que hacer. Esta noche o mañana resolveremos el asunto de la chavita.

—Está bien, Fila. Pero acordáte que fuiste vos quien dijo que esto había que hacerlo cuanto antes.

—No se me olvida.

El disco del semáforo cambia a verde. Luisa Fernanda pasa ante el cuartel de la Guardia de Honor, gira a la izquierda y emprende el camino a la oficina. El tráfico es tan intenso y su carro tan menudo que se siente como llevada en volandas por los vehículos que corren a la par.

Medio kilómetro adelante, Luisa Fernanda ha dejado de prestar atención al verdor que adorna a un lado y otro la parábola invertida en que poco a poco se va convirtiendo la calzada que conduce a Vista Hermosa. Su mente está en el lugar donde trabaja cada día, el salón con las dos IBM, el zumbido del aire acondicionado, los dos ucranianos y el ruso que trabajan en la pecera, el detector de metales, el vigilante en el balcón que da al barranco, las alarmas, las antenas.

Visto todo eso con la mentalidad de Carpenter o García Mena, la casa de Vista Hermosa no sería más que un centro clandestino de *hackers* y piratas informáticos. No está del todo segura, pero podría averiguarlo. Y no para información de la policía, sino para asegurarse ella misma de que la historia de *Surcos* y *Senderos* es cierta. Todo es posible en el mundo digital, tan misterioso, tan nuevo. Y a la vez tan vulnerable. Un cracker bien entrenado podría invadir el sistema en unas horas. Lo saben los bancos, los gobiernos,

los bufetes de abogados, el Pentágono, la CIA, Amazon, eBay, la NSA. Todos ellos han sido víctimas alguna vez de intrusiones como las de WikiLeaks o Panama Papers. Y no porque hayan dejado de proteger con los mejores equipos sus sistemas y sus redes, sino por fallos humanos, algunos ciertamente estúpidos.

Ella misma podría hacerlo, si se lo propusiera. Tiene las armas y el conocimiento. Puede manejar programas de penetración y rastreo, como John the Ripper y Cain & Abel, así como operar sistemas de encriptación y descodificación. Podría utilizar un *wipe command* para borrar en instantes toda la información que guardan los *zEnterprise*. Incluso sería capaz de desatar un ciberataque con éxito para cualquier fin que se propusiera: robar datos financieros, números de cuentas corrientes, de tarjetas de crédito, direcciones de correo electrónico. No sería una experta en seguridad informática si no supiese lo que crackers, invasores y piratas intentan hacer cada día. Un cracker es en realidad un cerrajero que ha corrompido su profesión. Y de repente, Luisa Fernanda se sorprende pensando en lo fácil que sería transformarse en una experta cerrajera.

Once

Lomas del Bosque, Muxbal, viernes 1 de diciembre, 3:15 p.m.

Sanabria ha salido a recibir a Expósito, luego de ser avisado por una de las radiopatrullas que custodian la casa. El vicepresidente ha llegado en plan ufano y arrogante, vestido como un ejecutivo de Wall Street y custodiado por dos vehículos negros de vidrios polarizados. Ambos hombres se saludan en la puerta con un apretón de manos, sonrían, se echan flores uno al otro, intercambian cortesías, qué bien le veo, usted no digamos, mientras se encaminan al estudio de Sanabria. Solo hay una nota disonante en el encuentro: las reiteradas y furtivas miradas que Expósito le dirige a Sanabria, como si lo estuviera sometiendo a un examen de rayos x.

—Iré directamente al grano, Tulio. La razón de querer hablarle esta mañana es saber qué estábamos haciendo el sábado en La Rosaleda.

—Nada especial —replica Expósito, adoptando una pose indiferente y mirando a la ventana como quien mira a una coliflor—. Vine a su casa, nos fuimos juntos al club y allí nos reunimos con Altagracia, Boris, Bertita y los demás. Desayunamos. Empezamos a hablar. Fue una reunión agradable. Mi propósito era hacer un primer ejercicio de planificación y coordinación con el gabinete. Hablar de los avances en algunos temas, como el de la transmisión de mando y unificar algunos criterios. Una práctica frecuente en los procesos de transición de poderes antes de tomar posesión. De pronto, usted empezó a sentirse mal. Inexplicablemente, debo decir, porque no había desayunado. Y eso es todo.

—No puedo recordar nada de eso.

Expósito le sostiene la mirada.

—Pues eso fue lo que ocurrió.

—Magda me dice que me llevaron al hospital en un helicóptero. ¿De quién era el aparato? Me gustaría darle las gracias.

Expósito vuelve a mirar la ventana como si la coliflor siguiera allí.

—Lo ignoro, señor presidente. Cuando usted cayó al suelo, se produjo una gran confusión. Entraron guardaespaldas, camareros, jardineros. Alguien, no recuerdo quién, sugirió que lo lleváramos a uno de los dos helipuertos del campo para ver si había algún aparato que le pudiera trasladar al hospital. Y en efecto, lo había. Pero no sabría decir de quién era.

—¿Solo estábamos las personas que dice, usted, el gabinete y yo? ¿No había ningún invitado?

—No, señor presidente.

—Otro asunto, Tulio. ¿Qué está sucediendo ahora?

Expósito le devuelve un gesto de extrañeza.

—Nada que no pueda usted saber o yo no sepa, señor presidente. ¿Qué puedo decir? Lo que hay es lo que probablemente ya sabe, la curiosidad de los medios, la impaciencia de algunos, las exigencias de otros. Estamos muy presionados.

—Nada que usted no pueda manejar.

—Sí, pero la situación es anómala, como podrá comprender.

—Y “la situación” soy yo.

—Por supuesto, señor presidente.

—Hábleme con franqueza, Tulio. ¿Quién será, según su opinión, el próximo presidente de la República?

—Eso no depende de mí —responde con frialdad Expósito.

—Entonces, ¿qué opina del dictamen provisional del doctor Zayas y sus colegas?

—Comprenda que es muy incómodo para mí hablar de eso. Cualquier cosa que dijera al respecto podría malinterpretarse.

— Sí, ya sé, ya sé. Pero qué opina.

—No me agrada esa pregunta —dice Expósito escondiendo la voz.

—Sabía que no le iba a gustar, pero necesito una respuesta.

—Yo haré lo que ordene la Constitución y disponga el Congreso de la República.

—Déjese de babosadas, Tulio. Usted es la Constitución y el Congreso de la República. A una orden suya, los diputados pueden declararme incapacitado para ejercer el cargo de presidente.

—Siempre que haya un diagnóstico médico desfavorable.

—Quiere decir un ambiguo dictamen como el que acaba de emitir el doctor Zayas, un diagnóstico que le favorece a usted.

—No soy un aprovechado.

—No he dicho que lo sea. Solo quiero que me responda a mi pregunta.

Expósito mira muy serio a Sanabria.

—Creo que usted debe ser el próximo presidente de la República.

Sanabria se echa hacia atrás en el sillón.

—¿Lo juraría sobre la Biblia?

—Sin un átomo de duda.

—Usted no es un hombre creyente.

—Pero usted sí. Por eso le ruego que me crea.

—¿Me tiene por creyente o por crédulo?

Expósito se pone de pie.

—No quiero fatigarle más, señor presidente. Usted necesita descansar y yo no quiero abusar de su tiempo. De mi parte solo deseo decirle que la coalición y el país lo necesitan ahora más que nunca y que todos dependemos de su pronta y feliz recuperación.

En el pórtico de la casa, un brazo sobre el hombro de Magda, Sanabria despide con la mano a Expósito quien devuelve el saludo desde su *Blazer*.

Magda dice en voz baja a su esposo.

—¿Qué sacaste en conclusión?

—No le creo ni una palabra.

A medida que Luisa Fernanda ha ido ascendiendo a la meseta de Vista Hermosa, una amenazadora mancha de nubes color plomo ha bajado hasta las cimas de los cerros. Es raro que llueva estos días, pero en Guatemala hasta el

clima ha empezado a dar sorpresas. Hace medio siglo, las lluvias terminaban en octubre. Ahora hay años que se prolongan hasta noviembre.

Luisa Fernanda llena los pulmones de aire y lo expulsa con suavidad. Echa un vistazo al espejo retrovisor, se retoca con un dedo las cejas y se alisa el cabello. Y mientras espera frente a la garita de seguridad de la colonia que comprueben su licencia de conducir, murmura: “Cuando llegues, actúa como cada día. Saluda, sonríe. No des señales de miedo. Que todos al verte piensen que eres una mujer feliz”.

La talanquera de la garita se alza y Luisa Fernanda accede a la colonia justo cuando en su iPhone suena una especie de campanilleo sideral.

—¿Aló?

—¿Hablo con Luisa Fernanda Najarro?

—Sí, ¿qué desea?

—Soy el inspector García Mena... por favor no cuelgue. Solo quiero darle una información.

Luisa Fernanda guarda silencio.

—He hablado con Harry Carpenter. Él fue quien me dio su número, ya que usted prefirió no hacerlo. Y quería decirle antes que nada que tanto él como yo consideramos que es usted una persona inocente.

—Ah, muchas gracias, no sabe cómo se lo agradezco.

Hace una pausa burlona y agrega.

—A los dos.

—Es en serio, señorita. He recibido datos adicionales sobre el tipo de gente para la que trabaja y, créame, corre usted un serio peligro.

—Y usted quiere venderme un seguro de vida.

—Puede pensar lo que quiera, pero yo tengo la obligación de decírselo. Sepa que en el tiempo que lleva trabajando para *Surcos y Senderos* ha estado sometida a prueba.

—Vaya novedad, inspector. Por supuesto que estoy a prueba. Llevo con ellos tres meses.

—No es a eso a lo que me refiero. Escúcheme bien. En breve le dirán la verdad del negocio al que se dedican y le harán una oferta. Una buena oferta. Y no podrá rechazarla porque ya le habrán revelado el secreto de la

operación. Si se queda, ganará un buen dinero, pero nunca volverá a vivir en paz. La ley la seguirá mientras viva adonde quiera que vaya. Ahora bien, si les dice que no acepta, la asesinarán sin más trámite. Esa es la trampa, señorita. Si quiere vivir, no le queda más opción que convertirse en uno de ellos. No está usted en manos de unos *hackers* cualquiera. Está en manos de una poderosa banda de criminales.

Luisa Fernanda detiene el *Picanto* y se estaciona frente a la casa que fuera residencia del expresidente Pérez Molina.

—Siguen queriendo chantajearme —dice furiosa—. Usted y ese fulano de la DEA.

—Sea razonable, seño. Nosotros queremos atrapar a esos delincuentes, pero también protegerla a usted. Se encuentra en peligro. De veras. Y es un peligro real e inminente.

Luisa Fernanda corta la llamada y se queda mirando al cielo. No está del todo convencida de la advertencia de García Mena, pero ahora se percata de que, si lo que dice es verdad, no debería arriesgarse a comprobarlo de la manera que había planeado, que era hacerlo desde dentro. La registran al entrar y al salir, debe dejar el teléfono al agente que controla el detector de metales y no puede comunicarse con nadie hasta que no sale de la oficina. No se le permite llevar nada en el cabello y debe guardar un secreto absoluto sobre el trabajo que hace. Y eso unido a lo que el inspector le ha dicho, ha llevado la aprensión a su estómago y el temor a su espíritu. Solo tendrá paz si logra averiguar qué hay de cierto en lo que le ha contado García Mena, si en verdad ha sido engañada por la gente de Rodas y si la organización de este es la causante de la probable muerte de Chris.

Pero eso necesita cautela. Y guiada por un súbito impulso, Luisa Fernanda gira el *Picanto* en redondo y regresa a la garita. Abandona rápidamente la colonia, sale al bulevar y marca un número en el iPhone.

—¿Vladislav?

—Sí, Luisa Fernanda.

—He tenido un contratiempo. Mi madre ha sufrido un desmayo y he tenido que hospitalizarla. No sé cuándo podré salir de aquí, pero me temo que no podré ir a la oficina esta tarde.

—¿Vendrás por la noche? —pregunta Vladislav arrastrando las erres.

—No, Vladislav, no puedo.

—Pero te necesitamos aquí.

—Haré algo mejor. En cuanto mi madre se haya recuperado, la llevaré a mi apartamento y desde allí me pongo en línea con vosotros. No sería la primera vez que hago el trabajo desde casa. ¿Te parece?

—Por supuesto que no. El señor Rodas tenía pensado venir esta tarde y yo quisiera que estuvieses aquí.

—Lo lamento Vladislav, pero no puedo ir esta tarde. Sin embargo, puedo hacer el trabajo desde mi casa, si me das un password de 24 horas para poder trabajar. ¿De acuerdo?

Hay un silencio en la línea.

—Está bien —dice al cabo de un rato Vladislav—. Pero me avisas en cuanto termines.

El sol ha empezado a caer y el cielo ha adquirido un tono de color cerveza. Luisa Fernanda entra en su apartamento y se dirige a la cocina. Vacía la bolsa de abarrotes adquiridos en el supermercado y los coloca en la refrigeradora. Entra a su dormitorio, se desviste y se enfunda, pensativa, unos pantalones flojos, unos calcetines gruesos y una camiseta gris.

La soledad nunca viene sola. Siempre trae compañía. Como la depresión, el duelo por el amor perdido, la añoranza. Las conjeturas y los escrúpulos se agolpan en su mente y, aunque está decidida a afrontarlos, no puede escapar de ellos.

Rayos, ¿cómo pudo ser tan ingenua?

No tiene, sin embargo, una idea clara de por dónde meter mano al asunto. Sabe que para penetrar en el sistema debe hacerlo como usuario legítimo y esa categoría solo la poseen Vladislav y los dos ucranianos. Cuenta con un pequeño equipo, su software y la noche. Podría ser suficiente para averiguar la verdad y, de paso, salvar su vida, si es que García Mena es lo que parece y no un embaucador y un embustero.

Se prepara un termo de café, toma un tazón más alto que ancho y se dirige a un rincón del apartamento que adorna la penumbra del atardecer. Y durante unos segundos observa sus armas. Un pequeño escritorio, una silla giratoria,

una lámpara de mesa color verde, dos pantallas de veinte pulgadas, una laptop marca Alienware, un lector de frecuencias, dos memorias SSD de dos *terabytes* cada una y una parafernalia menor de aparatos conectados a la computadora.

Se sirve café en el tazón y se sienta ante el escritorio. Enciende el celular, busca la aplicación de música en línea y oprime el icono. El reproductor inalámbrico comienza a sonar. Es el primer movimiento del *Concierto Emperador*, el cual, por unos momentos, Luisa Fernanda dirige alzando los brazos y cerrando los ojos.

Luego toma un sorbo de café y comienza a teclear.

Si para abrir la cueva de los cuarenta ladrones, Alí Babá utilizaba un password sencillo, “ábrete, sésamo”, Luisa Fernanda usa otro algo más complicado para entrar a los *zEnterprise* de IBM. Pero no puede llegar muy lejos con él. Para avanzar en el laberinto informático de *Surcos y Senderos*, debe transformarse en algo parecido a uno de esos vigilantes nocturnos que, linterna en mano, se mueven de noche en las sombras por pasillos y oficinas de los grandes edificios, atentos a cualquier movimiento o cualquier ruido. Y para eso es necesario llevar a cabo una serie de procesos.

El primero consiste en cargar la Alienware con un lenguaje de programación llamado PowerBuilder, capaz de generar reportes a partir de grandes cantidades de registros y cifras. El siguiente lleva por nombre DataWindow, un programa que edita, visualiza y manipula datos en pantalla. Y el tercero se llama Drupal, un paquete de gestión que facilita la localización y revisión de archivos almacenados en extensas bases de datos y que suelen utilizar agencias tributarias, gobiernos y grandes empresas.

Por último, pero no menos importante, debe utilizar un astuto spyware que lleva el nombre de LeCarré, con el cual intentará acceder a los códigos, contraseñas, archivos, documentos y correos de los *zEnterprise*. Nada de particular. Todas ellas son herramientas que conoció y aprendió a usar en el California Institute of Technology.

Su propósito ahora es hacer las veces de un topo. Acceder a la red de la compañía, primero, y, viajando por túneles y desfiladeros ocultos, saltar por encima de los *firewalls* que encuentre en el camino y pasar de un nivel a otro superior hasta dar con la cueva que guarda la información que desea.

Pero antes necesita transformarse en un superusuario del sistema. Y en eso le ayudará Vladislav, merced al password que le ha facilitado. Le seguirá a hurtadillas durante horas por la red, imitará sus idas y venidas, sus movimientos, sus giros. Y cuando Vladislav concluya su turno de noche y se salga del sistema, ella iniciará el ciberataque en los pocos minutos de que dispone antes de que el nuevo operador ocupe su puesto. El sistema grabará su entrada, la hora de conexión y desconexión y la tarea ejecutada. Nadie sospechará de ella. Es su trabajo de cada día.

A los ojos de un profano, podría parecer algo complejo, mas no para Luisa Fernanda. Ni para otros muchos tampoco. El año 2016, un millón y medio de empresas sufrieron en el mundo invasiones de este tipo y las pérdidas superaron los dos trillones de dólares. Y se podría aducir que hay personas y empresas más expuestas que otras por falta de precaución, pero no es cierto. Un año más tarde, además de producir pérdidas parecidas, los *hackers* habían colapsado el sistema de salud del Reino Unido, las fábricas de Renault y de Nissan, el Banco Central ruso, el sistema ferroviario alemán y el gigante de correo privado, Federal Express.

—¿Hablo con Harry Carpenter?

—Sí, inspector, soy Harry.

—Le tengo noticias. Y esta vez sí son buenas. Hemos localizado a uno de los tipos que salieron de La Rosaleda a media mañana del sábado. Era el que manejaba la *Suburban*.

—¿Está seguro?

— Vive en la colonia Justo Rufino Barrios y lo hemos seguido hasta un edificio de apartamentos de la Zona 14. Estamos esperando a ver si lo podemos vincular con Rodas. Si lo conseguimos, tal vez podamos atrapar a su sospechoso.

—Eso sería magnífico.

—Le aviso en cuanto sepamos algo más.

—Muchas gracias, inspector.

Sábado 2 de diciembre, 4:50 a.m.

Luisa Fernanda siente molestias en la espalda y en el cuello, pero no puede apartar su mirada hipnótica de las pantallas que tiene ante ella. De improviso, luego de más de diez horas de trabajo, se ha producido una especie de explosión de poporopos digitales que, en forma de pequeñas ventanas, se abren y cierran a velocidad de vértigo. Las pantallas han ido mostrando silenciosas apariciones de una especie de biblioteca virtual donde pueden consultarse listas de transferencias de dinero, la mayoría en criptodivisas, códigos de acceso a cuentas corrientes, escrituras de sociedades terminadas en inc. o en corp., bancos y entidades financieras, envíos, recibos, contratos, correspondencia.

Luisa Fernanda ha detectado asimismo que no son solo los dos *zEnterprise* los únicos implicados en la operación, sino los de otras diecinueve estaciones parecidas, situadas en países casi desconocidos, como Nauru, Surinam, Niue, las Islas Cook o Tayikistán, estaciones a su vez vinculadas a otra red de seis mil servidores que entrecruzan información a la velocidad de la luz hasta hacer desaparecer el origen y el destino del dinero. Las IBM lo toman de una cuenta, la fragmentan en miles de pequeñas transacciones y transfieren ese dinero pulverizado a otras cuentas escondidas en docenas de bancos domiciliados en las Islas Vírgenes británicas, Samoa, Bahamas, Islas Seychelles. No hay tecnología capaz de rastrear tales sumas. Algunas cuentas tienen códigos cifrados que llaman la atención de Luisa Fernanda como taj.17, aca.65, fue.72, zun.11, at.9, aya.3. La cueva del tesoro se ha abierto, pero Luisa Fernanda no tiene tiempo de averiguar el contenido de los *zEnterprise*. Debe escapar antes de que regresen los ladrones. Así que da unos teclazos más y los *zEnterprise* comienzan a escupir nombres, cifras, direcciones, datos, que las dos memorias SSI conectadas al Alienware empiezan a deglutir a grandes tragos.

Veinte minutos después, todo ha concluido. Han sido casi 11 horas trabajando y mirando a las pantallas. Pero la cosecha es abundante. Y cuando Luisa Fernanda la examina, se queda atónita. El dinero blanqueado asciende a

130 millones de dólares, de los cuales *Surcos y Senderos* se embolsa una comisión del 3 por ciento, unos 4 millones de dólares en una noche.

La ciudad se empieza a desperezar con las primeras luces. La mañana está gris y la temperatura es de 13 grados. El tráfico no es aún el espanto de cada día y Luisa Fernanda decide enfundarse un top deportivo, una camiseta y unos pantalones ajustados y salir a correr para despejarse.

Lo hace durante una hora.

Regresa al apartamento, se ducha y se viste. Hace café, toma un yogur y, mientras saborea la primera cucharadita, marca un número de teléfono.

—¿Ana Isabel? Soy Luisa Fernanda, ¿cómo estás?... Yo de primera, niña... Mirá, Chabelita, me preguntaba cómo estás esta mañana de tiempo y si podías darme unos minutos. Los justos para tomar un café. ¿Sí? Ay, qué alegre, Chabe. ¿Te parece que nos juntemos en el centro comercial Las Américas? Así no tienes que alejarte de la oficina. ¿A las 10 estaría bien? Gracias, Chabe linda. Un beso.

Marca después otro número.

—Hola, Vladislav —dice—. ¿Cómo has pasado la noche? ¿Listo para irte a casa? Qué bien... Sí, todo nítido y limpio... No, ninguna novedad. Noche tranquila. Ni un solo intento. Puedes darte una vuelta por el sistema y comprobarlo... Llegaré por ahí al mediodía, ¿de acuerdo? Gracias, Vladislav. Nos vemos.

Doce

Lomas del Bosque, Muxbal, sábado 2 de diciembre, 8:00 a.m.

Daniel Sanabria dobla el ejemplar de *el Periódico* y lo deja caer en la mesa auxiliar situada al lado del sofá. No le ha ayudado nada leer sus páginas. Su nombre y su foto están en la portada, pero ni las noticias ni las opiniones dicen nada nuevo.

Se levanta del sofá, da unos pasos hasta la vidriera que da al jardín y al barranco y cruza las manos a la espalda.

Sin hacer ruido, Magda entra en el estudio y se abraza a él por detrás.

—No he hecho más que pensar en lo que hablamos ayer —dice besándole un hombro.

—¿Y qué has pensado?

—Que tenías razón. No puedes darte por vencido ahora. Y en lo que a mí respecta, estamos en esto juntos y así vamos seguir.

Sanabria se vuelve a su esposa y en sus labios encuentra la misma mirada, fresca y penetrante, de aquel día de mayo en la Plaza de Italia cuando se aferró a la mano de ella para no caer.

—Gracias, mi amor —le dice al oído—. Yo también lo he pensado. Toda la noche. Tú has sido la luz de mi vida y el freno de mis entusiasmos, a menudo excesivos. Pero ahora estamos solos. Y esta realidad ha caído sobre mí como un alud. Pensé que, en circunstancias normales, tendríamos la ayuda de la coalición, de Tulio, de la opinión, de la gente que me eligió. Temo, sin embargo, haberme convertido en alguien de quien se puede prescindir —dice

al tiempo que entrecierra los ojos y escudriña los elevados árboles del jardín.

—¿Qué miras?

—Ese dron que está dando vueltas en torno a la casa desde hace una hora.

—La gente quiere saber de ti, pero tu seguridad es más importante ahora. La casa está protegida; la colonia, vigilada. Tenemos los teléfonos encriptados y nos comunicamos por líneas seguras. Hay dos radiopatrullas que nos cuidan, además de los agentes que vigilan el barranco. Debemos estar así hasta que la tormenta pase y veamos qué sucede. Y a propósito de lo que vaya a suceder, recibí un mensaje de Zayas. Vendrá el sábado con los doctores para hacerte la primera evaluación.

—Había olvidado eso.

—Que para ti va a ser poco agradable.

—¿Te puedes imaginar los tests, las pruebas, las estupideces que me van a preguntar? ¿Qué es toda esta tontería? ¿Una vista pública? ¿Un tribunal de fuero especial? Si el mismo Zayas dice que no hay órgano más oscuro y extraño que el cerebro, ¿qué es lo que creen que pueden averiguar del mío?

—Tendrás que armarte de paciencia.

—Magda, mi amor, estoy bien. Me siento bien. Solo siento que el carácter me ha cambiado un poco.

—No tienes que decírmelo.

—Pero eso tiene arreglo, te lo prometo.

—Señora...

Magda y Sanabria se vuelven a un tiempo. María Soledad, la empleada de confianza de la casa, está en la puerta del estudio.

—Disculpe, señora, pero los patrulleros han detenido a una persona que quería hablar con don Daniel.

—Esto es como las fiestas de los patojos: siempre hay alguno que se cuele —dice Magda—. ¿Y cómo entró a la colonia?

—No lo sé, señora.

—¿Qué aspecto tiene? —pregunta Sanabria.

María Soledad hace una mueca ambigua.

—Normal.

—¿Dijo su nombre?

—Solo que trabaja en La Rosaleda y que tiene algo suyo, algo importante que quiere entregarle.

—¿No dijo qué?

—No, señor.

—Creo que es la persona que tenía tu número y llamó por teléfono ayer — dice Magda.

Sanabria se dirige a la puerta y desde allí echa un vistazo a los patrulleros. Los cuatro policías rodean a un hombre que hace visibles gestos de no estar de acuerdo con lo que le exigen. Sanabria duda unos instantes, pero al cabo grita desde la puerta:

—¡Déjenlo pasar, por favor!

Cuando el hombre está cerca de él, Sanabria le dice:

—Le ruego disculpar a los agentes. Todos estamos muy alterados estos días. ¿Cómo es su nombre? Disculpe, lo he olvidado.

—Ventura Ramírez.

El hombre habla con la voz aún turbada por el susto y entra al despacho de Sanabria con alguna aprensión. Viste con pulcritud y tiene ademanes medidos, manos muy limpias y cabello semicano.

Sanabria le ofrece uno de los sillones del estudio. Ramírez se sienta en el borde, con la espalda recta y las manos entrecruzadas, como si estuviera en misa.

—Me dicen que está mejor, señor presidente.

—Bastante mejor, muchas gracias.

—Qué bueno, señor presidente. No me recuerda, ¿verdad?

Sanabria enarca las cejas.

—No, lo siento. No lo recuerdo.

—Soy el jefe de eventos de La Rosaleda . Yo fui quien los recibió, a usted y a don Tulio Expósito, a primera hora del sábado en la casa número 4 del club.

Sanabria asiente en silencio, con un gesto ambiguo que revela su esfuerzo por recordar.

—Lo escucho —dice.

—Ese día, después de hablar unos momentos con ustedes, me quedé fuera

del salón con dos camareros por cualquier necesidad que tuviesen en el curso de la reunión, ya que no nos habían autorizado interrumpirla ni estar presentes, salvo que ustedes nos lo pidieran.

—Ajá.

El gesto de Sanabria ha dejado de ser esquivo. Ahora es interesado y atento.

—También había tres guardaespaldas viendo que no entrara nadie. Y así estuvimos como dos o tres horas. Serían más o menos las once cuando la puerta del salón se abrió de golpe y apareció doña Altagracia Jiménez gritando a los guardaespaldas: ¡El señor presidente se ha desmayado! ¡Vénganse los tres a ayudar, hay que llevarlo de inmediato a Guatemala!

»Los tres guardaespaldas entraron al salón y yo les seguí por ver si podía ayudarles. Estaban muy alterados. El señor Rodas, los ministros, las señoras. Usted estaba tendido en el piso y le salía espuma por la boca, mientras la doctora Waleska Cisneros, de rodillas junto a usted, intentaba reanimarlo. Todos hablaban a un tiempo, iban, venían, hacían gestos. Alrededor de la mesa habíamos puesto cartulinas con los nombres de las personas que asistirían a ella. Entonces observé algo raro. Doña Altagracia se acercó al lugar donde figuraba el de usted y con gesto rápido tomó en las manos un vaso de jugo de toronja. Salió precipitadamente al jardín, vació el vaso en la grama y, a la misma velocidad que había salido, volvió a entrar y dejó el vaso en la mesa como si tal cosa.

—No me diga.

—Lo hizo con disimulo, mirando para otro lado, como una niña que acaba de hacer una travesura. Pero el revuelo era grande y nadie se había dado cuenta. Y yo me pregunté qué necesidad tenía de haber hecho eso. El jugo estaba frío y recién exprimido. No tenía por qué tirarlo. Pensé entonces si habría sido el jugo lo que le había caído a usted mal, cosa rara, pues nos esmeramos muchísimo en manejar los alimentos, y si la señora Jiménez, molesta por esa razón, había vaciado el resto del vaso en el jardín. ¿Recuerda usted haberlo probado?

—No tengo memoria de eso.

—Ya —dice, pensativo, Ramírez—. Bueno, el caso es que don Tulio

ordenó a sus guardaespaldas que lo tomaran a usted en brazos y se lo llevaran al helicóptero en el que habían llegado don Emilio Rodas y otro señor.

—¿Otro señor?

—Uno que parecía extranjero y que había llegado poco después.

—¿Sabe o recuerda su nombre?

—No, señor presidente, pero le voy al asunto. Diez o quince minutos más tarde no había nadie en el salón. Ordené a mis camareros retirar el bufé, me acerqué a la mesa de sesiones y empecé a retirar tazas y platos. Cuando llegué al puesto que tenía su nombre, vi un celular. ¿Recuerda eso?

—No, pero he echado de menos el mío. Nadie sabe dónde ha ido a parar.

—Pensé que a causa del revuelo, alguien lo había olvidado allí. No sabía de quién era, aunque supuse que podía ser suyo. Lo tomé para devolvérselo, pero entonces me di cuenta de que estaba encendido. Lo supe por una franja roja que había en la parte superior de la pantalla. ¿Tampoco se acuerda de eso?

Sanabria le devuelve un amago de estupor.

—Para serle sincero, no. Pero no me sorprende. Acostumbro a poner la grabadora en las reuniones, en lugar de tomar notas. Luego le pido a mi secretaria que transcriba lo hablado.

—Había una aplicación abierta. Debió de dejarla así cuando se desmayó. Apagué el teléfono y pensé en ir al hospital para entregárselo personalmente. Pero al rato supe que se hallaba en coma y por prudencia decidí esperar, no fuera que la grabación cayera en manos indebidas. Y aquí lo tiene, señor presidente —concluye Ramírez, sacando un iPhone de un bolsillo y entregándoselo a Sanabria.

—Y usted escuchó la grabación.

No ha sido una pregunta, ha sido un aserto.

—Si no la hubiese escuchado —le dice Sanabria— no habría pensado que la grabación correría peligro de caer “en manos indebidas”.

Ramírez asiente varias veces sin decir palabra. Por último, inclina la cabeza, dirige la mirada a la alfombra y dice:

—Sí, señor presidente. Escuché todo lo que ustedes hablaron. Disculpe.

—Pero no borró la grabación.

—No, señor presidente. Sigue intacta, igual que cuando la encontré.

—Y dígame, señor Ramírez, ¿qué fue lo que escuchó?

—Hubo cosas que no entendí muy bien. Todo lo demás está clarísimo. ¿De veras no se recuerda lo que hablaron? ¿Nada de nada?

—Así es. Pero por su actitud y su gesto se me hace que fue algo importante.

—Cuando lo escuche, le va a sorprender. Estoy seguro.

—Lo haré hoy mismo.

Ramírez vuelve a asentir, pensativo.

—Antes de irme, sin embargo, quisiera decirle otra cosa, señor presidente.

A Sanabria le tiene impresionado la perspicacia y sensatez de un hombre que no parece tener otra preparación que la de organizar bufés y manejar camareros. Pero más le sorprende que Ramírez se incline ahora hacia adelante, libere las manos que tenía en actitud de rezo y las apoye en las rodillas al tiempo que, mirando fijamente a los ojos s Sanabria, le diga con absoluta seriedad:

—Yo voté por usted, señor presidente. Y la gente que como yo lo elegimos para que enderezara el país, le pedimos que no se dé por vencido... disculpe... No soy nadie para hablarle así, pero sepa que hay millones de guatemaltecos que piensan como yo y que, si estuvieran aquí, le dirían lo mismo. No consienta que le echen a un lado. No entiendo mucho de política, pero sí de lo que está bien o está mal. Y eso no es tan difícil de saber, señor presidente.

—¿Cómo está su corazón, divina Débora? —dice Expósito, observando los árboles que desfilan ante él tras los cristales polarizados de su *Blazer*.

—Todavía un poco inquieta —responde Gracita.

—Pues para eso te llamo, para que se tranquilice, mi leona. Vengo de ver al hombre y no hay de qué preocuparse. Lo encontré flaco y demacrado. No creo que esté bien de salud.

—¡Ah, qué maravilla!

—Su carácter ha cambiado un poco, eso sí. Está algo más arisco. Pero no recuerda nada de lo que a ti y a mí nos importa. Su cerebro ha bloqueado al

parecer todo lo ocurrido el sábado en La Rosaleda. Algo que es coherente con lo que me han informado sobre el coma. Parece ser que la memoria más reciente es la que se olvida con más facilidad.

—Así he oído.

—También he hablado con Zayas. La comisión de doctores no piensa cambiar el dictamen de momento. Así que todo está a nuestro favor ahora.

—Le felicito, mi rey.

—Nada que merezca sus elogios, mi reina. Todo es cuestión de manejar bien las cosas. ¿Qué sabe de Emilio?

—Ocupado. Metido en números, como siempre. Lo lleva en la sangre.

—No se fie. También lleva en la sangre otras cosas. ¿Y Rabassa?

—Pensaba irse a pescar pez vela al Pacífico, pero a última hora se quedó en la capital.

—Quiero hablar con ellos, lo antes posible. Aún quedan algunos cabos por atar. ¿Podríamos juntarnos a cenar en algún lugar discreto? ¿Por ejemplo, el restaurante Zamat del Hyatt?

—Yo me encargo de llamarles y de hacer la reservación.

—Gracias, divina.

Mismo día, 11:30 a.m.

El *Picanto* rojo se desplaza velozmente por La Reforma como una apresurada tortolita que tomara impulso para alzar el vuelo. Es un sábado tranquilo y sin demasiado tráfico, y Luisa Fernanda tiene prisa. Ha violado el sistema de Surcos y Senderos y ha penetrado en él para asegurarse de que era una organización criminal. Y aunque eso no le haya sido útil para devolver la vida a Chris, le ha permitido al menos comprobar que, en efecto, había caído en una trampa mortífera. García Mena estaba en lo cierto y eso ha justificado todo: haber violado la ley, convertirse en una cracker y no sentirse mal por ello. A estas alturas le traen sin cuidado esas bobadas que se dicen sobre que la venganza deja abierta una herida para siempre y que es mejor olvidarse de la ofensa. Prefiere tener la certeza de haber hecho justicia, a vivir toda la vida

supurando rencor hacia quienes le han hecho daño.

La charla con su amiga Ana Isabel Furlán, investigadora de *el Periódico*, la ha ayudado de otra parte a convencerse de que, con toda seguridad, ahora es una persona vigilada tal y como le advirtió Carpenter. Y si eso es verdad, debe resolver dos asuntos pendientes. Uno, explicar a su madre la situación en que se encuentra. El otro, entregar la información sustraída de los servidores que hasta ayer vigilaba y protegía.

En un principio había contemplado entregarle a Ana Isabel los datos que había logrado extraer de las IBM. Para eso había ido a hablar con ella. Pero luego lo ha pensado mejor. Los medios se han convertido, según palabras de su amiga, en la voz que clama en el desierto. Denuncian corrupciones y delitos y todo lo que obtienen a cambio son agresiones, ataques a sus páginas digitales o amenazas de muerte. ¿Qué podía hacer en esas circunstancias alguien que, como ella, no tiene amistades con influencias ni poder, ni conoce gente a quien confiar la carga de dinamita que ahora lleva consigo? Sus relaciones sociales son limitadas. Quedaría indefensa ante la reacción de los propietarios de *Surcos y Senderos*, mejor organizados y con recursos muy superiores a los de ella. Y si no, que lo digan los *hackers* que en los últimos años han puesto al descubierto casos de corrupción parecidos. La mayoría están en la cárcel o refugiados en alguna embajada.

Si bastara una simple denuncia todo sería más fácil. Podría presentarse ante el Ministerio Público y constituirse en formal acusadora de Emilio Rodas. Pero lo que Ana Isabel le ha contado de los fiscales y personas que manejan esa institución no le ofrece ninguna garantía. La denuncia exigiría además protección de ella y de su madre, y tal vez vivir ocultas o exiliadas por el resto de sus días. Y lo último que ella desea es someter a su madre a unas tensiones que no solo amargarían su vida, sino que difícilmente podría resistir.

Tampoco le ha parecido oportuno enviar la información a García Mena. La corrupción ha sido la seña de identidad de numerosos jefes de policía en los últimos años. Y aunque García Mena sea honrado, es más que probable que la comprometedor información que ha obtenido de la red de Emilio Rodas se pierda antes de llegar a quien debe.

No ha dejado de pensar en la “solución Carpenter”, pero, luego de meditarlo, mejor dicho, de someter la decisión a los recelos y aprensiones que el agente le inspira, ha dispuesto no recurrir tampoco a ella. No le gusta para nada el tipo. Es agresivo, cargante y no le infunde confianza ninguna.

Como en la fábula del salón circular de las seis puertas, en el que solo una es la salida, le ha costado tomar la decisión que se dispone llevar a cabo ahora. Y de momento solo tiene como cosa cierta que lleva la muerte en los talones y que bastará que Vladislav se percate, y quién sabe si no se habrá percatado ya, de que ha habido una intrusión en la red de *Surcos y Senderos* y que la única persona que ha podido hacerlo durante las últimas horas ha sido ella.

Cuando el *Picanto* llega al monumento a Montúfar, Luisa Fernanda se desvía a la derecha y se dirige por la Doce Calle a una agencia express de DHL. En su interior, un hombre joven de camisa amarilla atiende a los clientes, todos de aspecto modesto: mensajeros, repartidores, gente común. La Guatemala limpia y decente de millones de personas que abandonan cada madrugada su casa y no regresan hasta 12 o 14 horas después. La gente del dinero verdaderamente limpio. La que además de pagar impuestos lleva sobre sus hombros la carga de la delincuencia política, la compraventa de favores, la corrupción y el crimen organizado. La que habla un día cada cuatro años y nadie vuelve a prestarle atención. La decencia en mayoría, la dignidad en superávit. Y mientras espera en la cola, Luisa Fernanda no puede evitar sentirse tan desvalida e insignificante como ellos.

Cuando le llega su turno, se dirige resueltamente al empleado de la camisa amarilla y le dice:

—Quiero enviar un paquete. ¿Pueden entregarlo hoy mismo?

Lomas del Bosque, Muxbal

Mismo día, 11:15 p.m.

La casa se ha llenado de silencio y todos se han ido a dormir. Daniel Sanabria abandona su estudio y se encamina a la cocina. Se sirve un vaso de

agua helada, sale al jardín con un poncho y se sienta en la mecedora de ratán que mira al barranco y la arboleda. La noche no tiene una nube y las estrellas conforman un denso velo de luz.

Sanabria deposita el vaso en una mesita, se acomoda, se coloca unos auriculares inalámbricos en los oídos y saca del bolsillo el celular. Tras la marcha de Ventura Ramírez, ha sentido una inexplicable reticencia a escuchar el contenido de la grabación, así como un miedo insondable a enfrentarse a una realidad que teme no estar en condiciones de asumir. Pero se ha impuesto hacer frente a ese vacío ahora, en la más absoluta soledad, por penosa que sea la experiencia.

Sereno y decidido, enciende el celular, busca el icono de la aplicación para grabar, lo pulsa y comienza a escuchar la grabación, acompasando la escucha con un suave balanceo de la mecedora. En los auriculares suena un rumor lejano de voces, alguna tos, alguna risa. Le sigue un silencio salpicado de sonidos que cree haber escuchado antes: el piar de un barranquero, la respiración carrasposa de una percoladora de café, el golpe apagado y lejano de una pelota de golf. Tras el telón de sus párpados cerrados solo hay oscuridad, pero entonces, como salida de la nada, escucha una voz que dice:

— *Señores, don Ángel María Rabassa, es un viejo amigo mío, presidente del consorcio financiero One Globus Corp. con oficinas y brokers en 43 países. One Globus Corp. administra las inversiones de más de doscientas empresas, bancos y entidades financieras cuyos activos totales ascienden a 300 mil millones de dólares. Y de él ha surgido la iniciativa de un proyecto que nos quiere proponer y que es el motivo de que se encuentre esta mañana con nosotros. José María, por favor...*

En la retina de Sanabria se han empezado a encender miles de pequeñas luces. Quisiera creer que su cerebro ha dado con las neuronas perdidas y que su memoria trata de encender el denso enjambre de células que habían quedado sin luz. Pero acaso solo sea una ilusión.

Inusitadamente, sin embargo, en la pantalla de sus párpados cerrados aparece un luminoso salón, una mesa rodeada de sillones azules y unas paredes muy blancas de las que cuelgan pinturas de Abularach y Elmar Rojas. Sobre los sillones se dibujan con nitidez rostros de personas que conoce, así

como las miradas que algunas de ellas le dirigen en actitud de no querer perderse un solo gesto de su rostro. Y es en ese momento que recuerda haber puesto en marcha la grabadora del celular con el fin de registrar lo que se hablaba en la reunión.

Un billón de neuronas se han movilizadas de pronto en su cerebro. Pero más que el placer de recordar, le agrada descubrir que, después de todo, no es tan pendejo como le había dicho su sombra, su transformista, su mutante y su ronrón.

Una nueva persona empieza a hablar, un tipo bien parecido, de buen porte y buenos modales, que con voz campanuda se dirige a él: 315

— *El mundo, el porvenir, la historia, ha sido siempre de aquellos que un día se atrevieron a soñar, como es su caso, señor presidente. Y con toda modestia me atrevo a decir que mi corporación y los inversionistas que la integran están deseosos de contribuir decisivamente a realizar ese sueño.*

Sanabria no lo puede creer. La experiencia es semejante a la que ofrece la “realidad virtual”, ese entorno de escenas y objetos que, mediante un dispositivo colocado ante los ojos a modo de máscara de buceo, crea la ilusión de una realidad paralela. La vivencia que ahora activa su mente, empero, es muy superior a la que la tecnología puede entregar, ya que, tras las imágenes del lugar y las personas, sus voces y los sonidos del campo de golf, han empezado a llegar a su memoria otras sorprendentes sensaciones. Como los aromas a beicon, frijol y huevos revueltos, el suave tacto del mantel, la fragancia de las rosas o el sabor de los dulces de cardamomo. Pero también un agobio inoportuno, un sofocante calor que le asciende desde el pecho al cuello, al rostro y a las sienas.

Turbado por la alucinación, detiene la mecedora. Sus otros cuatro sentidos, arrastrados por el del oído, se esfuerzan por llevar a cabo una reconstrucción totalizadora de lo ocurrido en La Rosaleda. Escuchar, ver y oír todo eso se ha vuelto una especie de viento racheado que aparta las brumas de su memoria. Y si el cerebro es, como dice Zayas, un jugador que practica juegos extraños, este en el que se entretiene ahora tiene la virtud de procurar un grado de percepción sensorial inesperado y sorprendente, parecido al que podría experimentar una criatura al salir del vientre de su madre.

La grabación prosigue durante algo más de una hora. La parábola del buen samaritano enciende el debate y la discusión se comienza a agriar. Se escucha a sí mismo responder a las pullas, al escarnio, a las ofensas y al despectivo “no joda” de Boris Ormeño. Y la humillación y la vergüenza de estar siendo engañado hieren una y otra vez su espíritu. Se siente la piñata del salón, una olla a punto de quebrarse. Y justo cuando la asfixia y la fiebre comienzan a ser insoportables, llega a sus oídos una nueva voz que susurra:

—*Tome un poquito, señor presidente. Le hará bien.*

Recuerda entonces el jugo de toronja, su aversión a ese sabor desde niño, y la excusa en voz baja que le da a Gracita para no tomarlo. Después, un “con todo respeto, señor presidente” y un “déjese de babosadas, Tulio, usted no me respeta”, seguidos de una prolongada bronca plagada de desdenes e insolencia, hasta que, de golpe, un estremecimiento le sacude de los pies a la cabeza. Se aferra, tenso, a los brazos de la mecedora y siente que pierde el equilibrio y que, irremisiblemente, se va a derrumbar en el suelo. Después oye gritos, pasos precipitados, retumbos. El salón se ha vuelto un runrún de voces y resuellos por entre los cuales puede, no obstante, escuchar los fragmentos de una conversación de la que no tenía memoria, pero que sin duda ocurre cerca del olvidado celular, al paso que su debilitado cuerpo, retorciéndose en la alfombra, se debate entre la consciencia y la inconsciencia.

—*¿Qué dice, Sarita?*

—*No dice, balbucea. Está delirando.*

—*Parece un infarto.*

—*No, no es un infarto.*

—*Entonces es un derrame.*

—*Tampoco. Son unos síntomas raros. Nunca había visto algo así. Podría ser una intoxicación.*

—*No, Sarita, no creo que sea una intoxicación. Ni siquiera ha tocado el jugo de toronja que le puse en la mesa.*

—*¿Y qué tenía el jugo de toronja?*

—*Nada, Sarita. ¿Qué va a tener? Jugo de toronja.*

Y luego, la voz de Expósito que ordena:

—*Llama al señor Rabassa. Dile que necesitamos su helicóptero para*

evacuar al presidente.

—¿Por qué un helicóptero? — susurra Gracita entre dientes —. ¿No sería mejor llamar a una ambulancia? Lo más seguro es que no llegue a tiempo.

—¿La ambulancia?

—No, Tulio, él. Está grave. Sarita dice que tal vez no llegue al hospital a tiempo. ¿Para qué la prisa? Deja que se muera aquí el hijo de su grandísima madre.

—He pensado otra cosa que tal vez sea mejor. Después te explico. De momento, actuemos con normalidad y hagamos lo que esté en nuestras manos para asistir a este idiota.

El revuelo y las voces continúan por unos minutos al cabo de los cuales la grabación se vuelve a llenar del silencio campestre que envolvía a La Rosaleda, voces aisladas, ruidos de platos, vasos y cubiertos, hasta que, por último, un dedo misericordioso redime de su inútil ocio al celular con un click.

La ingrávida escena se ha oscurecido en sus párpados, la realidad virtual se ha esfumado. Ya no hay salón, ni bufé, mantel blanco ni azaleas. Lo que Sanabria tiene ahora ante sí es la plaza que había surgido en un sueño, con su estilo neoclásico, sus cuatro rostros, sus dos entradas en arco, sus paredes adornadas de esculturas. Hay no obstante una diferencia con la ensoñación anterior. Y es que el piso de la plaza ya no es de tierra, sino de granito, y en el centro de la misma, en lugar de la excavación que la afeaba, hay una fuente de piedra de cuyo centro brota un potente surtidor que satura el lugar de frescura.

Un estremecimiento lo despierta. La humedad moja las flores y las hojas de los árboles y hace llorar el exterior de las macetas. Sanabria consulta el reloj. Es la una de la mañana. Lleva en el jardín más de dos horas, pero todo está en su lugar, todo en orden, todo es inequívoco y coherente en su cerebro.

Se dirige al dormitorio y se recuesta en la cama, procurando no hacer ruido.

—¿Qué has estado haciendo? —musita Magda con la boca sobre la almohada.

—Salí de viaje.

Ella ríe.

—¿Y adónde fuiste?

—Hice una visita al pasado y volví.

—¿Y cómo fue el viaje de regreso?

—Mejor de lo que nunca podrías imaginar.

Trece

*Condominio Lomas del Bosque, Muxbal
Domingo 3 de diciembre, 8:40 a.m.*

—Uno elige a sus abogados por su fama o porque te los recomiendan la familia o los amigos. Y ustedes dos son sin duda los más renombrados del país y los mejor dotados para lidiar con un asunto del que, excuso decir, se imaginan y sobre el cual quiero pedirles opinión.

Los dos hombres que están frente a Sanabria asienten en silencio con un gesto aprobatorio no exento de curiosidad. Uno de ellos parece haber sufrido algún mal paso, pues camina con bastón. El otro tiene los dedos de las manos cruzados sobre el vientre, en uno de los cuales lleva un anillo con los símbolos de la masonería coronados por un diamante.

Son los titulares del bufete Duarte & Urtarte, dos distinguidos miembros de la aristocracia de la toga. Visten trajes oscuros de corte italiano y camisas de color celeste. Los nudos de sus corbatas son impecables y tanto uno como otro despiden una intensa fragancia a loción “para el hombre de masculinidad natural e intenso espíritu, buscador de las cosas esenciales”. Ambos son de baja estatura, nariz pequeña, ojos muy vivos y cara redondita, semejanzas que podrían inducir a pensar que existe algún grado de consanguinidad entre ellos, pero lo cierto es que no comparten ninguno.

—Tienen fama de moverse en la vida pública como viento entre los árboles —les halaga Sanabria—. Han asistido a presidentes, militares y ministros, y han sobrevivido a los avatares de un oficio peligroso. Y ahora

quiero que me asistan a mí.

Duarte y Urtarte conforman un *team* muy sólido desde hace 38 años. Abogados de viejo cuño, talludos y sazonados en el oficio, Duarte ha sido magistrado en la Corte Suprema, y Urtarte, fiscal general. Duarte, el del anillo, es abierto y platicador. Urtarte, el del bastón, es algo más reservado.

—Usted dirá, señor presidente, en qué podemos servirle —dice Duarte.

—Se lo diré en un minuto. Pero antes quiero pedirles algo.

—Lo que usted diga, señor presidente.

—Que lo que hablemos aquí sea confidencial.

—Eso no es necesario que nos lo pida.

—Sí es necesario. Por dos razones. La primera, por si deciden no aceptar el trabajo que les voy a ofrecer. Y la segunda, por tratarse de un caso de alto impacto para la vida del país.

—Comprendido, señor presidente —dice Duarte—. Cuento con nuestra discreción.

—Gracias, señores. Y gracias por responder con tanta celeridad a mi llamada, a pesar de que es domingo. Como saben, Guatemala vive una coyuntura institucional imprevista en la cual estoy implicado y de la que habrán oído sin duda toda clase de bulos e historias. La verdad sin embargo es muy sencilla: he sido burlado por la clase política que me llevó a la presidencia. Caí en las garras de un puñado de granujas que, tras la victoria electoral, quieren despojarme ahora de ella.

Sanabria se ha puesto de pie y, ante el desconcierto de ambos abogados, ha comenzado a pasear a lo largo y lo ancho del salón. Mientras va relatándoles el caso, se detiene de cuando en vez para observar a ambos letrados o enfatizar algún punto. Sus palabras son serenas, pero ásperas. Y su relato, por lo articulado y entonado, no pareciera venir de un hombre que acaba de salir del hospital, sino de un tribuno en pleno dominio de sus facultades.

A medida que va desgranando los hechos ocurridos en La Rosaleda, las expresiones de los dos abogados van cambiando de la sorpresa al estupor. Dan la impresión de que, no obstante su experiencia, nunca se les habría pasado por la mente una destitución planeada de antemano. Sería el primer golpe de Estado del que ambos tengan noticia en el que un presidente de la

República es depuesto de su cargo antes de tomar posesión.

Cuando Sanabria concluye su alegato, se detiene ante ambos letrados y dice:

—Llevo 12 horas tratando de hablar con Expósito. Imposible. No me devuelve las llamadas. Seguramente no desea que quede registrada ninguna conversación mía con él. Su plan es ahora evidente. Y yo tengo que hacer algo para detenerlo.

—¿Y qué se le ha ocurrido?

—Crear una crisis institucional de grandes proporciones con el fin de rescatar una presidencia que está a punto de serme arrebatada. Y quiero que ustedes me ayuden. Esta es la solicitud que quería hacerles.

Urtarte frunce los labios y mueve lentamente la cabeza.

—Una situación insólita, en verdad. Más política que jurídica.

—Un caso raro —corroborra Duarte—. Jamás se había visto algo así en nuestra historia.

—¿Ha recibido alguna intimidación, alguna amenaza?

—No hasta el momento.

—Hay algo que me sorprende, sin embargo —dice Duarte—. ¿No le parece más práctico recurrir a la negociación o a otros medios, de los cuales podríamos sugerirle algunos, que a la confrontación pura y dura?

—No hay negociación posible con esa gente, créame.

Sanabria extrae del bolsillo el celular que contiene la grabación y se lo entrega a los dos abogados.

—Solo dispongo de esto —dice—. Es lo mismo que acabo de contarles, solo que en vivo y en directo, con las voces de los partícipes de la conspiración. Voy a pedirles que las escuchen. Quiero saber qué se puede hacer con este material y, si es posible, una opinión jurídica esta misma tarde.

Mismo día, 10:35 a.m.

—¿Mami?

—Sí, hijita, ¿cómo estás?

- Te llamo para decirte que iré a dormir esta noche a casa.
- Ay, qué alegría, mi niña.
- Tengo que salir de viaje mañana lunes temprano, como a las cinco, y quiero pasar la noche ahí contigo.
- ¿Mañana temprano? ¿Y a dónde piensas viajar a esa hora?
- Ahí te cuento, mami.
- Como digas, mi amor.
- Yo llevo la comida. ¿Qué te apetece? ¿Pizza, hamburguesa, pollo frito?
- Prefiero pizza, si no te da más a ti.
- De acuerdo, mami. Llegaré como a las ocho. ¿Está bien?
- Está bien, mi vida. Por aquí te espero.

Condominio Lomas del Bosque, Muxbal
Mismo día, 6:20 p.m.

Daniel Sanabria cierra a sus espaldas la puerta del estudio y se dirige a la mesa escritorio. El lugar es silencioso y acogedor. En una de las paredes hay una estantería de cedro repleta de libros. En la contigua, se alternan pinturas de pequeño formato con fotos suyas al lado de algunas personalidades o pronunciando un discurso. Y sobre una mesa de mármol con patas de madera, hay una foto de Magda, otra de sus dos hijas adolescentes y una tercera de su hijo menor.

El frío ha arreciado en las últimas horas y se siente en el estudio. Afuera, en el jardín, los dos agentes que cuidan los bordes de la barranca se frotan con vigor las manos. Incluso Duarte y Urtarte, sentados frente al escritorio de Sanabria, han llegado a esta hora con sendas bufandas de lana escocesa.

Sanabria saluda a los dos letrados y se sienta frente a ellos. Mira alternativamente a uno y otro y pregunta:

- Y bien señores, ¿qué es lo que han averiguado?
- Hemos escuchado la grabación, señor presidente —dice Duarte.
- Dos veces —aclara Urtarte—. Una de corrido; la otra, por fragmentos.
- Sanabria asiente, complacido.

—Fue la trampa perfecta —admite Duarte—. Se nota por la manera en que la sesión fue conducida, el tono de las preguntas, los falsos debates entre los asistentes. La presentación del señor Rabassa y la discusión posterior de usted con el gabinete tenían como propósito provocar el síndrome de Estocolmo. Pretendía desatar en usted la reacción del secuestrado que comprende y perdona a sus secuestradores y se identifica al cabo con sus propósitos.

—Todo estaba preparado —dice Urtarte—, pero ante la resistencia que usted les mostró, optaron por quitarse la máscara y fue entonces cuando se calentaron las cosas.

—No alcancé a percibir esos matices. No me sentía muy bien ese día —dice Sanabria.

—Pero... —dice Urtarte, alzando ligeramente el bastón—, por más vueltas que le dimos no pudimos encontrar ninguna prueba de que tuvieran el propósito de asesinarlo.

—Y si la hubo —se apresura a decir Duarte—, no está a nuestro alcance detectarla.

Sanabria arruga las cejas

—¿Qué quieren decirme con eso?

—Que usted estuvo allí y su memoria multisensorial le permite ahora identificar matices de la reunión que ni un juez ni nosotros podríamos percibir, porque únicamente dependemos del oído para juzgar —explica Urtarte—. Sin algo más contundente, no vemos la manera de que una demanda suya ante, por ejemplo, alguno de los tribunales de Mayor Riesgo, que es donde debería presentarse, pudiera tener algún éxito.

—Escuche la grabación de nuevo —arguye Duarte—. Y trate de ser objetivo. Verá que tenemos razón. A los ojos de cualquiera, se trata solo de un debate. De hecho, cuando concluimos la primera audición, nos preguntamos casi al unísono, ¿dónde está el delito o los delitos? ¿Dónde está la corrupción? ¿Dónde el intento de asesinato?

—¿Acaso una conspiración no es un delito? —dice Sanabria, molesto.

—No hay nada en la grabación que permita concluir que la hubiese —dice Duarte—. No demuestra que el negocio sea sucio ni de que vaya a hacerse con dinero ilícito.

—Y no puede probarse que haya habido conspiración. Lo que se puede extraer del debate es un intercambio de diversos pareceres, políticos, éticos, económicos —tercia Urtarte—. Existe también ambigüedad moral en ciertos puntos, pero tampoco eso es un delito. El juez nos mandaría al cuerno y archivaría el expediente. Hablar de negocios en los términos que hablaron ustedes ese día, no es algo que esté prohibido por la ley.

—Pero se trata de un negocio sucio, un proyecto del crimen organizado.

—Pruébalo.

—Tengo para los dos una pregunta importante —dice Sanabria, rompiendo la afable tónica de la conversación.

Duarte y Urtarte se quedan callados. Se diría que han dejado de respirar.

—¿De qué lado están ustedes, si se puede saber?

Un silencio embarazoso se abre entre los tres.

—No se ofenda, señor presidente —dice Duarte—, pero lo cierto es que no queremos crearle falsas expectativas.

—Estamos con usted, por supuesto —agrega Urtarte en tono dolido—. Pero también queremos que ponga los pies sobre el suelo. A usted puede parecerle que hubo delito, pero de la grabación no puede deducirse tal cosa.

Sanabria se ha quedado mudo.

—Aunque el mayor problema no es ese —dice Duarte—. El problema mayor es el tiempo. En pocos días comienza el ciclo Guadalupe-Reyes. Un mes de convivios, abrazos, festejos. El país se paraliza y el Congreso se detiene. Hay recesos en los tribunales que suelen durar casi un mes. Incluso en los de Mayor Riesgo. Habría que pedirles que suspendieran las vacaciones y eso va a ser muy difícil. Y así hasta el 6 de enero. Cuatro días después, el Congreso recién electo tomará posesión e iniciará sus sesiones. Y el 14, lo hará el nuevo presidente. En los días que tenemos, no hay tiempo para llevar a cabo todas las diligencias que exige el proceso.

—Hemos buscado algunos resquicios por los cuales podríamos enderezar la causa —interviene Urtarte—. No hemos hallado ninguno. No hay modo de interponer una demanda por conspiración, corrupción o intento de asesinato, como usted quiere e impedir que Tulio Expósito sea el nuevo presidente de la República.

Sanabria sigue guardando un desconcertado silencio.

—¿Qué hacer? —sigue diciendo Urtarte— Es duro tener que decirle esto, señor presidente, pero, lo mire por donde lo mire, usted ha perdido el poder. No tiene aliados, ni partido, ni organización, ni agrupaciones cívicas detrás. Está totalmente desarmado. Han prescindido de usted, ya no cuenta para ellos. Y para nadie, me temo. Si les hubiese mentido, o hubiese esperado a la toma de posesión, o no le hubiese atacado la fiebre, habría habido un espacio de maniobra que ahora no tiene. Para todos los efectos de orden político, usted ha dejado de existir. Si los doctores no cambian su dictamen, y es muy probable que no lo hagan y que mantengan la reticencia respecto a su estado de salud, ¿qué decisión cree usted que tomará el Congreso?

—La ambigüedad del dictamen será suficiente para que los diputados, presididos por Gracita Jiménez, dictaminen lo que usted ya sabe —dice Duarte—. La sabiduría tradicional aconseja ante la duda, abstenerse, mas para los diputados de Patria y Bienestar, ese no va a ser el caso.

—Lo que nos tememos es que la decisión del Congreso sea aceptada por las fuerzas vivas del país y de la comunidad internacional. Sabiendo que la salud mental del presidente es insegura, ¿quién cree que pueda apoyarle? ¿Quién va a desear, en esta situación, una crisis política de las dimensiones que usted pretende crear?

—Solo quedaría el escándalo —adelanta el cuerpo Sanabria—. Denunciar públicamente el proyecto como lo que es, un negocio turbio financiado con dinero ilícito, y provocar desde la calle la crisis institucional. Aún tengo la simpatía de los votantes. La gente se pondría de mi lado.

—También hemos pensado en eso —dice Urtarte con un quiebro de escepticismo.

La puerta del escritorio se abre y entra María Soledad, la empleada de confianza de la casa.

—¿Les apetece un sándwich? —dice Sanabria, señalando a la charola que la empleada trae en las manos junto con un termo de café, jamón de pavo, pan tostado, salsa de tomate, mostaza de Dijon, pepinillos, botellitas de Coca-Cola Zero y servilletas de papel.

—Gracias, tomaré café —dice Duarte.

—Yo paso, gracias. Tengo un compromiso más tarde, disculpe, señor presidente.

—Supongamos... —dice Duarte tomando en las manos la taza de café que le ofrece María Soledad— supongamos...

Espera a que la empleada le sirva el café y abandone el estudio y agrega:

—Supongamos que hacemos pública esta grabación. ¿Qué ocurriría?

—Se escindiría la opinión —responde Urtarte antes que Sanabria diga nada—. El proyecto de renovación del ferrocarril es tan atractivo que muchos dirían lo mismo que los miembros del “petit comité”: ¿qué importa de dónde venga el dinero? Lo que importa es la prosperidad que el proyecto va a traer consigo. Serían muchos los grupos sociales implicados en la renovación del ferrocarril: empresas, trabajadores, industria, banca, comercio, turismo. El proyecto movilizaría tantos intereses que no tendría nada de extraño que la opinión se revirtiera en su contra. Nunca se sabe cómo puede reaccionar la opinión cuando las cosas cambian. Fíjese en el pueblo judío. De la general compasión que despertó al final de la Segunda Guerra, al rechazo de muchas naciones tras convertirse en el Estado de Israel. La política es un oficio perverso. Y el vencedor nunca es el toro que embiste con la bravura que usted muestra, sino el que sabe manejar el capote.

Duarte y Urtarte se miran como suelen hacerlo cuando se consultan sin hablar. Hace tantos años que se conocen que el signo más leve les sirve para decirse cosas y complementarse como los malabaristas que se lanzan naranjas uno al otro sin dejar caer ninguna.

Al llegar a una conclusión, sin embargo, es Urtarte quien tiene la última palabra. Y la venia silenciosa de Duarte a su socio es una invitación a rematar la faena en nombre de los dos.

—Sería un milagro que usted pudiera recobrar la presidencia —le dice a Sanabria—. Se expone a hacer el ridículo y a que le hagan pasar por un resentido. Tratarán por todos los medios de humillarle. Utilizarán la apelación *ad hominem* y a su estado de salud. Dirán que su mente no está bien y que busca provocar el escándalo como último recurso para ser presidente. Incluso podrían aducir que la grabación fue manipulada. Y el hecho de que Expósito

no le devuelva las llamadas le da a usted una idea de que se sienten muy seguros sobre lo que se proponen hacer y que cualquier propuesta de usted no es negociable.

Urtarte coloca ambas manos sobre el remate plateado que corona su bastón, apoya la barbilla en ellas y desde esa pose le muestra al presidente una sonrisilla entre socarrona y amistosa.

—¿Quiere hacer un escándalo? —le dice a Sanabria—. Por nosotros, encantados. Tendríamos trabajo para largo tiempo y ganaríamos una buena plata. Pero como abogado viejo que soy, guardo un sano escepticismo ante estos métodos. Los escándalos son políticamente útiles cuando el sistema está sano. Pero cuando está corrupto, y todo se puede comprar o transar o componer, los escándalos son tan ociosos como llevar leña al bosque. En última instancia, todo se va a reducir a que le crean a usted, y no a Expósito. Y eso lo veo muy difícil.

El letrado alza la barbilla del bastón y se echa hacia atrás.

—La gente cree lo que quiere creer, señor presidente. Es algo que ya sabemos. Y lo que quiere creer la gente es que el país va a disponer de un moderno medio de transporte que traerá prosperidad y confort a *todas* las clases sociales. La política, como la religión, se funda en conseguir que las personas tengan fe en una promesa. Este es el truco. Si lo consigues, estás hecho. Y ante una promesa tan poderosa y tan cercana como la de un nuevo ferrocarril, usted tendría poco que hacer. Así es la condición humana. Creer en algo o en alguien es más persuasivo y más cómodo de lo que puede serlo el pensar. Somos seres más emotivos que racionales y más crédulos que reflexivos. Y eso es algo que no se puede alterar. Mi socio y yo tenemos la obligación de ser honestos con usted, antes de que se arroje a un pleito que sería largo y desastroso, y que solo conseguiría poner al nuevo gobierno en entredicho. Un gobierno que no sería el de usted y que contaría con unos recursos que usted no podría igualar. Si quiere ganar esta batalla, tendrá que recurrir a otros métodos. Métodos políticos, quiero decir. Y no somos nosotros, sino usted, quien debería delinearlos. Piénselo, señor presidente. Y piénselo bien y a conciencia, antes de tomar una decisión.

Pero a Sanabria le resulta difícil pensar. Su cerebro se ha detenido.

Cuando la razón y la lógica personales chocan con la lógica y las razones de otros, la mente se vuelve errática y confusa. Y a poco que se admita el desequilibrio en favor de quienes nos adversan, un profundo sentimiento de derrota invade la mente y el espíritu.

Sanabria queda largo rato en silencio, observando a los letrados, en espera de algún signo de esperanza. Pero no asoma ninguno. Torna los ojos al ventanal que da al jardín y al barranco. Los agentes de seguridad continúan allí, vigilantes y serios, uno de ellos a pocos pasos de donde está el azacuán enterrado, el nefasto azacuán. Y todo cuanto se le ocurre pensar es que, si no fuera porque no le atrae para nada la muerte, le gustaría en este momento no estar vivo.

Catorce

Domingo 3 de diciembre, 8.20 p.m.

Filadelfo Cajas dormita con los ojos entreabiertos bajo los elevados árboles que dan sombra al estacionamiento del restaurante Marios, en la Zona 10. Es la una de la tarde y el frescor es agradable a esta hora. Y para más confort, Filadelfo ha puesto en el reproductor de la *Suburban* una música de piano que agrada mucho a su jefe, pero que a él le causa el efecto de un narcótico. Le gustaría más escuchar canciones de los Tigres o de la Sonora Santanera.

Justo en la quinta cabezada, suena el celular, y Filadelfo lo extrae con rapidez del bolsillo.

—Aló.

—La perdimos, vos.

—¿A quién has perdido, *Chero*, por la gran puta, a quién?

—A la chava, vos, a la chavita. Se nos escurrió en el tráfico de la mañana.

—¡Pero qué mula son los dos, *Cherito*! ¡Qué mulas son los dos, por la gran puerca! ¿Cómo se os ha podido perder un KIA de color rojo?

—El tráfico estaba muy pesado. Y la *Suburban* es demasiado grande como para poder seguir una cosa tan chiquita.

—¿Llamaste a Vista Hermosa?

—Sí, vos. No ha llegado a trabajar en varios días.

—¿Ya miraron en su apartamento?

—Mirar, mirar, no miramos. Pero estuvimos tocando el timbre y nadie

contesta.

—Ah la puta, vos *Chero*, ahora sí que la habéis jodido.

—Nos la teníamos que haber bajado cuando te dije, pero no me hiciste caso. Era el momento ideal. Y a propósito, ¿hablaste ya con el gringo?

—Hablé.

—¿Y qué le dijiste, vos?

—Le hice una contraoferta. Le dije que 50 mil por las fotos y que ni un centavo menos.

—¿Y él que dijo?

—Me mandó otra vez al carajo.

—Hijo de cien mil putas.

—Negociar con ese cabrón no es sencillo, pero podemos esperar. Eso sí, a la chavita, hay que darle jaque antes de que abra la boca y el negocio se nos vaya al río.

—Ahorita, ahorita, no sabemos dónde está, pero sí donde podría llegar hoy o mañana o esta noche: la casa de la señora mayor. Eso si es que no va a trabajar o no regresa al apartamento.

—Tratemos de hacerlo esta madrugada, si es posible. Cuando don Emilio esté durmiendo.

—Habrá que hacer guardia de todos modos.

—Muy bien, que la haga Zetino por cualquier cosa que pueda necesitar el jefe. Pero vos te venís conmigo a esperar a la chava esta noche y en cuanto aparezca, ya sabés.

—Estamos, Fila. Sale y vale.

Dirección General de Policía, lunes 4 de diciembre

—¿Harry? ¿Harry Carpenter?

—Sí, soy Harry. ¿Quién llama?

—El inspector García Mena.

—Ah, es usted. ¿Qué horas son?

—Las cuatro menos cinco.

—¿Y qué le hecho yo a usted para que cometa conmigo este atropello?

—Tenemos localizados a los tipos de la *Suburban*. Los iba a detener hace hora y media, pero se ha producido una carambola.

—¿Una carambola?

—Como a treinta metros de la *Suburban* está parqueado un KIA *Picanto* color rojo. Me lo acaban de decir mis hombres, los que estaban siguiendo a la *Suburban*. No sabían nada de la patoja y hasta ahora me han informado del asunto.

—¿Patoja? ¿Qué patoja?

—La de *Surcos y Senderos*. Estamos averiguando si es en verdad el carro de ella.

—¿Y no hay nadie en el *Picanto*?

—No.

—¿Y en la *Suburban*?

—Ahí están los dos tipos. O vigilan o esperan o cuidan, no lo sabemos. Pero es mucha casualidad y me sospecho que los dos vehículos están relacionados. Quiero detener a los dos fulanos antes de que amanezca, pero también averiguar qué tiene que ver la patoja con ellos. Me lo están averiguando. Pero mientras, ¿no le apetece presenciar la operación?

—Por supuesto.

—Estoy en la Dirección General. Le espero aquí y nos vamos juntos a donde se encuentran mis hombres.

—Llego ahí en veinte minutos.

La calle donde dormitan el *Picanto* y la *Suburban* es larga y oscura y termina en un empinado repecho. Los pocos reflectores de luz de que goza este antiguo arrabal de Guatemala le dan a su trazo geométrico un aspecto desolado que acentúa el rastrero viento de la noche. Construido en parte sobre una ladera a fines del siglo XIX, y en un ángulo que riñe con el trazado original de la ciudad, el llamado Cantón Exposición de aquellos días, hoy Zona 4, ha sido marginado por la historia. De ahí que no acoja en su seno grandes edificios, y sí casas bajas y pequeñas, muchas de ellas techadas con láminas, que parecen

deslizarse sobre la pendiente que se inclina hacia el estadio Mateo Flores.

Revestidos con chalecos negros, García Mena y Carpenter se han apeado del *pick up* policiaco y lo han dejado escondido a la vuelta de una esquina de la Vía 6. Y desde allí acechan la cuesta que sube hasta el Banco Industrial y la Plaza de la República.

El *Picanto* y la *Suburban*, los dos únicos vehículos estacionados en la cuadra, distan entre sí unos veinte metros. Están en aceras opuestas y por el vidrio trasero de la *Suburban* pueden apreciarse dos cabezas inmóviles.

El *Picanto* en cambio está vacío.

García Mena se acuclilla en la esquina y se acerca a los labios un pequeño *walkie-talkie*.

—¿Están dormidos? —pregunta a los agentes que acechan a ambos vehículos desde el lado más alto de la calle.

—No lo creo, inspector. Si acaso, adormilados —responde alguien.

—Vamos a esperar un poco. Quiero ver si están haciendo tiempo a la chava, ¿okey?

—Okey, jefe.

García Mena se incorpora y apaga el *walkie-talkie*.

—Tal vez sea una coincidencia que el *Picanto* y la *Suburban* estén juntos —le dice a Carpenter—. Porque si no lo están, y la patoja tiene que ver con la operación de Rodas, esta noche hacemos un *jackpot*.

Las calles y bocacalles del antiguo cantón están desiertas y su pobre iluminación les da un aspecto sombrío. García Mena aguarda una impaciente media hora, pero su intuición policial acaba por advertirle que está perdiendo el tiempo.

Enciende entonces el *walkie-talkie* y ordena:

—Muy bien, aproxímense con cuidado a la *Suburban*. Dos por cada lado de la calle. Que Galán se quede atrás de ustedes para cubrirles las espaldas. Acérquense despacio y bien pegados a la pared. Recuerden que son gente peligrosa. Nosotros lo haremos desde aquí abajo. ¿Listos?

—Listos, jefe.

Seguido por Harry Carpenter, García Mena comienza a subir despacio la calle, apuntando con la Glock a la *Suburban*.

Los cuatro hombres situados en la parte alta de la calle comienzan también a bajar. Vienen con los rostros tapados y traen subfusiles de asalto con cargadores extraíbles.

Sorpresivamente, se abre la puerta de una de las pequeñas casas que se alinean delante de la *Suburban* y una tenue luz ilumina la acera.

García Mena se detiene y alza un brazo en silencio. Carpenter se detiene detrás de él.

Bajo el dintel de la puerta que se acaba de abrir, dos mujeres, una joven y otra mayor, se despiden. El abrazo es largo, muy largo, interrumpido por uno que otro sollozo. Y solo cuando ambas se separan, García Mena se percata de su error.

—¡No! ¡No! ¡No! —exclama, echando a correr cuesta arriba.

El inspector ha identificado a Luisa Fernanda quien, con una pequeña valija en la mano izquierda, se dispone a cruzar la calle en dirección al *Picanto*. La madrugada es desapacible y helada, pero el sudor le ha empezado a correr por la espalda como una diminuta lagartija.

En ese instante, las puertas de la *Suburban* se abren de súbito y salen de ella dos hombres armados que corren hacia la joven.

—¡Huya, señorita, huya! —se desgañita García Mena.

La adrenalina le golpea las sienes y, sin dejar de correr, el inspector trata de impedir lo inevitable. Pero antes de que él o los agentes que bajan puedan reaccionar, los dos hombres salidos de la *Suburban* vacían sus armas en el cuerpo de la joven, quien, luego de trastabillar dos o tres pasos, gira sobre sí y cae al suelo desgonzada.

Los agentes apostados en la parte alta de la calle abren fuego cruzado sobre los sicarios, uno de los cuales cae al piso con los brazos abiertos. El otro, aparentemente herido, corre a la *Suburban* y logra entrar en el vehículo y arrancarlo.

Tirado en el suelo, García Mena lanza una andanada de disparos al vehículo. La Glock le brinca en las manos, una, dos, diez veces, hasta vaciar el cargador, pero las balas no hacen mella en la *Suburban*, pues al parecer está blindada.

El vehículo asciende hacia la Plaza de la República en rápidos zigzags y

haciendo chirriar los neumáticos. El policía que se ha quedado apostado atrás de sus compañeros para cubrirles las espaldas, abre fuego de fusil contra el vehículo.

Uno de los neumáticos estalla. Segundos después, lo hace otro. El conductor pierde el control, y la *Suburban* se estrella contra un poste de alumbrado donde concurren treinta o cuarenta cables venidos de todas direcciones.

El peso del blindaje y la velocidad que trae el vehículo derriban el poste metálico. Una lluvia de chispas salpica la calle e ilumina la noche. Y del motor de la *Suburban* surge, con la fuerza de un géiser, un imponente chorro de vapor.

García Mena grita a sus hombres que se alejen del vehículo, pero, antes de que puedan hacerlo, la *Suburban* se incendia. Las llamas invaden el interior del vehículo, en tanto el ocupante del mismo forcejea con la portezuela sin poderla abrir.

— *Poor bastard* —acierta a murmurar Carpenter, viendo que el ocupante no puede salir y que se está achicharrando.

En las casas vecinas se han empezado a encender luces. Algunas personas han salido a la calle y se acercan lentamente a la *Suburban*.

Dos de los agentes de la policía inspeccionan el cuerpo del sicario que yace inmóvil a unos pasos de la acera. Apartan la pistola que portaba y le voltean el cuerpo. El tipo tiene tres disparos, uno a la altura del omóplato izquierdo, otro en la cadera y otro en el vientre. Pero todavía respira. Mejor dicho, resuella con angustia.

Rodilla en tierra, García Mena examina el cuerpo de Luisa Fernanda. Le coloca dos dedos en el cuello, pero no siente el pulso. La joven tiene los ojos abiertos y la mirada en ninguna parte. Uno de los balazos le ha penetrado en la sien izquierda.

—Le dije que se escondiera, que desapareciera unos días —masculla Carpenter—. Primero Chris, ahora ella. *Jesus Christ, what a waste.*

García Mena baja los párpados a la joven y pide una frazada para cubrirle el cuerpo. Se pone de pie, se lleva una mano a la frente y, con el gesto descompuesto, exclama:

—¡No debí esperar tanto! Debí caerles antes encima. ¡Pobre patoja! Su vida sacrificada en vano. Y todo por mi culpa. ¡Ah la gran, ah la gran!

De la puerta de la casa de la que ha salido Luisa Fernanda surge un grito desgarrador.

—¡Hija, hijita! ¡Mi vida, mi vida!

Una mujer de unos cincuenta años viene corriendo cuesta arriba hacia el lugar donde yace la joven. Cuando llega junto a ella, la toma en sus brazos, la estrecha contra sí y repite con desesperación:

—¿Qué te han hecho, mi corazón, qué te han hecho? ¿Por qué, Dios mío, por qué?

García Mena pide una ambulancia, ordena hacer un perímetro con cinta amarilla en torno a la escena y exige a los curiosos que se alejen del lugar del crimen y de los cables de energía eléctrica que siguen saltando y chisporroteando en el suelo.

Carpenter mueve la cabeza anonadado, mientras observa consumirse la *Suburban*.

Los gritos de dolor de la mujer llenan el aire de la madrugada.

Quince

*Condominio Lomas del Bosque, Muxbal
Lunes 4 de diciembre, 5:10 a.m.*

Cuando sobre los cipreses aún flotan las gasas de la niebla nocturna, Daniel Sanabria sale a caminar por las calles del condominio tras una noche de insomnio. Enfundado en una casaca acolchada y un gorro de lana hasta las orejas, camina pensativo con las manos enguantadas y la mirada en el suelo. A corta distancia le sigue una radiopatrulla con los faros encendidos. El día se anuncia a mitad de camino entre la grisura y la destemplanza. La temperatura es de 12 grados, pero el viento la reduce a 9. Sanabria quiere aspirar, no obstante, aire fresco y que el ejercicio le ayude a liberarse de la baja estima que, tras la reunión de ayer con los abogados, le ha asediado durante horas hasta reducir sus reflexiones a un estéril forcejeo mental.

En esta hora de frío en el cuerpo y el espíritu, su conclusión no puede ser otra que la inteligencia cotidiana, la inteligencia que educa, crea imperios comerciales, diseña algoritmos, levanta edificios y puentes o erige obras de arte, la inteligencia, en fin, que él creía poseer, es inoperante a la hora de moverse por los oscuros y perversos desvíos de la vida pública. Pero aun había cometido un error mucho más grave. Y fue no ver que su individualismo sería inútil frente al poder de la tribu y que el individuo y las propuestas más nobles sirven de poco cuando deben enfrentarse a los intereses de grupo. Debía haberlo sabido antes. “Cuánta ingenuidad, cuánta ignorancia”, acierta a decir en voz baja, expresión que repite a cada poco, su silueta difuminada,

disuelta casi, en la niebla matinal.

La caminata dura treinta minutos. Su cuerpo ha entrado en calor, pero tiene la nariz y las manos heladas. Cuando llega a la puerta de su casa, alza un brazo y, sin volverse, se despide de la radiopatrulla. Entra a la vivienda sin hacer ruido y se dirige al estudio, la cueva donde ha vivido refugiado en los últimos días.

Sobre la mesa escritorio donde se apila correspondencia sin abrir de varios días, hay un iPad sobre una carpeta de cuero. Toma la tableta en las manos, se sienta en la mecedora que mira al jardín y busca la versión digital de *Prensa Libre*.

No hay noticias importantes, pero sí una nota que le llama la atención. El titular reza: “Balacera en la Zona 4”. Y más abajo: “Dos muertos y un herido grave esta madrugada durante un enfrentamiento de sicarios con la policía”.

Sanabria no suele leer las notas rojas de prensa, pero la foto que ilustra la noticia tiene algo que despierta su curiosidad. Junto a un poste de la luz hay un vehículo carbonizado y, a unos diez metros, un cuerpo cubierto con una frazada. De espaldas a la lente del fotógrafo, varios hombres con chalecos antibalas llevan impresas en amarillo la palabra Interpol y entre ellos otro con las siglas de la DEA. Una operación de ambos cuerpos policíacos, con la colaboración de la Policía Nacional Civil, tiene siempre implicaciones. El diario lo sabe y por eso ha debido de poner la noticia en lo más alto de la página.

Una de las víctimas del tiroteo, dice la nota, es una joven que al parecer se dirigía a esa hora al aeropuerto. Portaba una pequeña valija y una cartera de mano donde se encontró algo de dinero, su pasaporte y un pasaje con destino a Houston en el vuelo de las siete de la mañana.

La joven respondía al nombre de Luisa Fernanda Najarro y acababa de cumplir 25 años.

Sanabria deja de leer.

El nombre ha resonado como un timbrazo en algún confín de su memoria. Y no lejano, sino próximo. Lo ha visto o lo ha oído en alguna parte.

Alza la mirada del iPad y la fija en la mesa escritorio donde se amontona la correspondencia atrasada. Sobres grandes, pequeños, elegantes, aéreos.

Se levanta de la mecedora y se acerca a la mesa. Encima de las dos pilas de correspondencia hay un sobre más grande de color manila donde puede leerse DHL Express y en el que no había reparado hasta hace unos minutos, cuando tomó el iPad del escritorio. Debió de llegar ayer tarde y la empleada lo dejó encima de los demás.

Sanabria lo toma en las manos y lee el remitente. Y sí, en efecto, había visto de refilón su nombre: es el de Luisa Fernanda Najarro.

Presa de la excitación, palpa el sobre y le da un par de vueltas. Está protegido con burbujas de plástico y eso le causa cierta aprensión. Pero la curiosidad es más poderosa que el miedo y, de un tirón, rompe el sello y abre el sobre. En su interior hay una pequeña pieza del tamaño de medio celular, donde bajo el sello de *Samsung*, se lee Portable SSD T5, junto con un pequeño cable en cuyo extremo lleva una conexión USB.

Es una memoria de alta capacidad. Pero antes de averiguar cuál pueda ser su contenido, Sanabria ahueca el sobre para ver si hay algo más en su interior. Y sí, hay también un sobre blanco. Está dirigido a él y en su interior hay una carta con la firma de la joven asesinada.

Sanabria enciende la lámpara del escritorio y lee:

Señor presidente:

Mi nombre es Luisa Fernanda Najarro. Soy la encargada de seguridad digital de una entidad denominada Surcos y Senderos, propiedad del señor Emilio Rodas, y cuando lea esta carta no estaré ya en Guatemala. Mi vida corre peligro y no me siento protegida por la policía ni amparada por la justicia.

Usted no me conoce, pero eso importa poco. Lo que importa es el material que aquí le remito y que sustraje de los servidores de dicha entidad. Hay un amplio resumen del mismo en un folder de la memoria adjunta que lleva por título *El esquema*. Ahí encontrará una explicación más amplia.

Mi fuerte son la lógica y las matemáticas, pero me fío más de mi instinto. Por eso le envío a usted este material, y solo a usted, confiada en su honradez y con el fin de que pueda utilizarlo mejor de lo que podría hacerlo la policía o

la justicia.

Hablar en Guatemala de la honradez de un político es algo parecido a hablar de la virginidad de la prostituta. Pero yo confío en usted. Y no porque haya ganado las elecciones o porque usted me simpatice. Para serle sincera, no le habría enviado este material de no haber sido porque su nombre era el único que no figuraba en el pozo de corrupción que descubrí con ocasión de una triste y dolorosa circunstancia que ha alterado para siempre mi vida.

Ojalá no me haya equivocado.

LFN

La mención de Emilio Rodas hace temblar el papel en las manos de Sanabria. Y a sus recuerdos acude aquel individuo con aires de auditor que subía y bajaba las persianas del salón de La Rosaleda o cuchicheaba palabras al oído de Rabassa del mismo modo que los abogados suelen hablar a sus clientes cuando les aconsejan qué decir ante un tribunal.

Sanabria lleva la memoria SSD a su laptop y la conecta. Y en la pantalla del portátil aparecen una serie de carpetas con nombres de diputados, ministros, el de Expósito, Altagracia, Murphy Ruano y los demás, y otro que dice *El esquema*.

Sanabria toma un bolígrafo y un bloc y comienza a tomar notas.

Edificio Palermo, Decimocuarto nivel

Mismo día, 5:15 a.m.

El celular de Emilio Rodas vibra en la mesita de noche al compás de una versión ratonera del Rondo “Alla Turca”, de Mozart. El apartamento es confortable, pero la madrugada está fría y oscura, y el espabilado contador metido a lavador de dinero no tiene ningún deseo de espabilarse.

Mozart sin embargo no cede hasta que Rodas toma el celular de un manotazo y grita:

—¿Qué te ocurre Vladislav? ¿Qué tripa se te ha roto ahora?

—A mí ninguna, señor —dice el eslavo—, pero sí al Centro de Cómputo. Hemos sido *hackeados*.

Rodas se sienta en la cama de un brinco.

—¿Que qué?

—Que el sistema ha sido violado y nos han robado una parte de la información que contenían las IBM.

—¿Toda?

—Toda la referente a Guatemala y a los negocios de One Globus Corp. en el país. O sea, los suyos y los del señor Rabassa. Lo demás no lo tocaron.

—¿Cómo carajo, Vladislav? ¿Cómo ha podido suceder algo así, a pesar de todos los candados que le habíamos puesto al sistema?

—Lo hizo quien tenía las llaves, señor Rodas, la jovencita encargada de seguridad. Casi seguro. Lleva dos días sin asomarse por aquí. Me ha estado dando toda clase de excusas y desde hace 12 horas tiene el teléfono bloqueado.

—Ah, la gran puta, Vladislav.

—Le llamaba para decirle que nosotros tres nos vamos de Guatemala ahora mismo. Estamos por abandonar las instalaciones de Vista Hermosa y le quería preguntar qué quiere que haga antes de salir. ¿Borro toda la información que hay en las IBM, los programas, las conexiones con las otras estaciones? ¿Quiere que destruya los equipos?

—Aguarda, aguarda, ¿cómo es eso de que se van?

—No podemos seguir aquí. Sospechamos que la joven haya podido pasar la información a personas indeseables, si me entiende, y que en cualquier momento aparezcan por la casa.

—No, no, no, Vladislav. Espera, no te precipites. Nuestro proyecto, nuestros datos, nuestros recursos, todo eso está ahí. Dependemos de esa información como del aire.

—Usted decide, señor. ¿Hago un *erase*, sí o no?

Rodas mira al techo, al piso, a las paredes.

—¿No puedes hacer un *back up* y llevártelo contigo ?

—No tengo tiempo para eso. Y usted me temo que tampoco.

—¡Maldito seas, Vladislav!

—No es mi culpa, señor Rodas.

—¿Avisaste de casualidad al señor Rabassa?

—Eso se lo dejo a usted. A mí solo me queda tiempo para destruir la información, así que decídase.

—Me estás chantajeando, Vladislav.

—Adiós, señor Rodas.

—¡Espera, espera! ¡Está bien! ¡Bórralo todo, maldita sea tu madre! — concluye Rodas, arrojando el teléfono contra la pared.

Salta de la cama, sofocado, y corre a recoger el aparato. Pero está roto. La pantalla se ha astillado y el interruptor no enciende. Corre al caballero de noche donde tiene colgada su ropa, saca otro celular y hace una nueva llamada.

—Zetino, ¿estás en la puerta?

—Sí, don Emilio, aquí estoy.

—Avisa a Filadelfo y al *Chero*. Diles que vengan de inmediato. Tenemos que irnos.

—No sé dónde están, don Emilio. Deberían haber llegado ya, pero ni la *Suburban* ni ninguno de los dos han aparecido todavía. Los llamé hace un rato, pero sus teléfonos no responden. Y eso me preocupa bastante.

—Pues deja de preocuparte, porque no los vamos a esperar. ¿Está el BMW listo?

—Sí, don Emilio.

—Pues ahorita mismo nos vamos tú y yo en él.

—Como ordene, don Emilio.

—Y mete en el carro el SIG Sauer con dos tolvas. Bajo en 15 minutos.

Rodas marca otro número de teléfono.

—José María —dice.

—Hola, Emilio. Qué te traes a estas horas inhumanas.

—Malas noticias que no tengo tiempo de contarte. Tenemos que irnos del país. Ahorita, ahorita. Estoy en mi apartamento y llegaré al hotel en treinta minutos. No llames a nadie ni hables con nadie. Y si te llama alguien, no respondas. Límitate a bajar al vestíbulo. Zetino y yo te esperamos en la puerta.

—Un momento, Emilio, ¿qué ocurre? ¿Cómo que tenemos que irnos?

—Treinta minutos, José María. Si no estás en la puerta del hotel en ese tiempo, lamentaré mucho dejarte ahí tirado.

Media hora más tarde, el BMW convertible, manejado por Quelvin Zetino, se detiene a la puerta del Hotel Intercontinental. Rodas echa un vistazo al interior del vestíbulo, pero Rabassa no está. Tampoco ha contestado a las dos llamadas que le ha hecho desde que abandonó el apartamento con el fin de sincronizar la llegada al hotel y perder el menor tiempo posible.

—Aguarda aquí —le dice a Zetino, al tiempo que abre de un tirón la puerta del BMW.

Rodas es un hombre transformado. Ha dejado de ser el ejecutivo atildado y elegante que solo una semana atrás paseaba su palmito por el vestíbulo de este hotel. También su vestimenta ha cambiado. Lleva unos jeans vulgares, una *t-shirt* blanca y unos tenis. De repente ha vuelto a ser el hombre curtido en cien batallas libradas a las órdenes de su jefe, Gálvez Peña, alias *el Precursor*.

Con los labios apretados por la ira, Rodas cruza a grandes pasos el vestíbulo y se dirige al mostrador de recepción donde una joven sonriente le saluda.

—¿Podría comprobar, señorita, si el señor Rabassa se encuentra en su habitación ahora?

—El señor Rabassa ya no está en el hotel, señor. Pagó la cuenta y se fue en un Uber hace cosa de diez minutos.

—¿Está segura? ¿Sabe por casualidad a dónde iba?

—No señor, lo siento. Solo pidió el vehículo y se fue sin decir más.

—¿Llevaba equipaje?

—Sí, señor. Una pequeña valija.

Rodas se da media vuelta, murmurando entre dientes “hijo de la gran puta” y corre al BMW.

—¡Vámonos de aquí! —le dice a Zetino, entrando bruscamente en el vehículo—. ¿Llamaste a Libélulas?

—Sí, don Emilio. Berni nos está esperando con el aparato listo para despegar.

El convertible abandona la pequeña rotonda del hotel y, a base de frenazos y chirridos, logra salir a la Avenida La Reforma. En la Plaza del Obelisco gira a la derecha y toma el Bulevar Liberación, dirección El Trébol. Y cuando llega al Reloj de Flores, gira ciento ochenta grados. Pasa bajo los arcos del acueducto colonial y acelera en la Avenida Hincapié.

Un centenar de metros adelante, Zetino expresa una inquietud.

—Nos vienen siguiendo, don Emilio.

Rodas gira el cuello y descubre dos *pick ups* negros de doble cabina y rótulos amarillos que, uno seguido del otro, asoman bajo los arcos del acueducto.

—Es la Interpol, don Emilio.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo leí en el faldón de la portezuela, cuando dábamos vuelta en el Reloj de Flores.

—¡Metéle la pata a esta mierda, que para eso sí sirve, y perdélos de vista!

—Como mande, don Emilio —responde sereno *el Teflón*.

.Los neumáticos del convertible dejan escapar un agudo chillido y el BMW se dispara en dirección al Aeroclub.

A Zetino le resbalan muchas cosas, pero no es inmune al peligro que acecha a sus espaldas. De hecho, le sudan las manos y, aunque su desayuno ha sido abundante, su estómago experimenta ahora un repentino vacío.

Rodas hace una llamada en el celular.

—Roni —dice en tono imperativo—. Levanta el helicóptero ahorita y sal de ahí cuanto antes. Nos están siguiendo dos ratas y no nos van a dar tiempo de subirnos a él. Vete a Villacanales, a la casa de Iago, y nos esperas allí. Mientras tanto, vamos a tratar de perder a estos cabrones.

Vuela el BMW por la Avenida Hincapié, pasa frente al Aeroclub y, al llegar a una gasolinera Texaco, situada en el cambio de rasante, emboca a 95 por hora el peligroso tobogán de curvas que desciende hasta el fondo de un profundo barranco que desde ahí sube a Boca del Monte.

Los dos vehículos de Interpol hacen sonar las sirenas. Sus focos, rojos y azules, lanzan destellos cegadores, al tiempo que del megáfono del *pick up* que va delante surge la potente voz del inspector García Mena, ordenando

detenerse al BMW.

—¡No pueden escapar! ¡Hay policías esperándolos en el puente!

Ante los gritos y el estruendo, los carros que van de bajada se apartan, lo que facilita las maniobras del BMW. Zetino acelera y se abre paso bordeando la estrecha carretera de curvas cerradas y repleta de vehículos que acceden a la capital este lunes a hora temprana.

Rodas se vuelve al asiento de atrás y alza del piso el rifle SIG Sauer semiautomático de treinta tiros que había ordenado a Zetino colocar en el carro.

—Tenemos que alejarnos dos o tres kilómetros como mínimo, Quelvin. Pero lo veo difícil. Así que no queda más que darles de este jarabe, a ver si dejan de joder —dice empuñando el rifle—. ¿Listo? Disminuye un poquito la velocidad. Así. Y bájame ahora el vidrio. Muy bien, vamos allá.

Es una locura lo que Rodas quiere hacer, pero ni él ni Zetino están dispuestos a entregarse. Esta es la ley del oficio. Al prudente y discreto contador le ha salido el tigre de Bengala que lleva siempre por dentro. Y Zetino está dispuesto a hacer honor a su apodo, escurriéndose cuesta abajo sin otro síntoma notorio que el del sudor helado que le baña la espalda.

Rodas saca la mitad del cuerpo fuera de la ventanilla y endereza el rifle justo cuando desde el primer *pick up* el inspector García Mena abre fuego entre el estruendo de bocinazos de los vehículos que se ven obligados a frenar o a desviarse.

Una camioneta extraurbana aparece en una curva. El bus viene salido como un metro de la doble línea amarilla que divide la carretera y no posee la agilidad ni el tiempo para regresar con rapidez al interior de su vía. Zetino frena y da un golpe de timón para evitar el choque y salvar la embestida, pero el frenazo hace derrapar varios metros el BMW, al mismo tiempo que Rodas se introducía de nuevo en el vehículo, el cual continúa irremisiblemente desplazándose hacia el barranco que se abre a su derecha.

Zetino pierde el control y el BMW se precipita al abismo.

A asombrosa velocidad, el convertible se convierte en un ovillo de metal que brinca, rebota, gira sobre sí, se retuerce y se desarma ladera abajo.

Rodas sale despedido como un pelele. Estrella la cabeza contra un encino y queda inmóvil en una postura grotesca.

En el fondo del barranco, Zetino queda atrapado en el amasijo de hierros en que se ha convertido el BMW.

El tráfico que desciende de Hincapié en dirección a Boca del Monte se colapsa. Los conductores quieren ver la pelota de hierros dislocados que yace en el fondo, pues no todos los días se ofrece al público un espectáculo así.

El inspector García Mena se apea del *pick up*, armado todavía con la Glock. En la otra mano lleva un *walkie-talkie*. Una docena de policías con chalecos blindados y armas amartilladas le siguen.

García Mena se acerca a la orilla de la carretera y echa un vistazo. La mitad del cuerpo de Zetino sobresale aplastado por un lado del humeante BMW.

Algo más cerca, descoyuntado al pie de un árbol, está el cuerpo de Rodas.

El inspector alza lentamente el *walkie-talkie* y hace una pregunta.

Del otro lado del aparato le responden:

—Sin novedad por aquí, inspector. Hemos entrado a la casa con la gente del Ministerio Público. No había nadie. Y los equipos de computación están apagados.

Condominio Lomas del Bosque, Muxbal

Mismo día, 7:45 a.m.

María Soledad toca a la puerta del estudio de Sanabria, entra y anuncia:

—Don Daniel, afuera hay una persona que desea verle.

Sanabria no se vuelve a la empleada. Tiene la mirada puesta en la pantalla del computador donde lleva trabajando desde el alba y se siente algo aturdido. Son demasiados documentos. Ha logrado extraer y ordenar los hechos y los datos esenciales, pero no logra desentrañar del todo la maraña informativa que le ha proporcionado Luisa Fernanda.

—Dígale que estoy muy ocupado. ¿Quién le ha dado permiso, además, para entrar en el condominio?

Magda aparece en la puerta.

—Yo le permití que entrara —dice—. Y es importante que lo escuches, Dani. Se trata de uno de “tus” ministros. Creo que debes recibirle.

Sanabria observa a su esposa con gesto de sorpresa.

—¿Uno de “mis” ministros, dices?

Dos minutos después, aparece una persona en la puerta.

—Buenos días, señor presidente —dice.

—¿Usted? —responde Sanabria con los ojos muy abiertos.

Condominio Lomas del Bosque, Muxbal

Una hora más tarde

—¿Licenciado Urtarte?

—Sí, ¿quién habla?

—Soy Daniel Sanabria, licenciado. Disculpe que lo llame a esta hora, pero se trata de un asunto importante.

—Claro, claro, dígame.

—Quería contarle que reflexioné toda la noche sobre lo que hablamos ayer y he concluido que ustedes tienen razón. Yo no tengo ya nada que hacer como hombre público y el país no puede seguir en esta situación de incertidumbre. No voy a permitir que sean los doctores quienes digan que no puedo ser presidente. Tampoco aceptaré que lo diga el Congreso. Seré yo quien me encargue de ello. Voy a renunciar públicamente por motivos de salud. Y quiero hacerlo como Dios manda, acompañando a Expósito ante los medios, junto con el próximo gabinete y los diputados de Patria y Bienestar. No habrá, pues, más dictámenes ni esperas. Lo hago por el bien de Guatemala y de todos. Y para eso le llamo. Quiero hablar personalmente con Expósito y acudo a sus buenos oficios para que propicie una reunión, ya que él no me contesta el celular. Pienso que le hablé muy fuerte el otro día. Dígale que quiero hablarle a solas para finiquitar este asunto en forma civilizada. ¿Qué le parece, lic?

—Es una decisión muy razonable, señor presidente. De mi parte, haré todo cuanto esté en mi mano para que ese encuentro se lleve a cabo lo antes posible.

—¿Podría a las doce y media o una, en La Rosaleda? Dígale a Tulio que podemos charlar dando un paseo por el Hoyo 17 y luego almorzar con ustedes dos para preparar juntos la declaración.

—Ahora mismo me pongo en marcha. Cualquier cosa, yo le aviso, señor presidente.

Dieciséis

Club de golf La Rosaleda, lunes 4 de diciembre, 12:55 p.m.

Sentado en una banca de aluminio cercana al Hoyo 17, Daniel Sanabria observa a Tulio Expósito cruzar el *fairway* seguido por tres guardaespaldas. Es un día de color celeste y la mañana tiene pátina de acuarela. Al otro lado del *fairway*, las luces de las radiopatrullas que han acompañado al vicepresidente arrojan lejanos destellos.

A Expósito le sobran 15 libras de peso y llega un tanto sofocado hasta donde se encuentra Sanabria, quien se alza de la banca, le estrecha la mano y en tono afable le dice:

—Buenos días, señor presidente.

Expósito le devuelve una engolada sonrisa. Se comprende. Es el vencedor de la contienda y, no obstante su habilidad para el disimulo, no ha podido evitar que alguna ínfula haya abanicado su rostro.

—¿Cómo le va, Danielito? —dice—. El otro día no le vi muy bien y mientras cruzaba el campo me venía diciendo si no le habrían tenido que traer en una silla de ruedas. Pero veo que hoy tiene mejor aspecto.

El hombre no tiene compostura. No puede ir más allá de doscientos metros sin boquear, pero necesita hacer sentir a los demás que es el zar de la maratón.

—Me encuentro muy bien, gracias, Tulio —replica Sanabria—. Físicamente, me refiero. En cuanto a la memoria, he descubierto que opera de manera misteriosa. Por ejemplo, mi vida anterior al coma la tengo muy clara, pero aún sigo sin acordarme de lo que ocurrió aquí el pasado sábado, después

del incidente de los azacuanes, ¿se recuerda?

Sanabria mira a Expósito de reojo y descubre en el rostro de este la expresión de un tahúr en plena apuesta, tenso, sin mover un músculo, y tratando de traducir el rostro del adversario. Seguramente su cerebro está dando vueltas. El episodio de los azacuanes lo vivieron ellos dos solos y, si es cierto que Sanabria no recuerda nada de lo ocurrido ese día, tampoco debería acordarse de eso ahora. Y la sospecha de que algo extraño puede ocurrir, o está ocurriendo, invade el ánimo del vicepresidente electo.

—¿Damos un paseo? —dice Sanabria, echando a andar por el sendero asfaltado que corre paralelo al Hoyo 17.

—No perdamos el tiempo, Danielito —Expósito ha vuelto a su actitud altiva—. Vayamos al grano y arreglemos este asunto de una vez por todas.

—Desde luego, señor presidente. Pero antes quisiera contarle algo.

Expósito echa un vistazo alrededor. Algo barrunta, algo que su malicia congénita le advierte. Pero no hay nada que invite a la alarma. Cuatro golfistas juegan cerca con normalidad y, a unos cincuenta metros, los escoltas le cuidan con mirada atenta.

—Una joven fue asesinada esta madrugada cuando salía de la casa de su madre —dice Sanabria—. Un crimen más de los tantos que suceden a diario sin explicación ni motivo aparentes. El nombre de la joven era Luisa Fernanda Najarro. ¿La conocía usted?

—¿Por qué habría de conocerla? —responde Expósito alzando el mentón.

—Trabajaba en una empresa de Emilio Rodas.

—¿Y eso qué?

Los dos hombres han iniciado el descenso de una larga y sostenida pendiente, al término de la cual, en una profunda hondonada, hay un *green* en forma de ameba con una bandera blanca y azul. Sanabria se mueve hacia la orilla del camino, corta una paja reseca que emerge de entre grama y se la coloca entre los dientes.

—Me envió esta carta ayer —dice mostrando un papel a Expósito—. Me gustaría que la leyese antes de tratar el asunto para el cual le pedí que viniera.

Expósito toma de mala gana la carta y comienza a leer con prisa. Su nerviosidad se va tornando patente a medida que avanza en la lectura. El labio

inferior le tiembla y de vez en cuando le dirige a Sanabria una mirada colérica.

—¿Qué es esto? —pregunta cuando termina de leer— ¿Qué es lo que pretende?

Sanabria se quita la pajita de la boca.

—Deje de disimular, Tulio. Rodas murió esta mañana en un encuentro con la policía y Rabassa escapó con su música a otra parte. No tiene usted a dónde ir, su circo se ha venido al suelo. Y si ha aceptado esta cita conmigo es porque necesita la legitimidad que solo yo puedo darle. Eso si renuncio a la presidencia de la República, claro está, cosa que aún no he decidido.

La carta cruje en los dedos de Expósito, la esconde en un puño y amenaza con él a Sanabria.

—Qué juego se trae conmigo, pedazo de estúpido.

—Uno que le va a divertir.

—No sé de qué me habla.

—Sí lo sabe.

—Sus abogados me dijeron que quería hacer una declaración conjunta en la que desistiría de ser presidente.

—Mentí.

Sanabria saca del bolsillo la memoria SSD que le ha enviado Luisa Fernanda y se la tiende a Expósito.

—Con esa carta venía este aparatito. Contiene cientos de documentos sustraídos por la joven de los servidores de Rodas. Escrituras, transferencias, contratos. Se lo regalo. He hecho de él varias copias. Una de ellas para la señora McCleary, por cierto.

Expósito arruga la nariz como si Sanabria oliera a zorrillo.

—Está poniendo a prueba mi paciencia. Diga lo que tenga que decir o me marcho ahora mismo.

—Sería mejor que aceptara su situación. No es la mejor que digamos.

—Usted no tiene ninguna autoridad para imponerme nada.

—Y usted se atribuye una autoridad que ya no tiene.

Hecho una furia, Expósito se da la vuelta y emprende el camino de retorno a lo alto del Hoyo 17.

—Haría mal en irse, Tulio —alza la voz Sanabria—. Esto se ha terminado. No hay más. Se acabó la farsa. La información que tiene en sus manos ha cambiado por completo la situación política del país.

—¿Qué cosas han cambiado? ¿Qué? —se vuelve con rabia Expósito.

—No le gusta lo que acabo de decirle, me temo.

—¿Quién se cree que es? ¿Jesucristo?

—Usted y Rabassa maquinaron el negocio del ferrocarril, teniendo a Rodas como operador. Y One Globus Corp . era la franquicia de Rabassa, una especie de McDonald's que en vez de vender hamburguesas, lavaba dinero ilícito. Rodas era su franquiciado en el país. Tenía dos servidores en Vista Hermosa y una base de datos con información reservada. Y entre aquel inmenso bosque de miles de documentos, esta joven comprobó que *Surcos* y *Senderos* era una falsa ONG dedicada a legitimar dinero de las mafias en todo el mundo.

Expósito mira por encima del hombro. Sus tres guardaespaldas se hallan a mitad de la cuesta y hablan ahora entre ellos.

—No se le ocurra hacer ninguna tontería, Tulio —dice Sanabria, apuntando con la mirada al bosquecillo que corre a lo largo del *fairway*—. ¿Puede ver de aquel lado un jugador de golf con una bolsa y sus palos? Bueno, pues le cuento que no es un jugador de golf. Ni uno de los palos que asoman por la boca de la bolsa es un palo. Es un rifle Remington 700 con telémetro. Una señal mía a ese hombre y, antes de que sus agentes puedan acercarse a mí, usted estará más frío que una mojarra.

Expósito da un paso atrás.

—Nunca he matado a nadie —le dice Sanabria en voz baja—, pero le aseguro que no me causaría ningún pesar dar la orden a ese hombre, si se le ocurre a usted atentar otra vez contra mi vida.

—¿Atentar contra su vida? ¿Qué está diciendo? —la voz de Expósito ha subido dos octavas—. ¡Yo jamás intenté asesinarlo!

—Que un mosquito me inoculara el virus que portaba un azacúan, no significa que usted y sus secuaces no me hayan querido matar.

—No está en su juicio —dice Expósito, cruzando los brazos y abriendo las piernas—. El coma le ha dañado el cerebro. Nadie creerá esa tontería y, por

lo que veo, tampoco habrá necesidad de una declaración conjunta.

—Cree que estoy mal de la cabeza.

—No lo creo, estoy seguro.

—Póngame a prueba. De veras, Tulio. Ande, no sea tímido.

—No le consiento que se burle de mí.

—¿Quiere que le describa cómo iban vestidos cada uno de ustedes el pasado sábado? ¿O que le hable del señor Rabassa, ese genio del lavado, amigo suyo? ¿O cómo y dónde y en qué circunstancias se conocieron ustedes dos? ¿Quiere que le describa en qué consiste el proyecto Entremares? ¿O prefiere que le recuerde la anécdota de la anciana que me gritó “ojalá se mueran todos ustedes”? En lo que estoy menos claro, le confieso, es en qué contenía la bebida que me ofreció Gracita. ¿Qué había en ella, además de jugo de toronja? ¿Por qué Gracita insistía en que bebiera de él?

—Pobre infeliz, solo ve micos aparejados —masculla Expósito.

—Lamento que todo esto le resulte incómodo, pero hay cosas que debe saber antes de que la adrenalina le ciegue. Por ejemplo, que entre las listas codificadas que esta inteligente jovencita hackeó de *Surcos y Senderos* hubo una que le llamó la atención debido a que dominaba en ella el número 86. Le cuento: 86 corporaciones, 86 contratos, 86 transferencias a 86 cuentas corrientes. Lo menciona en un documento resumen incluido en esa memoria que tiene en las manos. La joven descubrió además un patrón en las claves de las cuentas que parecían decirle algo. Y es que todas tenían un prefijo evocador, del tipo TAJ.17, PRO.39, FUE.72, PET.53. E intentó averiguar su significado antes de descodificar los contenidos y no perder tiempo en balde. Así que las ordenó, las desordenó, trasteó los prefijos y comprobó que el administrador de la red había sido perezoso al diseñar las claves. Quiero decir, no se había esforzado mucho en ponerles nombres y no se le ocurrió otra cosa que usar las tres primeras letras de los volcanes, los lagos y los departamentos de Guatemala —Taj-umulco, Pro-greso, Fue-go, Pet-én—, seguidos del número asignado al propietario de cada cuenta.

Expósito dirige una mirada asesina a Sanabria que no logra intimidarlo.

—Y de repente saltó la sorpresa. La jovencita descubre que, gracias a la información de una amiga suya que trabaja en *el Periódico*, el número 86

correspondía a los 86 diputados electos de la coalición Patria y Bienestar.

Sanabria hace una pausa y luego pregunta con gesto de sorpresa:

—No me diga que no sabía eso.

—¡No, señor! ¡No lo sabía!

—Qué extraño, porque la joven encontró también en esos archivos el nombre de usted, los de sus diputados y sus líderes. El inefable Ormeño, *don Guayoming*, Sarita Waleska, el engreído Ron Castañeda, el sapiente Murphy Ruano, la sibilina Altagracia. En la Roma de los césares, por más corrupto que fuese el Senado, y conste que lo fue casi siempre, nadie pudo comprarlo al completo. Aquí tampoco. Siempre ha habido y habrá políticos honrados que no se prestan a las movidas de personas como usted. En cambio, sí era frecuente que se comprara la mayoría. Y eso fue lo que usted hizo. Pero, ¿para qué comprar el Congreso, me preguntaba yo esta mañana mientras estudiaba los documentos? Entonces recordé —ah, esta memoria mía— lo que usted me había dicho ahí enfrente, en la casa número 4, cuando estábamos solos. Los diputados no tienen disciplina; son como cabras sin dueño. Lo único que les disciplina es la plata. Me bastó leer uno de los documentos para entenderlo, pues los otros decían lo mismo. Usted quería impedir que al Congreso le diera por fragmentarse una vez en el gobierno. Y dispuso comprar a sus propios diputados.

Los labios de Expósito han ido adquiriendo una marcada lividez y su respiración se ha vuelto más apresurada.

—Ninguno de ellos tenía suficiente plata para financiar su campaña electoral. Nunca la tienen. Como decía Vivar, se financian con el dinero de narcos, tatascanes y caciques que han de devolver más tarde con las ganancias que les dé el empleo. Y fue ahí donde usted intervino: 300 mil dólares a cada uno y campaña financiada. Rodas y Rabassa se encargarían de facilitarles las cosas. Crearían una corporación para cada uno y les abrirían cuentas bancarias en el exterior. Les dijeron que eso facilitaría las transferencias y que, si la donación se realizaba fuera del país, tenían “el sistema” para que nadie pudiese descubrirla. El dinero ingresaría en las cuentas de las corporaciones de cada diputado y el pago no se haría en dólares, sino en monedas encriptadas, bitcoins, que, debidamente procesadas por las

computadoras de Rodas, se volverían dinero anónimo, imposible de detectar. Y ninguno de los 86 diputados se dio cuenta de la trampa en que les había hecho caer.

Expósito se ha detenido y observa a Sanabria con los dientes apretados.

—Las mordidas al estilo Odebrecht quedaban en la edad de piedra. Era el cohecho a otro nivel: el de la era digital. Pero había un propósito ulterior en la movida, además de comprar silencios y facilitar cualquier problema que presentase el proyecto del ferrocarril, ¿no es así, Tulio?

Expósito no responde.

—Ese propósito ulterior era chantajearles a todos, si se salían de la línea que les marcara el Ejecutivo, pues usted podría demostrar que todos los diputados de la coalición habían incurrido en financiamiento ilícito. Y eso tiene un nombre en nuestra legislación, “financiamiento electoral no registrado”, el cual conlleva una pena entre 5 y 12 años de cárcel.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? Mi nombre no figura en esos documentos.

—No es una respuesta inteligente, Tulio. Es más bien una respuesta granuja. Y usted lo sabe. La información de esa memoria digital que le he dado contiene un contrato que le haría propietario de 12 millones de dólares en acciones del nuevo ferrocarril desde el momento en que el nuevo Ejecutivo aprobara el proyecto. La entidad dueña de esas acciones se llama Corporación Funchal, una compañía oculta en algún lugar del Caribe y de la que usted es dueño a partes iguales con Gracita.

—No está usted en sus cabales —dice áspero Expósito.

Sanabria mira hacia otro lado.

—Me habría llevado descifrarlo meses, lo confieso, de no haber sido por Murphy Ruano.

Expósito le mira atónito.

—Vino a verme esta mañana. En cuanto oyó que Rodas había muerto en la cuesta de Hincapié. ¿Sabe la razón? Tenía miedo. Como los demás dirigentes de Patria y Bienestar, había recibido la promesa ante notario de recibir 2 millones de dólares en acciones de Entremares S.A., cuando el Ejecutivo aprobara el proyecto. Y el eminente profesor no tuvo ningún recato en

traicionarles a cambio de inmunidad. No le extrañe. A los intelectuales les cuesta poco hacer lo contrario de lo que piensan o ponerse al servicio del poder, si eso les trae dinero, prestigio o supervivencia. Nada nuevo. Sucede así desde la Antigüedad. La historia está llena de casos parecidos al de nuestro perínclito Ruano.

Sanabria vuelve a colocarse la pajita entre los dientes.

—Por supuesto, acepté su oferta —prosigue—. Me dije que nuestro filósofo sería un buen testigo de cargo en caso de que necesitara usarlo contra usted y la honorable banda de saqueadores que lleva por nombre Patria y Bienestar. Me confesó, aparte de describirme el diseño del negocio, que ni él ni los demás sabían nada del intento de homicidio y que solo fueron comparsas bien pagados. Es posible que fuera así, aunque no estoy muy seguro.

Cae cerca una pelota de golf y, luego de varios rebotes, queda inmóvil cerca de donde se encuentran los tres guardaespaldas de Expósito.

—Decidí entonces pedirles a mis abogados que hablaran con usted, y concertar esta cita. Y como soy hombre de palabra, voy a cumplir lo que le prometí. Haremos una declaración pública usted y yo, pero en mis términos, no en los suyos.

Expósito se vuelve a Sanabria.

—¿Sus términos? —le dice—. Serán sus imposiciones. Me las puedo imaginar.

—No, Tulio, no se las imagina.

—No entiende ni entenderá jamás nada —dice Expósito—. ¿Qué tiene de malo recibir una comisión por un agotador trabajo que traerá tantos beneficios al país? Justo Rufino Barrios recibió acciones gratis, por una cuantiosa suma, del Ferrocarril del Sur, el Ferrocarril Urbano y el Ferrocarril de Champerico. Y gracias a él, Guatemala se modernizó. ¿Cómo se atreve a privarnos de la inversión más importante de este siglo?

—Me sigue subestimando, Tulio.

—Subestimo a los ignorantes y a los necios como usted. Y a los estúpidos que no entienden cómo funcionan el mundo y la realidad. Hasta los analistas más destacados de nuestros días han concluido que, operaciones como esta que usted pretende boicotear, tienen un costo de intermediación que es

aceptable y necesario, so pena que el país detenga su desarrollo. Solo los ilusos como usted no alcanzan a comprender el mal que causan.

—Cargaré de buen grado con la culpa de no haber aprobado un proyecto manchado con la sangre y el sufrimiento de millones de personas.

—No sea ridículo. Usted no puede cambiar el mundo. Entre el sueño de la honradez política y el del bienestar económico, es preciso optar por el segundo. Solo los ideólogos y los idiotas como usted pueden concebir una vida humana sin contradicciones.

—Me gusta cómo me trata, Tulio. Siempre tan gentil, tan educado. Aunque advierto por el tono de su voz que ahora está ofendido de verdad e intuyo que se va a ofender más cuando sepa que, en ese informe, hay un cabo suelto que será para usted una sorpresa.

Sanabria puede adivinar la ira que trata de contener Expósito.

—Si usted lo dice.

—¿Qué es lo que quiere de mí, maldito?

—Se lo diré en pocas palabras. La política es una conspiración permanente y su regla esencial es el reemplazo. Son palabras suyas, Tulio. Y a usted le corresponde cumplir ese precepto ahora.

Expósito suelta una carcajada de fauno e, inesperadamente repuesto, lanza una nueva andanada.

—Usted cree que me ha destruido, pero hace falta un hombre más hombre que usted para lograrlo —dice con petulante cabeceo.

—Sé cuánto me odia en este momento, pero debo decirle con franqueza que fue de usted de quien aprendí estas mañas, y que ahora he decidido obedecer, no a mi conciencia, sino a mis demonios. Usted era el tercer socio de *Surcos y Senderos*.

Expósito vacila por primera vez desde que ambos hombres empezaron a hablar.

—Está inventando cosas de las que no puede acusarme —dice—. Yo no soy socio de *Surcos y Senderos* ni de nada que se le parezca. En cuanto a las acciones de que me habla, no constituye ningún delito poseerlas, porque el proyecto no ha sido aprobado aún. Se ha pasado de rosca, amigo. Ni usted ni nadie puede probar que he recibido dinero ilícito ni de estar implicado en

ningún negocio turbio.

—Todo eso es verdad. Pero el hecho de que usted fuera el tercer socio de *Surcos y Senderos* le hace culpable de asociación ilícita para lavar dinero y faculta al gobierno de Estados Unidos a solicitar a Guatemala una orden de extradición para juzgarlo allí y condenarlo, como poco, a veinte años de prisión.

Expósito acusa el mazazo y Sanabria pausa el discurso.

—Ahora bien, ¿cómo se arregla un asunto tan complicado como este que nos traemos entre manos, Tulio? ¿Echando a todos ustedes a la calle? ¿Metiendo en la cárcel a sus 86 diputados electos? En buena ley debería hacerlo, pero el remedio sería peor que la enfermedad. No tengo que explicárselo. Y he decidido seguir su consejo.

—¿Mi consejo? ¿Qué consejo, maldito intrigante?

—Fue usted quien me dijo que cambiar la vida pública en mis términos provocaría el caos. Tenía razón. Encausarles a todos ustedes por corruptos sería el desmadre. Así que se me ha ocurrido otra cosa.

Expósito iza la nariz y mira a las blancas nubes que se dispersan por el cielo.

—Será muy sencillo. Verá. Pasado mañana, a esta misma hora, convocaremos una conferencia de prensa. Digo convocaremos porque nos presentaremos los dos en público, acompañados de los 86 diputados de la coalición. ¿Se acuerda de aquella otra conferencia de prensa, hace unos años, convocada por el presidente Morales, con los mandos militares atrás de él? Pues algo así, solo que con los diputados electos, para que todo el mundo vea el respaldo que la coalición me otorga. ¿Y qué es lo que usted va a decir? Va a decir, muy emocionado y conmovido, que me encuentro en perfecto uso de mis facultades físicas y mentales. ¿O cree que las tengo deterioradas?

Expósito se muerde el labio inferior en un gesto de cólera.

—En cuanto a Gracita Jiménez, futura presidenta del Congreso, dirá que los 86 diputados electos se suman a la declaración que usted ha hecho y que el Congreso no insistirá en el diagnóstico de los doctores.

—No sea ridículo. Usted no puede imponer su voluntad al Congreso. ¿Cómo cree que puede obligarles a nada?

—Podría responderle que comprándolo, como tantas veces se ha hecho en este país. Pero no, no haré eso. Los pondré en línea de la misma forma que pretendía usted hacerlo. Utilizaré sus mismas argucias y seguiré su mismo método. Cada diputado tiene ahora una bomba bajo su curul. Y yo tengo el mando a distancia para hacerla detonar. Cualquier desobediencia, cualquier trampa, cualquier engaño de su parte, y no tendré misericordia de ellos. Uno por uno emprenderán el camino de la cárcel por “financiamiento electoral no registrado”. En cuanto a usted y a Gracita, si no me obedecen, les espera la deportación a Estados Unidos por lavado de dinero generado allí en forma ilícita.

—No saldrá vivo de esta. Quien como usted busca venganza, debe cavar siempre dos tumbas.

—Si eso llegara a ocurrir, me ocuparé personalmente de que la primera de ellas sea la suya. Pero si yo llegara a sufrir algún tipo de atentado en mi gobierno, toda la información que contiene esa memoria —dice señalando al SSD— iría a parar de inmediato a manos del Departamento de Estado y de la DEA.

Expósito lo mira de abajo arriba. Siente un impulso primario de saltar sobre Sanabria y morderle la yugular. Solo el francotirador que los observa lo contiene.

—Jamás haré eso que me pide. Ni Gracita ni la coalición ni nadie —dice con altanería.

—No tiene otra opción, Tulio. Es eso o una celda en una prisión de Texas.

Expósito insiste, sombrío:

—No saldrá vivo de esta, no va a salir, se lo juro.

Sanabria le mira con lástima.

—¿Qué voy a hacer con usted?

—¿Por qué me odia? ¿Por qué quiere destruirme?

—No se ponga patético. No está tratando con un imbécil. Usted quería que yo fuese su empleado. Y eso no va a ser posible, porque usted es incapaz de admitir que se pueda cambiar el país y convertirlo en una nación de la que todos nos sintamos orgullosos. Una pena. Pudimos hacer juntos algo grande, pero usted no fue capaz de poner a un lado su codicia. Y decidió asesinarme.

Por suerte no logró su objetivo. Un pájaro se lo impidió. Pero sí mató algo dentro de mí. Y ese algo fue ese “buenismo” político con el que la mayoría de los guatemaltecos crecemos, esa ingenua creencia que mide a los hombres públicos por sus “buenas” intenciones. De modo que aquí me tiene, privado de esa virtud, lo que también es una pena, pues me sentía con ella muy bien, y listo para cambiar las cosas. Usted y las personas como usted han vendido por treinta monedas el pudor y la dignidad de todo un pueblo. Y eso lo van a pagar como deben pagarse estas cosas. De manera que no, no le odio. Solo hago lo que debo hacer.

Expósito le sostiene la mirada.

—Llevará el país al desastre con sus estúpidos sueños.

—Sus catastrofismos no me conmueven, Tulio. Y sus apercebimientos, tampoco. Puede que no sea capaz de cambiar el país, pero lo que sí puedo hacer es alterar su rumbo. En los próximos cuatro años, voy a reformar lo que sea necesario para que Guatemala emprenda un camino distinto al actual. Y en el ínterin, usted y sus disputados se convertirán en la última generación de la “vieja política”. La de los mercaderes de leyes. La de los pactos corruptos. La de los representantes del pueblo adornados con relojes Rolex y anillos con piedras preciosas. La de las bandas de asaltantes, de forajidos, de saqueadores, de mafiosos que conciben el Estado como un botín. La historia tiene sus ciclos y este se ha cerrado para usted y la gente como usted. Será divertido. ¡Los malos haciendo el bien y regenerando un sistema que ellos mismos corrompieron! ¡Y además financiados con dinero ilícito! ¿O no es divertido que los cínicos, los embaucadores, los corruptos, se vean obligados a aprobar mis reformas? Voy a hacer de ustedes unos próceres que pasarán a la historia como los depuradores de un sistema repodrido. ¿No es maravilloso, Tulio? Deberían estarme agradecidos. Ellos y usted. Se convertirán en un caso de estudio que se difundirá en las escuelas, las universidades, el mundo. Les levantarán estatuas, si es que no les alzan templos, y la historia los recordará como héroes. Es usted afortunado, Tulio.

—Y usted no tiene madre, desgraciado.

—Si con eso se siente mejor, no le pediré una disculpa. Supongo que si yo estuviera en su lugar diría lo mismo. En cuanto a sus ilustrados ministros,

serán notificados de que prescindiré de ellos, lamentando, eso sí, que no puedan recibir los 2 millones de dólares en acciones del ferrocarril que Rabassa les ofreció y que ahora son papel mojado. Igual que los 12 de usted.

Como si estuviera en presencia de un ser sobrenatural, Expósito retrocede dos pasos y exclama en tono dramático:

—¿No le conozco! ¿Quién es usted?

Sanabria le devuelve una sonrisa triste.

—Soy el de siempre, pero a la vez un hombre distinto. Por alguna razón, el coma te altera la vida y te hace escuchar cosas que no te agradan o que no sabías. Es como si hubiese descubierto una vida diferente, más intensa, más total. Como si en unos pocos días hubiese asimilado todos los elementos que aún faltaban en ella. Como si una fuerza irresistible me impulsara a no aceptar el mundo tal como es, aunque el esfuerzo que requiera cambiarlo no compense el sacrificio personal de hacerlo.

Vuelve la mirada al campo de golf y agrega como distraído:

—Pero tranquilícese. No soy un demente ni un malvado. Tampoco un idealista. Si algo me ha traído el coma, ha sido eso. De ahí que haya pensado ofrecerle tres opciones. La primera es que renuncie a la vicepresidencia por motivos de salud u otro que se le ocurra. No es una alternativa que me guste, pues la gente sospecharía cosas. Pero es una forma de irse con dignidad. La otra sería mandarlo matar, como hacían los romanos con sus adversarios, los cardenales con los papas, los revolucionarios con sus pares y los políticos como usted con su candidato.

Sanabria suspira con gesto bondadoso.

—Pero no soy un criminal.

—¿Y la tercera? —acierta a decir Expósito.

—Esta creo que le va a encantar. Siempre me ha gustado el edificio del Ministerio de Educación, el de la Avenida La Reforma. Tiene empaque, señorío y una elegancia natural que no han deteriorado los años. Me propongo hacerle unos retoques, alzar una gran bandera y convertirlo en Casa Presidencial. Quiero vivir ahí los próximos cuatro años. Dará prestancia al país, así como a la presidencia. ¿Qué le parece? Y como obsequio personal, le voy a ceder a usted la casa vieja, la que está detrás del Palacio Nacional. No

me gusta, ¿sabe? Está anticuada, es depresiva y todo alrededor huele a rancio. Estará muy bien allí, custodiado por los hombres de mi guardia personal. No le molestará que le vigilen, ¿verdad? Ni que me informen de a dónde va y con quién está y de qué hablan. Serán solo cuatro años. Una bendición, si considera la alternativa. Únicamente saldrá de allí para actos oficiales. Y cuando concluya el periodo, dejará la vida pública para siempre, igual que sus 86 diputados. Pero no se preocupe. Mientras usted y Gracita y ellos me obedezcan, su secreto estará a buen resguardo.

Expósito traga saliva, pero su voz se estrangula y le sale un ronco gruñido. Sus brazos cuelgan inertes a lo largo de sus caderas. Su insolencia se ha evaporado. Sin duda ha llegado a la conclusión de que ni las conminaciones ni las poses le servirán ahora para escapar de la trampa que le ha tendido Sanabria.

—Usted me dijo aquí mismo —dice, como último recurso, señalando a la casa número 4— que esta aventura en común había sido la mejor y más emocionante de su vida. ¿Cómo puede hacerme esto ahora?

Sanabria se lleva una mano a la frente. Parece meditar.

—Qué raro —responde—. No logro acodarme de haberle dicho tal cosa. Lo siento, Tulio. Esta memoria mía...

—¡Esto es una usurpación, un golpe de Estado!

—No sea cínico. No fui yo, sino usted, quien tuvo la idea de defenestrarme. Yo solo me he limitado a llevar a buen fin la conspiración que usted tramó. Y el fin “legítima” los medios, ¿no es verdad? El buen fin, quiero decir. O lo que cada quien tenga por bueno. Lo han practicado soberanos, emperadores, sátrapas y pontífices. Solo el mal derrota al mal. No hay regla más sabia que esa.

—¡Es usted un perfecto canalla!

—Sí, Tulio, soy un canalla. Pero un canalla honrado.

Sanabria tiene la mirada fija en Expósito, pero el sarcasmo y la tensión se han borrado de su rostro. Ha vuelto a ser el hombre sereno que solo días atrás disfrutaba, abstraído, desde la casa número 4, los dones con que la naturaleza había dotado este hermoso lugar.

—Cuando hablé con mis abogados ayer tarde, creí que todo estaba perdido

—le dice a Expósito—. La impotencia se había apoderado de mí. Pensé que el país no tenía salvación. En eso llegó la carta de esa infortunada joven asesinada esta mañana en la Zona 4 y me di cuenta de que estaba equivocado. La mejor ayuda viene a veces de las personas más modestas. Una valerosa joven, un jefe de camareros, una anciana harta de mentiras, pueden enseñarle a uno muchas cosas. Y considerando todo eso me dije que, mientras haya personas como ellas, el país puede tener esperanza. Quizá sea gente que entienda poco de este retorcido oficio. Quizás sean personas inocentes e ingenuas. Pero tienen algo que les hace superiores. Y es el sentido de la dignidad del que usted y las personas como usted carecen.

Sanabria hace una larga pausa. Luego agrega:

—Espero su decisión hoy mismo. Y ahora, si no le importa, quisiera continuar solo el paseo.

Camina unos pasos hacia la hondonada, pero, como si hubiese olvidado algo, se detiene y, volviéndose a Expósito, le dice:

—¿Cree que aguantará subir sin sofocarse? ¿No quiere que le pida una silla de ruedas?

Diecisiete

Los restos de Christian Elizondo fueron exhumados en el área derrumbada de El Cambray II el miércoles 6 de diciembre. En los restos del agente de la DEA no se hallaron heridas de bala, pero sí una fuerte contusión en la nuca, la cual, según el informe forense, habría sido la causa del deceso.

El hallazgo conmovió al país y a la opinión pública, debido a la vinculación del hecho con la balacera que había tenido lugar en la Zona 4. El sicario que sobrevivió al tiroteo, un tal Atlacatl Ramos, apodado el Chero, de nacionalidad salvadoreña, habría confesado en el lecho del hospital, donde fue ingresado con tres heridas de bala, que Filadelfo Cajas, su jefe, les había ordenado a él y a Quelvin Zetino enterrar a Elizondo en el barranco donde yacían soterradas no menos de setenta víctimas de un deslizamiento de tierras ocurrido años atrás.

Mientras los medios informativos trataban de articular nombres y hechos en una trama coherente, la sorpresa saltó cuando se supo que Zetino, Cajas y el Chero, conformaban el equipo de seguridad que protegía a Emilio Rodas, hombre de negocios vinculado al narcotráfico y al lavado de dinero, muerto junto con Zetino en la bajada de Hincapié.

El Chero no pudo aclarar si Filadelfo Cajas había sido el asesino de Elizondo, como tampoco explicar las circunstancias del crimen. Su precario estado de salud se deterioró con rapidez debido a las heridas sufridas en el tiroteo y falleció sin ampliar una información que habría sido de suma importancia para las investigaciones en curso.

No obstante esta contrariedad, el presidente Villaseñor y el embajador Turnbull expresaron su complacencia por el trabajo conjunto llevado a cabo por Interpol, la Policía Nacional Civil y la DEA que había conducido al hallazgo del cadáver de Elizondo y al descubrimiento de sus asesinos.

El suceso más importante de esos días, sin embargo, fue la conferencia de prensa en la que el vicepresidente electo, Tulio Expósito, y el bloque parlamentario de Patria y Bienestar, con mayoría absoluta en el próximo Congreso de la República, hicieron pública su absoluta confianza en la salud y la capacidad de Daniel Sanabria para gobernar el país, cosa que el propio presidente electo se encargó de ratificar en un discurso que pronunció con la elocuencia, el desenfado y el carisma que le habían caracterizado desde que su nombre empezó a sonar en la vida pública.

Aeropuerto La Aurora, viernes 8 de diciembre, 8:05 a.m.

Envuelto en la bandera de la Unión Americana y custodiado por media docena de marines con uniforme de gala, el féretro que contiene los restos mortales de Chris Elizondo asciende lentamente por una faja inclinada hacia el vientre del avión de la Fuerza Aérea de Estados Unidos que habrá de conducirlo a la base militar de Lackland, Texas.

A unos cincuenta metros del aparato, el embajador Robert Turnbull observa con expresión adusta el proceso de embarque. Atrás de él se alinean varios funcionarios de la embajada, así como Harry Carpenter con traje oscuro, gafas ahumadas y corbata negra.

Cuando la ceremonia concluye, Turnbull procede a despedirse de los funcionarios. Al llegar a Carpenter le da la mano, pero no se la suelta.

—No te vayas todavía, quiero hablarte.

Un policía guatemalteco de uniforme, con gorra de plato y sello de Interpol en el pecho se acerca a ambos.

—Mi sentido pésame, señor embajador.

—Gracias, inspector García Mena.

Luego saluda a Carpenter.

—Inspector —Harry le coloca una mano amistosa en el hombro—, gracias por todo.

Mientras lo ven alejarse, Carpenter le dice a Turnbull:

—Ahí va un buen policía, un hombre honrado.

—Siempre los ha habido y siempre los habrá. Incluso en Gomorra había un hombre digno. Pero quería preguntarte, ¿qué fue lo que confesó el moribundo?

—¿El sicario de Rodas? Aparte de lo publicado por los medios, dijo que habían sido ellos los que me habían estado chantajeando con las fotos.

—Pero las fotos no han aparecido.

—García Mena halló la memoria de la cámara de Chris en un bolsillo del guardaespaldas de Rodas que murió carbonizado. Pero no pudimos recuperar ni una foto. La memoria estaba inservible. Así que nunca podremos saber qué negocios se traían Rodas y Rabassa con el presidente Sanabria. Pero estoy seguro de que el muerto era uno de los asesinos, porque llevaba consigo la placa de Chris y a esa no la destruyó del todo el fuego. Habrá que esperar a que el nuevo gobierno se instale. Solo entonces podremos saber de qué pasta está hecho Sanabria.

—La política, Harry, es el arte de la paciencia, de esperar y ver qué pasa. De momento, este es un caso cerrado y el gobierno de Estados Unidos nada tiene que objetar al nuevo presidente.

—¿Se ha sabido algo del distanciamiento entre Sanabria y Expósito?

—Al parecer es real, de lo cual me alegro. No me caía bien Expósito. Esperemos que Sanabria lo tenga por la brida. Aunque debo decir que no sería la primera vez en Guatemala que un presidente y su vice no se hablan. En el gobierno del general Lucas, el vice incluso dimitió. En otros, estuvieron alejados. Este es un caso parecido.

El avión con los restos de Chris Elizondo se aleja lentamente hacia la cabeza de la pista. Carpenter lo sigue con la mirada.

—Rodas está muerto —dice como si hablara para sí—. Sus guardaespaldas, también. Y Rabassa, o como se llame ahora, se disipó sin dejar huella. Salió por la frontera de Las Chinamas sin que nadie le pusiera obstáculos y su pista se ha perdido en El Salvador. Debía de estar preparado para una contingencia así. Este es el cuento de nunca acabar —concluye con

desaliento.

—Hay que pasar página, Harry.

—Pero las mías pasan siempre emborronadas. Siempre me queda la amarga sensación de que el trabajo ha quedado inconcluso y de que hay piezas perdidas que no he logrado reunir. Malaika estaba en lo cierto. Hay dos cosas que abundan en el mundo: el dinero ilícito y la pobreza. ¿Qué de extraño ha de haber en que ambos se busquen y se encuentren? La serpiente cambia de piel, diría ella si estuviese aquí, pero el reptil sigue vivo. Se ha roto un eslabón, pero la cadena continúa intacta. En este oficio no ocurre lo que en las películas o las novelas, donde todo concuerda y encaja al final y el desenlace redondea la historia. No. En este trabajo siempre se queda algo a medias.

—En política hay siempre cosas que uno debe callar o no se deben saber. Como por ejemplo, qué hacía Chris Elizondo aquella mañana en el campo de La Rosaleda —dice Turnbull con retintín.

Carpenter no quiere entrar en ese territorio. Sería enojoso para ambos y además ya no tiene remedio.

—Esta es una guerra que cada día se parece más a la carrera entre el correccaminos y el coyote —dice— o al frustrante deporte de pescar truchas a mano. Puedes atrapar una o dos, pero las demás se te escapan. Vendrá otro Rodas y otro Rabassa, y nosotros seguiremos corriendo detrás de ellos. Luchamos contra un capitalismo sin ley, embajador, una fuerza de la naturaleza imposible de dominar. El verdadero corazón de las tinieblas, el lado oscuro de la humanidad. Nuestra sombra. Exterminar esa plaga no depende de las leyes, la policía o los presupuestos. Depende de la naturaleza humana. Y esa no se puede cambiar.

—Vivimos en un mundo imperfecto, Harry. Míralo desde esta perspectiva. Que haya aparecido el cadáver de Chris nos ha resuelto muchos problemas. Con el gobierno actual y con el que viene. Y aunque esta sea una guerra que no acaba, bien está lo que bien termina. Las navidades están cerca y todos necesitamos un descanso.

Carpenter se detiene, estrecha la mano de Turnbull y, escondiéndose tras sus gafas de sol y una expresión imperturbable, dice:

—Sin duda, embajador. Que tenga un buen viaje de regreso a casa.

Inmediaciones de la Plaza de la República, Zona 4
Sábado 9 de diciembre, 11:55 a.m.

La señora Rosaura Díaz se estremece al oír las sirenas de las radiopatrullas que ululan en la calle, así como los conminatorios timbrazos que suenan en la puerta de su casa.

Cuando abre, descubre dos vehículos de la Policía Nacional Civil con las luces dando vueltas y dos policías enfrente. Y algo más abajo de su casa en cuesta, otros dos vehículos con los vidrios polarizados de los que descenden dos hombres con armas.

Un tercero, cuyo rostro le es familiar, sale rápidamente del vehículo, se dirige a la acera opuesta a la casa de doña Rosaura y se detiene frente a un modesto monumento funerario que conforman una cruz y una corona de flores.

Luego de unos segundos frente a él en los que parece rezar una plegaria, el hombre se vuelve a su séquito y les dice:

—Déjenme solo unos momentos.

Se dirige luego a doña Rosaura, quien se ha quedado estupefacta sin saber qué decir.

—Señora, ¿puedo pasar un momento a su casa?

Doña Rosaura no puede creer lo que ve. El presidente electo de la República quiere entrar en su vivienda. Y en medio de situación tan insólita, solo acierta a balbucear:

—Pase adelante, señor.

La puerta se cierra atrás de ambos y Sanabria se detiene frente a doña Rosaura.

—Sabe quién soy, ¿verdad?

Doña Rosaura asiente, enmudecida, con rápidos movimientos de cabeza.

—Señora, vine a decirle que su hija Luisa Fernanda salvó a Guatemala de una vergüenza que nos habría manchado a todos con en el mayor bochorno de nuestra historia.

Doña Rosaura se lleva las manos al rostro.

—Lo común es que los ciudadanos se sientan agradecidos por quienes, como su hija, arriesgan lo máspreciado que tienen por su patria. La política y

los políticos, en cambio, no suelen ser agradecidos con los ciudadanos. Y yo quiero ser la excepción de esa regla. En nombre del Estado de Guatemala vengo a darle las gracias por lo que Luisa Fernanda hizo por este país, que es el suyo y el mío. Su hija le ahorró a Guatemala el sonrojo de sentirnos humillados, una vez más, por la clase política que nos gobierna.

A doña Rosaura le han empezado a correr las lágrimas por el rostro.

—No es algo que pueda compensarse con dinero, pero sí con la gratitud de una nación. De manera que, por lo que pueda servirle, permítame pagarle, siquiera con un gesto, todo lo que su hija hizo por todos nosotros.

Sanabria abraza a la mujer y permite que por largo rato ella se desahogue en su pecho. Y cuando doña Rosaura se calma, la toma de las manos, la mira con afecto a los ojos y le dice:

—Gracias de nuevo, señora. Tendrá noticias mías muy pronto. Entretanto, permítame que le exprese mi pesar y mi afecto.

Doña Rosaura asiente mansamente y Sanabria, tras depositar un beso en sus mejillas, gira sobre sus talones y sale rápidamente de la casa.

También él está a punto de llorar. Se le ha agotado la inspiración y considera que el silencio, acaso, diga más que las palabras.

Cuando empuña el pestillo, sin embargo, oye que doña Rosaura le dice:

—Dios me lo bendiga, *señor presidente*...

Un prolongado escalofrío corre por la espalda de Daniel Sanabria. Por primera vez desde que fue electo, esas dos palabras han llegado hasta él impregnadas de una emoción nunca antes sentida. No es el *señor presidente* con que los serviles saludan cual si invocaran a Dios. Ni el del halago melifluido propio de los cortesanos. Ni tampoco el de los protocolos, las paradas militares o las ceremonias pomposas. Ha sido un *señor presidente* expresado en el tono que se otorga a una persona en quien se puede confiar. Y Sanabria no puede por menos de sentirse honrado y conmovido, no por la prez, la vanagloria y todo lo que ese título conlleva, sino por el emotivo acento con el que una sencilla mujer, que ha perdido lo que más amaba en la vida, se dirige a un hombre a quien respeta y en quien puede depositar su esperanza.

Dieciocho

*Condominio Lomas del Bosque, Muxbal
23 de diciembre, 4:00 a.m.*

Flotando entre las nieblas del sueño, Magda de Sanabria alarga el brazo a la mesita de noche, atrapa el celular y mira la hora. Como suele ocurrirle siempre que sale de viaje, no puede dormir de un tirón y, temiendo perder el vuelo, se pasa buena parte de la noche pendiente del reloj.

Se recuesta de nuevo en la cama y vuelve a cerrar los ojos. Aún puede esperar una hora. Mas, al girar sobre sí, descubre que el otro lado del lecho está vacío. Se levanta de un salto, se pone encima una bata y sale del dormitorio. En el pasillo descubre una luz en el salón. Sanabria está sentado en el sofá, leyendo a la luz de una lámpara con dibujos japoneses.

Cuando la oye acercarse, alza los ojos hacia ella.

—No podía dormir —se excusa—. Aún no tengo el sueño tranquilo. Me despertó una pesadilla y se me quedaron los ojos como platos.

—Pero si apenas cenaste anoche.

—No fue la cena, es el cerebro. No me ha dejado en paz estos días. No lo hizo durante el coma ni ahora que he salido de él.

—¿Quieres que te traiga algo?

—Tengo agua aquí. Es suficiente.

Magda se mueve hacia el sofá y se sienta al lado de su esposo.

—Las pesadillas las fabricamos nosotros —le dice—. No son sino una expresión del subconsciente.

—Ya apareció la sicóloga.

—No lo digo yo, lo decía Freud. Y ahora cuéntame la pesadilla.

—Fue breve, pero fea. Muy fea. Me vi desnudo en un cementerio iluminado con luz de luna, de rodillas sobre una tumba de mármol y con los brazos caídos. Estaba inmovilizado como una estatua. Oí entonces a mi espalda un ruido de articulaciones parecido al que tiene lugar cuando te truenas los dedos. Algo se movía detrás de mí. Caminaba despacio sobre la hierba, arrastrando los pies, y, con cada paso que daba, sonaba como un manojo de huesos desencuadrados. Se detuvo detrás de mí y desplegó unas alas enormes por encima de mis ojos. Es el ángel exterminador, me dije. Va a darme su beso fatal. Y me preparé para lo peor.

—Pero no lo era.

—No quise mirar. Pensé, como los niños, que si no lo veía, se acabaría yendo. Pero no se fue. En lugar de eso, se puso a hablarme al oído con voz cascada y oscura.

Magda se acerca más a Sanabria y lo abraza.

—¿Sentiste miedo? —le dice.

—Sentí un aliento helado en el cogote. Y luego de resoplar en él varias veces, viene y me dice: *¿De qué te ufanas, desgraciado? Jugaste sucio. Perdiste la vergüenza. Has mentido. Has sido despiadado y sangrón. Humillaste a los derrotados y te volviste como ellos. Incluso amenazaste a un hombre de muerte. Evitaste un caso de corrupción, pero en el proceso te corrompiste a ti mismo. No tienes perdón de Dios.*

—Ah, la gran —ronronea ella—. ¿Y no le dijiste nada?

—Me dio pena hacerlo.

—Pues si me lo hubiera hecho a mí, le habría dicho, mire usted, señor, Oskar Schindler sobornaba a los jefes nazis de los campos de concentración, pero salvó la vida a mil doscientos judíos. ¿Era por eso un corrupto?

—No te habría respondido. Fue lo que ocurrió conmigo cuando se cansó de fastidiarme. Oí que recogía las alas y se alejaba de mí, claquéando su osamenta.

—Y eso te alivió.

—Nunca se me ha dado bien interpretar mis sueños, aunque trato de darles

algún sentido al despertar. Después se me olvidan. Pero con este me pareció que lo tenía fácil. Si no era Abadón, el ángel de la muerte, ¿quién era? Lo pensé y luego de unos momentos me di cuenta de que había tenido una visita de mi vieja conciencia política. Y no quise mirar atrás. Me hubiese entristecido verla achacosa y con problemas de huesos. Cuando se alejaba, empero, sucedió algo raro. De las tinieblas surgió una voz espectral, como salida de un pozo, una voz ronca y oscura, que decía: *Muy bien, muchachito, muy bien..., pero aún te queda lo más difícil.* Y en ese momento desperté.

—Asustado.

—Un poco.

—Tampoco supiste quién era.

—No te digo que era una voz.

Magda pasa la mano por el pecho de su marido y lo besa en los labios.

—Tenía razón —dice Sanabria.

—¿Quién, la voz?

—Sí.

—¿En qué?

—En que ahora viene lo peor. ¿Has oído alguna vez el dicho “ayer fue el Apocalipsis y hoy tenemos un problema”?

—No lo conocía.

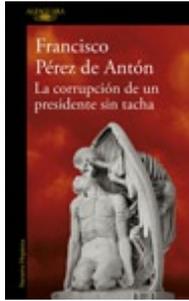
—Pues eso es lo que ocurre ahora mismo.

Magda suelta una carcajada.

—Vete a bañar —le dice, haciéndole una caricia en la nariz—. El vuelo para Belice sale a las seis y veinte. Ocho días con los hijos en una playa del Caribe te van a venir muy bien. Has sobrevivido a una guerra, pero necesitas este descanso antes de librar otra aún más complicada.

Sanabria arquea las cejas y en un tono entre frívolo y zumbón replica:

—No creas. Se trata de hacer algo muy sencillo. Solo hay que regenerar la vida pública del país, reordenar el sistema político y liberarlo de las mafias que lo asfixian sin morir en el intento. Pan comido, ¿no te parece?

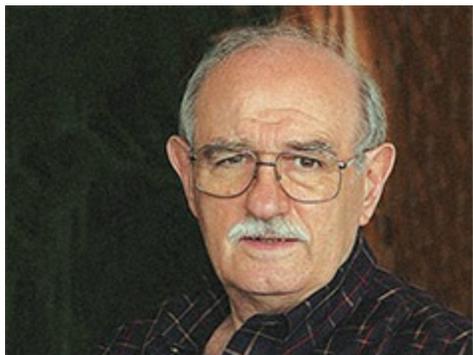


«El Buen Pastor abandona el rebaño para rescatar a la oveja extraviada. Hermosa idea. Pero en la vida pública eso sería una locura. Lo justo, lo debido, si se quiere salvar el rebaño, es sacrificar a la oveja perdida».

El carisma político de un joven profesional lo lleva sorpresivamente a la Presidencia de la República. Sus propuestas, sin embargo, son demasiado candorosas como para poder conducirlos a buen fin. Y en medio de una intriga poselectoral enrarecida por la tensión entre el nuevo presidente y la coalición de partidos que lo ha llevado al poder, aparece un misterioso personaje con un proyecto providencial que podría resolver la difícil coyuntura política y económica que aguarda al nuevo gobierno.

La corrupción de un presidente sin tacha constituye una obra de profundo calado moral. ¿Es cierto que actuar bien conduce necesariamente al bien? ¿Es posible que solo el mal sea capaz de derrotar al mal? ¿Han de condenarse los vicios privados, pese a que estos se traduzcan en notorios beneficios públicos?

Concebida y escrita con la técnica de un trepidante thriller político, provisto de una trama apasionante y unos personajes cautivadores, *La corrupción de un presidente sin tacha* es también una turbadora parábola de nuestro tiempo en torno al trance en el que se ve inmerso todo hombre honrado que desea redimir la dignidad de un pueblo humillado por la corrupción política.



Francisco Pérez de Antón nació en Soto de Caso (Oviedo, España) en 1940 y reside en Guatemala desde 1963. Hombre de empresa, economista, ingeniero y catedrático durante buena parte de su vida, se retiró de la actividad empresarial y la docencia en 1984 para dedicarse al periodismo y la literatura; en 1987 fundó con un grupo de amigos el semanario *Crónica*, cuyo Consejo Editorial presidió hasta 1998. Su obra de ensayo y narrativa comprende los siguientes títulos: *Ética de la libertad* (1979), *Cansados de esperar el sol* (1985), *En corteza de amate* (1990), *El poso de la espuma* (1994), *Un lugar llamado Quivira* (1997), *El vuelo del faisán herido* (2000), *Memorial de cocinas y batallas* (Aguilar, 2002), *El gato en la sacristía* (Taurus, 2002), *Ciudad de Guatemala* (en colaboración, 2003), *Chapinismos del Quijote* (Taurus, 2005), *Los hijos del incienso y de la pólvora* (Alfaguara, 2005, Debolsillo, 2016), *La guerra de los capinegros* (Alfaguara, 2006, Debolsillo, 2016), *Hombre adentro* (Alfaguara, 2007), *El sueño de los justos* (Alfaguara, 2008, Debolsillo, 2016), *Veinte plumas y un pincel* (Aguilar, 2011), *Callejón de Dolores* (Alfaguara, 2012, Debolsillo, 2016), *Los equibocos de Blas Bielsa* (Aguilar, 2013), *La amapola de Westminster* (Alfaguara, 2016) y *Cisma sangriento* (Taurus, 2017). Miembro de número de la Academia Guatemalteca de la Lengua, de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala y Premio Nacional de Periodismo (2005), ha sido también colaborador de una veintena de diarios y revistas de América Latina. En 2011 su obra fue galardonada con el Premio Nacional de Literatura Miguel Ángel Asturias.

La corrupción de un presidente sin tacha

Primera edición digital: marzo, 2019

D. R. © 2019, Francisco Pérez de Antón

D. R. © 2019, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © Penguin Random House, por el diseño de cubierta

D. R. © Jenkilo 2012, *El beso de la muerte*, escultura de Jaume Barba
en una tumba del cementerio de Poblenou (Barcelona), por la ilustración de portada

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-317-795-5

Penguin
Random House
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](#)



[@megustaleermex](#)

Conversión eBook:
Tangram. Ediciones Digitales

Índice

Cita de inicio

Primera Parte

Escena primera

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Segunda Parte

Uno

Dos

Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos